CARAS Y CARETAS



EDUARDO ALVAREZ

LA NUEVA OFICINA METEOROLOGICA

ALVEAR — ¿Qué ve, amigo Ministro?

GALLO — Una lluvia de intervenciones que no tiene fin.



BOLS

EN TODAS PARTES Y EN
CUALQUIER MOMENTO
SIEMPRE ES BUENA

UNICOS IMPORTADORES: **MOSS y Cía. Ltda. S. A.** - Alsina, 641 - Bs. As.

UNA CUESTION DE HONOR

POR

F. BRITTEN AUSTIN

TRADUCCIÓN DE
E. M. S. DANERO



EL mayor Bruce, del servicio de Informaciones del Cuartel General del Estado Mayor de la importante base estratégica de Menangpore, fué bruscamente interrumpido en su cómoda siesta. El timbre del teléfono, insistente, sonaba sin interrupción. Se deslizó del lecho y en camisa, descalzo, aproximóse al aparato.

— ¡Hola! ¿Sí? ¡Hola! ¿Qué? ¿Que el general desea verme? ¡Muy bien! Voy al punto.

Uno o dos minutos más tarde, vestido de nuevo con su uniforme de oficial de Sam Brown, se puso el pesado casco y abandonó el fresco y penumbroso alojamiento para salir y hacer su camino bajo el brillante y ardiente sol de las cuatro de la tarde.

Tomó por el largo y polvoriento camino, a medias sombreado por las hileras de enhiestas y frondosas palmeras, que conducía más allá de las habitaciones destinadas a los oficiales casados de la guarnición.

Una pareja de soldados indígenas, solemnemente estúpida, arrastraba una pipa camino de los depósitos de agua. Cuando éstos se hallaban aún a escasa distancia, el mayor hizo un gesto como de contrariedad. Justamente, a la altura del lugar donde estaban los soldados, ante el cerco de una de las últimas residencias, de pie, aprestándose para subir a su «ricksha», hallábase una dama, vestida de blanco y con el quitasol abierto. Por un momento el paso del mayor tornóse más pausado, cual si deseara quedarse atrás. Mas, no le quedó otro remedio que seguir hacia adelante.

La «ricksha» echó a andar y, justamente, en dirección opuesta a la que él llevaba. El encuentro resultaba ineludible, fatal. A medida que se aproximaba, mal de su grado, atraía sus miradas, le envolvía en una como alucinación. Unos segundos después el ligero vehículo se hallaba frente al mayor. Su voluntad quedó, entonces, como anulada. No consiguió dar un paso más.

— ¡Frank!

No le quedaba otro remedio. La elemental cortesía exigíale que se detuviera y saludase, tratando, al mismo tiempo, de insinuar una sonrisa.

— Buenas tardes, señora Fanshaw.

Sus ojos contemplaron contra su voluntad aquel rostro fresco y juvenil, de una belleza no dulcificada por el clima del trópico. Pensó que, al menos, debía decir algo.

— ¿No le parece a usted, señora, que es demasiado temprano para andar por estos caminos, asoleados aún? Una hora más tarde y hubiera tenido fresco y sombra — concluyó procurando atenuar la entonación autoritaria con que hiciera la observación.

— Me voy a tomar el te a lo del pastor — contestó ella, sonriente — y por allí, el camino tiene buena sombra. Pero, ¿qué digo? no está bien que le detenga a usted para explicarle que no estoy tan loca como parezco, Frank — y su voz tornóse grave, casi confidencial — tengo necesidad de hablar con usted.

El mayor dió un paso hacia la «ricksha».

— ¿Qué hay?

— He aguardado durante tres meses que la casualidad me permitiera decirle dos palabras a solas. No lo he logrado. Usted parece ser el único que, entre toda la gente de la isla, rehuye mi presencia...

— ¿Sí? — preguntó él con falsa inocencia. — He estado sumamente ocupado, usted lo sabe muy bien.

Los ojos de ella le miraron, dulces, reprochándole en silencio aquella nueva mentira.

— Frank — díjole — he necesitado, he anhelado saber, durante esos tres meses angustiosos, si usted me perdona. Yo le he tratado a usted mal, verdaderamente mal. Lo sé y lo reconozco.

Ella, al hacer la confesión, vacilaba.

— No hay razón — dijo él, mirando hacia otra parte. — Supongo que el mejor hombre fué el que prevaleció. Era justo, y usted muy dueña de ello.

Ella sonrió y se detuvo a reflexionar en que estaba haciendo, precisamente y sin advertirlo, la confesión de su amor a Dick, al esposo. El mayor no necesitaba que se lo dijera. Lo había observado desde lejos, lo sabía por la propia tortura que le producía todo aquello.

La dama sonrió, rompiendo el embarazo de la pausa.

— Cuando nos casamos, Dick no tenía la menor idea de que le enviaran a esta estación. Esperaba ir a la India...

— No es culpa suya. ¡Vaya si lo sabré! Se trata de uno de esos tristes bromazos con que, de vez en cuando, nos regala la casualidad.

Ella miróle con simpatía.

— Fate, quizá, lo sabe también — dijo. — Frank, hemos sido compañeros desde chiquillos. ¿Lo es aún, no me ha olvidado? ¿Es mi amigo aún?

— Por supuesto — dijo tristemente. — ¡Por supuesto!

— ¿Me guardará rencor? ¿No será, como siempre, mi mejor compañero? ¡Vaya! Un apretón de manos...

Las miradas se encontraron cuando ella le oprimió la mano. Por un instante, cual si midiera la gravedad de lo que



ella pedía, él contempló la candorosa belleza de su rostro. Luego, decidido, oprimió la mano de ella.

—¡Sí! —díjole, simplemente.

—Y, Dick —preguntó ella —¿Dick lo será también?

El movió la cabeza.

—Si me necesita, sí.

—¡No! Le necesite o no... En mi obsequio séalo usted. Yo no puedo sentirme feliz si alguien me es hostil. ¿Me lo promete?

Comenzaba a ejercer sobre él la influencia de antes, la autoridad que, dos años atrás, era su mayor encanto. El mayor respondió:

—Perfectamente. Lo prometo, en obsequio a usted.

El rubor que la cubrió las mejillas fué, casi, la mejor compensación de aquella promesa.

—¡Gracias, Franck! Esto es todo lo que deseo. Cumpla usted su palabra y me hará muy feliz.

—La cumpliré —dijo él. Luego, agregó: —Ahora me marcho a escape, pues me aguarda el general.

—Explíquele que ha estado realizando una buena acción y le disculpará. Es muy bueno.

El mayor saludó y el colí apresuró la marcha. Por un momento Franck vió los ojos de ella que le contemplaban por encima de la capota de la «ricksha»; luego prosiguió su camino. Los recuerdos surgieron en su memoria. Rememoró una tarde ya lejana, en pleno invierno inglés, en que, haciendo un esfuerzo, rompiendo su propio pudor, habíala declarado su amor. Ella habíale escuchado y, en un mutuo impulso, sin explicárselo, echóse en sus brazos, llorando de dicha. Sus bocas, después, habíanse juntado en un largo beso que fué como un pacto.

¡Dos años hacía! El se había separado, comprometiéndose a hacerla su esposa, a su regreso de Menangpore, donde le destacaran por tres años. Al regreso, su sueño anhelado era el matrimonio.

Se escribían, por supuesto, en todos los correos, basta que, ocho meses atrás, llególe una carta que le desconcertó completamente. Le había estado engañando. Se lo confesaba. Decíale que se había tratado de bromas de compañeros. Terminó por rematarle dándole la noticia de su repentino casamiento con el mayor Fanshaw. Poco tiempo después, Frank, en «The Times», leyó la descripción de la ceremonia nupcial. Y, luego, al cabo, por una suprema y desgarradora ironía del destino, el tiempo habíales reunido en el Cuartel General del Estado Mayór de Menangpore.

Aparte de aquella rivalidad completamente privada, no le agradaba el tal Dick Fanshaw. Ninguno de la guarnición se le parecía. Carecía del don de la sociabilidad. Era un hombre taciturno, reservado, siempre absorto en sus propios pensamientos, dedicado al estudio, eficiente en su trabajo pero completamente inútil en el campo de polo. Bruce no comprendía cómo Nina podía haberse prendado de él y llegar hasta el matrimonio. Pero, allí estaban los hechos; los veía con sus propios ojos; los sabía enamorados, perdidamente enamorados uno de otro.

Procuró apartar aquellas ideas de su mente. Había prometido a Nina conducirse amistosamente con Fashaw y debía cumplir. Si Fashaw había esperado siempre un compañero, él, desde entonces, lo sería, por... amor a Nina.

Había llegado a la jaharrada galería del Cuartel General. Subió por la escalinata. Desde allí, a lo lejos, detrás de la cortina formada por las palmeras, el mar extendíase azulado hasta un lejano y brumoso horizonte. A mitad de camino, un barco de guerra, pequeño cual un paquete, dirigíase al puerto. Más próximo, al margen de las colinas, aunque reducido notablemente por la distancia, el puerto con sus malecones como tentáculos adentrándose en el mar. Trabajadores y naturales de la isla bullían y trajinaban como hormigas en medio de aquel desorden de grúas, armazones y mil diversas maquinarias. El mayor preguntábase cuántos espías no quedarían aún, entremezclados con aquellas hordas. Una media docena ya había sido descubierta y juzgada por una improvisada y sumaria corte marcial. Media docena que se habría multiplicado y en la que, como siempre, figurarían los pequeños y apuestos oficiales disfrazados de colíes, que, cuando se les interrogaba sonreían en forma enigmática e inescrutable. Frank no dejaba de admirarles.

Restituído a lo que eran las ideas normales, volvióse y penetró en un corredor sumido en la penumbra. Ante una puerta, sobre la que en una chapa de bronce figuraban las iniciales G. O. O., llamó y entró.

El general, pipa en boca, ante su escritorio, firmaba apresuradamente los documentos que Rolfe le presentaba. Rolfe, al aparecer Bruce, levantó la cabeza y le sonrió. Excelente muchacho, Rolfe, era la antítesis de Fashaw. Tenía siempre una palabra afectuosa para todos, hablaba fuerte y claro y, a despecho de su peso, era el más brillante delantero de los «teams» de polo de la guarnición. El general, empero, siguió firmando hasta el último papel. Sólo cuando hubo firmado y Rolfe los acondicionó en una cesta que entregó a un ordenanza, levantó la cabeza y correspondió al saludo de Bruce.

—No se marche usted, Rolfe —díjole cuando el oficial se disponía a salir detrás del ordenanza. —Los necesito a los dos. Siéntese usted, Bruce.

El ordenanza cerró la puerta detrás de sí y hubo uno o dos minutos de silencio mientras el general se repantigaba en su sillón y cargaba su pipa. Bruce, en tanto, contemplaba aquel rostro duro y curtido, cuyos ojos parecían abstraídos en la contemplación de algo íntimo e inquietante. Sin precipitación encendió una cerilla y, rodeado por las nubes de humo de las primeras bocanadas, cosa muy común en él, aguardó aun unos instantes. En lo que habían durado sus tres años de capitán de estado mayor en la brigada del general Sánderson, en los días de la guerra, en Francia, Bruce había llegado a condcer a aquel hombre riguroso y recto —aunque bastante bueno fuera de los actos de servicio —que sabía, cuando lo exigía la situación, enviar a los hombres a una muerte certera, sin experimentar ningún remordimiento, aunque jamás sin que un determinado y preciso propósito justificara el sacrificio. Experto, Frank, mucho había aprendido con él. Terminada la pausa, el general miró a sus oficiales.

—Rolfe, mire si hay alguien cerca de la puerta y siéntese luego. —Su voz era grave. Rolfe obedeció, fué a la puerta, volvió a coger una silla y se sentó al lado del general, en el sitio opuesto a Bruce. Las primeras palabras del jefe salieron entre las bocanadas de humo de su pipa: —¿Puede imaginarse alguno de ustedes que alguien, sin mi autorización, sacara copia del plano C?

Los dos oficiales saltaron en sus sillas.

—¡General! ¡Quiere usted decirnos que...! —dijo Rolfe.

Bruce no pronunció una sola palabra. Ante la ofensiva alusión, sólo se limitó a suspirar. El pla no C. él lo había



visto, desde luego. El general se lo había explicado a Fanshaw, a Rolfe y a él, guardándolo después bajo llave. El plano C. contenía los diagramas de la ubicación de las minas submarinas con las cuales, en tiempo de guerra, se defendería la entrada de la importante base conjuntamente con el cruce de los fuegos combinados de las baterías que se estaban construyendo. ¡Si las potencias enemigas llegaran a apoderarse de aquellos planos!... Y únicamente Hathaway, Fanshaw, Rolfe y él mismo eran los únicos poseedores del secreto de su existencia. Hathaway había fallecido, arrebatado en unas horas por la fiebre. Pero, ¿dónde estaba Fanshaw? ¿Por qué no se hallaba allí, con ellos?

Aquellos pensamientos que le asaltaron en tropel fueron interrumpidos por la severa y reposada voz del general.

— Esto es, precisamente, lo que quiero decir: Alguien ha sacado copia del plano C.

— Pero... ¿está usted seguro, mi general? — exclamó Rolfe, excitado e incrédulo.

El general, por toda contestación, levantóse y fuése hasta la caja de caudales. Abrió una pesada puerta de acero con una llave que llevaba pendiente de una cadenilla. Luego, con otra más diminuta aún, abrió una segunda puerta.

Inmediatamente extrajo de un cajoncito exterior, cerrado también por otra llave, un voluminoso sobre, profusamente sellado con lacre rojo, el que les mostró a ambos oficiales.

— Este es un sobre nuevo que lacré días pasados — dijo el general. — Dentro se halla el original.

— Lo rompió mostrando otro sobre también sellado, abierto a lo largo en uno de sus cantos.

— Ahora, señores, nuestro ingenioso espía, debo decirles, ha obrado con un tanto de precipitación. Todos estos sellos, al parecer, se hallan perfectamente; pero, cuando yo guardé el sobre tuve la precaución de pasar en torno del lacre un cabello. ¿Hay algún cabello ahora? ¡No! Además, y, como segunda precaución, en el sobre interior también coloqué otro. Ustedes pueden ver si está aún, y, para finalizar todas estas comprobaciones, vean ustedes...

Arrancó varios trozos delgados de papel azul, marcados con curvas y pequeñas cruces negras y por una línea central de la que irradiaban otras que terminaban en los ángulos. En todos ellos había huellas de alfileres lo que indicaba que se les había pinchado sobre otro — probablemente el plano original — para sacar una fotografía.

El general, después de aquello, volvió a colocar los documentos en sus sobres, los guardó en la caja y se volvió a los oficiales, diciéndoles, con una sonrisa forzada:

— Bueno. ¿Qué me dicen ustedes de ésto?

— Esto me sorprende sobremanera, mi general — replicó Bruce — y, debo confesármelo, me induce a pensar si en ello no tendré yo algo de culpa... ¡Y usted me pregunta qué es lo que pienso!

— Precisamente — agregó el general. — Por eso es por lo que le he llamado a usted. ¿Puede indicarme alguna persona sobre la que recaigan sus sospechas?

— No, señor. Nadie sino usted conserva una llave de esa caja.

El general movió la cabeza.

— Perfectamente; pero, alguien y valiéndose de algún recurso, ha obtenido mis llaves, se ha aprovechado de mi sueño y ha sacado sus calcos y fotografías. Aquí estaba aquel sujeto que, hace tres o cuatro noches, trataba de abrir la puerta de su habitación, ¿recuerda usted, Rolfe?

— ¡Qué necio soy! Si le atrapé precisamente cuando, como una sombra, intentaba saltar mi ventana...



— Esto es, precisamente lo que quiero decir. Alguien ha sacado copia del plano C — afirmó el general.

— Ahí está lo interesante del caso — dijo el general. — Pero, observe: únicamente se ha violado el sobre correspondiente al plano C., y un ladrón vulgar hubiera, por cierto, echado mano al dinero que hay en la caja. Es del todo improbable que un indígena llegue a reconocer un plano y hacer las cosas con tanto cuidado, copiándolo y usando el sello oficial. Cualquiera que sea el ladrón tiene que ser un agente secreto delegado por alguna nación enemiga. Y, francamente, además del que les está hablando — la mirada del general se detuvo sucesivamente en ambos oficiales — sólo cuatro hombres tenían conocimiento de este hecho.

— No puede haber sido Hathaway — murmuró Rolfe, meditando en el arduo problema.

— En manera alguna — dijo el general. — Hathaway falleció hace seis semanas. Una de mis costumbres consiste en revisar los documentos secretos todas las mañanas. Y este sobre fué violado hace, cabalmente, tres semanas.

— ¡Tres semanas! — exclamó Bruce, sorprendido.

— Tres semanas — contestó el general.

Bruce y Rolfe se miraron con molesto empacho.

— ¿No cree, usted, mi general, que Fanshaw debía hallarse aquí, también, en este momento? — preguntó Bruce.

— No lo he invitado a Fanshaw, deliberadamente — respondió el general.

Bruce, en medio de una exclamación de horror, dijo:

— Seguramente, mi general, no pensará usted que...

— ¿Por qué? Puede serlo lo mismo que cualquiera de nosotros — replicó Rolfe.

El general, con cuidado, sacudió la pipa sobre el cenicero y agregó:

— Pudiera ser, y, confieso, mis pruebas tengo; pero... Hay veces que uno quisiera dudar de sí mismo. Ahora tenía cu-



riosidad por saber quién de ustedes ha sacado una fotografía hace poco tiempo. Yo sé, por ejemplo, Rolfe, que su cámara tiene rota la cerradura y una espesa capa de polvo encima... La suya, Bruce, la he visto el otro día...

—De modo que...—exclamó Bruce, lívido.

El general, con la mayor calma, continuó:

—Por otra parte, la cámara de Fanshaw, que es excelente, no tiene películas. Pero... la vi muy limpia, demasiado, quizá. Además, tenía colocado el atril, y, en la parte superior del fuelle reconocí un poco de ceniza de magnesio.

—¡Señor!—exclamó Bruce.

—Continué inspeccionando la habitación, no sin olvidar lo de la ceniza. Al día siguiente Fanshaw, graciosamente, creyó razonable comunicarme que alguien había hecho uso de su cámara. Unicamente se percató de su desaparición el día antes de descubrir yo la violación del plano C... Desde entonces, no obstante, mi muy excelente ladrón encontró la cámara en su habitación cuarenta horas después que Fanshaw había dicho que la cámara se había hecho humo. Yo temo que la coartada no resulte...

—Seguramente, mi general, la prueba no es de mucha consistencia...

—Desde luego—agregó el general, imperturbable—pero confío en reforzarla. ¿En cuánto creen ustedes que un gobierno enemigo estimaría el plano ese?

—Sin duda se pagaría bastante—dijo Bruce.—Veinte mil libras y aun más.

—Precisamente, eso: más. Bien. Fanshaw, todos lo sabemos, era un hombre pobre. Tenía unas cuantas deudas contraídas en la India. Ignoro si su esposa tiene dinero o si ha recibido alguna herencia inesperada. ¿Qué dice de esto usted, Bruce?

—¡Señor!

—No es este el momento más indicado para sensiblerías—le dijo el viejo militar con la mayor severidad.—Ya que usted ha estado comprometido con la señora, podría decirme si ella posee algún dinero.

—No, mi general.

—Muy bien. Hace días estoy realizando una investigación cablegráfica y, hace tres, cabalmente, se me ha informado que se ha abonado la suma de treinta y cinco mil libras, en Londres, por intermedio del Banco Asiático y el Northwestern Bank, como crédito de una cuenta abierta a favor de un tal John Smith, siguiendo instrucciones telegráficas de Menangpore.

—¡Caramba!—exclamó Rolfe, frunciendo el entrecejo.—¡Eso es repugnante!

—Pero, mi general—dijo Bruce:—¿Cómo sabe usted que ese John Smith es... ¡No! Yo no puedo pensar que sea...

El general, por única contestación, abrió la gaveta y extrajo un formulario telegráfico.

—Este es el original transmitido hace cuatro días por la oficina del cable y dice así: «London Northwestern Bank, London. Sírvase abrir cuenta, orden Asiatic Bank, por treinta y cinco mil. John Smith. Menangpore». Esto ha sido entregado por un indígena cuyas señas no se recuerdan; pero el telegrama está escrito a máquina en el impreso telegráfico y con una máquina de una marca de la cual sólo hay una en toda la guarnición. Esa máquina se halla en el despacho de Fanshaw y él la reserva para su uso exclusivo. Es verdad que probablemente, pese a todas mis indagaciones, a lo mejor existe otra máquina de la misma marca; pero, lo que sí no deben existir dos cuyas fallas coincidan en absoluto. Yo he copiado nuevamente este despacho con la máquina de Fanshaw. Aquí está.—Y, sacó una tira de papel a la vez que la copia carbónica del cablegrama.—Vean ustedes. En las dos copias es idéntica la falla en la *i*, la letra *p* está igualmente gastada y la *k* fuera de línea.

—No hay duda en lo que a esto respecta—dijo Bruce, al cabo de un minucioso examen.—Pero, mi general, esto es horrendo, inconcebible.

—¿Y la carta que usted recibió?—inquirió Rolfe.

—Esa fué detenida en el correo la otra noche—repuso el general, cogiendo otro papel.—Aquí está y confirma el cablegrama, consigna la firma de John Smith y ordena que ese dinero permanezca en depósito hasta el envío de instrucciones. Se halla escrita con la misma máquina y dirigida al European Club.

Rolfe hallábase profundamente conmovido.

—¿Supongo que se formará una corte marcial?—preguntó.

El general sonrió con una contracción dolorosa de sus labios.

—Mi querido Rolfe—díjole.—Usted, a veces, parece ser una persona asombrosamente simple. No hay duda que nuestro amigo y posible enemigo, a estas horas, se halla en posesión del plano C., plano que, «ipso facto», ya se halla fuera de uso. Para nosotros... ¡como si no se hubiera descubierto el robo! Una corte marcial estaría completamente fuera de lugar y revelaría al enemigo la consiguiente determinación nuestra de cambiar el plan defensivo.

—¿De manera que no va usted a hacer nada?—preguntó Rolfe.

—¡Oh, sí!—dijo el jefe, tranquilamente.—Nosotros nos hallamos en posesión de una certeza y podemos obrar con completa impunidad.

—¿Qué se propone hacer, entonces?—dijo Bruce, inquieto.

El general permaneció un momento en suspenso mientras cargaba de nuevo su pipa. Luego, designando respectivamente a sus oficiales, díjoles:

—Usted y Rolfe harán esta tarde una breve visita al amigo—y, sonriendo significativamente, agregó:—Los traidores algunas veces llegan al suicidio y en un acceso de remordimiento dejan una confesión firmada...

Bruce, de pie, temblando, dijo violentamente:

—¡Mi general! ¡Yo no puedo hacer eso!

El general se volvió hacia él, iracundo:

—¿Qué quiere decirme?

—¡Qué usted me coloca en una situación terrible!

La voz del general tornóse tronitonante:

—¡Mayor Bruce! ¿Cuándo ha aprendido a desacatar mis órdenes?

Era la misma voz, el mismo rostro duro e inexorable, los mismos ojos inflamados ante la misma oposición. Cuando el general Sánderson ordenaba, sus hombres obedecían sin discusión. Bruce obedeció, obligado por el hábito de la disciplina.

En muda actitud, fija la mirada, acató la orden. Luego, el general, volviéndose a Rolfe, agregó:

—¿Tiene usted alguna cosa que decirme?

—No, señor—murmuró éste.

El rostro del general se aclaró y tomó un matiz más benigno. Luego, encaróse otra vez con Bruce.

—Me duele exigirle esto a usted, Bruce, pero no puedo evitarlo. En primer lugar es cosa que le corresponde a un oficial inteligente. En segundo término, únicamente usted, Rolfe y Fanshaw conocen algo de este asunto. No podemos admitir la intervención de ningún otro.



Además, usted comprende, es una cuestión extraoficial, un asunto de honor entre oficiales y caballeros. Envío al mayor Fanshaw dos de su misma graduación. Confío en que dentro de media hora me traerán una declaración autógrafa...

Bruce le escuchaba como en una pesadilla. Su mente sólo veía clara una cosa, una persona: Nina. Nina a la cuál acababa de hacer una promesa. Nina cuya felicidad iba a ser aniquilada en la forma más brutal. Nina, contra cuyo esposo iban a proceder criminalmente...

— ¡Dura encomienda! — dijo Bruce, contristado.

Bruce miró a su camarada. ¡Bueno, viejo Rolfe! Tampoco a él podía hacerle mucha gracia aquello...

Los dos oficiales, en silencio, pusiéronse en marcha. Ya se hallaban a una docena de yardas de la casa de Fanshaw cuando Rolfe se volvió hacia su compañero.

— Será conveniente que, primeramente, preparemos nuestros revólveres.

— No es necesario — dijo Bruce.

A un paso de la terraza, Rolfe, agregó:

— Usted le hablará. Esa es su tarea. Yo aguardaré...

Ambos hicieron un signo de inteligencia y entraron.

Bruce apartó a un lado una cortina de esterilla y vió a Fanshaw, ante una mesa, escribiendo. Miró con detenimiento su rostro enjuto, sus labios delgados y pausado, llegó hasta el umbral.

— ¡Hola, compañeros! — díjoles casi con tono grosero. — ¿Vienen a pagarme la visita? Mi esposa ha salido, pero el frasco está ahí y pueden servirse ustedes mismos — y señaló la botella sobre el trinchante mientras sus ojos se dirigían a la carta que se hallaba escribiendo.



En aquel preciso instante, sin que pudiera evitarlo ni darse cuenta, Rolfe se le arrojó encima.

— Fanshaw...

Este levantó la cabeza y apartó la mirada de lo que estaba escribiendo, demostrando bastante incomodidad. Cuando vió la palidez de los oficiales, inquirió:

— ¿Qué? ¿Ocurre algo grave? ¿Qué quieren decirme?

— Fanshaw — dijo Bruce después de un esfuerzo — Rolfe y yo hemos venido a hablar con usted... ¿No nos dice siquiera que nos sentemos?

— Ahí encontrarán sillas — dijo rápidamente. — ¿Qué es lo que ocurre?

— ¿Tiene usted ahí su revólver? — preguntó Bruce, con rudeza.

Fanshaw les miró inquieto. Se levantó, cogió su revólver que estaba en la pistolera y lo colocó sobre la mesa con ademán impertinente.

Bruce lo recogió y dijo:

— Fanshaw: Rolfe y yo hemos venido con una comisión ingrata y molesta: El plano C. ha sido extraído de la caja y se han sacado copias de él.

Fanshaw, ceñudo, les miró y con aspecto de incredulidad, preguntóles:

— ¿El plano C? ¡Por Dios! ¡No es posible!

— Es una cuestión delicada, inconcebible — repitió Bruce.

Fanshaw no salía de su asombro.

— ¡Por Dios! ¡Si el general duerme con las llaves colgadas al cuello! Así me lo ha dicho él mismo...

Bruce le miró en los ojos, procurando leer en el fondo de su alma. Después, continuó:

— Nada de eso ignoramos nosotros. El general nos ha comisionado a Rolfe y a mí para que arreglemos este asunto evitando todo escándalo. ¿Qué se adelantaría con hablar de ello y darle trascendencia?

Fanshaw miraba a uno y a otro sin terminar de comprender lo que querían.

— Usted sabe perfectamente — dijo Bruce — que el juego ha quedado descubierto. Aquí no se acostumbra a rechazar estas proposiciones. Usted lo comprenderá... Nosotros poseemos la prueba completa y evidente.

Fanshaw volvió a mirarles fijamente.

— ¿Qué tienen ustedes como evidente? — inquirió con tono agrio. — ¿Qué evidencia es esa?

— Más de la que se necesita para una corte marcial — replicó Bruce — Fanshaw, este es un asunto demasiado repugnante para nuestra misma dignidad. A mí mucho me disgusta verme envuelto en él; pero por el honor del ejército y de la guarnición, deseamos evitar todo escándalo y venimos a procurarle a usted una fácil y cómoda escapatoria. Sólo queremos que usted escriba una carta en la que declare y firme su confesión. Yo doy a usted mi palabra de honor de que, aparte del general, nadie, en absoluto, se enterará de ella.

Dicho esto cogió el revólver y lo deslizó hasta la mano de Fanshaw, agregando:

— Le dejaremos un momento a solas. Con aparentar que se hallaba limpiándolo... Un tiro se le escapa a cualquiera...

Fanshaw miró el arma. El espanto se pintó en sus ojos.

— Vuestro medio... — empezó a decir.

Bruce empujó el arma un poco más.

Fanshaw, enérgico, la apartó tan violentamente que cayó al suelo.

— No hay duda que ustedes dos están locos. Completamente locos. Ahora mismo me voy a ver al general.

Dió un paso hacia la puerta.

Bruce, resuelto, le cortó la salida, diciéndole:

— Lo lamento mucho, Fanshaw; pero, no puedo permitírselo. El general aquí me ha enviado y aguarda la confesión escrita por usted antes de media hora. — Y, mirando su reloj, agregó: — Quedan cinco minutos. No desperdicie usted el camino honroso que se le abre...

Fanshaw les miró temblando, con el rostro lívido, cadavérico.

— O ustedes están locos, repetía, o se trata de un complot infame para perderme. Yo puedo creer que uno de ustedes dos tiene sus motivos — dijo con deliberada intención, mirando a



Bruce con aire de sospecha insultante. Bruce retrocedió cual si hubiera recibido una bofetada.

— Dejemos ese asunto... No viene al caso... Cumplo con órdenes superiores... ¿Escribe o no su confesión?

— ¡No, seguro que no! No sé una sola palabra de lo que me dicen y nadie tiene el derecho para hacerme el menor cargo. — Y se envolvió en su propia dignidad como hasta entonces, dispuesto a callar y ser terminante en sus afirmaciones.

Rolfe, por primera vez, intervino:

— Fanshaw, usted sabe perfectamente que en una corte marcial no existe ninguna probabilidad de salvación...

Fanshaw miró en torno suyo.

— ¡Basta ya! Lo comprendo todo y voy a confundirlos poniéndome en presencia del general.

Rolfe se encogió de hombros y echó una mirada a Bruce.

— Bueno — dijo. — Yo creo que si Fanshaw opta por someterse a una corte marcial nuestra misión ha concluído. No podemos obligarle a que escriba esa confesión. Hemos hecho las cosas como mejor se ha podido, y, por mi parte, sólo me resta presentarle mis escusas por tan poco grata visita. De manera que podemos retirarnos, Bruce.

— No — replicó éste. — Debemos insistir hasta haber dado fin a nuestra misión y, sobre todo, evitar que se produzca el escándalo público. No a otra cosa hemos venido. ¡Fanshaw — dijo, mirándole severamente; — por amor a lo que le sea más querido y sagrado en el mundo, por el cariño a la vieja escuela, por el ejército, por el amor a... su esposa, obre usted como un hombre recto! ¡Hágalo por usted, por Nina!

La mirada que le dirigió Fanshaw equivalía a un insulto.

— Mayor, Bruce — díjole, altivo — si usted persiste en nombrar a mi esposa, me veré obligado...

En aquel instante los tres hombres enmudecieron al escuchar, del otro lado de la cortina de esterilla, una voz fresca y juvenil que decía:

— ¡Dick, querido! Ya me tienes de vuelta. Me había escapado por unos minutos...

Era Nina. Al entrar quedó sorprendida viendo a Bruce y Rolfe en extraña actitud ante el esposo.

— Fanshaw — dijo Bruce. — ¿Quiere usted tener la gentileza de rogarle a su esposa que nos deje solos? Estamos tratando un asunto de carácter oficial...

— ¿Qué ocurre? ¿Algo grave? — inquirió Nina, curiosa.

Hubo un largo silencio.

— ¿De qué se trata, Frank? ¿Qué hay entre el mayor Bruce y tú? ¡Dímelo!

Fanshaw se encogió de hombros y sonrió desdeñosamente mirando a Bruce.

— Querida — díjole — indudablemente se ha extraviado un plano de las obras de defensa y se ha sacado una copia del mismo. En consecuencia, los mayores Bruce y Rolfe, vienen a verme para que escriba una confesión y me suicide, o, de otro modo, someterme y ser condenado por una corte marcial...

Nina miró a Bruce, indignada.

— ¡Oh! — exclamó. — ¿Y usted ha podido creerle culpable? ¿Se ha atrevido a llegar aquí... a... nada menos que...? ¡Oh! — Hizo un gesto de horror.

— No he podido evitarlo. No he venido por mi gusto. Ha sido una orden del general, una orden indiscutible.

— Pero... ¿usted cree?... ¿Usted cree semejante cosa Frank? ¡Usted que me había ofrecido su amistad más leal! ¡Usted debió asegurar al general que tal acusación era un absurdo, una infamia inconcebible! ¡Usted creer eso!

Las palabras de altiva indignación quemaban sus delicados labios.

— Yo he asegurado, en efecto, que eso no era posible — aseguró Bruce, desesperado — pero...

— ¿Pero qué?

— Ante la evidencia...

— ¿Y cuál es esa evidencia?

Bruce, altivo, miró a Nina y a su esposo.

— ¡Por amor de Dios, Fanshaw! — exclamó. — ¡Yo no puedo más! ¡O le dice a su esposa que se retire, o tenemos que encarar el asunto en otra forma!

Fanshaw era el más tranquilo de los que allí se hallaban.

— Me agradaría conocer, saber, al cabo, cuál es esa evidencia... — dijo con tono poco cortés, casi despectivo. — Les ruego la digan para que ella se entere.

Bruce miró otra vez a la mujer cuya felicidad era lo único que le importaba en el mundo.

— Yo insisto en ello — dijo Nina, — y creo tener derecho a insistir.

Bruce se rindió a la mirada altiva y autoritaria que brillaba en su rostro pálido y angustiado.

— Yo, en cambio, quisiera todo lo contrario, pero ya que así lo pide...

Echó a Fanshaw una mirada despectiva. Su rostro, desfigurado por el torturante y angustioso interrogatorio, tomó una extraña expresión. Con palabras sucintas y categóricas explicó cómo y en qué forma había descubierto el general la substracción del plano, cuya existencia sólo conocían ellos tres y el muerto. Habló luego del hallazgo de la cámara fotográfica, veinticuatro horas después de haberse copiado el plano y cuarenta después de haber anunciado Fanshaw su extravío.

— Pero cualquiera puede haber tomado la cámara de Dick, usándola y luego vuelto a su lugar — dijo Nina.

— Pudo ocurrir — dijo Bruce, — pero, desdichadamente, no ha ocurrido así. ¿Y qué me dicen ustedes de las dos copias del telegrama y la carta escritos con la máquina de escribir del mayor Fanshaw?

— ¡Señor! — exclamó Fanshaw cubriéndose el rostro con ambas manos.

Nina, quien con la mayor atención había escuchado todo aquello, preguntó a su vez:

— ¿Es ésa toda la evidencia que poseen para condenar a un hombre?

— Existe la horrible convicción de que el que ha robado el secreto del plano no puede ser otro que su esposo, o, de lo contrario, Rolfe o yo mismo. Y toda la evidencia del delito se acumula contra... — se interrumpió bruscamente, hizo un gesto designando a Fanshaw, y luego prosiguió: — Esto es demasiado doloroso para mí.

Fanshaw disponíase a replicar. Su esposa le contuvo. Su ceño arrugóse repentinamente.

— Aguarde un instante — dijo. — ¿Cuál era el nombre del banco de Londres y a nombre de quién se dirigió el cablegrama?

— El cablegrama estaba firmado por John Smith e iba dirigido al London and Northwestern Bank.

— ¿John Smith? — dijo Nina, triunfal.

— ¿Y quién entregó ese cablegrama?

— Un indígena que no ha podido ser individualizado.

— Entonces quizá pueda hacer algo de luz en este asunto. Cuatro días ha, al obscurecer, cuando me hallaba en la galería, un indígena que vagaba por el camino me preguntó si había visto a cierto



y determinado oficial. Al principio no llegué a enterarme bien de lo que me quería decir, y, como tenía un papel en la mano, le pedí que me lo mostrara para ver si allí estaba el nombre. Aquel papel era el recibo de la oficina cablegráfica y se refería a un despacho remitido por un tal John Smith al London and Northwestern Bank. Yo le dije que no conocía a ningún oficial con aquel nombre. Le pregunté si estaba seguro de que, en efecto, era a John Smith a quien buscaba, y, con ingenuidad, me confesó que no, que era al mayor Sahib Rolfe. Yo, entonces, como era lógico, le indiqué la dirección del mayor Rolfe.

— ¡Eso es una mentira! ¡Una burda calumnia! — gritó Rolfe fuera de sí.

— Sea un poco más correcto, Rolfe — díjole Bruce. — Olvida usted que está hablando con una señora y en su casa.

— ¡Pero está bordando una patraña para salvar a su marido! ¡Repito que eso es una mentira! — gritó Rolfe.

— Aquella misma noche — continuó Nina, indiferente a la interrupción de Rolfe, — aquella noche oímos decir por ahí que el mayor Rolfe había muerto a un indígena que encontró en el trance de penetrar en sus aposentos.

— Eso es verdad — agregó Rolfe. — Cogí al ladrón cuando saltaba por la ventana. Pero lo demás es un cuento. ¡Mire, Bruce, yo no quiero permanecer aquí un segundo más mientras la señora Fanshaw se dedique a inventar patrañas semejantes! Creo que ya es hora de regresar y decir al general que Fanshaw se niega a firmar su confesión. Vamos, pues.

Dió un paso hacia la puerta.

— ¡No! — gritó la señora de Fanshaw, y colocándose delante de Rolfe le interceptó el paso hacia la puerta. — Le agradeceré a usted, mayor Rolfe, que aguarde unos segundos. — Y luego, volviéndose a Bruce, agregó: — Frank, suponiendo, y le ruego que se ponga en tal caso, suponiendo que el mayor Rolfe fuera quien, una vez enviado el telegrama, hubiera guardado en sus bolsillos el telegrama, ¿no estaría bien que le revisáramos para ver si en sus bolsillos guarda esa pieza de convicción que puede ser la salvación de un inocente?

— ¡Eso es un desatino! — exclamó Rolfe con acritud. — ¡Déjeme usted pasar!

Nina, sin hacerle caso, se dirigió a Bruce.

— ¡Frank, le ruego a usted que registre a Rolfe antes de abandonar esta habitación!

Bruce vacilaba.

— ¡Señora! Lo que usted me pide es un imposible. No puedo inferir semejante ultraje a un compañero.

— ¡Frank, no olvide usted que Dick necesita un amigo ahora más que nunca! Bruce se volvió hacia Fanshaw.

— ¡Fanshaw! Rolfe es mi amigo, usted no lo es. Antes de humillar en tal forma a Rolfe, le pregunto a usted: ¿ha copiado o no ese plano?

— Le juro a usted, por Dios que no — juró Fanshaw enfáticamente.

— Rolfe — dijo Bruce haciendo un esfuerzo — me resisto a creer semejante inculpación, pero por nuestra amistad, permita que le registre.

—De ninguna manera—dijo Rolfe, indignado.

Rolfe estaba lívido, trémulo por la indignación.

Bruce, colocado frente a la esposa de Fanshaw, obstruía la salida. Ante las palabras de Rolfe la sospecha surgió en él.

— Rolfe — dijo. — Estoy firmemente decidido a registrarle a usted si no accede a mostrarme sus bolsillos de buen grado.

— ¡Vaya! — le enrostró Rolfe, despectivo — ¡Ni que fuera usted el hombre más honorable de toda la guarnición! Sólo concedo ese derecho al general. Y le conmino a que me deje libre el camino cuanto antes.

Bruce sonrió. En aquel preciso instante, sin que pudiera evitarlo, Rolfe se le arrojó encima. Lucharon un instante, y al cabo, sin que el agresor pudiera moverse, estaba sobre él, una mano aferrada a la garganta y la otra registrándole los bolsillos. Apareció una cartera con cartas y se la entregó a Nina.

— ¡Aquí está! — exclamó radiante.

— ¿Cómo es eso? — preguntó Bruce, dejando en libertad a Rolfe. — Fanshaw, venga aquí, tome ese revólver y no me deje mover a este hombre.

Luego, aproximándose a la ventana, observó los trozos de papel que le entregó la señora de Fanshaw. Uno era el recibo de la oficina del cable y el otro lleno de firmas que evidenciaban el estudio de la de «John Smith». Se encaró con Rolfe, quien, sin haberse incorporado, se hallaba bajo la amenaza del arma que empuñaba Fanshaw.

— ¿Tiene algo que decir?

Una injuria fué la única contestación.

Bruce dijo a la señora de Fanshaw:

— Señora... ¿quiere dejarnos solos? Usted ya ha desempeñado su papel. Dick y yo nos encargaremos del resto.

Nina salió. Quedaron los tres hombres frente a frente, silenciosos. El que tomó la palabra fué Bruce.

— Rolfe — dijo lacónicamente. — En otro tiempo tuve el honor de servir bajo las órdenes de su padre, que era un perfecto caballero. Por respeto a él le concedo la gracia que el general había acordado a Fanshaw. — Y señalando la mesa, agregó: — Siéntese ahí y escriba. Luego, Fanshaw y yo le acompañaremos hasta su departamento.

La voz de Bruce, al final fué casi incomprensible.

Rolfe permaneció mirándole. Durante un instante pareció leer en los ojos de su compañero de armas aquella decisión inexorable. Después, lenta, inconscientemente, dirigióse hacia la mesa y escribió.

El general permanecía aún en su despacho, recostado en su sillón, cuando, saludándole militarmente, entró Bruce.

— ¿Y Rolfe? — inquirió al verle solo.

Bruce dió dos pasos y le entregó una nota escrita en un trozo de papel.

— Aquí está, mi general — dijo con voz que le costó un esfuerzo inaudito dejar escuchar.

El general, cambiando su pipa de uno a otro extremo de la boca, le contempló.

— ¿Y después?

Bruce hizo un gesto vago. El general sonrió.

— Una mala cabeza — dijo. — Yo casi estaba seguro de que él era el culpable, aunque algo indicaba también que Fanshaw...

— Entonces, mi general, usted supone...

El general se encogió de hombros.

— Uno de los dos tenía que ser. Yo sabía que Fanshaw, siendo inocente, no firmaría. No me he equivocado.... El arte de la guerra, mi querido Bruce, consiste en producir repentinas crisis y tomar medidas para aprovecharlas. Usted, exactamente, no puede prever o que hará, pero puede decir con mucha aproximación lo que desea... si es usted un hombre recto y cabal. — Luego sonrió significativamente, diciendo: — Y yo sabía que usted es un hombre íntegro.



PALABRAS
DE
SANGRE AZUL



En su excelente «Historia del criticismo y del gusto literario en Europa desde los más antiguos textos hasta el presente» escrita en inglés por el profesor George Saintsbury, que lo fué de retórica y literatura inglesa en la Universidad de Edimburgo, y en el volumen II al tratar de aquel González de Salas que escribía hacia 1633, se pára en que don Marcelino Menéndez y Pelayo decía de él, y era que su estilo de escribir era «la misma lobreguez y el mismo desconsuelo».

Y el criticista y crítico inglés al comentar el juicio de nuestro don Marcelino dice: «Es una cosa curiosa, pero que puede hallar en dondequiera paralelo, que el extranjero, que no sabe qué es lo que *tenía que* haber dicho el hombre para transmitir su sentido propiamente puede, en casi todas las lenguas, llevar a ese sentido más fácilmente que el nativo, que se ve apartado de él por excentricidad y barbarismo. Palabras, por ejemplo, como *lucífugas* y *parasangas* que don Marcelino condena a especial reproche, son para un inglés, con su Virgilio y su Jenofonte en la cabeza, tal vez más fáciles de entender que algunas de las más castizas palabras del puro español».

Para lo que traduzco aquí por castizas emplea Saintsbury una expresión inglesa que no cabe traducir de otro modo. Dice: *of the bluest-blooded words of pure Spanish*, o sea «palabras de la sangre más azul». Y la sangre azul en el lenguaje no puede ser más que su casticidad. Una palabra de sangre azul castellana, o aragonesa, o andaluza, o asturiana, o argentina, o mejicana o colombiana no es sino una palabra castiza en una de esas diferentes hablas de nuestro común lenguaje español. Y es evidente que una palabra no castiza puede ser mucho más clara no sólo para un extranjero sino hasta para un español.

El casticismo suele ser muchas veces motivo de obscuridad y la obscuridad es motivo de muerte en un idioma. Del mismo modo las familias, los linajes, que se preocupan en exceso en mantener la pureza de la sangre, su casticidad, su *azulidad*, acaban por hacerse estériles y extinguirse. Sólo la sangre roja se propaga.

Yo que propendo, sin duda por mis estudios profesionales — llevo más de veinte años explicando la historia y evolución de la lengua española, — a emplear voces y locuciones castizas, populares, que difieren algo de la corriente e incolora lengua de los periódicos, he oído muchas veces a extranjeros, y sobre todo a los que han traducido obras mías a sus respectivos idiomas, que mi lengua les resulta una de las más difíciles de traducir. De tal modo que cuando escribo algo para que sea traducido suelo escribirlo en otra lengua más incolora, más periodística, más cosmopolita si se quiere, en una lengua que es más vestidura que carnadura.

Porque hay lengua que es vestido y hay lengua que es carne del pensamiento. El que escribe con lengua que llamaríamos indumentaria, de vestido, no puede mostrar desnudo su pensamiento, no puede desnudar su pensamiento al expresarlo por palabra o por escrito. Sólo desnuda su pensamiento el que lo encarna y no el que lo viste. Los sastres de la literatura, los estilistas, jamás llegan a desnudarlo. Y acaso es mejor, pues tratan de encubrir su deformidad. Y estilista no quiere decir el que tiene estilo. Al contrario, suele llamarse estilistas a los que no tienen estilo propio.

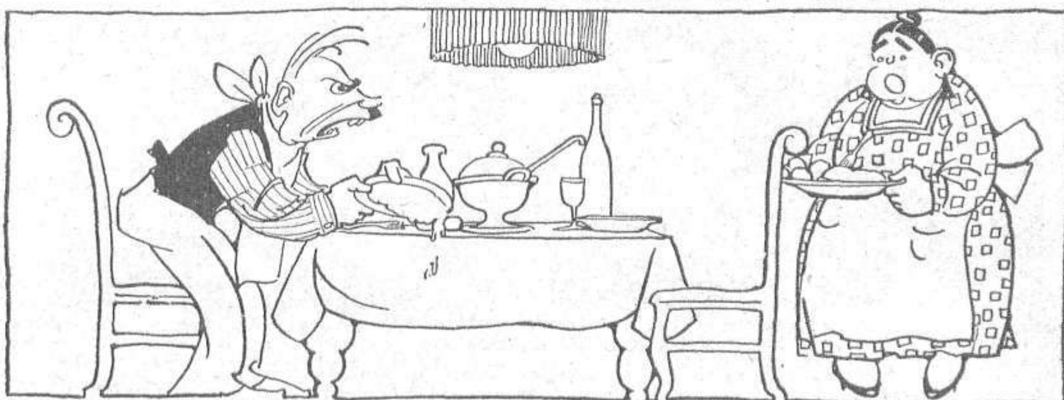
Ahora que la sangri-azulidad — permítaseme el vocablo — o la casticidad de un vocablo puede llegar a ser una afectación pedantesca, en la que entra de por mucho la moda. Hay temporadas en que se pone de moda una palabreja o una locución, sobre todo cuando algún escritor la saca a flote o de un mamotreto antiguo o del fondo popular. Me acuerdo una temporada en que andaba de moda *pergeño*, y recientemente he observado que hay escritores que buscan la ocasión de decir que uno *se tocaba* la cabeza con gorra, boina o sombrero. Eso de «se tocaba» les hace mucha gracia.

El *lucífugas* de González de Salas le ha de resultar a un inglés que sepa algo de latín más claro que cualquier otro vocablo, que no acierto a dar con cuál podría ser, con que nuestro humanista del siglo XVII lo hubiese sustituído. Y hasta hay frases a las veces que si las romanceamos del todo pierden su sentido. «Le tocó el estro y tomando el plectro tañó la cítara». Traduzcámoslo, teniendo en cuenta que *estro* es tábano, *plectro* es púa y *cítara* es guitarra y nos quedará en que «le picó el tábano y tomando la púa se puso a tocar la guitarra o la bandurria».

Hay textos que en rigor no se traducen. Tal aquel de que «las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella» ya que ni se trata del Infierno ni en castellano quiere decir nada prevalecer una puerta. Pero de esto otra vez.

MIGUEL DE UNAMUNO

DICHO Y HECHO, POR MACAYA



LA CAMPAÑA CONTRA LAS MOSCAS

El marido. — ¡Dos moscas en la sopa! ¡Esto es inaguantable!

La señora. — La Asistencia Pública dice que hay que acabar con las moscas. Yo sigo los consejos de la Asistencia Pública y las ahogo.



DON HIPOLITO EN EL ROSARIO

—¡Qué bien está don Hipólito! ¡Qué admirablemente se conserva!

—Se ve que no quiere jubilarse.

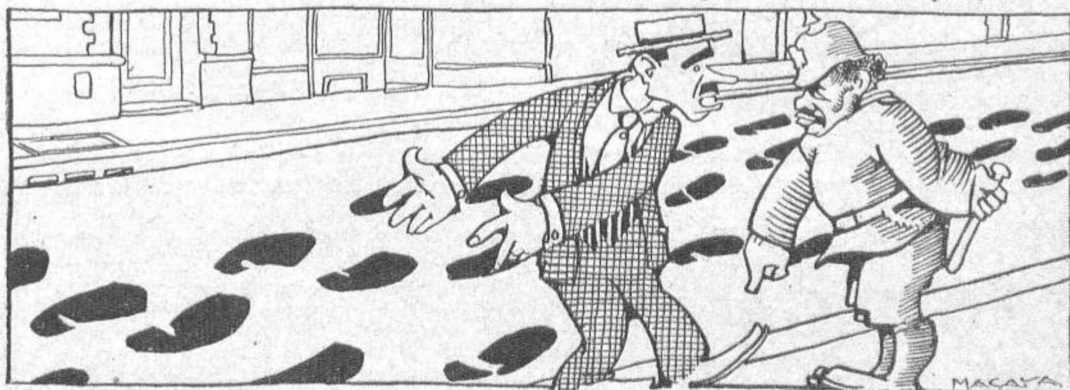


LA ESTACION ULTRAPODEROSA

Elpidio. — Yo también he recibido un radiotelegrama de don Marcelo.

—¿Y qué le dice?

—«Quédese por ahí. No hace falta que vuelva».



EL AFIRMADO DE LUTO

— Dígame, señor agente, ¿va a pasar por aquí algún entierro oficialista?



Señor José María Bolaño Marana, aventajado estudiante de Ingeniería de la Facultad de Buenos Aires, que acaba de publicar una importante obra titulada: "Geometría Proyectiva Genérica".



Señor Enrique E. Núñez Astorga, recientemente nombrado Cónsul General de la República en Casablanca, quien se embarcará el 6 de febrero a bordo del vapor "Lutetia", a hacerse cargo de su puesto.



Señor Manuel Costa, nombrado por el Poder Ejecutivo Gobernador del Chubut, designación que ha sido muy bien acogida en la gobernación por las relevantes condiciones del nuevo mandatario.



Mayor Horacio Levene, recientemente designado, por resolución del Tribunal de Clasificaciones, Inspector de Gimnasia y Esgrima del Ejército.

LA LLAVE

¡Qué admirable es la llave de oro que cierra cuidadosamente la puerta de la torre donde viven los fantasmas!...

Si sabes usarla, si tienes cuidado de que en determinados momentos no se abra esa puerta, por más que desde adentro el tumulto de las tristezas, de los temores, de las preocupaciones, de la pasión de ánimo, quiera forzarla, ¡cuánta será tu paz y cuán permanente tu alegría!

Al principio es muy difícil mantenerla cerrada: los fantasmas negros tiran de las hojas con toda su fuerza; logran entreabrirlas y se van colando por allí, e invaden el campo de tu alma, y destierran de él las santas flores de la alegría.

Pero la gimnasia váse haciendo cada vez más fácil y segura. Adquiérese una gran agilidad; sorprendes en seguida los movimientos astutos de la turba negra y acabas por confinarla definitivamente en la torre de la pena, de las imaginaciones dolorosas, de los miedos sin razón, de las angustias sin objeto...

Lo esencial es ser rápido en los movimientos. En cuanto adviertes que se quiere colar algún fantasma, examina la cerradura, da dos vueltas a la llave y vuelve la espalda.

El fantasma será insinuante. Volveráse expresivo. Pretenderá decirte muchas cosas. No hagas caso de sus invitaciones, de sus solicitudes, de sus argucias, de su llanto: lo que él quiere es envenenarte el día.

Dirás acaso que, con tener condenado el castillo entero, escaparías para siempre... Mas debo decirte que en ese castillo moran también las imaginaciones alegres, los pensamientos joviales que nos hacen llevadera la vida, y la ciencia está en dejar a éstos libre la puerta y en impedir a los otros la salida...

¡Qué admirable es la llave de oro que cierra cuidadosamente y a su tiempo la puerta de la torre donde viven los fantasmas!... — AMADO NERVO.

IPERBIOTINA
MALESCI



Reparador Auxiliar para las FUERZAS AGOTADAS

Iperbiotina Malesci, el tónico para todas las edades y sexos. La fuerza vitalizante que fortifica los nervios y hace pura la sangre.

Preparación patentada del Establecimiento Químico
Dr. Malesci. — Firenze (Italia).
Inscripta en la Farmacopea Oficial del Reino de Italia.

Venta en Droguerías y Farmacias.

Unico Concesionario-Importador en la República Argentina: M. C. de MONACO
VIAMONTE, 871 — BUENOS AIRES

De Avellaneda



Aspecto que presentaba el amplio salón del Teatro Roma durante el banquete ofrecido al señor Nicanor Salas Chaves, ex Intendente Municipal de Avellaneda, como homenaje a su feliz gestión administrativa.

EL ARTISTA

Una tarde sintió en su alma el deseo de esculpir la estatua del Placer del Momento. Y recorrió el mundo buscando bronce. Su única preocupación era el bronce.

Pero el bronce de todo el mundo había desaparecido; en ninguna parte del mundo entero había bronce, excepto el bronce de la estatua de la Eterna Tristeza. Esta estatua la poseía él mismo, y con sus propias manos la había esculpido, y la había erigido sobre la tumba de lo único que había amado en la vida.

Sobre la tumba de la mujer que más había amado levantó la estatua que él mismo creó, que serviría como recuerdo del amor del hombre, que jamás muere, y símbolo de la tristeza del hombre que perdura siempre. Y en el mundo entero no había otro bronce excepto el bronce de esta escultura.

Y él cogió la estatua que él mismo había hecho y la arrojó en un inmenso horno ardiendo en fuego.

Y del bronce de la estatua de la Tristeza Eterna, creó la estatua del Placer Fugaz...



Como elpidista acérrimo
y político puro e integérrimo
don Inocente busca, entusiasmado,
todo lo que de Elpidio se conoce;
cosa que le produce extraño goce
y le deja extasiado.
Consultó con un sabio moscovita,
con una señorita
excelente bibliófila
y, también, elpidiófila,
con un negro, educado y sibarita,
con varios literatos,
con un cura y un médico:
Y leyó un diccionario enciclopédico
juntando, ansioso, los siguientes datos:

6 DE FEBRERO

San Elpidio Rústico, poeta y médico.

—También era poeta—
don Inocente dice—
¡Oh, santo! a quien se adora y se respeta
¿no fuiste, acaso, vice?

4 DE MARZO

San Elpidio, obispo y mártir, en el Quersoneso.

—¿Por ventura, el Congreso
no viene a ser también un Quersoneso?

2 DE MAYO

San Elpidio, mártir, en Melitano de Armenia.

—En vez de pedir sueldos y subsidios
fueron mártires todos los Elpidios.
Desprecia a quien te hostiga
porque ese nombre obliga.

18 DE JUNIO

San Elpidio, pastor.

—Tú, de igual modo, serio y comedido,
guías a las ovejas del partido.
Si ves que no te siguen tus ovejas
valiente y decidido,
¡córtales las orejas!

2 DE SEPTIEMBRE

San Elpidio, primer obispo de Lyon, sucesor de San Justo.

—Debe de estar furioso don Marcelo
viendo tantos Elpidios en el cielo.

2 DE SEPTIEMBRE

San Elpidio, abad en la comarca de Ancona, cuyo nombre tomó la ciudad que se gloria de poseer sus reliquias.

—¡Dos santos de igual nombre el mismo día!
El saberlo me llena de alegría.

4 DE SEPTIEMBRE

San Elpidio, mártir en Ancira de Galacia.

Fué mártir en Ancira de Galacia
y hoy gozará de la Divina Gracia.

¡Elpidio, Elpidio, Elpidio:
me entero de esas cosas y te envidio!

16 DE NOVIEMBRE

San Elpidio, del orden senatorio, confesó delante de Julián el Apóstata (un radical renegado) su fe de Cristo, fué atado a la cola de caballos indómitos y, por si esto no fuera bastante, le quemaron vivo.

Todo el martirologio
puede llenar, Elpidio, con tu elogio.
¿No anima, en estos tiempos decadentes,
tener antecesores tan valientes?

Prosigue sus lecturas
que a veces le parecen muy obscuras;
Descubre algo, por fin, que le interesa
leyendo con sorpresa:

OBISPOS DE ASTORGA

ELPIDIO SUCESOR DE CANDIDATO

Desde cerca del 654 en adelante

Aunque algunos Códices Ms. escriben el nombre de este prelado con variedad, *Alpidius, Hilpidius* e *Ilpidius,* otros ponen *Elpidius,* que es el usual, correspondiendo al tema griego, y es como en latín *Sperantius.* Concurrió al Concilio x de Toledo, celebrado en el año de 656.

—¡Caramba! ¿será Alpidius?
¿Será Hilpidius? Lo dudo.
¿O, quizás, será Ilpidius?
No; mejor es Elpidius.
Elpidius me parece macanudo.

—

De un libro, traducido al castellano
copia, don Inocente, muy ufano:
«—¿Sabe usted quién era Elpidio?
La pregunta era tan extraña que no pude contenerme y pregunté a mi vez:
—¿Quién era?
—Elpidio—contestó;—fué el segundo obispo de Toledo.
—¿Y a que viene eso?
—Eso viene... a que el obispo Elpidio fué el que tuvo la idea de consagrar la Iglesia a la Virgen, que es la causa de que la Virgen viniera a visitar la iglesia.»
(*España,* por Edmundo de Amicis).

—

—Por lo creyente y pío
la virgen debe visitar al mío,
a mi Elpidio adorado, y ayudarle
y, si le hiciere falta, aconsejarle.
Soy cristiano y confío
en que así ocurrirá.
Don Inocente
prosigue investigando, con sosiego.
Y, lleno de entusiasmo, dice luego:
—Le canonizarán, seguramente.



LUIS GARCIA



Discos Dobles "Nacional"

12 DISCOS CON 24 NOVEDADES DE GRAN ACTUALIDAD

DUO GARDEL - RAZZANO
(Con 4 guitarras RICARDO-BARBIERI)
Discos dobles «NACIONAL», de 25 centímetros, a $ 3.25

18086 { **Sobre el Pucho.** Tango. Solo Gardel. González-Castillo-Piana.
Desengaño. Tango Solo Gardel. Caruso-Canaro.

18087 { **Tu Vieja Ventana.** Vals. Dúo. Rio-Barbieri.
Desdichas. Tango. Solo Gardel. Contursi-Gentile

LOLA MEMBRIVES. — (Con Orquesta maestro JOVES)

10444 { **Celosa.** Tango. Romero-Jovés.
Flor del Mal. Shimmy. Wolter-Montesino.

ROBERTO FIRPO. — Orquesta Típica y Jazz-Band
Discos dobles «NACIONAL», de 25 centímetros, a $ 3.—

6229 { **Sombras.** Tango. Típica. F. Pracánico.
Vencedor. Tango. Típica. R. Firpo.

6233 { **Bebé.** Fox Trot. Jazz-Band. A. Silver.
Gallo Viejo. Tango. Típica. J. F. Noli.

FRANCISCO CANARO.—Orquesta Típica y Jazz-Band

6948 { **Chispa...** Shimmy. Con serrucho. Jazz-Band. F. Pracánico.
Pico a Pico. Tango. Típica. H. Canaro.

6958 { **Francesita.** Tango. Típica. E. Delfino.
¿Se Acuerdan Muchachos?... Tango. Típica. E. Delfino.

FRANCISCO LOMUTO. — Orquesta Típica.

7602 { **Nunca Más.** Tango. F. J. Lomuto.
El Consentido. Tango. Iribarne-Valdez.

ELEUTERIO YRIBARREN. — American Jazz-Band

8012 { **Falstaff.** Shimmy. G. Calarco.
La Chula de Madrid. Pasodoble. A. Soler.

8013 { **Chispa...** Shimmy. F. Pracánico.
Je Pleure D'Amour. Shimmy. M. I. G.

IGNACIO CORSINI — (Con 2 guitarras)

224 { **Sombras.** Tango. Serveto-Pracánico.
Juan de los Santos Arena. Estilo. J. de Charras-Corsini.

IGNACIO CORSINI
(Con Orquesta ROBERTO FIRPO, a $ 3.25)

18410 { a) **El Pericón de Martín Fierro.** (Especial para baile). González Castillo-Canavesi. (Arreglo de Antonio de Bassi).
b) **Metejón.** Tango. Acompañamiento de guitarras. Goyeneche-Chiarello.

FALSTAFF

SHIMMY DE **G. CALARCO**
POR **E. YRIBARREN**
(AMERICAN JAZZ-BAND)
DISCO Nº 8012



Fonógrafo Glücksmann sin bocina

La máquina parlante más perfecta y más barata. Precio con 200 púas $ 45.-

MAX GLÜCKSMANN



CALLAO Y BMÉ MITRE · BUENOS AIRES · FLORIDA Y LAVALLE

ROSARIO
CORDOBA 1048



MONTEVIDEO
18 de JULIO 966



De Lomas de Zamora



Las señoritas de Orcolo en el Corso de Flores, celebrado en ocasión de las fiestas patronales a beneficio de la Iglesia Parroquial.

EL SECRETO DE LA SIMPATÍA

El secreto de la simpatía consiste puramente en olvidarse completamente *de sí mismo. Las personas* que dominan por el cariño que inspiran son las que se olvidan de sí mismas y sólo piensan en el bien y en el gusto que pueden proporcionar a los demás. Ningún adorno corporal ni moral tiene más influencia que la simpatía.

En la historia de Francia vemos cómo ninguna mujer tuvo más poder para fascinar a los que la rodeaban que Madame Recamier.

Sus retratos prueban que no era mujer hermosa como las había en la Corte, y, sin embargo, hasta hermosa la llamaron.

Aun después de que hubo pasado la causa para que ejerciera atractivo personal sobre el corazón de los demás, cuando era ya muy vieja, su poder no había disminuído.

Los escritores consultábanle sus obras, los pintores le enseñaban sus cuadros, los estadistas le presentaban sus proyectos, y todo eso no era debido solamente a su talento sino al empeño que ella tenía para servir a sus amigos, para hacerles todo el bien que podía.

Era amable de una manera inconciente y se interesaba ingenuamente por el bien del prójimo.

Nada importa la hermosura, **nada** los adornos y las joyas, muy poco el talento, si una y otra cosa no van acompañadas de un carácter simpático, de una cara risueña y de un corazón bondadoso.

El buen humor y los buenos sentimientos se retratan en el rostro, y esas cualidades son las que producen simpatías. — VÍCTOR HUGO.

El Triunfo de las Enseñanzas Femeninas por Correspondencia

Corte y Confección - Repujado - Pirograbado



Srta. Tomasa Elgue, de Carlos Tejedor (F. C. O.).



Señorita Santina Dómina, de Carhué (F. C. S.).



Srta. María M. Pepino, de Nueva Escocia, P. S. Luis.



Señorita Manuela Couce, de la Capital Federal.



Señorita Herminia Tito, de la Capital Federal.

La nota más elocuente del ano 1923 relativa a la educación de la mujer, la ha dado el Instituto de Enseñanza por Correspondencia de Artes y Conocimientos Femeninos «Corte Práctico El Profesor», entidad famosa por sus sistemas únicos y privilegiados y por sus procedimientos de verdadera moralidad, basados en que la alumna debe abonar sus estudios por series de lecciones a medida que ella misma las pide, eliminando por entero el factor tiempo con todas las dudas e inconvenientes que suscita.

Es honroso consignar que el número de diplomadas en Corte y Confección en el año — solamente en la Argentina — ha llegado a la cifra de 409, siendo creciente, entre los millares de *alumnas que estudian, el número de las que, poseyendo* una verdadera cultura y ocupando una posición honorable, completan con la más preciada materia el valor de su ilustración, y ello se debe al carácter distinguido de una enseñanza tan perfecta y moderna. La brevedad del espacio sólo permite hoy la publicación de los seis retratos que adornan estas líneas, que corresponden a cultas Profesoras, título conseguido después de algunos meses de brillantes estudios y exámenes, rendidos enteramente por correspondencia. Solicite a la Directora en Buenos Aires, calle Córdoba, 3863 un folleto gratis del curso que le interese. (En Montevideo, Av. Agraciada, 803).



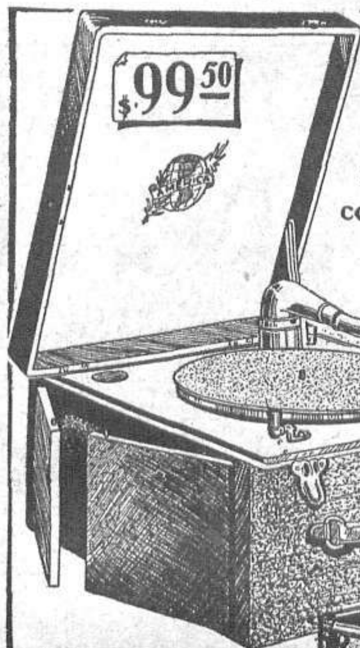
Srta. Natalina M. L. Caffoni, de Gral. Villegas (F. C. O.).

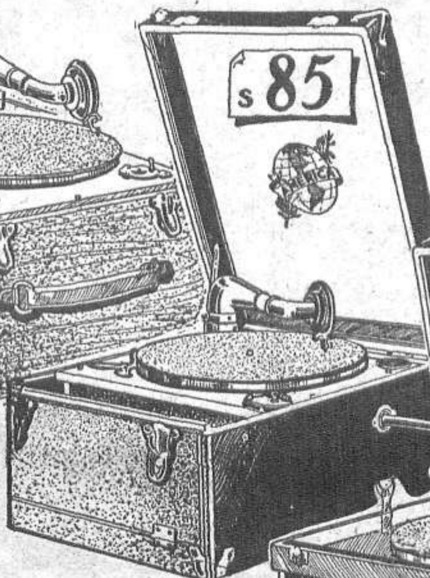
UN VERANEO
AGRADABLE, DELICIOSO

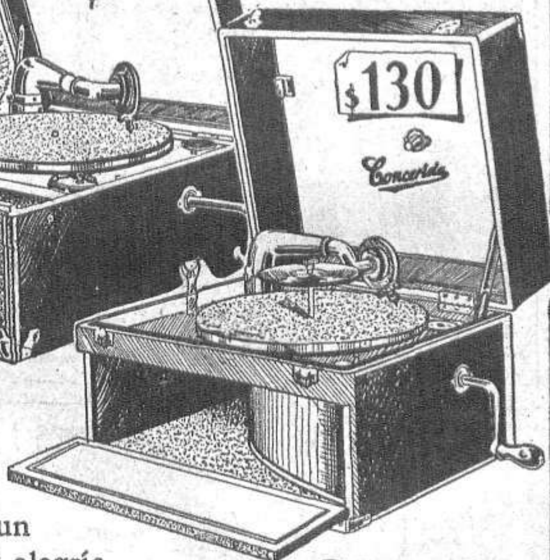
le resultará dondequiera Vd. lo pase, si lleva consigo su **MUSICA PREDILECTA** que nuestras

CONCERTOLAS VALIJA

le reproducirán adónde y cuándo usted lo desee.







Con una molestia insignificante, dado el pequeño volumen y peso de la

CONCERTOLA DE VIAJE

usted llevará en sus excursiones, en las fiestas campestres, un manantial inagotable de placer y alegría.

OFRECEMOS TRES MODELOS DISTINTOS CADA CUAL MEJOR

N.º 110. — **CAJA SOLIDA** forrada en tela imitación cuero, motor Suizo perfeccionado. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, a.. $ **85.—**

N.º 111. — **HERMOSA CONCERTOLA** de viaje, caja en fina madera de roble o terminación caoba, con cajoncito portadiscos, motor Suizo perfeccionado. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, a.. $ **99.50**

N.º 360. — **REGIA CONCERTOLA** de viaje, con dispositivo especial que permite llevar dentro del aparato 24 discos dobles. Motor Suizo perfeccionado, de dos cuerdas. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, a.................................. $ **130.—**

N.º 50. — **VICTROLA DE VIAJE.** Caja en fina madera de roble o caoba. Con 200 púas y embalaje gratis.......... $ **190.—**

Otros modelos de CONCERTOLAS de mesa y salón y GRAFOFONOS AMERICA, desde $ 35.— hasta $ 1.300 m/n.

SOLICITE GRAN CATALOGO ILUSTRADO N.º 22 ENVIANDO $ 0.20 EN ESTAMPILLAS

CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI

AVENIDA DE MAYO, 979 — BUENOS AIRES

No tenemos Sucursales. — No cerramos los Sábados.

DISCOS

Novedades de gran Exito

Orquesta Típica y Jazz Band ROBERTO FIRPO

Discos dobles «NACIONAL», de 25 centímetros, a $ 3.— c/u.

6224 { **Desdichas.** Tango. A. Gentile.
Flor del Mal. Shimmy.

6229 { **Sombras.** Tango.
Vencedor. Tango.

6230 { **Muchachita.** Tango.
Midnight Rose. Fox Trot.

Orquesta Típica y Jazz Band FRANCISCO CANARO

Discos dobles «NACIONAL», de 25 centímetros, a $ 3.— c/u.

6948 { **Chispa.** Shimmy con serrucho.
Pico a Pico. Tango.

6951 { **Tu Plegaria.** Tango.
Marina. Shimmy con serrucho.

6958 { **Francesita.** Tango.
¿Se Acuerdan Muchachos? Tango.

Orquesta "PACHO". (J. MAGLIO)

Discos dobles «NACIONAL», de 25 centímetros, a $ 3.— c/u.

7409 { **Pingo Mio.** Tango.
Sin Drenaje. Tango.

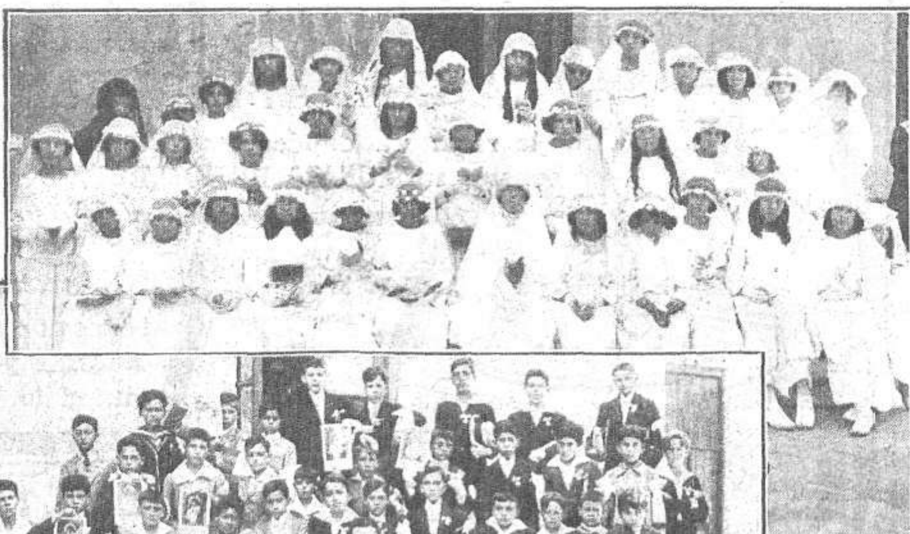
7411 { **América.** Shimmy con serrucho.
Viejecita Mia. Tango.

Orquesta Típica. OSVALDO FRESEDO

Disco VICTOR, de 25 Ctms., a $ 3.— c/u.

73921 { **Cenizas.** Tango.
Idolos. Tango.

De Lomas de Zamora


Niñas que tomaron la primera comunión el día de Nuestra Señora de la Paz, patrona de Lomas.


Grupo de niños que hicieron su primera comunión en la Iglesia Parroquial, en ocasión de las fiestas patronales.

La Belleza Juvenil

puede conservarse casi indefinidamente..

Consejos prácticos de la célebre especialista

Charlotte Rouvier



Cómo puede absorberse un cutis viejo.

Una joven que firma "Descorazonada" me escribe: "He probado de todo para mi pobre y horroroso cutis, que es muy áspero y lleno de manchas", y me pregunta: "si realmente existe algo que pueda remediarlo eficazmente".

Tratando su cutis con las cremas que se venden en potes y frascos, se expone usted a empeorar su situación. La única manera de transformar un cutis malo es "quitarlo", es decir, hacerlo desaparecer. Y esto se obtiene con el uso de la cera mercolizada (en inglés: "pure mercolized wax"), que puede hallarse en cualquier farmacia, y que se aplica, como si fuera cold-cream, todas las noches, retirándosela por la mañana con un poco de agua tibia. La capa mortecina de la piel queda absorbida, dejando al descubierto el nuevo, sonrosado, lozano y hermoso cutis que se halla debajo. El tratamiento que aquí dejo recomendado no causa ningún inconveniente: nadie podrá apercibirse de que usted lo está siguiendo, pues el cutis viejo se desprende imperceptible y paulatinamente.

No más sobaqueras.

Un conocido farmacéutico da a las mujeres un consejo de toilette que seguramente habrá de ser interesante para todas ellas, pues viene a hacer innecesario el uso de las molestas sobaqueras o bajobrazos. Parece ser que el sudor excesivo puede ser completamente evitado con la simple aplicación, a las partes afectadas, de un poco de sencillo borite, que es un agradable e inofensivo polvo blanco, antiséptico y desodorante, que puede ser conseguido en casi todas las farmacias. Dos o tres aplicaciones de este polvo blanco de borite, durante igual número de días, evitan la excesiva transpiración y neutralizan todo olor desagradable.

¿Puede colorearse el rostro sin rouge?

Indudablemente, un poco de color en las mejillas sienta bien a casi todas las mujeres. Pero el color natural es raro y fácilmente desaparece por cualquier indisposición o a la menor fatiga. El rouge daña al cutis, y además siempre se nota. Si sus mejillas no son naturalmente rosadas pruebe el efecto que les produce el rubinol en polvo: pone en un rostro pálido un delicado toque de color que no puede distinguirse del natural. Es absolutamente inofensivo para el cutis. Casi todas las farmacias y perfumerías pueden venderle un poco de rubinol en polvo.

Acerca de shampoos.

Hay un sinnúmero, que pueden ser calificados como buenos, innocuos y malos. Es imposible que una marca de shampoo pueda resultar apropiada para cada diferente especie de cabello. En algunos casos, saca demasiado del aceite natural; en otros, insuficiente. Las personas de cabello claro necesitan un shampoo más suave que las de cabello obscuro. Lo lógico, pues, es que uno mismo prepare su propio shampoo, graduando su fuerza de acuerdo con las necesidades de su cabello. Como una planta en tierra fértil y bien cuidada, el cabello crecerá abundante y hermoso si se le cuida apropiadamente; pero si abúsase de él, como hacen muchas mujeres que lo lavan con fuertes soluciones alcalinas, se obtendrán los mismos efectos que si se echa un veneno para yuyos sobre una planta delicada. Antes de concluir debo manifestar que mi farmacéutico me recomendó el empleo de stallax sencillo, en lugar de los shampoos en polvo, ya preparados; y debo hacer constar que esta substancia resulta ideal para el fin indicado. Hace que el cabello se vuelva suave y ondulado. En cualquier farmacia, se puede conseguir stallax, en paquetes cerrados que contienen suficiente cantidad para 35 ó 40 shampoos; también se expende, por pocos centavos, en pequeños paquetitos de muestra.

Supresión del bozo en la mujer.

Para las damas que ven su belleza desfigurada por este molesto crecimiento de vello, constituirá una gran noticia saber cómo se extirpa de un modo permanente ese vello. Para este propósito debe usarse el porlac pulverizado, de cuya sustancia casi todos los boticarios pueden venderle a usted una onza. El tratamiento se recomienda no sólo para la desaparición instantánea del vello que os desfigure, sino para matar por completo las raíces, sin que por esto sufra la belleza de vuestra piel.

UN DRAMA EN EL LICEO DE SEÑORITAS



De las chicas de Bouzada decíase en el Liceo que el padre poseía grandes obrajes en el Chaco y extensas plantaciones de yerba mate en Misiones. Las de Bouzada eran tres hermanas a cual más hermosa. Luego, estaban rodeadas en su mansión, verdaderamente señorial, de toda suerte de comodidades, y el lujo las acompañaba por doquiera, desde los pies, enguantados en el zapato magnífico, hasta la rica toca que cubría la primorosa esponja de la melena. Poseían numerosa servidumbre. Dos criadas acompañaban a las niñas al Liceo, y estas mismas dos criadas sufrían larguísimos plantones bajo el sol en verano o los rigores del frío en invierno, para esperar la salida de sus amitas. Las dos criadas iban vestidas completamente de blanco y llevaban los maletines de las niñas. En el Liceo las Bouzada no sobresalían por sus cualidades de inteligencia, aunque preciso es convenir en que eran aplicadas. Sus condiscípulas mirábanlas con un airecillo de envidia. Claro está, esos vestidos que cambiaban tan a menudo eran como una provocación... Y dejaban adivinar, desde luego, el gran palacio señorial donde vivían las «niñas» y las comodidades que circundaban a los moradores.

Las tres hermanas se llevaban un año de edad por este orden: Elsa, Margarita, Lidia. La primera era morocha, las restantes rubias. Llegaban siempre a clase con las uñas bien afiladas y relucientes, con las pestañas arqueadas, con la melena hecha una esponja primorosa. Las cejas formaban dos perfectos arcos que se sutilizaban hacia la sien en una línea delgada, imperceptible. Esos encantos revelaban a las claras un cuidado asiduo y costoso. Las chicas no tenían más que desperezarse de mañana, alzar los brazos como con fastidio, apretar el botón del timbre... Al punto estaba a la cabecera de la cama una mucama con el desayuno. (Generalmente chocolate con tostadas.) Lo demás, vale decir la higiene y el arreglo personal, era obra de la misma mucama que comenzaba por colocar tras la media fina y transparente unos escarpines primorosos. Hechas una delicia, no tenían más que encaminarse a clase. Los domingos asistían a las canchas de «tennis», donde revelaban su actividad en el juego y su elegancia para moverse. Habían sido reproducidas en plena acción por las revistas más difundidas. La pollera blanca en pleno vuelo, la mano derecha en alto empuñando la raqueta. Después del juego entregábanse a un ligero «flirt» con sus compañeros de partida, pecado venial por cierto, pues no es solamente el desarrollo físico lo que justifica el ejercicio del deporte.

Como se comprende, el airecillo de envidia con que sus compañeras de clase las miraban estaba justificado. La mayoría de ellas iba al Liceo para seguir una carrera práctica o para emplearse después de bachillerarse. En las Bouzada, en cambio, el estudio venía a ser un lujo más, pues destinadas a brillar en los salones, si no por derecho de sangre, sí por derecho de dinero, su carrera no podía ser otra que la del matrimonio lujoso con persona igualmente rica y, además, encumbrada. Simbolizaban, pues, un estado social. Las propias profesoras no podían menos que adherirse a aquel airecillo de envidia de la clase, sobre todo la señora Estévez, la profesora de matemáticas, viuda que tenía que mantener cinco hijos con el producto de su cátedra.

En los recreos solía hablarse de los orígenes de aquella fortuna. No tardaba el comentario ligero y picante en poner una sonrisa en los adorables labios de tanta chicuela, sonrisa que no era la de la Gioconda, pero sí misteriosa y cortante... Se decía que Albino Bouzada, el padre de las venturosas «niñas», fué en su juventud peón de fonda, y que había hecho su fortuna vendiendo huesos para la refinación del azúcar. Todo un «huesero». Elsa oyó una vez el comentario mortificante y se puso roja de cólera. Luego pidió permiso para salir, pretextando un dolor de cabeza. A Lidia le preguntaron en varias ocasiones, y con una insistencia chocante, cuántos huesos tenía el cuerpo humano... Y como era verdad que don Albino Bouzada fuera «huesero» en su juventud, Lola, Margarita y Lidia sentían que en clase se les hundía el piso bajo los pies y que todas esas sonrisas (¡ah, la sonrisa de la profesora de mate-



El de los patines (al nene). — ¿Esos son tu padre y tu madre?
El nene. — Sí.
— ¡Pues no serás nunca huérfano, che!



El empleado de la Aduana. — ¿Qué tiene usted que declarar?
El pasajero que vuelve a Buenos Aires. — ¡Me declaro encantado de regresar!

máticas!) se traducían en una sola palabra:

— ¡Huesero!

No podía ser. Era necesario impedir por cualquier motivo la afrenta. Las «niñas» de Bouzada comprendían que el dinero no bastaba para lograr el rango que anhelaban. Faltaba en ese palacio señorial el prestigio de un blasón. La verdad no tardaría en difundirse. En las canchas de «tennis» no tardaría en cundir la noticia. La noticia de que el padre, don Albino Bouzada, había sido «huesero». ¿Qué diría Angelito Ezcurra, el que «flirteaba» con Elsa? ¿Y Jorge Wilkinson, el «simpatía» de Margarita? Ya no se dirigían a la escuela con ese aire altivo de antes. Una sombra de tristeza abatía ligeramente sus hombros. La sonrisa no iluminaba sus rostros. No cambiaban tan a menudo de traje. Habían dejado tímidamente en sus estuches forrados de seda roja los magníficos anillos que hacían enrojecer a la profesora de matemáticas mientras dictaba su clase. Los que la profesora de matemáticas sabía muy bien que uno solo de esos anillos significaba por lo menos dos años de su trabajo asiduo. Con razón se dijo que la señora Estévez había empezado a colaborar en un periódico bolsheviki... También tenía cinco hijos que mantener ella sola...

Las hermanas Bouzada, después de largas deliberaciones para salvar el crédito trastabillante de la familia, decidieron vencer el airecillo de envidia desbarrigando la bolsa. A la profesora de matemáticas le llevaron una preciosa piel de zorro, y así, día a día, no quedó condiscípula que no poseyera un precioso regalo de aquellas «niñas». Pero el dadivoso empeño no dió resultado. La palabra «huesero» arreció por todo el colegio, y la misma rectora contraía irónicamente los labios cuando hablaba con las «niñas» en el despacho de la dirección.

La profesora de literatura había dado, con evidente malicia, un tema raro para una composición de cuatro páginas: «Los nuevos ricos». Y una de las discípulas, la señorita Suárez, se refirió precisamente en su composición a un nuevo rico que se había iniciado vendiendo huesos. Cuando la señorita Suárez leyó su composición, la maestra la felicitó y le puso cinco puntos. Las señoritas de Bouzada faltaron ese día a clase.

Además, andaban de boca en boca comentarios acerca de la falta de talento de las señoritas de Bouzada.

— No tienen «pedigree» — se decía.

— No hay clase, che...

— Por más dinero que tengan...

La mala nueva había cundido, en efecto, tal como lo temieron las hijas del nuevo rico. No tardaron en advertir la sonrisa irónica de sus festejantes. Angelito Ezcurra se había negado el domingo a jugar con Elsa, pretextando no se sabe qué falta de agilidad en los músculos.

— Estoy más duro que un hueso — había dicho a la muchacha.

Elsa se mordió los labios hasta hacerse sangre. Había comprendido la alusión.

Así, viéronse obligadas a abandonar el aristocrático deporte y a olvidar a sus «simpatías». Ya no «sonaban». No salían en las revistas, como antes, con la blanca falda en revuelo y la mano en alto empuñando la raqueta. Todo estaba perdido. Tenían el dinero; les faltaba el blasón indispensable para hacerse respetar. Los grandes obrajes en el Chaco y las extensas plantaciones de yerba mate en el territorio de Misiones no bastaban para borrar la sonrisa irónica que se dibujaba diabólicamente en todos los rostros. Sólo se hacía posible evitar la prolongación de ese estado de cosas emigrando a Europa. Quizá, al volver, después de tanto tiempo... Pero el señor don Albino no quería saber absolutamente nada de viajar. Tenía sus industrias y sus casas en la Argentina y aquí quería vivir. Sus intereses le obligaban a renunciar por ahora al placer de un viaje largo. El no entendía el porqué de la insistencia de sus hijas. Una de ellas, Elsa, se aventuró al fin:

— Papá, se ríen de nosotros. Dicen que has sido «huesero»...

— ¿Eso dicen? — rugió don Albino a tiempo que daba una formidable puñada sobre una mesa de estilo Renacimiento.

Y agregó, indignado:

— ¡Pobretes! ¡Pobretes!

Don Albino Bouzada paseábase nerviosamente de un extremo a otro de la sala. Sus lentes se le cayeron de la nariz en el arranque nervioso. Los pisoteó con rabia. Las hijas presenciaban la escena amedrentadas.

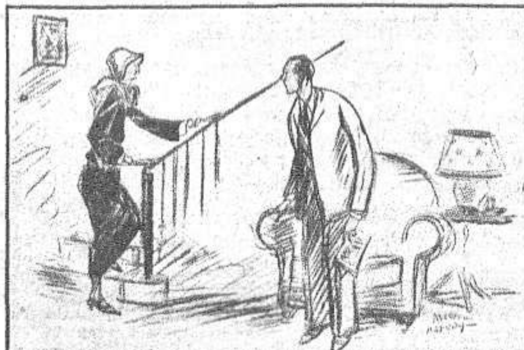
— Desde mañana no van más a la escuela — ordenó secamente el señor don Albino.

Eso era lo que deseaban las hijas, hartas de la sonrisita irónica que las perseguía.

El señor don Albino vendió su palacio señorial de Buenos Aires y fuése a vivir con su señora y sus hijas en el Chaco, cerca de uno de sus obrajes. Elsa, Margarita y Lidia casaron con sendos capataces de su padre. Eran hombres robustos y fuertes como quebracho.

Que yo sepa, las hijas del «huesero» no tenían porqué quejarse de sus respectivos esposos. Fueron realmente felices, y nunca más se acordaron de Buenos Aires y menos, como es dable comprender, del Liceo.

J O S E   M U Z I L L I



La mujer chic. — Voy a cambiarme el vestido porque me aprietan los zapatos.

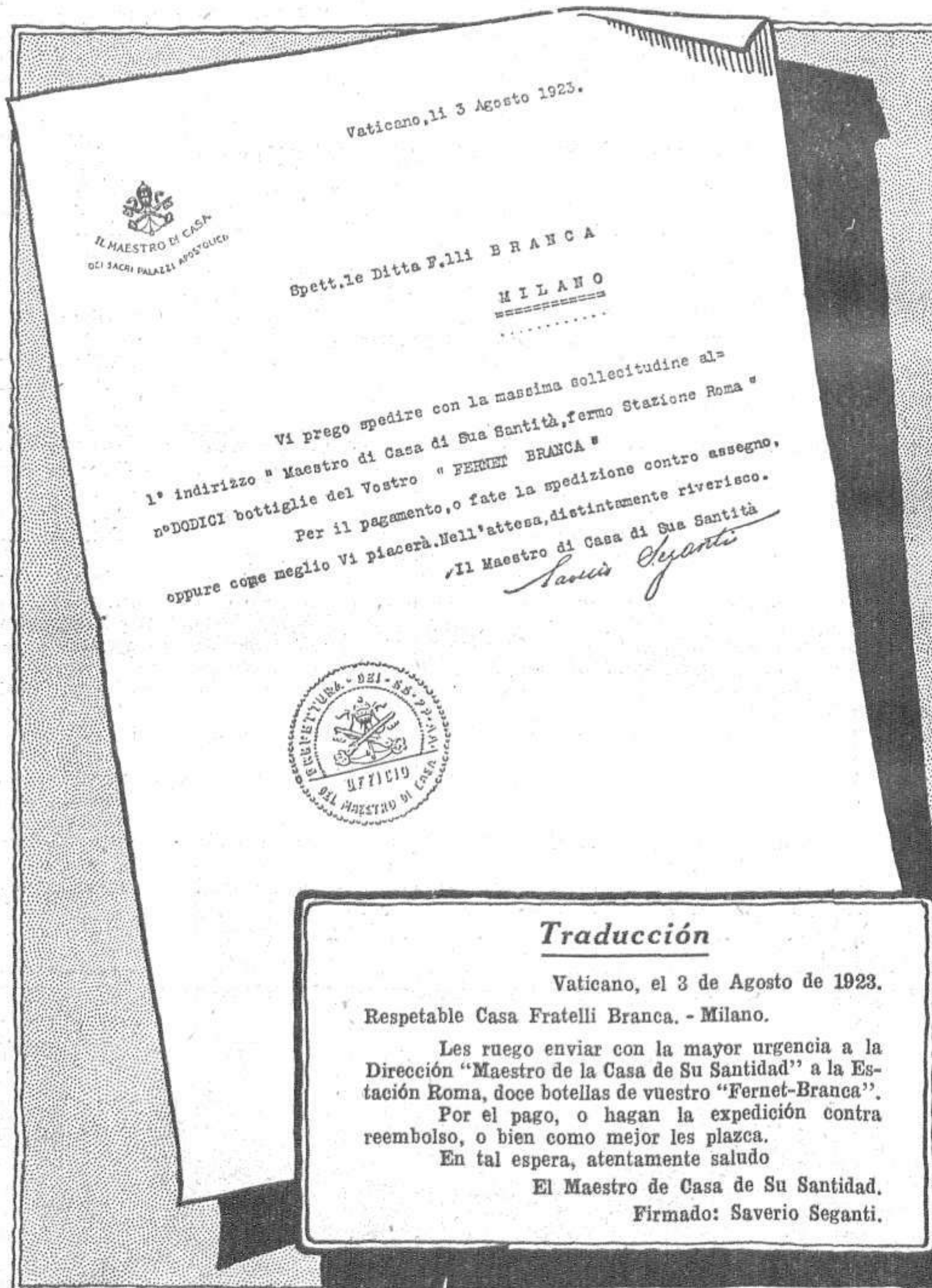


— ¿Pero, Carlitos: no te da vergüenza pelear con tu vestido nuevo de soldado?

Carlitos. — ¿Y para qué sirve entonces un soldado?

NO FALTA EN EL VATICANO

Tenemos el placer de ofrecer al público facsímil y traducción de un documento sencillo, pero elocuente y de singular importancia.



Vaticano, li 3 Agosto 1923.

IL MAESTRO DI CASA
DEI SACRI PALAZZI APOSTOLICI

Spett.le Ditta F.lli B R A N C A

M I L A N O

Vi prego spedire con la massima sollecitudine al= l' indirizzo " Maestro di Casa di Sua Santità, fermo Stazione Roma " n° DODICI bottiglie del Vostro " FERNET BRANCA "

Per il pagamento, o fate la spedizione contro assegno, oppure come meglio Vi piacerà. Nell'attesa, distintamente riverisco.

Il Maestro di Casa di Sua Santità

Saverio Seganti

PREFETTURA DEI SS. PP. AA.
UFFICIO
DEL MAESTRO DI CASA

Traducción

Vaticano, el 3 de Agosto de 1923.

Respetable Casa Fratelli Branca. - Milano.

Les ruego enviar con la mayor urgencia a la Dirección "Maestro de la Casa de Su Santidad" a la Estación Roma, doce botellas de vuestro "Fernet-Branca".

Por el pago, o hagan la expedición contra reembolso, o bien como mejor les plazca.

En tal espera, atentamente saludo

El Maestro de Casa de Su Santidad.

Firmado: Saverio Seganti.

De Bahía Blanca



PUERTO BELGRANO. — Concurrentes a la fiesta campestre organizada por el "Orfeón Español" en las frondosas alamedas de Villa Arias

EL ALMA EN FLOR

Todo conjuga el verbo amar. Llegó la estación de las rosas; no estoy en disposición de hablar de otras cosas: estamos en el primer día de mayo. El amor alegre, ardiente y celoso, arranca suspiros a los bosques, a los nidos y a las flores; el árbol, en cuya corteza escribí unas palabras el otoño pasado, las repite por cuenta suya, creyendo que lo improvisa; la atmósfera embalsamada y suave parece que esté llena de las declaraciones que la llanura hace a la primavera y que el herbaje enamorado eleva al cielo sin nubes. A cada paso que da luz del día por el espacio azul, la campiña, admirada y complacida, pródiga sus aromas, y con la tibia brisa envía a los renuevos sus besos perfumados. En los ribazos, los estanques, las praderas y hasta los mismos surcos, en todas partes fórmanse manchas de todos los colores; y la naturaleza, esparciendo sus aromas, conserva las flores, como si sus suspiros y las dulces miradas que dirige al mes de mayo, que sonríe en las lascivas ramas, hubiesen dejado sus huellas en hojas de papel secante.

Los pájaros de los bosques, con ardiente voz, dirigen sus tríos y sus rondós a las hadas; toda la naturaleza parece que confía a la sombra un delicioso secreto; todo ama en ella y todo lo confiesa en voz baja; parece que en el Norte, en el Sur, en el Oriente y en el Poniente, la llanura florida, los arroyuelos murmuradores, los montes y las colinas, toda la naturaleza, en fin, repite una canción de amor a los cuatro vientos del globo. — VÍCTOR HUGO.

El esfuerzo constante de llegar hasta nuestro ideal, es el único poder que hay en el cielo y en la tierra para hacer que nuestra vida sea grandiosa.

Los hombres atrevidos han conmovido al mundo.

El mejor vino
Para la mejor mesa.

TRAPICHE

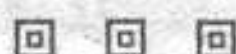


BENEGAS Hnos. & Cía. Lda.
Sociedad Anónima INDUSTRIAL y COMERCIAL

744, FLORIDA, 744 - Bs. Aires.
Unión Telef. 1752 y 1365, Retiro.
Cooperativa Telefónica 3708, Central.

GESTOS Y ADEMANES

POR LEONARDO A. BAZZANO





Los ademanes y los gestos revelan los gustos y... los disgustos de la gente. Revelan sus aficiones, sus bríos o sus renuncios.

El gesto, alguna vez, suele engañar. ¡Ah! El ademán no, nunca, ¡jamás!

Si usted se detiene frente a una casa de comercio, un día sábado, y ve que el cobrador intruso sale violentamente al impulso de varios puntapiés, fácil le será colegir que el autor de la «puntera» es un «foot-ballista». Más aún, sabrá si es veterano o novicio. Hasta podrá apreciar si es «back» o «centre-foward». En cambio, si le saca a empujones cortos, rápidos, nerviosos, será un boxeador de «infightling», de la escuela de Dempsey. Si lo saca con la punta de la escoba habrá que clasificarle entre los boxeadores de distancia o entre los profesores de espada italiana.

Hay personas que caminando revelan que pertenecen a algún club de regatas. El movimiento de sus manos, de atrás a adelante y viceversa, con la palma hacia la espalda, dicen que son nadadores, primera condición que debe exigirse a todo deportista de agua. Han de saber ustedes que existen tres clases de deportismos: de agua, de tierra y de aire. Entre estos últimos figuran los políticos y los poetas.

Los primeros porque es cosa harto difícil que encuentren su centro de gravedad. Su centro político sí lo encontrarán, pero ahí la gravedad suele andar ausente — como si dijéramos, fuera de su centro. — Los poetas, ya lo saben ustedes, suelen andarse por las nubes, lo más lejos posible de este valle de lágrimas y de sastres acreedores.

Hay quienes al andar van imprimiendo así como un empujoncito hacia abajo a la piedra que pisan, ya con el pie derecho, ya con el izquierdo. Esos, no hay duda, son bailarines de tango.

El lector podrá gustar el placer de la observación en cualquier sitio, lo mismo en un bar que en la antesala de un ministerio. Aquí se suelen ver... anomalías. Un señor — un hombre bien trajeado — se detiene frente a un ordenanza; se desabrocha el saco, tira de la cartera, tose, saca de ella una tarjeta. Atención, lector. Aquí ha llegado el momento de fijar la vista. Con la cartulina en la mano deja colgar su brazo derecho hacia abajo, luego lo levanta en un movimiento lento, semicircular, hacia arriba. ¡Ah! No hay dudas, es un jugador de «sapo», a despecho de su traje a la «derniére». Ha pensado, por un momento, que la cartulina es un «tejo».

El ademán revela la cuna, el oficio, la profesión y hasta los estados de alma.

El gesto también «dice» mucho. Pero éste no suele ser tan sincero como el ademán. Y es que todos los mortales tenemos algo de cómicos, de comediantes. A veces marcamos en nuestro rostro los rasgos de una sonrisa para demostrar que nos complace una frasecita que nos dicen, una opinión que vierte alguno, mientras pensamos:

— ¡Qué bárbaro! «¡qué macanazo!»

Nos sonreímos ante un pisotón que nos hace ver las estrellas y nos humedece los lagrimales. — «No es nada», nos apresuramos a decir, mientras pensamos: «He aquí un ser que no debió sacar sus pies, jamás, del asfalto de una caballeriza». Con todo, procuramos hacer creer al torpe que el pisotón nos ha resultado un chiste, algo que nos ha regocijado.

Otras veces hacemos un visaje de asombro, de estupor, cuando alguien nos da una noticia regocijante. Por ejemplo, que a un amigo le han silbado un sainete, que a otro lo ha abandonado la mujer, huyendo con un dependiente de peluquería o con un químico farmacéutico.

Y somos así porque la sociedad nos lo exige.

— ¿Sabe? — nos dice alguien — falleció Bertílez, (un joven que escribía novelitas de a diez centavos). Ponemos gesto de dolor; nos quedamos mudos, como cavilando. — ¡Qué lástima! — decimos por fin. — ¡Tenía talento! Por dentro nos regocijamos. ¿Murió? ¡Bien merecido se lo tenía el muy sandio! ¡Con el compromiso que nos echó encima de leer todas sus paparruchas después que nos prestó aquellos malditos cincuenta pesos!...

El psicólogo, tras esas sonrisas, tras esos gestos de pena, advierte la verdadera impresión. Se percata, en el acto, de que la sinceridad anda ausente; pero ¡son tan contados los psicólogos!...

Observad siempre el ademán. El ademán está al alcance de todos. Es más revelador que el gesto.

Un día, en una sala de espera, un joven se restregaba las palmas de las manos, teniendo un lápiz entre ellas. Un amigo, que conocía nuestras aficiones, nos indicó:

— Clasifíquenos a ese. ¿Qué es?

Sin vacilar, contestamos:

— Ese... ese, amigo mío, es dependiente principal de un bar, especialista en «cocktails».

— ¿En qué lo conoce?

— En que ha confundido el lápiz con el cabo de la cotelera.



La dama: — ¿Y dónde conseguiste esas mejillas tan gorditas?

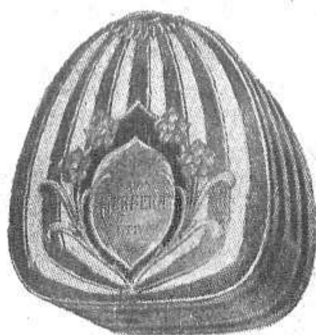
Pepe: — Es que mi papá es soplador en una fábrica de vidrio...

PARFUMERIE

L· T· PIVER

PARIS

POLVOS



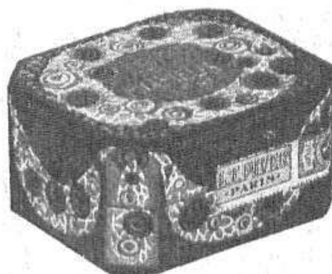
GERBERA



FLORAMYE

Ultimas Creaciones en

Polvos, Lociones y Extractos.



MISMELIS



VOLT



ESMÉ

PERFUMES SUAVES Y PERSISTENTES

De San Isidro



En el Club Atlético durante "la sección cinematográfica" que organizó la Sociedad de Socorros de San Isidro, a beneficio del Hospital San Isidro y del Asilo Santa María.

DOS SECRETOS INDUSTRIALES DE HACE MUCHOS SIGLOS

Guárdanse en el mundo dos grandes secretos industriales que sólo son conocidos de un limitado número de individuos y que es posible que no se divulguen jamás.

Es uno de ellos el secreto chino para fabricar el hermoso color bermellón o rojo chino, y el otro un secreto turco para hacer adamasquinados perfectos.

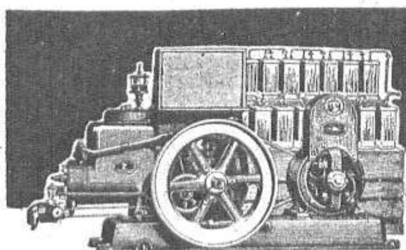
Ambos secretos los guardan con gran cuidado chinos y turcos, respectivamente.

Los individuos que son admitidos en las casas que se dedican a dichas industrias, tienen que prestar juramento solemne de no revelar a nadie nada de lo que se hace dentro del taller o fábrica. Además, es condición indispensable que los aprendices pertenezcan a familias acomodadas que puedan pagar una crecida suma por la ensañanza y que presenten certificados de buen carácter y honradez.

Los secretos susodichos se vienen transmitiendo de generación en generación desde hace muchos siglos.

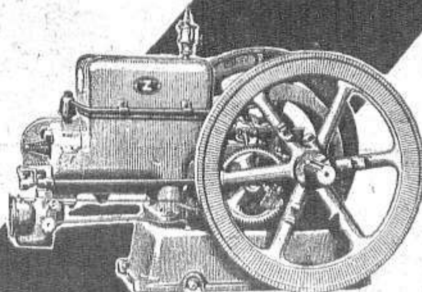
En los campos del Estado de Kansas (Estados Unidos) está causando grandes estragos una especie nueva de langosta tres veces mayor que la común y que posee dentadura doble y dos estómagos.

MAQUINARIA
FAIRBANKS - MORSE



Equipo para Luz Eléctrica
"EFEMCO"

MOTOR SERIE "Z"
a nafta y kerosene
1 1/2 - 3 - 6 y 10 H. P.
Equipado con magneto
"BOSCH"



500.000
en uso



Motor bombas "EFEMCO"
Un aparato ideal para
ayudar o reemplazar a
los molinos a viento.

PIDAN CATALOGOS Y PRECIOS

HENRY W. PEABODY & Cía.

1746, Bmé. MITRE, 1758 BUENOS AIRES

De San Fernando



Un lindo grupo de jóvenes concurrentes al baile que, con motivo de las fiestas patronales, se efectuó en los salones de la Municipalidad.



El señor Intendente Municipal, en compañía de distinguidas familias que asistieron a la espléndida fiesta social.

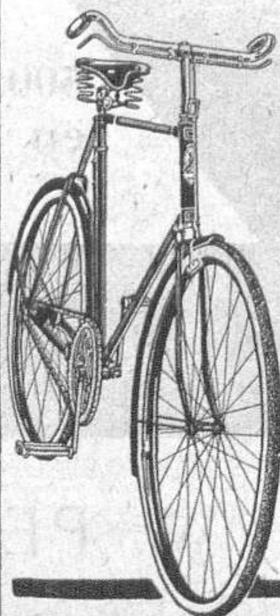
SI EL ESTÓMAGO OS GRITA SU DOLOR

Ello es prueba cierta que un exceso de acidez ataca sus paredes delicadas causando la fermentación de los alimentos, ocasionando gases y haciendo imposible una digestión normal. Remediad el hecho suprimiendo la causa; tomad media cucharadita de las de café de Magnesia Bisurada con un poco de agua inmediatamente después de la comida, o tan pronto como sintáis dolor estomacal. Así se neutraliza la acidez, se hace cesar la fermentación permitiendo al estómago que efectúe sus funciones normalmente, sin dolor.

Olvidad el número de pruebas infructuosas que habréis hecho para obtener el alivio de vuestros sufrimientos. Probad la Magnesia Bisurada que es el único remedio que pueda aliviaros, puesto que suprime la causa del mal. Por vuestra salud y vuestro bienestar, id hoy mismo a la farmacia y pedid un frasco de Magnesia Bisurada. Tomadla con arreglo a las instrucciones que se dan y pronto olvidaréis que jamás hayáis sufrido de dispepsia o de indigestión.

Un gran triunfo de la BICICLETA NAUMANN DE FAMA MUNDIAL

El corredor Eugenio Verduna, en bicicleta "NAUMANN" recorrió los 280 kms. de Buenos Aires a Pergamino en el tiempo record de *11 horas y 9 minutos*, batiendo por más de 1 hora y ½ el tiempo establecido anteriormente.



Unicos Importadores:

KIRSCHBAUM & Cía.

Independencia, 401-37

Unión T. 0293, Av.

Bs. As.



CASIMIRO STANISLAVOVITCH



En esa tarjeta de visita amarillenta, decorada con una corona nobiliaria, el joven portero del Hotel Versalles tuvo al͡gún trabajo en descifrar estos nombres: Casimiro Stanislavovitch. Venía en seguida una palabra todavía más larga y más difícil.

Después de haber dado vueltas a la tarjeta entre los dedos, el portero echó una mirada al pasaporte que el viajero le había entregado también. Luego se encogió de hombros; jamás los huéspedes del Versalles presentaban su tarjeta de visita. Echó en un cajón la tarjeta y el pasaporte y tornó a peinar su espesa cabellera mirándose en la plata lechosa de un espejito colgado en la pared, encima de la mesa. Llevaba levita, botas bien lustradas, gorra adornada con un galón de oro grasiento. Era un mal hotel.

El 8 de abril, el viernes siguiente a la Pascua de Resurrección, Casimiro Stanislavovitch había partido de Kief para Moscú al recibo de un telegrama que no contenía sino estas palabras: *El diez.* Provisto, no se sabe cómo, del dinero suficiente, se instaló en un coche de segunda clase, gris y triste, que le dió sin duda la sensación del lujo y del confort. Durante el viaje, el coche tuvo calefacción y bien pudo haber sido que ese calor especial, el olor del calorífero en el cual resonaba un ruido seco de martillitos, recordase otros tiempos a Casimiro.

Por momentos parecía que el invierno había vuelto. En los campos, torbellinos de nieve blanca, muy blanca, cubrían las sedas rojas de las cabañas y las grandes aguadas de color de plomo en que nadaban patos salvajes. Pero a menudo la tormenta cesaba, la nieve se derretía, los campos se iluminaban y se adivinaba detrás de las nubes luz abundante. En las estaciones, los andenes húmedos negreaban de gente y las cornejas gritaban en los álamos sin hojas.

En todas las estaciones grandes Casimiro bajaba, se dirigía al restaurante y regresaba al coche con las manos llenas de diarios. No los leía; sumergido en el humo de sus espesos cigarrillos que se consumían rápidamente chisporroteando, permanecía sentado sin cambiar una palabra con sus vecinos, judíos de Odesa que jugaban a las cartas constantemente. Casimiro llevaba un sobretodo de media estación con los bolsillos descalabrados, un muy viejo sombrero alto de paño mate y zapatos muy nuevos pero ordinarios. Sus manos — las manos características del borracho inveterado — temblaban cuando encendía los fósforos. Y todo lo demás revelaba pobreza y embriaguez: la falta de puños, el cuello de papel demasiado usado, la corbata vieja, la cara colorada y marchita, los ojos de color azul claro y lacrimosos. Las patillas, pintadas con mala tintura, parecían postizas. La mirada era cansada y menospreciadora.

Al día siguiente, el tren llegó a Moscú con siete horas de atraso. Aunque insegura, la temperatura era mejor en Kief y había en el aire algo de perturbador.

Casimiro Stanislavovitch tomó un coche, y sin discutir el precio se hizo llevar directamente al hotel Versalles.

— Viejo — le dijo en el camino al cochero, rompiendo inopinadamente el silencio, — cuando era estudiante ya conocía yo el hotel Versalles.

En cuanto estuvo en su cuarto su canasto atado con una gruesa cuerda, salió del hotel.

Caía la tarde y el aire estaba tibio. En los bulevares, los árboles negros reverdecían; todas las calles estaban llenas de gente, de coches, de carros. Terminadas las fiestas, Moscú volvía al trabajo apresurado habitual, comerciaba, negociaba, y se dejaba vencer inconscientemente por el encanto de la primavera. ¡Ah! ¡Cómo el que ha vivido y echado a perder su vida se siente solo, en una tarde primaveral, en una ciudad populosa y extraña! Casimiro recorrió a pie todo el bulevar Tversky, divisó a la distancia el pensativo Puchkin de bronce y las cúpulas violeta y oro del monasterio de la Pasión...

Permaneció cerca de una hora en el café Filipof, tomando chocolate y mirando revistas satíricas de páginas manoseadas. Después entró a un cinema cuya muestra transparente brillaba en el crepúsculo azulado. De ahí fué a un restaurante que había conocido cuando era estudiante. Lo llevó un cochero viejo, con la espalda doblada como un arco, triste, sombrío, profundamente absorbido en sí mismo, en su vejez, en sus pensamientos confusos. Durante todo el camino no cesó de rezongar, prodigando a su indolente caballo alientos sombríos y fastidiosos o dirigiéndole a veces mordaces injurias. Al fin llegaron, y abandonando por un instante el peso que gravitaba sobre su alma, el cochero recibió con un profundo suspiro el precio de la carrera.

— No había comprendido bien. Creía que ibas al Praga — dijo haciendo dar lentamente vuelta a su caballo, en tono casi de descontento, bien que el Praga estuviese todavía más lejos.

— También me acuerdo del Praga, viejo — contestó Casimiro. — ¿Hace mucho tiempo que trabajas en Moscú?

— ¿Que trabajo? — replicó el viejo. — Hace cincuenta años que tengo coche.

— Entonces, quizás me has conocido antes — dijo Casimiro.

— Puede — contestó secamente el cochero. — Hay mucha gente en el mundo. No es posible acordarse de todos.

Del restaurante que Casimiro había conocido no quedaba sino el letrero. Era ahora un gran restaurante, un restaurante famoso bien que mal afamado. Un farol eléctrico que brillaba encima de la puerta alumbraba con desagradable luz color de heliotropo a algunos cocheros impertinentes de bajo lujo, impíos con sus caballejos huesudos, jadeantes y atormentados. El húmedo vestíbulo estaba adornado con matas de laurel y plantas de invernadero, de aquellas que se pasean de los casamientos a los entierros y viceversa.

Varios mandaderos, surgiendo del vestuario, se lanzaron todos a la vez sobre Casimiro; todos tenían cabelleras encrespadas como el portero del Versalles.

La gran sala verdosa, decorada en estilo rococó, con profusión de grandes espejos y una lámpara roja que brillaba suavemente en un rincón, estaba todavía vacía; sólo algunas luces había encendidas. Casimiro permaneció largo tiempo sentado, solo y sin hacer nada. Se sentía que al otro lado de las ventanas con cortinillas blancas la larga tarde primaveral no había muerto del todo; se oían en la calle las herraduras de los caballos sonar en el pavimento; en el centro de la sala un chorro de agua caía con monótono ruido en un acuario en que nadaban, alumbrados por abajo, pececillos de un dorado desteñido.

Un mozo de blanco traje llevó a la mesa de Casimiro un cubierto, pan y una jarra de vodka helada. Sin esperar los fiambres, Casimiro empezó

a beber vodka; se la echaba violentamente a la boca, la tragaba y, apretados los dientes, hacía un gesto de disgusto al sentir el olor del pan negro. De pronto, y tan bruscamente que dió miedo, un órgano mecánico resonó en la sala y cantó: era una mezcla de canciones rusas, ora fogosas y turbulentas, ora tiernas, lánguidas y de penetrante tristeza. Y bajo la influencia de esos gemidos dulzones y nasales, los ojos de Casimiro de enrojecieron y se llenaron de lágrimas.

En seguida un georgiano de bucles grises y ojos negros le trajo, ensartado en una varilla de hierro, *chachlik* medio crudo y oloroso. Con cierta elegancia escrupulosa hizo deslizar la carne en el plato y, para más sencillez asiática, la sazonó con su propia mano con sal y pimienta roja, mientras en la sala vacía el órgano seguía vociferando un Kake-walk que convidaba a las contorsiones y los entreveros pimentados. Luego le sirvieron a Casimiro queso Roquefort, frutas, vino tinto, café, licores.

Hacía ya tiempo que el órgano se había callado, reemplazado por una orquesta de alemanas vestidas de blanco. La sala, iluminada y llena de gente, se había caldeado; estaba espesa con el humo del tabaco, saturada del olor de la comida; los mozos pasaban como torbellinos, algunos borrachos pedían cigarros que luego les daban náuseas; los mayordomos del restaurante se desvivían por ser atentos; bien que cuidando su propia dignidad; en los huecos glaucos y turbios de los espejos se reflejaba el desorden siempre creciente, un tumulto vasto y complejo. Varias veces, Casimiro dejó la sala caldeada por los corredores frescos y los lavatorios fríos en que se respiraba un extraño olor marino. Le parecía que volaba por encima del suelo; volvía a la sala y pedía más vino.



A eso de la una de la mañana, con los ojos cerrados, aspirando plenamente el fresco nocturno que le llenaba la cabeza, volaba, en una calesa alta, tirada por un buen caballo, por las calles de Moscú. Había resuelto divertirse...

II

El 10 de abril Casimiro Stanislavovitch despertó tarde. Cuando abrió los ojos, su aire de susto dejó ver que durante algunos momentos se sintió anonadado por el pensamiento de estar en Moscú y al recuerdo de los sucesos de la víspera.

Había regresado al hotel a las cuatro de la mañana. Al subir la escalera, vacilaba; sin embargo se dirigió sin equivocarse a su cuarto, a lo largo del corredor mal oliente a cuya entrada ardía una pequeña lámpara soñolienta. Delante de todas las puertas se erguían botas y botines pertenecientes a gentes desconocidas, extrañas las unas a las otras y las unas a las otras hostiles.

De pronto se abrió una de las puertas y Casimiro casi se asustó; en el umbral apareció un viejo en *robe de chambre*. Hacía el efecto de un mal cómico representando las «Memorias de un loco» de Cogol. Casimiro entrevió una lámpara con pantalla verde, que alumbraba un cuarto lleno de muebles, cueva de un viejo inquilino solitario. En un rincón, al lado de imágenes santas, innumerables cajas de cigarrillos se apilaban unas encima de otras hasta llegar al techo. ¿Era posible que fuese el mismo hagiógrafo que veintitrés años atrás vivía ya en el hotel Versalles?

En el obscuro cuarto de Casimiro, se sentía una opresión terrible, se respiraba una atmósfera seca, acre y de olor indefinible. El tragaluz de encima de la puerta desparramaba en la obscuridad una claridad débil. Casimiro pasó al otro lado del ancho biombo que dividía el cuarto en dos, y se quitó de la cabeza de cabellos ralos y llenos de pomada, el sombrero alto. Luego echó el sobretodo a la cabecera de la cama...

En cuanto estuvo acostado, todo se puso a dar vueltas en torno suyo, todo se precipitó en un abismo. Se durmió tranquilamente.

Durante el sueño, no cesaba de respirar el olor fétido del lavatorio de hierro que tenía cerca de la cabeza; pero veía un día de primavera, los árboles en flor, la sala de una gran casa señorial y una multitud de gente que esperaba temerosamente el metropolitano que debía llegar de un momento a otro...

Ahora, en todos los corredores del Versalles, todo era campanillazos, pasos, llamados. Del otro lado del biombo, la luz del sol atravesaba las ventanas dobles cubiertas de polvo. Casi hacía calor.

Casimiro Stanislavovitch llamó, se quitó el saco y empezó su toilette. Acudió el mozo, un muchacho de diez y seis años, de mirada penetrante, la cabeza cubierta con un cuero de zorro y una levita muy ancha sobre la camisa rosada.

—Pan blanco, te y limón —pidió Casimiro, sin mirarlo

—¿Azúcar también? —preguntó el mozo con vivacidad propiamente moscovita.

Al cabo de un momento reapareció con una bandeja en la mano, a la altura de los hombros. En un abrir y cerrar de ojos tendió un mantel en la mesa redonda, delante del canapé, y dejó la bandeja encima.

Mientras el mozo servía el te, Casimiro abrió maquinalmente el «Diario de Moscú», que el mozo había llevado junto con el te y su mirada cayó sobre un suelto de policía en que se contaba que un desconocido había sido recogido en la calle sin conocimiento. «La víctima ha sido enviada a un hospital», leyó además, y tiró el diario.

Se sentía vacilante e inquieto. Se levantó, abrió la ventana que daba al patio, respiró el fresco y el olor de la ciudad, oyó los gritos de sabias modulaciones de los vendedores ambulantes, las campanillas de los tranvías tintineando más allá de la casa de enfrente, el ruido confuso de los carros, el rumor musical de las campanas. Desde hacía largo rato la ciudad vivía su vida enorme y bulliciosa, en esa brillante mañana primaveral, casi estival.

Después de haber exprimido en el vaso todo el jugo del limón, Casimiro bebió ese brebaje ácido y turbio y volvió al otro lado del biombo. El hotel Versalles se había callado. Todo era calma, reposo; la mirada resbalaba perezosamente sobre un aviso clavado en la pared: «Tres horas de alojamiento valen lo mismo que un día entero». En uno de los cajones de la cómoda se oía el rumor de un ratón

que arrastraba un pedazo de azúcar olvidado por algún viajero...

Así, en estado de semisopor, Casimiro siguió acostado al otro lado del biombo hasta que el sol desapareció del cuarto y otro aire fresco, vesperal ya, empezó a entrar por la ventana.

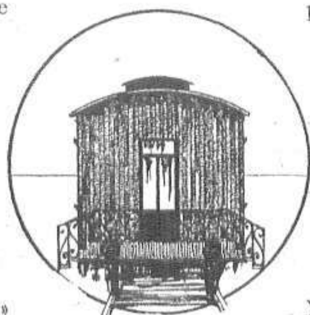
Entonces se vistió cuidadosamente. Abrió el canasto y se cambió ropa interior; sacó un pañuelo barato, pero limpio, cepilló la reluciente levita, el sombrero alto y el sobretodo, sacó del bolsillo un diario de Kief, fechado el 15 de enero y lo tiró a un rincón. Cuando estuvo vestido, cuando se hubo pasado por las patillas un peine impregnado de tintura, hizo la cuenta de sus recursos: no le quedaban en el portamonedas sino cuatro rublos y sesenta copeks. Y salió.

A las seis en punto se hallaba cerca de una iglesita vieja en la Moltchianca. Al otro lado de la verja, un árbol de amplias ramas se cubría de verdor; algunos niños jugaban; una muchachita que saltaba a la cuerda, ensuciaba sus medias negras; en los bancos, nodrizas vestidas a la rusa estaban sentadas delante de los cochecitos en que dormían los bebés. El árbol entero estaba cubierto de pájaros que cantaban, y la atmósfera suave, verdadera atmósfera de verano, estaba toda impregnada de perfumes estivales. A lo lejos, detrás de las casas, el cielo suavemente dorado por el sol poniente. En todo el universo se sentía la vuelta de la alegría, de la juventud y de la felicidad.

La lámpara central de la iglesia estaba ya encendida y delante del altar se había tendido una pequeña alfombra. Con precaución, para no deshacerse el peinado, Casimiro se quitó el sombrero, entró tímidamente en la iglesia — hacía bien treinta años que no ponía los pies en una iglesia — y se instaló en un rincón; pero de modo, sin embargo, de ver bien a los novios.

Se dió a examinar las bóvedas pintadas; levantaba los ojos hacia la cúpula y cada uno de sus movimientos, cada uno de sus suspiros resonaba en el silencio. La iglesia, entretanto, se llenaba de luces doradas a medida que los sacristanes encendían los cirios.

Y he aquí que signándose con movimientos despreocupados y habituales, entran los sacerdotes y los acólitos, luego unas viejas, niños, invitados muy elegantes y unos cuantos señores pensativos. Pero cuando se oyó ruido en el atrio, cuando crujieron las ruedas del cupé que avanzaba, cuando todos los asistentes se volvieron hacia la puerta y entonaron el canto: «¡Acércate, oh paloma!...» la cara de Casimiro Stanislavovitch se cubrió de una palidez mortal.



Y luego, muy cerca de él, como acariciándole con el velo nupcial y enviándole un perfume de violetas, pasó, pasó delante de Casimiro la que ni siquiera sospechaba su existencia; pasó, inclinando la cabecita adorable, toda cubierta de flores y transparentes gasas, toda blanca como nieve inmaculada, feliz y tímida, como una princesa que va a comulgar por primera vez. En cuanto al novio, que avanzó para recibirla, la nuca cubierta con escasos cabellos amarillos, Casimiro apenas lo veía. Y durante toda la ceremonia no tuvo sino una cosa ante la vista: la cabeza florida, velada, inclinada y la manita que temblorosa tenía un cirio encendido, con un moño de cinta blanca.

A eso de las diez de la noche, estaba de nuevo en su cuarto del hotel Versalles. Tenía el sobretodo impregnado de aire primaveral. Cuando, al salir de la iglesia, Casimiro vió los últimos reflejos del crepúsculo teñir los vidrios del cupé forrado de seda blanca y, por vez postrera, divisó detrás de los vidrios la cara de la que se llevaban muy lejos de él, para siempre, quiso llorar de nuevo y luego se echó a vagar por las calles...

Ahora, con temblorosa mano, se quitaba el sobretodo lentamente, Dejó en la mesa un saquito de papel en que había dos panecillos que sin saber porqué había comprado a un panadero ambulante. A través del papel, los panecillos despedían olor de primavera, y en el vidrio más alto de la ventana brillaba, primaveral, la plata flúida de la luna de abril, muy alta en el cielo todavía claro.

Casimiro encendió una bujía, alumbró tristemente el vacío de su refugio accidental, se sentó en el canapé, sintiendo en la cara el fresco de la noche...

Permaneció así largo tiempo, sin llamar, sin pedir nada, encerrado con llave. Todo eso le pareció sospechoso al mozo, que le había visto entrar al cuarto con paso vacilante, sacar la llave y echarla por dentro. Varias veces se deslizó en puntillas hasta la puerta y miró por el agujero de la cerradura. Casimiro seguía sentado en el canapé, sollozando y enjugándose la cara con el pañuelo. Lloraba tan amargamente, tan abundantemente que la tintura obscura de las patillas se corría y se desparramaba por las mejillas.

Más tarde, arrancó el cordón de la cortina de la ventana e intentó atarlo al gancho del tragaluz; pero la bujía, casi consumida, alumbraba con luz siniestra; terribles ondas negras se deslizaban y temblaban en el cuarto cerrado con llave.

Casimiro era viejo, estaba débil, y se daba bien cuenta de ello. ¡No! ¡Morir por sus propias manos estaba más allá de sus fuerzas!

Por la mañana se dirigió a la estación, tres horas, más o menos, antes de la partida del tren. En la estación, caminaba suavemente por entre los viajeros, bajando los encarnizados ojos. Se detenía bruscamente, ora delante de uno, ora delante de otro y les decía a media voz, con rápido tono igual y sin expresión:

— Por el amor de Dios... Estoy en una situación sin salida... Para tomar el boleto hasta Briansk. Aunque no sean sino unos copeks...

Y algunos, esforzándose por no ver el sombrero alto, el cuello de terciopelo lustroso del sobretodo, la cara espantosa con las patillas desteñidas, le daban unas monedas, apresurados y mortificados. Después, Casimiro Stanislavovitch se mezcló a la multitud que se precipitaba hacia la pureta que daba al andén y desapareció.

III

ENTRETANTO, en el hotel Versalles, en el cuarto que durante dos días había parecido ser suyo, sacaban el balde de las aguas servidas, abrían de par en par las ventanas al sol de abril, barrían y echaban fuera las basuras — y junto con las basuras un papel roto, olvidado con los panecillos debajo de la mesa:

«Ruego que no se culpe a nadie de mi muerte. He asistido al matrimonio de mi hija única que...»

IVAN BUNIN

Necrología



Señora Porsia B. de Cirigliano. — Capital.



Señora Maria Rossi de Boioli. — Capital.



Señor Antonio Podestá. — Capital.



Señor José Sealise.— Rio Negro.



Señor Alberto D. Labarriere. — Capital.



Señor Francisco Félix Ferlini. — Miramar.



Señor Tulio Moreno.— Capital.

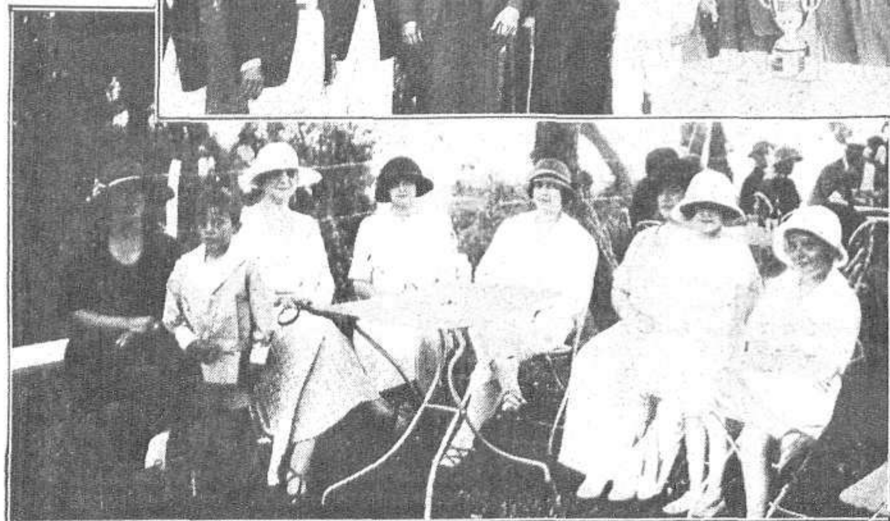


Señor Juan Luis Faserio. — Adrogué.

De Olivos



Acto de la entrega de la "Copa del Gobernador de la provincia" a los vencedores en el último torneo, con la asistencia del comisionado municipal y autoridades del Club Náutico.



La terraza del Club Náutico de Olivos, durante uno de los intervalos de la fiesta a que dió motivo la entrega de premios.

NOTAS SOCIALES

«Esta noche el barco detuvo su marcha
Junto a la montaña de la nieve eterna:
Flota en el paisaje algo primitivo
Como de leyenda...» (1)

El barco fantástico, deslumbrador, acaba de abandonar la maravillosa región del Sur; una vez más podríamos repetir:

«La fina cascada, silenciosamente
Frente al ventisquero su cristal descuelga,
Y la altura blanca, mientras todo duerme
Parece que vela...» (2)

La brillante caravana reidora, bulliciosa, está de vuelta, mientras allá, en la imponente soledad de la nieve eterna, han de flotar aún, en *dispersas vibraciones*, el ritmo de la orquesta, las ondas de luz deslumbradora, las alegres risas, y también las palabras aladas

«que no encontraron eco en otras almas...» (3)

La crónica mundana refleja a su vez muchas de esas dispersas vibraciones, y de muy distintos circulillos llega hasta mí — como fragmentos de vida — el comentario lleno de interés de esos días de poderoso encanto y de franca alegría, vividos con verdadera expansión, dejando de lado, desde el primer momento, esa inveterada práctica nuestra de formar *cotteries*, conforme se congregan elementos que actúan en distintos centros de la sociedad.

Asegura la crónica mundana, que tan simpática iniciativa se debió a una brillante y encantadora figura femenina, que, requerida para organizar el programa de diversiones que habrían de sucederse durante el viaje — lo que aceptó, a condición de prescindir de los honores de una Presidencia especial, o de cualquiera de esos elegantes títulos que ahora se estilan para el caso, — estableció, como primera condición, el que reinara a bordo la fusión completa de todos los grupos de excursionistas. Y bien: la armonía ha sido esta vez tan absoluta, que no podrá citarse ningún *potin* sensacional — acaso, un nimio incidente, o mejor dicho, un correctivo un poco fuerte, pero oportuno, para moderar ciertas faltas de tino; — asegurando las autoridades del barco, que jamás hubo excursión más interesante, puesto que en ella se han alternado las horas dedicadas a *la fiesta del mundo*, con la serena contemplación de las bellezas del paisaje que evocaba, para algunos de los viajeros, el recuerdo de la prodigiosa región escandinava, con sus *fjords*, sus ventisqueros profundos y los picos inaccesibles, revestidos de nieve eterna — los gigantes transformados en piedra por mágico conjuro, — según rezan las leyendas populares de Noruega...

Para todos ha de perdurar, pues, el gratísimo recuerdo de esta última excursión; para muchos de los viajeros que el destino reunió por breves días, se borrará, sin duda, la efímera impresión de tal o cual encuentro; pero suele acontecer, también, que la breve relación impuesta por mundana cortesía, se estreche inesperadamente con firmes vínculos de una simpatía inspirada por la afinidad de ideas o de sentimientos. Todo tiene su razón de ser en esta vida, lectoras amigas, y debemos de repetirnos siempre que la simpatía espontánea, sincera, es uno de los mejores bienes que podemos hallar en nuestro camino...

Pero temo que echen ustedes de menos la crónica mundana... y ha habido, en verdad, muchas y muy interesantes notas en la breve, pero animadísima excursión. En primer lugar, los bailes de fantasía. Un grupo de caballeros tuvo la ocurrencia — muy original y divertida por cierto — de elegir disfraces de animales, pero, el triunfo indiscutible, correspondió al grave, respetabilísimo gerente de una poderosa empresa que se presentó en el salón luciendo lujoso atavío femenino, y una melena rubia artísticamente recortada; mucho colorete, mucha exageración en las actitudes... la admirable caricatura hizo derroche de ingenio... y ha debido influír sin duda, tan graciosa ocurrencia, para que muchas de las cabecitas juveniles que ostentaran a bordo el peinado de moda, anhelen poder levantar su cabellera en elegante y aristocrático moño...

Todo fué, pues, motivo de bullicio y algazara; los preparativos del cotillón, las instrucciones a sus directores, que *debutaban* en tan delicado cargo, y que por consiguiente, habían decidido ocultarse en la bodega para estudiar cada una de las figuras anotadas por la brillante y gentilísima organizadora que, con actividad infatigable, aseguraba el éxito de las distintas diversiones.

Sólo pudo mencionar el comentario, como nota poco grata, de que algunas de las figuras femeninas que no tomaban parte en el lujoso cotillón anunciado, tuvieran la poca... ¿discreción? de adjudicarse, antes y con tiempo, muchas de las primorosas chucherías destinadas a las parejas juveniles: hasta se me ha asegurado que justamente las atrayentes figuras que organizaron y dirigieron con tanta gracia y entusiasmo el mencionado baile, renunciaron a los obsequios que las correspondían para compensar los que faltaron a último momento... Convengamos en que la *travesura* de las que dispusieron de aquellas artísticas chucherías no fué del mejor buen gusto.

Pero no hemos hecho aún la crónica sentimental... Esta vez ha correspondido a elementos muy destacados del mundo diplomático la iniciativa del *flirt* a bordo... y para alguno de esos romances cuyo interés parecía tan intenso en los primeros capítulos, no ha sido posible hallar el anhelado desenlace; porque sin duda la novela de estos tiempos no termina como los cuentos de hadas; pero no anticipemos los acontecimientos y escuchemos sólo las *dispersas vibraciones* que nos revelan cómo una interesantísima y linda figura juvenil, de ojos pardos y obscura cabellera, que ocupa brillantísima posición oficial, halló entre los compañeros de aquella animada excursión al ferviente admirador que conociera no ha mucho en la ciudad de la niebla, donde residiera él largos años, cumpliendo su misión oficial como representante de un país hermano; su apellido de origen francés seguramente, evoca todas las astucias del célebre urdemalas de Gœthe; pero el héroe del poema inmortal sólo anhela conquistar hoy a la gentil e inteligente porteña, cuya preciosa silueta se destaca siempre por su elegancia tan personal; quiso seguirla, desde la ciudad de la niebla, y quiso seguirla aún, esperando, tal vez, que la sugestión del paisaje maravilloso llegara a conmover su corazón; su nombre mismo, es como el símbolo de un ideal inaccesible e inmutable; así lo fué para el divino poeta de Florencia, y parece que también ha de serlo para el rendido diplomático.

Luego se evoca la silueta arrogante de otra destacada figura juvenil, en cuyo apellido compuesto se une el de viejo abolengo criollo, de tradición federal, pero respetado hasta por los más fervientes adversarios de la tiranía, al de origen sajón; por eso, tal vez, vela la intensa mirada de sus grandes ojos azules, el sombrío dosel de su negra cabellera. El decidido admirador, muy simpático, gran bailarín, y joven a pesar de su apariencia un tanto respetable, pertenece también a una de las misiones más brillantes acreditadas ante el Gobierno de la República.

También revelan las dispersas vibraciones el *flirt* iniciado entre una interesante jovencita de ojos verdes luminosamente lindos y obscura cabellera; acompaña a su nombre suave y armonioso un breve y prestigioso apellido criollo. Su decidido admirador, muy buen mozo, de apuesta figura, ha residido largos años en el extranjero, formando parte de un estudio fundado por personalidades del foro argentino, estudio que se ha impuesto, con merecido renombre, en centros netamente sajones; lleva el mismo nombre del rey bearnés, caballeresco y conquistador, y su apellido, más breve aún que el de la gentil porteña, afirmaría después del de ella, el *paso* más decidido de su vida.

¿Cuál será el epílogo del romance esbozado en este crucero de ensueño?

Allá, en la imponente soledad de la nieve eterna, las dispersas vibraciones han de revelarnos si flotan aún las palabras aladas «que no encontraron eco en otras almas»...

Buenos Aires, Enero de 1924.

LA DAMA DUENDE

(1, 2 y 3) — PERFILES EN LA NIEBLA, *por Margarita Abella Caprile.*

UN RETRATO DE LENIN

He aquí cómo describe a Lenín el escritor inglés H. G. Wells, quien durante su estadía en Rusia en el año 1920, tuvo una larga entrevista con el jefe del gobierno sovietista:

«Las disposiciones para mi encuentro con Lenín fueron cansadas y enojosas; pero al fin me encontré camino del Kremlin, en compañía de Mr. Rothstein, figura en otros tiempos bastante conocida en los círculos comunistas londinenses, y de un compañero americano, armado con una gran máquina fotográfica, que, según me enteré, estaba empleado en el Ministerio de Estado ruso.

«Fué un verdadero laberinto de pases y salvoconductos antes de poder franquear siquiera las puertas exteriores. Y fuimos realmente filtrados a través de cinco o seis salas llenas de funcionarios y centinelas antes de llegar a la augusta presencia.

«Al fin llegamos hasta Lenín, una figurita sentada delante de una gran mesa, en una habitación clara y de vistas magníficas. Me pareció que su mesa estaba un tanto en desorden. Tomé asiento en una silla, a un extremo de la mesa, y el hombrecito — sentado en el borde del sillón, los pies apenas le tocaban el suelo — se volvió para hablarme, descansando los brazos sobre un montón de papeles. Hablaba en un excelente inglés: pero — detalle bastante característico, a mi juicio, del estado actual de las cosas de Rusia—Mr. Rothstein apuntalaba la conversación suministrando de cuando en cuando notas y otras informaciones. Entretanto, el americano ponía en acción la máquina disparando placa tras placa, aunque sin molestar a nadie. Por otra parte, la conversación era demasiado interesante para reparar siquiera en ello. Pronto se olvidaba aquel ir y venir en torno, buscando puntos de vista, y el «clic» del disparador a cada placa impresionada.

«Yo había ido esperando habérmelas con un marxista doctrinario. No encontré nada semejante. Me habían dicho que Lenín discurseaba a todo el mundo; en esta ocasión, al menos, debo declarar que no fué así. También se habló mucho, en las descripciones que de él nos llegaban de su risa: una risa que, al principio afable, no tardaba en hacerse cínica. Durante nuestra entrevista esta risa no se hizo visible. Su frente me recordaba a otra persona conocida. No pude recordar a quién, hasta que la otra noche vi a Mr. Arthur Balfour sentado y hablando bajo una luz velada. Es exactamente el mismo cráneo cupular, ligeramente asimétrico.

«Lenín tiene un rostro agradable y moreno, de expresión cambiante, con una sonrisa vivaz, y (debido acaso a algún defecto de visión) tuerce y frunce un ojo cuando hace pausa. No se parece demasiado a las fotografías que hemos visto de él, pues es una de esas personas en quienes el cambio de expresión es más importante que la traza de las facciones. Al hablar accionaba un poco con las manos sobre un montón de papeles, y hablaba de prisa, de un modo muy penetrante y ceñido, sin la menor pose ni pedantería ni reservas, como corresponde a un hombre del buen tipo científico».

Sr. Angel L. Carotini



La desaparición del señor Carotini, destacado periodista uruguayo, ha causado honda sensación entre los profesionales, pues había sabido granjearse cariño y respeto general por la rectitud de su carácter y procederes.



Señor Emilio Aras. Capital. — Señor Tomás Davis. Trenque-Lauquen.

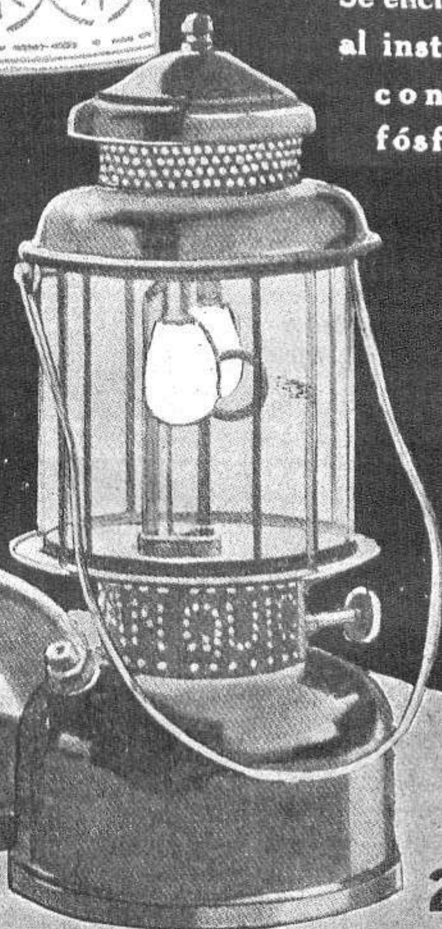
LUZ COLEMAN SIMPLEX



Se enciende al instante con un fósforo.

Potencia de 300 Bujías con menos de un litro nafta en diez horas.

Iluminación abundante, alegre y suave.



$ 39.-

$ 26.-

Lámpara portátil de mesa, con pie, o de pared, con brazo.

Linterna a prueba de tormenta.

INTRODUCTORES:

Mejor luz a menor costo.

Cassels & Co.

Manejo fácil limpio y seguro.

MAIPU, 271 — Buenos Aires.

Belwarp Boxing Club



Concurrentes a la inauguración del "ring" provisorio del "Belwarp Boxing Club" durante cuyo acto le fueron entregadas medallas de oro a los boxeadores Firpo y Gould.

PIELES HUMANAS

APLICACIONES EXTRAÑAS

La piel del bohemio Ziska ha servido, por la voluntad misma del célebre guerrero, para hacer un tambor.

Se han clavado sobre las puertas de algunas iglesias restos de las pieles de los daneses.

Se conserva en el museo Filosofical *Institution, en Raiding, un pedazo* de la piel de Jeremías Bentham.

En la biblioteca de Buris San Edmundo, se enseña un libro encuadernado con la piel del asesino Corder.

Un libro que trata de la causa del asesino Carlos Smith, ejecutado el 3 de diciembre de 1817 en Newcastle-On-Tyne, tiene una de las tapas forradas con la piel de aquel hombre.

El doctor Brondreau, médico de la ciudad de Seus, muerto hace algunos años, tenía un calzón hecho con la piel de un turco asesino.

Una joven entusiasta de las obras de Flammarión dejó ordenado que a su muerte se encuadernara el libro favorito de ella: «La pluralidad de los mundos», escrito por el gran astrónomo, con la piel de su pecho, y que se le regalara como recuerdo de su admiradora.

El famoso Cristo de Burgos es fama que está forrado con piel humana; así lo dice Teófilo Gautier, lo que ya es una razón para dudar del hecho.

Salve



TANGO.

Discos Victor

NOVEDADES

correspondientes al

MES de FEBRERO

Discos Victor doble faz de 25 ctms. a $ 3.— c/u.

BAILABLES

77182 { **De Antaño.** Tango. A. Rodríguez. Orq. Fresedo. **La Ratona.** Tango. O. N. Fresedo. Orq. Fresedo.

77183 { **Meu Passarinho.** Maxixe. A. P. Berto. Orq. Berto. **Foi ella que me deixou.** A. P. Berto. Orq. Berto.

77184 { **Mujer.** Tango. Cobian-González. Vega-Díaz (solo). **Sauce Llorón.** Tango. Dizeo-Flores. Vega-Díaz. (Dúo).

77185 { **Altiva.** Vals. Velich-Polonio. R. del Carril. **Gato Patriótico.** Gato. Velich-Polonio. Quiroga-Del Carril.

77186 { **Salve.** Tango. A. Cipolla. Orquesta Fresedo. **Mano Larga.** Tango. J. Polito. Orquesta Fresedo.

77187 { **Olvidando.** Tango. R. T. de Marturet. Orq. Cobian. **Floreal.** Tango. Paquita Bernardo. Orq. Cobian.

77188 { **Fibra Gaucha.** Milonga. Landolfi-Pérez. Vega-Díaz. (Solo). **Una Queja.** Zamba. C. Sotelo-Parada. Vega-Díaz (Dúo).

77189 { **Pobre Madre.** Tango. F. Cerebello. Orq. Pereyra. **Una Pena.** Tango. F. Cerebello. Orq. Pereyra.

77190 { **Aconcagua.** Gato. J. Aguilar. Dúo guitarras Aguilar **Flores de Arrayán.** Zamba. J. Aguilar. Dúo guitarras Aguilar.

77191 { **Perico.** Schotis. R. Goyeneche. Orq. Fresedo. **La Pesadilla.** Tango. J. M. Rizzuti. Orq. Fresedo.

BAILABLES POR FAMOSAS ORQUESTAS INTERNACIONALES

19182 { **De mis Brazos te Arrancaron.** (Somebody Else Took You of my Arms). Fox Trot. Orq. B.- Rapp. **Anda, Juanita, Anda.** (Walk, Jennie. Walk). Fox Trot. Orquesta Barney Rapp.

19183 { **Bonnie.** Fox Trot. The Manhattan Merrymakers. **Marcha de los Maniquíes.** (March of the Mannikins). Fox Trot. Orquesta Benson.

19184 { **Atormentándome a Pedazos.** (Bit by bit you are Breaking my Heart). Fox Trot. Orquesta Dornberger. **Mi Rayito de Sol.** (Sunshine of Mine). Fox Trot Orquesta Dornberger.

19185 { **Pataleale Bien.** (Shake your Feet). Fox Trot. Orquesta Paul Whiteman. **La Languidez del río Swanee.** (Swanee River Blues). Fox Trot. Orquesta Paul Whiteman.

19187 { **En Amor con el Amor.** (In Love with Love). Fox Trot. Orquesta Paul Whiteman. **Ana la Trapera.** (Raggedy Ann). Fox Trot. Orquesta Paul Whiteman.

19189 { **Stack o'Lee Blues.** Fox Trot. Orquesta Waring's Pennsylvanians. **Staying Change.** Fox Trot. The Virginians.

19191 { **Mamá quiere a Papá.** (Mamma Loves Papa). Fox Trot. Orquesta Paul Whiteman. **Todas las Noches Lloro por ti.** (Every night i Cry Myself to Sleep Over You). Fox Trot. The Manhattan Merry Makers.

19195 { **Sórdida Nostalgia.** (Mean Blues). Fox Trot. Orquesta Silverman. **Dónde va Papá, Allá va Mamá.** (Mamma Goes Where Papa Goes). Fox Trot. Orq. Silverman.

19196 { **¿También estará ella Sola?** (Wonder if she's Lonely Too). Fox Trot. Orquesta Dornberger. **Nunca tuve una Mamita.** (I Never had a Mammy). Fox Trot. Orquesta Dornberger.

19997 { **Tú.** (You). Fox Trot. Orquesta Benson. **Te Ruego que me digas si me Quieres.** (Do You, Don't You? Will You? Won't You) Fox Trot. Orquesta Benson.

19998 { **Triste y Solo.** (Lonesome and Blue). Fox Trot. Orquesta Benson. **Medio en Tinieblas.** (When Lights Are Low). Vals. Orquesta Benson.

19200 { **Una hora de Amor.** (One Hour of Love). Vals. Orquesta Silverman. **Noches en el Bosque.** (Nights in the Woods). Fox Trot. Orquesta Silverman.

19201 { **Sueña Padre Mío.** (Dream Daddy). Fox Trot. Orquesta Jack Chapman. **La única Mujer.** (The Only Girl). Fox Trot. Orquesta Jack Chapman.

19203 { **Pío Pío.** (Tweet, Tweet). Fox Trot. Orquesta Manhattan. **He sido un Tonto.** (I'Ve Been a Fool). Fox Trot Orquesta Manhattan.

19204 { **Aparta, Aparta, Esos Labios.** (Take, oh Take Those Lips Away). Fox Trot. Orquesta Brooke Johns. **Una canción de Amor.** (A Love Song). Fox Trot. Orquesta Manhattan.



Victrola

REG. U.S. PAT. OFF. M. de F. MARCA INDUSTRIAL REGISTRADA

Estas marcas de fábrica de la Victor aparecen en la tapa de los instrumentos y en la etiqueta de los discos

Victor Talking Machine Company. Camden. N. J. E. U. de A.

Comerciantes Victor en todas las ciudades y poblaciones importantes de la Argentina y el Uruguay.



Don Pedro Quijano, el médico de Villa María, había ordenado que ataran la volanta para salir a visitar sus enfermos. Mientras le preparaban el coche — un coche muy barnizado, muy brillante, con guarniciones de filetes — dió algunas vueltas por el jardín de su casa del brazo de su esposa.

El día estaba espléndido, radiante de sol y de luz.

Comenzaban a zumbar en el aire tibio las abejas, y los follajes se esponjaban verdes y brillantes.

— Debe alegrarte todo esto... ¿verdad monina? — murmuró el médico al oído de su mujer.

— Sí; no lo niego..., aquí la primavera es deliciosa. ¡Sin embargo!...

Don Pedro la miró fijamente. ¡Ya adivinaba él lo que había en el fondo de aquel espíritu!

— Sin embargo — replicó — querrías lo «otro»... ¿no es cierto?

— Sí, queridito... ¡lo «otro»!...

— Bueno, eso es cuestión de suerte; la proposición existe, y hoy, sin duda, después del correo de las seis, sabremos a qué atenernos...

Tratábase de una permuta ofrecida al doctor Harold, de Buenos Aires. Don Pedro le dejaría la plaza de Villa María, buena clientela, sueldo policial, dos sociedades de socorros mutuos, etc, en cambio del consultorio y los enfermos de Harold en la capital.

La negociación marchaba. El galeno metropolitano no estaba bien de salud y necesitaba del aire puro de las sierras. Don Pedro, en cambio, se hallaba dispuesto a sacrificar aquella serena existencia de provincia para satisfacer a su mujer, hastiada ya de la calma lugareña... Claro que a él la permuta le hacía muy poca gracia; allí, en Villa María era un hombres conspicuo, un prestigio, mientras que en Buenos Aires, encallado en cualquier barrio, se vería reducido a la obscura categoría de un medicastro cualquiera...

— Lo hago por ti, mujercita... — decía el médico — para satisfacerte...

Y en verdad, era ella quien le espoleaba para que abandonara sin pena aquel poblachón aburrido.

Llevaban diez años allí, ¡Dios mío, diez años que a ella se le antojaban diez siglos! Se hacía necesario cambiar de situación, incorporarse a la vida fastuosa de la ciudad antes de que la horrible vejez asomara su rostro exhausto... ¿Acaso con lo que habían logrado ahorrar estaban expuestos a sufrir privaciones?

— No es eso, querida mía, no es eso lo que me detiene; la cuestión es más compleja... Aquél es otro escenario muy diferente a éste... ¡muy diferente!... Tú has visitado Buenos Aires una sola vez y por poco tiempo; la cosa tiene sus bemoles, puedes creerme, mujercita, tiene sus bemoles...

A la verdad ella no prestaba atención alguna a los bemoles aludidos por su marido. De hacer su gusto, aquella misma tarde se hubieran marchado. Sentía un fastidio horroroso, un aburrimiento mortal... Siempre lo mismo; en verano la carretera polvorienta, los vientos del Norte que la obligaban a encerrarse en las piezas, a permanecer acostada, con un humor del diablo, esperando a que su marido volviera de las visitas diarias... A la oración, eternamente, las dos campanas de la capilla volcando en las sierras su tañido grave, su invitación a la muerte...

— ¡Din!... ¡dan!... ¡din!... ¡dan!...

De noche, después de cenar, una que otra visita que traía el chisme y el comentario último y luego, a la cama, entre una baraúnda de mosquitos que ronroneaban incansables alrededor del pabellón de tul del mosquitero.

En invierno, lluvias interminables, la niebla espesa, los caminos encharcados, los árboles sin hojas, con sus ramas desnudas, retorcidas, como en una súplica, bajo el cielo frío y gris...

— Daría cualquier cosa por irme, Pedrito—exclamaba la mujer con aire contrito — ...tengo ansias de aquello, de aquello tan hermoso... ¿entiendes?

— ¡Bah!... chifladuras... ¿qué hallarás en Buenos Aires?... al poco tiempo aburrimiento, tedio... cualquier cosa menos esta tranquilidad de las sierras...

— No, no, Pedrito... Eres injusto; no me comprendes... — repetía ella mohína.

El buen médico atribuía a la jaqueca y a las malas digestiones estas inquietudes espirituales de su mujer. Ella protestaba; no, no era eso... ¡quería irse porque estaba mortalmente aburrida!

Se presentó al fin la ocasión propicia, la posibilidad de la permuta. Don Pedro prometió estudiar el asunto. Pidió algunos días para reflexionar; luego, vencido por la obstinada perseverancia de su mujer, contestó que sí...

Esperaban aquella tarde la conformidad absoluta.

— Te esperaré en la puerta, queridito... — murmuró — si el telegrama dice que sí, me haces seña desde lejos con el *pañuelo*... ¿quieres?...

Sentía Irene palpitar su corazón, latir sus sienes; ¡ah!... ¡irse a la ciudad, vivir en pleno centro, entre la baraúnda del tráfico, cerca de los teatros, de las salas de concierto, de las grandes confiterías donde se puede satisfacer el paladar más goloso!

— Bueno, hasta luego — murmuró don Pedro, besando la frente de su esposa con un recogimiento y solemnidad litúrgica — ... *veremos en qué para todo esto*...

Subió a la volanta, cercioróse de que llevaba todo el instrumental en la valijilla y se puso después en marcha, al trote largo de los caballos.

Irene le vió alejarse a lo largo del camino, envuelto en una nube de polvo...

II

La esposa del médico tenía de la ciudad un recuerdo fuerte, indeleble. Cerrando los ojos la veía en detalles, como las piezas de un

tablero de ajedrez. Había pasado allí dos meses cortos en casa de unos parientes.

En esta casa vivían dos muchachas muy simpáticas: Beatriz y Eulogia.

Una de ellas, Beatriz, contaba apenas veinte años; la otra, Eulogia, diez y siete.

La primera padecía la enfermedad del «flirt» elevada a potencia. Recibía dos o tres cartas diariamente de otros tantos novios y simpatías. Guardaba las cartas en la liga, en el cinturón, en las mangas del vestido, por temor a que la sorprendiera su madre.

Jugaba con los petimetres haciéndolos ir de un lado a otro, riéndose a carcajadas de los plantones a que los sometía. Tenía para esto una crueldad infantil.

Su hermana Eulogia, en cambio, era más modesta y se resignaba a tener dos novios; uno que hacía de novio oficial y otro de novio suplente... A veces le reprochaba a Beatriz que derrochara una actividad tan grande en favor de Cupido.

—¡Cállate, tonta!... ¿no ves que me divierto y no llego a nada malo?

Y en verdad, no había llegado a nada malo. Se conocía bien y sabía que evitando la ocasión evitaba el pecado.

Con ellas salía por las tardes Irene. Solían pasearse por las plazas y bosques de Palermo y por el jardín Botánico. Al regresar, a la caída de la tarde, se traían al ruedo una tribu de jóvenes almibarados que intentaba la conquista de las muchachas con el repertorio de frases usuales en tales casos.

Irene tenía entonces veintisiete años; era grácil, bonita, sin aire alguno de provinciana.

Poseía el don instintivo de la elegancia.

Olfateaba como una porteña ducha los géneros y colores que mejor armonizaban con su figura y con su físico. Este detalle dejaba perplejas a sus parientas.

—¡Pero hija del alma, si parece que hubieras vivido siempre en la capital!

—¿Por qué? —replicaba Irene azorada —... ¿acaso es algo del otro mundo saber lo que se lleva?

Fué una de esas tardes cuando Irene conoció en un «dinner dansant» a Emilio Lacroix.

Este Emilio, pichón de abogado, era un tipo sigiloso, que hablaba con voz meliflua y de una manera rebuscada, artificiosa, como en grandes parlamentos románticos.

Irene rechazó de plano los galanteos del futuro representante de las leyes, le advirtió que era señora, y muy seria, y que su esposo ocupaba una posición envidiable en Villa María.

El joven Lacroix volvió a la carga argumentando con paradojas brillantes, disertando con calor y entusiasmo sobre las delicias del amor prohibido y la futura libertad sexual de la mujer...

Irene le oía apabullada por aquella ducha gigantesca de palabras. Apenas respondía. Temía proceder de una manera brusca, descubriendo su origen campesino. Pidió consejos a Beatriz.

—¿Qué hago con este moscón? —le preguntó— no puedo sacármelo de encima...

—¡Bah, déjalo! —contestó Beatriz— al fin tu marido está lejos y nada sabe... Tú te diviertes, que a eso has venido...

Desde entonces el cerco que Lacroix había puesto a la linda Irene se estrechó más.

Rondó la casa, le escribió dos o tres esquelas desesperadas comparándola a Madama de Sevigné en talento y en hermosura...

—Yo no contesto a esto —afirmó Irene— ¡es demasiado!

—No contestes, si quieres, pero déjalo que te escriba... ¡Es un lindo muchacho! —le dijo Beatriz.

Pocos días después volvieron a encontrarse en el «dancing». Bailaron juntos. Lacroix fué comedido. Advertía, con sagacidad, que la presa no era capaz de resistir a una persecución tranquila, paciente. El tiempo era su aliado. El secreto consistió en saber esperar...

—El amor no reconoce situaciones —afirmaba Lacroix; —es injusto, sin duda, pero triunfa siempre a despecho de todo...

Irene, aterrada, comprendió que aquel hombre iba preocupándola cada día más. Su recuerdo la obsesionaba. Al llegar a la casa, por la noche, aun oía su voz arrulladora, sus frases galantes, los elogios a su hermosura, y recordaba la simpatía atrayente, irresistible, de aquel don Juan moderno...

La idea del pecado se confundía en ella con la del terror. Temía las consecuencias, la ira de su esposo si llegara alguna vez a enterarse... Lo demás, esos torturantes aguijones del remordimiento tan bien descritos por los novelistas románticos, no existían para ella...

Estaba admirablemente dispuesta a la infidelidad tranquila y resignada.

Por suerte, cuando Emilio Lacroix se mostró más vehemente, le llegó a Irene un telegrama de su marido donde le ordenaba el inmediato regreso a Villa María.

Sin perder momento, un poco avergonzada de su fuga, pero con la secreta sospecha de que «otra vez sería», preparó las maletas de viaje.

Antes quiso despedirse de su adorador, y después de muchas vacilaciones, aconsejada por sus amigas, resolvióse a escribirle una carta breve y seca. La carta le resultó todo lo contrario. Era una esquela romántica, casi plañidera. Le daba cita para el día en que sus espíritus se disolvieran en el «gran todo»...

El joven Lacroix, al recibir la carta, averiguó la hora en que salía el tren y se presentó en la estación.

—Tendrá usted que permitir que le escriba de vez en cuando —le dijo.

—¿A mí?... no... no —replicó Irene alarmada— ...¿y mi esposo?

—Busque usted un recurso cualquiera; una amiga íntima, una sirvienta...

La apremió con frases llenas de calor.

—Bueno, se lo prometo; ni bien llegue le haré a usted dos líneas con una dirección de confianza. Veremos cuántos días dura su pasión...

Se estrecharon las manos largamente. El tren partió...

III

Cuando el doctor Quijano regresó por la noche, Irene corrió a él, ansiosa, anhelante.

—Y... ¿qué dice? —preguntó.

—Nada, no hay nada de lo tratado. El colega Harold decide quedarse en la capital. Aquí está el telegrama...

Irene leyó de corrido, suspiró hondamente. ¡Toda su ilusión se esfumaba, desaparecía para siempre!

—Entonces —murmuró— ¿nos quedamos?

—No hay otro remedio. Al fin creo que es lo mejor...

Quijano había consultado el caso con algunos amigos y todos desaprobaron su intención de marcharse del pueblo.

Esto le dió cierta energía que pensaba hacer valer con su mujer. ¿No era en verdad ridículo que se lanzara a su edad en semejante aventura? ¡No, por Dios, ya no eran chiquillos!

Quijano se negó rotundamente a los requirimientos de su esposa, empeñada en que buscara otra permuta. Discutieron. Irene lloró, se encerró en su cuarto y no quiso bajar a la hora de la cena.

—Ya se le pasará —pensaba el médico.

Sin embargo, aquella hostilidad, aquel enfado de su mujer se prolongó meses enteros.

Negóse a salir de casa, a lucir su garbo porteño en las reuniones del Club Social, cosa que ponía al médico de muy mal humor.

— Ya verás... — le decía a su marido — voy a concluir tísica...

Quijano se echaba a reir como un buen filósofo de la escuela de Zenón de Citio, y aguardaba...

Una tarde de verano, a la hora del correo, Irene echada en el fondo de una mecedora, contemplaba a lo lejos el cinturón de sierras, a trechos verdes y a trechos de un color de ceniza.

Lejos, en un alto, se veía el caserío de la villa, blanco, alrededor de una torre de iglesia que tenía en medio el agujero cuadrado del campanario.

Por la carretera que subía serpenteando a lo alto de la loma se veía gente que marchaba con sus carros y con sus mulas.

El sol se ocultaba a lo lejos, lentamente, entre nubes tan claras y finas que parecían de cristal...

Irene, absorta, acariciaba sus ideas tristes y laxas, su abulia de todos los días, evocando el espejismo seductor de la lejana ciudad donde había conocido los primeros rebullos de una existencia nueva...

La imagen de aquel hombre joven, apasionado, elocuente como un actor de teatro, surgía a cada instante en su imaginación.

No podía, por más que pensara en ella, explicarse su actitud de ahora, su silencio. Ni bien llegó a Villa María, ella procuró, tal como lo prometiera, la complicidad de una vieja amiga, una mujer del pueblo, que se encargaría de recibir las cartas y entregárselas discretamente. En seguida escribió a Lacroix dándole las señas, pero Lacroix no repuso. Al poco tiempo volvió a escribirle, un poco humillada por aquel desaire, pero el resultado fué el mismo. El joven amador no daba señales de vida. Irene no se resignaba, por orgullo, a este silencio despectivo. Tenía la seguridad de que un día u otro...

De pronto vibró el timbre de calle. Era el cartero; dejó allí, en la casilla del portón, un paquete de diarios.

Irene cogió el paquete, rompió la cubierta con un gesto de rabia, y comenzó a hojear los periódicos. Leía apenas los títulos; se detuvo en la crónica de un suceso policial, que le interesó al pronto. Se reseñaba allí un incidente sangriento acaecido en un «cabaret» de Buenos Aires.

Un hombre había muerto a otro disputándose la posesión y los derechos sobre una infeliz muchacha a quien explotaban de la manera más baja y miserable.

La crónica abundaba en detalles, recogía frases, pintaba al rojo vivo los entretelones escandalosos del asunto.

Irene leía con ávida curiosidad hasta que llegó al párrafo final, donde decía; «...el muerto es un sujeto bien parecido, de veinticinco años, llamado Emilio Lacroix. Hasta hace poco tiempo estaba empleado en... etc... etc.».

Pálida hasta la lividez, herida en lo más vivo, Irene dejó caer el diario a los pies del sillón y permaneció absorta, demudada... ¡Sí, era él, no había duda! Un temblor nervioso le recorrió el cuerpo; se sintió un instante aterrada, muda de pavor, y de inmediato, en una transición brusca, repentina, quedó tranquila, serena, como si todo aquello fuera para ella desconocido...

Y entonces se echó a reir, con una risa cortante y alegre...

HÉCTOR OLIVERA LAVIÉ

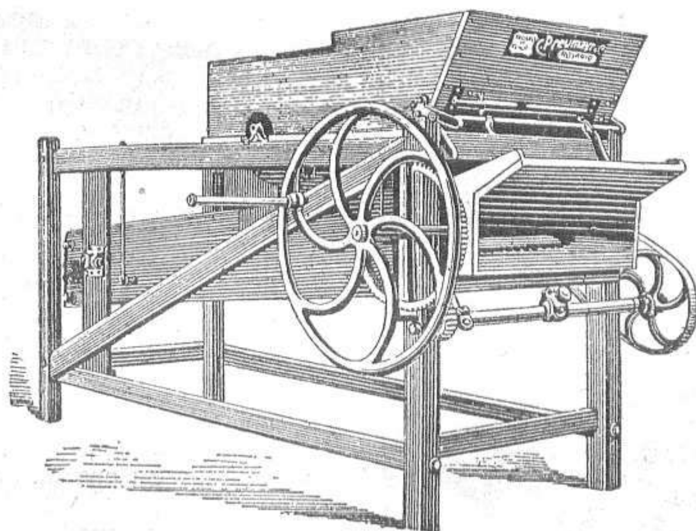
NUEVO LIMPIADOR PARA CEREALES

"FENIX"

A MANO O A FUERZA MOTRIZ

Gran éxito también para Lino

COJINETEADO



A BOLITAS

C. PREUMAYR & Cía.

Talleres "Eureka"

Importación

EN BUENOS AIRES:
539 - BELGRANO - 539
UNION TELEF. 4931, AVENIDA

EN ROSARIO:
2541 - RIVADAVIA - 2541
UNION TELEF. 8226, ROSARIO



Para estancias para familias para "tea rooms"

Enviamos directamente el Te Sol en latas grandes, especialmente acondicionado:

"Five O'Clock" (Te Sol Calidad Extra)

Lata de 11 lib.	(5 Kgs. neto)	$	**35.00**
» » 3 »	(1.362 grs. neto)	»	**10.50**
» » 1 »	(454 » »)	»	**3.70**

Te Sol "Etiqueta Blanca"

Lata de 6 Lib.	(2.724 grs. neto)	$	**18.00**
» » 3 »	(1.362 » »)	»	**9.00**

Dirija su pedido a Walker Hermanos Ltda., calle Tucumán, 345. Bs. Aires. (U. T. 31-0095 Retiro).

Si es para el campo, podemos enviar contra reembolso. El flete es por nuestra cuenta.

Si desea una muestra gratis, rogamos enviar 0.17 cts. en estampillas para el franqueo certificado.

OBSEQUIAMOS

con el famoso calendario de bolsillo "TE SOL" para 1924.

Pídalo a Walker Hnos. Ltda., calle Tucumán 345, Buenos Aires.

BUENOS AIRES, 9 DE FEBRERO DE 1924

AÑO XXVII

CARAS Y CARETAS

N.º 1323

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



LA VUELTA AL MUNDO EN AEROPLANO

DESPEDIDA DE LOS AVIADORES MAYOR PEDRO ZANNI Y ALFÉREZ DE FRAGATA NELSON T. PAGE, QUE LA INTENTARÁN

Los intrépidos pilotos que se embarcaron para Europa con el fin de adquirir las máquinas con que proyectan realizar la magna empresa, rodeados por los comensales que asistieron al banquete ofrecido por el barón Antonio De Marchi, Presidente de la Comisión de los trabajos preliminares.

FOTO DE BELL

MAESTRAS EGRESADAS DE LA ESCUELA NORMAL N.º 8



Alumnas de la división B. en el curso 1923. Señoritas: M. A. Balboni, Carmen Ferrán, Celia Calviello, Nélida González, L. Sarri, Martha Bourden, Delia Giner, Amalia Macchione, Clara Barceló, Lilia A. Minaberry, Haydée Rivera, Gilda Tursi, Dora S. Priano, Carmen Palacio, Zulema Massa, C. Durand, Sara Fontenla, Isabel Ortiz, Angela Radrizani, Gasparina D'Agnillo, Golfard, M. L. Casalnovo, Ana María Gally, Amalia Lombardo, María S. Pinedo, Clotilde Gallo y Nélida Mezzario.

NUEVOS PROFESORES EN LETRAS



Guillermo Saraví.



Abraham Ortiz.



Eugenio Giordano.



Delio E. Reynoso.



Emilio Regatto.



Rodolfo A. Bardelli.



Enrique P. Blanch.



Pablo A. Mastandrea.



Italo Schettini.



Juan Dalto.



Hernán M. Gallardo.



Juan Cambriglia.

EGRESADOS DE LA ESCUELA NORMAL DE PROFESORES



Nuevas profesoras y profesores normales especializados en el idioma italiano.



He aquí el último retrato de Raquel Meller... También la "diseuse de music-halls" y la "star" cinematográfica, en un tiempo española, se ha cortado el pelo, sacrificando a la moda su espléndida cabellera... Al hacerlo, Raquel ha renunciado a la peineta de teja, y por consiguiente a la mantilla, galas que, tanto por lo menos como el talento, labraron la fama de esta artista en París.

Si aún es tiempo...

Un juez norteamericano acaba de hacer público elogio de esos cabellos cortados casi al rape, que dan a la mujer más bella, por obra y desgracia de la moda, una ambigua apariencia de jovencito disfrazado con faldas.

El juez en cuestión ha enviado a todos los periódicos que quisieron recibirle un comunicado en el que dice:

«—Por término medio, tengo que resolver, al año, mil quinientos casos de divorcio... Pues bien, ni una sola de las mujeres divorciadas por mí hasta la fecha se había cortado el pelo... Todas lucían trenzada formando un moño más o menos voluminoso, la larga melena tradicional.»



De tal observación, el juez deduce este consejo:

«—Si desea usted seguir viviendo con su marido, córtese los cabellos, señora. Para conservar el cariño del hombre, la mujer ha de procurar ser agradable; y un esposo no puede soportar a su esposa cuando ésta lleva sobre la cabeza una maraña.»

Por último, el magistrado concluye:

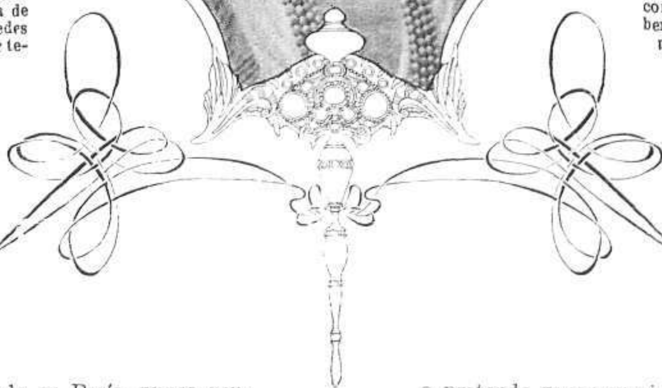
«—En mi opinión, el pelo corto mejora la apariencia de las mujeres.»

¡Oh, Venus!

No sé lo que pasará en los Estados Unidos, pero acá, en



Vean ustedes esta prodigiosa mujer que es doña Victoria Eugenia, reina de España... ¿Creen ustedes que haya, en cualquier tesoro del mundo, una corona comparable en riqueza con ésta que teje a la soberana de Castilla su espléndida cabellera?...



Europa, y sobre todo en París, nunca ocurrieron tantas catástrofes matrimoniales como de veinte meses a esta parte, desde que apareció, con todos los caracteres de una epidemia, este horror al cabello que hace perder a las damas todo sentido estético y también ¿por qué no decirlo? alguna autoridad moral... Por lo demás, aquí ocurre lo contrario que en Nueva York, y las mujeres divorciadas, cuyo número aumenta de día en día, cuidan, por lo general, de cortar sus cabellos mucho antes que la amarra conyugal, como si al masculinizarse con el peinado *a la garçonne* hubieran tratado ya de alzar, entre ellas y sus respectivos maridos, una infranqueable barrera psíquica, y un poco física, tal vez...

La protesta de los hombres contra la moda femenina de la cabeza rapada, es unánime. Los únicos seres a quienes tal moda hace sonreir son los *coiffeurs pour dames*, que hacen su agosto, ahora, cortando melenas con las cuales fabricarán pelucas mañana.

Pero hay, contra la mutilación de las cabelleras, algo más grave y decisivo que la oposición teórica de los hombres: hay el *veto* inexorable opuesto a la mala obra del peluquero, allí donde la mujer que perdió momentáneamente el seso y el cabello, gana o pretende ganar su vida. A este propósito, y como advertencia y ejemplo, está publicando *París-Soir* las cartas desoladas de infelices muchachas que al sacrificar voluntariamente el moño sacrificaron involuntariamente el pan... He aquí algunas de esas tardías lamentaciones:

«— Salí de la Escuela Normal este año — dice una joven maestra — y durante las vacaciones me hice cortar el pelo. Ahora, acabo de ser enviada, como institutriz, a una escuela de provincia, y al recibirme, la directora me declaró que mi peinado no era decente. Lo mismo insinuaron las madres de mis discípulas. En fin de cuentas, he tenido que dejar crecer otra vez mis cabellos.»



Una «dactylo» que no ha salido de París, refiere su aventura, más triste aún:

«— Mi peluquero — dice — se obstinó en raparme *a la garçonne*, y he de confesar que este tocado me va muy bien. Pero al presentarme así en la oficina, el jefe me llamó a su despacho y me hizo saber que, sintiéndolo mucho, se veía en la necesidad de prescindir de mis servicios porque el pelo corto me daba un aspecto especial, incompatible con el decoro del establecimiento...»

Semejante es la desilusión de una

¿Qué diadema de brillantes, qué hilo de perlas sustituiría, sobre la frente de esta belleza femenina, al esplendor de estos rizos que tienen la luz, la vida y la poesía del sol?...

señorita vendedora, que nos confiesa:

«—Estaba desde hace algún tiempo sin colocación, y había solicitado el ingreso en las *Galeries Lafayette*. Entretanto, y por imitar a una vecina que se dedica al *music-hall* y se preocupa mucho de la moda, renuncié a mi espléndida melena y quedé, como mi amiga, con un tocado *a la Claudine*. Ayer recibí contestación favorable de las *Galeries* y alborozada fuí a ocupar mi puesto... ¡Cuál no sería mi desconsuelo al oirme ordenar por el director de mi sección: — Señorita, váyase a su casa, y no venga a trabajar en tanto que no le haya crecido el cabello!...»

Pero la más significativa de estas cartas es la siguiente, escrita por una camarera de casa grande:

«—Me hallaba colocada, como *femme de chambre*, en el hotel de la condesa de X. La semana pasada, mi señora se hizo cortar el pelo *a la Jeanne d'Arc*. A mí me pareció muy bien lo hecho por mi señora, y el domingo, aprovechando la salida, fuí a la peluquería del barrio y me hice suprimir el moño. ¡Nunca lo hubiera hecho!... En cuanto mi señora me vió con el pelo corto, me despidió. Ahora estoy buscando nueva colocación y no la encuentro — a pesar de tener en mi favor excelentes informes — ya que ninguna señora quiere admitirme a su servicio con mi cabeza a la moda.»

Como ustedes ven, y contrariamente a la opinión del juez norteamericano, esa moda del cabello corto no «mejora la apariencia de las mujeres» y las expone, por lo contrario, a injustas y poco gratas apreciaciones.

Usted, señora o señorita, no tiene que ganar su vida... Posee usted fortuna, respetabilidad, juventud, belleza... Puede usted permitirse la extravagancia de cortarse el pelo, sin que esa extravagancia comprometa, aparentemente, nada serio...

Pero si aun es tiempo, señora o señorita, guarde usted su cabellera; guarde usted su «regio manto de Eva», que no es solamente un atributo de la hermosura, ya que forma parte de ella de tal modo que privada de ese atributo su belleza sufriría una verdadera amputación... Guarde usted su cabellera, porque suelta sobre sus hombros y sobre sus espaldas, esa cabellera es como un maravilloso jardín lleno de rubio sol o envuelto en endrina sombra; jardín todo aromado por la esencia vital de la feminidad; jardín todo ensoñado por cien nostalgias de amor que fué dejando, a su paso de usted, la admiración...

ANTONIO G. DE LINARES

LA GRAN CRECIENTE DEL SENA



Vista general de los muelles del Sena de la parte de Villeneuve le Roi, inundados por la gran crecida del Sena.



La "Vert-Galant" anegada por las fuertas lluvias que desbordaron las aguas del río y que tantas dificultades causaron a la gran ciudad.

CREO que el telégrafo ya se habrá interesado en hacerles saber a los lectores de CARAS Y CARETAS que hace dos meses llueve sin interrupción en París. Pero tanto sube el agua, el Sena se nos desborda y el sol mismo se deslíe en las nubes y en los charcos del camino, que éstas líneas son como un grito de socorro, pidiendo la seca de Santiago del Estero y el buen calor del asfalto de Buenos Aires para hacer pie. No podemos salir del Arca como en tiempos del viejito Noé. París es una laguna.

Felizmente, el Sena no ha querido recordar hasta hoy el dramático desborde de 1910. Ha omitido las sorpresas desagradables.

No hemos conocido la catarata, pero sí el paisaje triste y silencioso — y demasiado extenso — del agua mansa. La «Hermana Agua» del pobre Amado Nervo, nos ha envuelto los pies, los flancos, la cabeza, y nos ha derramado una lágrima más en el alma.

VIZCONDE DE LASCANO TEGUI.



Cómo hubo de establecerse la interrumpida circulación entre las calles de París y entre St.-Germain y Courbevoie.



Puentes-tablones improvisados sobre las calles. Para salvar a las cloacas de una segura inundación, se levantaron los caños, colocándolos más altos del calculable nivel máximo del agua.



Un "inventor" oportuno. "Botines" de hoja de lata para atravesar los riachuelos. Anverso de la medalla.



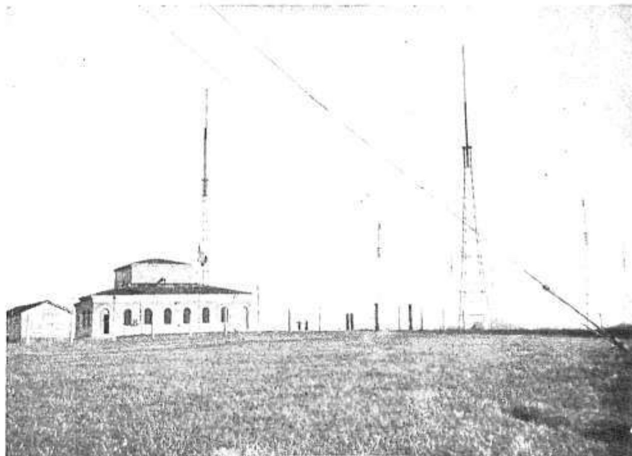
Le quedaron grandes los "botines" de cinc. Gracias a que sabía nadar. Reverso de la medalla.

EN EL EXTRANJERO

ITALIA



El cardenal Maffi, arzobispo de Pisa, acompañado del Ministro de Marina, almirante Thaon di Revel, visitando la estación ultrapotente de Coltano



Vista general de las instalaciones radiotelegráficas de la estación que puede competir con las principales de su clase que funcionan en Europa y América.



El príncipe Bhawani Singh Rana de Jhalawar, influyente Maharajah de la India, rindiendo tributo ante la tumba del soldado desconocido, a su paso por Roma.



La princesa Maud, sobrina del rey de Inglaterra, acompañada de Lord Carnegie, visitando el Coliseo.

ESTONIA



Distinguidas familias que concurrieron a la interesante fiesta celebrada en el Consulado General de la República Argentina en Reval y ofrecida en honor del Cuerpo diplomático.

FOTOS DE NUESTROS CORRESPONSALES.

ESCUELA SUPERIOR DE COMERCIO "CARLOS PELLEGRINI"

PERITOS MERCANTILES EGRESADOS EN 1923. — (5.º AÑO 2.ª DIVISION)


MANUEL ALVAREZ.


HÉCTOR ARPINO.


GABRIEL O. BOERO.


RAÚL E. BOTTARO.


RICARDO CRESPI.


A. CANCIELLO (H.).


PEDRO DELLE COSTE.


D. E. DI MENNA.


ARTURO ETCHEGOYEN.


FCO. G. FOLKERS.


ROGELIO A. GONZÁLEZ.


JOSÉ GREGO...


DESIDERIO HORNOS.


A. E. DE LIECHTENSTEIN.


ROBERTO LAMURAGLIA.


ELISARDO SERROT LÓPEZ.


JULIO LLARIA.


ARMANDO MILOU.


RAUL J. MAGNASCO.


LEONIDAS MAZZOLETTI


GUIDO MABLI.


EDUARDO OGNIO.


JUAN JOSÉ PÉREZ.


HÉCTOR G. PINA.


JUAN A. PROZZILLO.


CARLOS RIZZOLO.


LUIS RUSCA (H.).


FLORENCIO SOÑORA.


AGUSTÍN SUÁREZ.

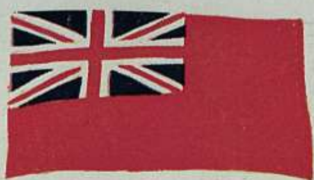

FRANCISCO TRUCH.


LUIS TA[illegible]


RICARDO [illegible]


JUAN [illegible]ÑONI.


VICENTE ZAMPRILE.





FIGURAS DE ACTUALIDAD

Mr. RAMSAY MACDONALD

JEFE DEL NUEVO GABINETE BRITÁNICO

POR ALVAREZ

LEADER del Partido Laborista, orador persuasivo y pujante, escritor de nota cuyos libros de interés doctrinario alcanzaron gran difusión entre las clases obreras, el nuevo Jefe del Gobierno inglés proseguirá desde su elevado cargo la obra comenzada desde las filas del pueblo en pro de las conquistas sociales contenidas en el programa de su partido.



La actriz Magda Garden luciendo un manteau blanco.



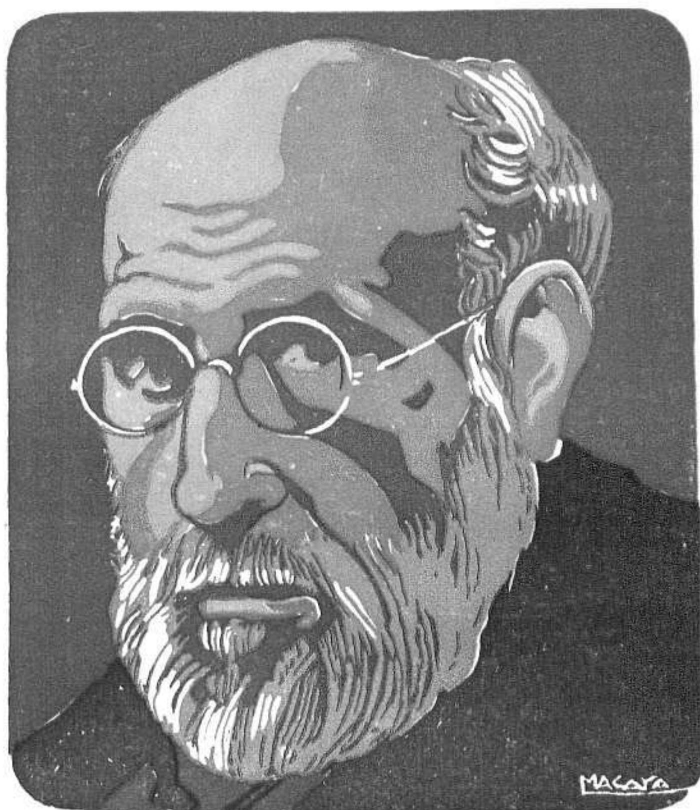
Falda a rayas negras y "sweater" de lana blanca

Ultimas Novedades de la Moda



La artista Maria Mindzsenty con "jaquette" blanca.

Trajes para la próxima temporada de tennis



HOMBRES CÉLEBRES

CAJAL

DON Santiago nació en Petilla, pueblecito perteneciente a la provincia española de Navarra, el año 1850.

Se dice que al principio de su vida estudiantil tuvo poco amor a los textos oficiales y a las clases. Hay muchachos que en cuestiones de estudio imitan al hombre que ha de saltar una valla. Retroceden para «tomar vuelo». Así el salto resulta mejor. No vayas, sin embargo, aplicadísimo lectorcito, a dejar de estudiar creyendo que de esa manera estudiarás luego con más provecho. Todo lo que sea parodiar, como un macaco, las debilidades de los grandes hombres, resulta una estupidez ridícula. No vayas a parecerte a esos tipos que se peinan y visten igual que el célebre Fulano o que el eminentísimo Zutano y siguen con la cabeza tan vacía.

Ramón y Cajal son dos apellidos, lo que te advierto para cuando necesites buscar en los diccionarios y catálogos. Son dos apellidos que su por-

tador ha hecho célebres a fuerza de talento y estudios. En 1869, es decir, cuando tenía diez y nueve años, aquel joven terminaba la licenciatura de Medicina y Cirugía en la Universidad de Zaragoza. ¡Mira cómo supo aprovechar el tiempo! Mientras se preparaba brillantemente para obtener el grado de doctor le nombraron Director del Museo Anatómico de Zaragoza. Ya convertido en un señor doctor obtuvo la cátedra de Anatomía de la Universidad de Valencia. Luego pasó a la Facultad de Barcelona y a la de Madrid. Es doctor «honoris causa» de la Universidad de Cambridge, distinción que no se concede a muchos sabios, y miembro de numerosas academias científicas. Nada de esto se lo debe al favoritismo ni a la adulonería. Es pobre y no le importa, porque es un multimillonario de la ciencia.



Vamos a ver, niño, si logro darte idea de la importancia que tienen los trabajos realizados por Ramón y Cajal.

Como desde joven le gustaba más mirar por el tubo de un microscopio que por el doble tubo del anteojo con el cual mucha gente mira las carreras u otros espectáculos, Ramón y Cajal mirando y mirando llegó a descubrir cosas muy ocultas. No se conformaba con lo poquito que decían los textos de su época de estudiante. Deseaba saber más y más, y con su microscopio se dedicó nada menos que a estudiar los secretos de las células.



Estamos compuestos de células lo mismo que todos los seres orgánicos. En esas celdillas, así llamadas porque se parece a las que forman las abejas en sus panales, se encuentra el secreto de la vida humana. Cada una de las células es como un individuo de una enorme sociedad y cumple su papel. Hay células nerviosas, cartilaginosas, óseas, musculares, etc., que trabajan para que el hombre viva y se enferman para que el hombre muera. Dependemos de nuestras células y de las células de nuestros vecinos. Cuanto más sepamos de cómo están constituídas las células, mejor sabremos curarlas y curarnos.

Pocos hombres saben más que Ramón y Cajal de estas cosas difíciles. Tiene ese sabio una vista de lince y una habilidad admirable. No necesitó un poderoso microscopio para hacer sus primeros descubrimientos· la paciencia prolija y la finura de su inteligencia daban mayor poder a su pobre aparato. Las células son tan transparentes como pequeñitas. Se precisa ingeniarse si se quiere verlas detalladamente. «Entre aquellos que más han hecho adelantar los estudios sobre el sistema nervioso — dice el doctor Angel Gallardo — merece citarse el histólogo español Ramón y Cajal, quien ha obtenido maravillosos resultados por la aplicación y perfeccionamiento del método de Golgi, el cual consiste en tratar el tejido nervioso por sales de plata, que impregnan totalmente ciertas células y otras no. En las células impregnadas se forma un precipitado negro de plata que las hace resaltar en silueta y permite seguir los contornos complicados de cada célula y descubrir sus conexiones.» Este párrafo del sabio argentino te explica la dificultad que presenta eso de «teñir» las células.

Ramón y Cajal ha escrito varios libros que sirven de texto en las mejores universidades y muchos folletos y artículos que le han hecho célebre en los centros científicos de todo el mundo. Gracias a él, se adelantó rápidamente en el estudio de enfermedades temibles. El médico sin el auxilio de la histología, ciencia que estudia los tejidos, no puede lograr grandes resultados.

Continuando los trabajos del sabio español don Aureliano Maestre de San Juan, a quien sucedió en la cátedra de Histología en la Universidad de Madrid, consiguió dar a esta materia toda la importancia que merece.

Ramón y Cajal no sólo sabe investigar y descubrir, sino que es un maestro de palabra clara y sencilla. Hay grandes sabios que no tienen método para exponer sus ideas, y cuando hablan a sus discípulos lo hacen como si éstos fueran ya sabios.

La Histología es una ciencia dificilísima e importante y si el profesor la obscurece más resulta un laberinto. Los libros de texto que ha escrito Ramón y Cajal son obras maestras de la enseñanza. En cuanto a los descubrimientos valiosos que ha realizado, merecieron la aprobación de las más altas eminencias de la Histología.

En uno de sus folletos dedicados a alentar a los alumnos de biología ciencia que tiene por fin estudiar los seres vivientes y las leyes de la vida, dijo que todo hombre dedicado constantemente a la observación puede descubrir secretos interesantes. El tesón suple al genio, porque cuanto más se busca, más se logrará ver. Lleva razón el gran sabio: «el trabajo lo vence todo».

En la actualidad y desde hace mucho tiempo, Ramón y Cajal ocupa un puesto de honor y de labor entre las más grandes autoridades científicas.

Vamos a ver, niño, si estas líneas cariñosas te hacen sentir curiosidad por conocer la obra inmensa del ilustre histólogo y los deseos de imitar su laboriosidad en el arte o la ciencia a que te dediques cuando seas mayor.



EDUARDO DEL SAZ

DIBUJOS DE MACAYA

EL ARTE EN SLIGO

Billy Mallet es realmente uno de los grandes comediantes de los Estados Unidos. En todo lo que a Nueva York se refiera él es el comediante del día. Noche tras noche, durante más de cinco años, Billy Mallet se encontró con Nueva York frente a frente y decíale lo que pensaba de ellos, de lo que pensaba de sí mismo y de todo el mundo en general.

Un «espectáculo típico de Billy Mallet» es a primera vista muy parecido al del común de las comedias musicales. Los argumentos de sus piezas consistían, como casi todos los de su género, en una serie de actos, de ocho o diez escenas de variada condimentación. Frecuentemente el tema principal giraba alrededor de un desafortunado boxeador «que estaba aprendiendo a utilizar su izquierda», de un domador de leones o de un clown sin contrata, que por lo mismo debe buscar una ocupación en la despensa de un millonario o en una isla desierta donde sólo llega de vez en cuando algún yate o una legión de mujeres alegres del teatro.

Pero la parte principal de Billy Mallet en sus espectáculos, y por la cual el público hacía cola por verlo, era siempre idéntica. Entre los actos más importantes en que siempre se dividían sus exhibiciones, la roja cortina caía lentamente, y sin ninguna razón, aparente al menos, la concurrencia iniciaba un estrepitoso susurro con sus botas. Al instante dos tramoyistas colocaban una mesa al lado de las candilejas. Sobre la mesa ponían una carpeta de terciopelo, igual a las que solían usar tiempos atrás magos y prestidigitadores. Luego volvían los mismos con dos viejos cencerros, que colocaban haciendo genuflexiones en determinados extremos de la mesa. Un gran globo era colocado en el centro entre los dos cencerros, y luego, como quienes han realizado una tarea fundamental para el interés del mundo, se retiraban orondos y erguidos.

Esta vez el aplauso se había revestido de carácter tumultuoso, y cuando éste llegó a su mayor altura apareció Billy Mallet con andar vacilante. Toda su actitud, acostumbrada en él, daba la impresión de que era un hombre que jamás se propuso aparecer ante el público, y que fué arrancado del comercio contra su voluntad, a requerimiento inexcusable de los espectadores.

— ¿Me llamáis? — preguntaba con aire de candorosa sorpresa. — ¿Alguien quiere verme? No tiene objeto ahora que acariciéis el piso con la suela de los botines. Ellos están muy ocupados en este momento, preparándose para el segundo acto. Todos, excepto los bailarines de la «hula». Quizás ya estén completamente vestidos... Les faltará colocarse una pluma más o menos.

No importaba lo que dijera; el aplauso se prolongaba hasta que se plantaba al lado mismo de las candilejas y, ya con trazas de mejor humor, decía:

— Os comprendo, gentes; me queréis a mí para que pase el tiempo y haya que acortar unos veinte minutos de las escenas rusas, por lo que sospecho que estaréis tan hartos de ellas como yo mismo.

Haciéndose el distraído, y con andar vacilante, Billy Mallet se acercaba a la mesa, levantaba uno de los cencerros, le hacía producir su ruido, y luego hacía lo mismo con el otro, con aire curioso, para comprobar si realmente eran cencerros. Luego tomaba el globo, lo daba vuelta en las manos, lo medía con la mirada y lo pesaba al tacto. Cuando se había retirado unas diez o quince yardas, seguía hablando de vaguedades, como podría hacerlo un recién caído de la luna.

En todo a lo que a su acción en escena se refería, no hacía más que inflar y desinflar el globo y hacer sonar los cencerros. Pero lo curioso era que entre los millares de espectadores que concurrína asiduamente a ver a Billy, todos tenían un resquicio de loca esperanza de que alguna noche haría algo inimaginable con el globo y los cencerros. No había hombre de teatro, no hablemos ya de espectadores comunes, que al verle acercarse por la doscientas o trescientas veces al globo o a los cencerros, no se sintiera embargado de curiosidad y de esperanza. Y juraban que tarde o temprano Billy produciría con esos objetos algo único en los anales de los espectáculos... Algo que ellos no acertaban a expresar, en fin...

Una gran parte de la concurrencia debía participar de este presentimiento. Por cierto que Billy mismo se dejaba decir en su manera perezosa e indiferente: «Alguna noche, señores del público, os embromaré de veras haciendo algo con el globo y los cencerros. ¿No creéis que lo puedo hacer? Bien, lo puedo. ¿Pero qué objeto tendría el hacerlo? Total, me pagan lo mismo por aparecer en escena y no hacerlo.»

Se decía un buen lote de insensateces sobre Billy Mallet y su vida pasada, antes de que se convirtiera en una especie de demiurgo popular. En casi todos los lugares se podía encontrar a alguien que conocía «intimidades» y que recordaba a Billy Mallet cuando era vendedor de diarios en Chicago, cantante, cazador de cobres en las salas de baile en San Francisco o corredor de una fábrica de ropas de Utica, Estado de Nueva York, «intimidades» que por cierto carecían de toda verdad.

Era exacto, eso sí, que Billy Mallet fuera elegido, hacía ya mucho tiempo por el gran empresario

teatral Augustus Kasschan para incorporarlo a la escena dramática y convertirlo en un genial trágico, y que pasó varios años interpretando papeles serios.

El había estado en jira por el país, hacía ya muchos años, con Emma Lessing, la gran actriz danesa, con un repertorio de obras de Ibsen. Pero esto todos lo saben; Billy mismo la había dado a conocer en público en una ocasión.

Inflando su grotesco globo y atándolo con un hilo, dijo una tarde:

— Bien; veo que alguno de los críticos de los diarios ha insistido sobre si he tomado partes fuertes en los teatros de Broadway. — Aquí hizo una larga pausa mientras hacía un nudo con el hilo para que no se escapara el aire del globo. — Excelente ocasión para averiguarlo... ahora.

Me parece que la cosa hubiera tenido verdadero interés de descubrirse mientras trabajaba allí.

O

Habitualmente se decía que Augustus Kasschan era el hombre que había «hecho» a Billy Mallet, pero lo cierto era que el primero no decía eso.

— No — confesaba, si se le interrogaba sobre el particular; — difícilmente puedo decir que yo sea el hombre que ha «hecho» a Billy Mallet. En realidad no debería sorprenderme si Billy mismo cree que yo hice «lo mejor» por él, aparte de negocios... Oh, Billy y yo somos los mejores amigos. No creáis nada de eso. Pero, mi querido buen señor, si por casualidad os topáis con un gran actor, mi consejo es que lo dejéis seguir su curso natural. Queda a cargo de la Divina Providencia y del público americano solamente el decidir cuándo, cómo y dónde quieren que un hombre sea famoso.

Una noche, hace de esto unos veinte años, Arthur Summers, el crítico dramático, y Augustus Kasschan, se encontraron sentados en mesas vecinas en el Delmonico's. El crítico se acercó al empresario.

— «Aug» — le dijo. — He descubierto el gran actor americano.

El empresario se rió.

— ¿Qué? ¿De nuevo?

O

Pero si Kasschan conocía el lado flaco de Summers, éste conocía el de aquél.

— Esperad un minuto — dijo, — hasta que os diga dónde lo encontré. Está trabajando con butacas de a diez y veinte centavos, pasando la calle catorce, en pleno «Ghetto». Están dando una cosa llamada «La hija de Gypsy», que os retrotraería a vuestra infancia en Mississippi; pero este muchacho tiene a su cargo la parte juvenil (tiene el hálito divino). Lo he visto tres veces hasta ahora, y esta noche iré a verlo nuevamente.

— ¿Cuál es su nombre? — preguntó Kasschan.

— Su nombre — respondióle Summers — es Billy Mallet. Es realmente un comediante en la escena de «vaudeville», pero llena por ahora el teatro haciendo ese melodrama.

— He oído hablar de ese muchacho — le respondió Kasschan. — Uno de los empleados de la oficina cree que es un gran actor. ¿Tiene como un aire confidencial en su manera de hablar?

Summers movió la cabeza.

—En «vaudeville» quizás lo haga así, pero ahora está haciendo partes fuertes. El tiene a su cargo, probablemente, las peores cuartillas que se han escrito para la escena, pero él las hace aparecer en forma tan única, que uno tiene que llorar como en las matinées de muchachas.

El empresario se le acercó pensativo, mientras Summers sonreía, sabiendo que había tocado el único resorte vulnerable de Kasschan. El empresario mismo había subido de los más bajos estrados de la profesión. Ningún aficionado notable, ningún hombre prestigioso en los escenarios europeos que pudiera haberle sugerido Summers hubiera producido en su ánimo la más leve impresión; pero siempre había un suave rinconcito en su alma para los jóvenes y pobres actores, de pesadas tareas, nombre obscuro y remuneración exigua.

Kasschan golpeó con las manos en la mesa y miró su reloj.

— Muy bien — dijo brevemente. — Voy a la parte baja de la ciudad, con usted, a echarle una mirada. Pero — agregó — si el jamón que allí me den no prueba a mi estómago en esta noche cálida, podréis dar por cancelada vuestra entrada general para todos mis teatros para la temporada próxima.

Tres horas después, en la parte Este de la calle Catorce, cerca de la pobre iluminación de un teatrillo de tercera clase, el más grande empresario teatral de los Estados Unidos y el crítico más famoso de Nueva York se estrechaban la mano como dos hilarantes muchachos de colegio. Por primera vez en su carrera admitía Augustus Kasschan que el crítico había justificado sus debilidades por genios sin gloria. En Billy Mallet había desenterrado una pepita de oro puro.

Kasschan tomó a su amigo del brazo.

— Dejadme que os arrastre a un pequeño lugar que conozco por aquí. Me parece que ese muchacho irá por allí dentro de unos minutos y tendremos oportunidad de verlo descansadamente.

O

El lugar a que Kasschan lo conducía era un verdadero bar de los del tiempo viejo. Había ocho o diez personas en su interior, hablando calladamente ante pequeñas mesas, cuando entraron Summers y Kasschan, pero nadie se cuidó de echarles una mirada...........................

Al poco rato los actores del «East Side» empezaron a entrar en el bar uno tras otro, y entre los últimos hizo su aparición Billy Mallet

Desde el fondo del local, los dos hombres lo miraban con un poco de fascinación. Kasschan le dijo quedamente al crítico:

— Cuanto más miro a este muchacho más me gusta. Si tuviera oportunidad trabaría conversación con él.

Unos minutos después, cuando Mallet salía, Kasschan y Summers lo siguieron en la calle. Kasschan lo alcanzó, tocándole en los hombros con el bastón.

— Joven — le dijo; — me gustaría hablar con usted unas pocas palabras.

Cuando tocó su hombro, Billy Mallet se sorprendió un poco, pero notando la aparición de los dos extraños, sonrió amistosamente.

— Bien señor — dijo. — Yo no sé porqué no se podrá. Pero no conozco ni su nombre.

Todavía por aquel entonces, según dice Summers, Billy Mallet tenía exactamente el mismo tono de voz que luego lo hiciera tan famoso, y que sonaba un poco más que las voces simplemente humanas.

— Mi nombre — le dijo el empresario — es Augustus Kasschan.

Por un instante la cara de Billy estuvo por hacer una mueca de burlona incredulidad. Creyó que se trataba de una broma de gente enfermiza. De repente vino a su memoria la imagen de Kasschan y su rostro se llenó de una patética emoción juvenil. Se quitó su sombrero de paja y exclamó:

— ¡Perdonadme! ¡No os había reconocido!

Por indicación de Summers los tres fueron caminando hasta el viejo Coliseum Club, y se sentaron a una mesa donde nadie los molestaría.

— Mallet — le dijo Kasschan. — ¿Os gustaría trabajar en Broadway?

Por un momento Mallet no replicó. En realidad, antes que «pudiera» replicar debía deshacer un nudo en la garganta.

— Por cierto — respondió por fin. — Me gustaría eso más que nada en el mundo. Pero, ¿qué es precisamente lo que queréis decirme? ¿Acaso para hacer las cosas usuales que hago en «vaudeville»?

Kasschan hizo un gesto de impaciencia, desechando tal pregunta.

— No, nada de eso. Os queremos para papeles fuertes... como los que estabais haciendo esta noche. Solamente, por cierto, diez mil veces mejores.

Billy Mallet miraba, a través de las ventanas, la calle llena de sombras.

— Míster Kasschan — le dijo. — Usted es el primer hombre en el mundo que ve en mí algo que no sea un clown.

Todo esto ocurrió en julio. Justo para las Navidades, Billy Mallet apareció en las primeras piezas serias en Broadway, y desde entonces pasaron una serie curiosa de años sin hacer gran cosa por la popularidad de Billy. En realidad, Summers había compendiado todo ese período de tiempo en esta sentencia:

— Durante tres sólidos años Kasschan y yo agotamos cuanto recurso había en nuestro poder, pero no pudimos hacer que por ningún medio el público pasara por su garganta a Billy Mallet como actor serio. Ahora no confundáis lo que digo — se detenía para agregar. — No creáis que Billy Mallet era un fracaso. No lo imaginéis, puesto que cuando llegó el instante de la prueba todo esto se esfumó. No era eso. No era eso de ninguna manera. Era algo en que no se podía poner el dedo. Para Kasschan y para mí, su trabajo nos parecía excelente, aun mejor de lo que esperábamos; pero durante tres temporadas completas Augustus Kasschan lo probó en obra tras obra (no menos de siete u ocho) y él fracasó en producir la más remota impresión ni en el público ni en la crítica. ¿Por qué? Yo no lo puedo decir. Era sencillamente uno de esos casos que hacen restallar a los hombres del teatro y mesarse los cabellos. Jamás hubo crítico que lo ensalzara. Jamás dió el público muestras de desagrado. Lo que pasaba es que no le prestaba la menor atención.



"Durante esos tensos y estudiados momentos le soplaba al oído que tenía las orejas sucias".

Ahora se puede entender porqué la historia de esos tres años es tal que el mismo Billy Mallet jamás quiere recordar. Desde el principio al fin, constituye un «record» de fracaso completo.

Como último recurso, Kasschan lo mandó en jira por el país con madama Lessing para interpretar a Ibsen. Con esta campaña comenzó el declive totalde Billy, pues no existe procedimiento más seguropara ello que ponera un joven actoral lado de una gran «estrella». Toda la jira, en general, probó muy pronto ser una pésima aventura. En primer lugar, madame Lessing sentía una intensa antipatía hacia Billy, y cuando se le antojaba se convertía para él en una mujer demonio. Estaba en sus intenciones proteger a un joven actor alemán, para que realizara en escena papeles que ahora desempeñaba Billy. Ella consideraba que había sido forzada a aceptar a Billy, y usaba los medios más infantiles de venganza para quitárselo de la compañía.

Conocía la historia de Billy, y por nada le daría el título de «míster» o «monsieur» que usaba para otros actores. Siempre le llamaba simplemente Mallet, como si fuera un tramoyista o un sirviente. Por cierto que Billy no podía hacer nada para tenerla satisfecha, y alguna mañana, pronunciando endiabladamente el idioma inglés, le diría:

— Escuchad, Mallet. Recuerde que ahora no está trabajando en los «music-halls». Si no sois un caballero, tratad de serlo en escena.

Algunas veces, en medio de tensas escenas, pasaba a su lado murmurando: — ¡Patán! ¡Patán! — intentando con esto hacerle olvidar su parte y hacerle equivocar de expresión. En «Espectros», donde Billy tenía su mejor oportunidad, y realmente realizaba un trabajo efectivo, esa terrible mujer descendía a los más odiosos tormentos en forma increíble, al objeto de arruinar su éxito. En esta obra, Billy tenía la parte de «Oswaldo», el hijo de madama Lessing, y estaba forzado a tomarla en sus brazos, alejando sus presentimientos y temores. Durante esos tensos y estudiados momentos, ella le soplaba al oído que sus orejas estaban sucias. Como Billy le contó a Sommers después:

— Yo siempre he sentido el horror que produce en un hombre blanco el ver golpear una mujer, pero a ella le hubiera pasado un serrucho por la mandíbula sin contricción ninguna de mi parte.

Poco tiempo después, las cosas empezaron a empeorar, no simplemente por Billy, sino por toda la iniciativa. América, en su gran parte, no mostraba inclinación hacia Ibsen. Y como siempre ocurre donde las representaciones no tienen éxito, las discusiones hicieron estallido hasta deshacer la misma compañía. Madama Lassing se había vuelto más fastidiosa para todos, y en cuanto a Billy, ya era realmente intolerable.

En estas condiciones, con los asuntos marchando de mal en peor, la compañía había llegado a Salt Lake City, cuando el administrador recibió un despacho de Nueva York con orden de embarcar la compañía con todos sus enseres para Sligo, perteneciente al estado de Nevada. Y en Sligo, de Nevada, terminó para bien de Billy Mallet su carrera de actor serio.

Si uno pudiera hoy día sentarse con un atlas y un lápiz, sería imposible encontrar en el mundo un

lugar menos apropiado para representar a Ibsen que lo que era Sligo en aquel entonces. En la mañana de su arribo Billy Mallet y su solo amigo, el apuntador, dieron una vuelta por la población y empezaron a preguntarse porqué lado sería mejor salir disparando cuando estallase la tormenta. Vieron los juegos de azar en la primer cuadra que anduvieron, y en la segunda, de diez hombres que se encontraron, siete estaban ebrios. «Completamente abierta», como dijo Billy, no era un término apropiado para describir una población que aparentemente nunca había sido cañoneada.

Sligo, para decirlo de una vez, era una ciudad minera en una era de gran prosperidad. Nosotros llegamos mientras celebraban un Carnaval de tres días. La ciudad estaba celebrando su quinto aniversario, y en ella se reunían esos días una gran convención de mineros de todo el Oeste. Para celebrar dignamente tantos acontecimientos, los comerciantes, hoteleros y propietarios de minas, acordaron construír un gran estadio para realizar un match de box, y encargar a alguien que consiguiera para la fecha el número de mayor atracción en el mundo, sin preocuparse del costo. En esos momentos, la Lessing se acercaba al Oeste, y el «amateur» empresario decidió que ella era lo más notable que podía conseguirse en el mundo.

Todo lo que sabía de ella era que era extranjera, que las gentes en Denver habían sido sorprendidas por su arte, lo que hacía suponer que era una de las mejores artistas de mundo. Suponía que el espectáculo consistiría en algo así como en una especie de «Zaza» y las pantomimas del «Hipodrome». Cuando vió que eso no era más que una compañía de menos de veinte personas, emergiendo de los sofáspara dormir sin hacer sonar cornetas o un bombo, casi se desmaya en la plataforma de la estación.

El había vendido todas las localidades para la noche de gala, con entradas de última fila a diez dólares, y las primeras filas a veinticinco. Cuanto más contemplaba la situación, más agradecía Billy Mallet a sus estrellas de la suerte, que un tren privado aguardaba por ellos, y cuya locomotora sonaría su silbato para ellos antes de media noche. El administrador del teatro local también confesó francamente que hubiera deseado que se marcharan en el acto.

El apuntador, los principales y el comité local de diversiones, lo estuvieron discutiendo todo el día en la oficina del teatro local. Madama Lassing estaba pálida de indignación, porque ya media docena de hombres le habían dicho—¡Hola, Emma! — mientras caminaba por las calles; pero el resto de la compañía estaban pálidos de terror. El empresario les había asegurado que los oficiales locales de la policía harían «todo lo posible» por mantener el orden, pero, hablando francamente, los muchachos se habían prometido un poco de «excitación» y la compañía debía esperar que se producirían desórdenes por parte de gentes de buen humor.

⊖

El apuntador y Billy eran los únicos componentes de la compañía que se habían encontrado en situaciones análogas, e instruían al resto de los comediantes que en un caso así lo mejor que podía hacerse era permanecer de buen talante ocurriere lo que ocurriere. Una concurrencia como la que se esperaba podía ser todo lo ruda que se quisiera, pero con un poco de buena voluntad podría conseguirse distraerla. Todo lo que podrían querer era que se les entretuviese. Había que tener en cuenta que estaban en un campamento de mineros en pleno carnaval, y a ellos les tocaba representar «Espectros».

A la siete la compañía se reunió en el nuevo teatro, llevando todos un rostro de nobles de Francia marchando a la guillotina, y a las siete y treinta el local estaba repleto de gentes hasta no caber ni un alfiler. Había muchachos colgados de los focos de la luz, pero en el local reinaba una atmósfera de buen humor y de calma.

⊖

Después de todo, los hombres que habían visto por las calles no eran la representación de toda la ciudad, y los representantes mineros a la convención eran los asistentes de honor a la velada. Un cuarto de hora después de las ocho, el milagro se produjo aparentemente. Si la concurrencia se hubiera mantenido tan tranquila en toda la representación como en aquel momento, la cosa hubiera sido un encanto.

Pero en esos precisos momentos los sesudos componentes del comité de festejos resolvieron que se adelantara al escenario el alcalde recientemente electo, quien pronunció un discurso de veinte minutos de duración, lleno de «distinguidos visitantes», «distinguidos artistas» y de «el buen nombre de Sligo». Buena parte del público hacía una hora que estaba en sus asientos, pero oyeron al nuevo alcalde con extremada cortesía. Cuando apareció un segundo distinguido ciudadano prosiguiendo los discursos, algunos espectadores empezaron a dar signos de impaciencia.

Alguien encendió un gran cigarro, y al minuto cigarros, cigarrillos y pipas llenaban de humo el recinto. Y cuando un tercer orador, un delegado a la convención, subió al escenario con un largo discurso escrito para agradecer las atenciones prodigadas con ellos, voces coléricas se empezaron a oír.

—¡Un momento!—gritaban.—¿No habrá teatro?

Unas cuantas botellas volaron por los aires, botellas que fueron apareciendo en número insospechado, y aquellos espectadores que no habían dado rienda suelta al buen humor dejaron escapar su cólera. Cuando el último de los oradores comprendió que era oportuno finalizar el discurso, el aire del local era espeso y azul a fuerza de humo, y parecía mas bien un circo de «Barnum» donde se estaba a pique de que estallara un motín. A las nueve y media, con una audiencia de esta calidad, se dió comienzo a la representación de «Espectros», la obra más tétrica de los tiempos modernos.

Tres veces en el primer acto la cortina tuvo que ser bajada en medio de la representación. Cada vez que aparecía madama Lessing se armaba tal pitorreo, que ella se negaba a seguir trabajando. Pero el público era inquietante, y no había más remedio que volver a levantar las cortinas y proseguir la representación.

A las primeras palabras pronunciadas en el escenario empezó el desorden. Por desgracia, el primer actor que aparecía era un pequeño hombrecillo, con indudable acento de inglés. Cierto ingenio en la sala lo apodó en el acto «Jazmín», y desde ese instante su presencia, cada vez que le tocaba aparecer, era acogida entre descomunales carcajadas.

Con gran penetración la sala dióse cuenta de que madama Lessing se ponía fuera de sí cuando le gritaban «Emma», y por ello no dejaban por un momento de dirigirle pullas con ese nombre.

—¡Esta Emma! ¡Qué muchacha! ¿Quién te contó que esto es teatro?

Nuevamente madama Lessing escapaba de la escena, perjurando en alemán, hasta que el empresario, a fuerza de ruegos, conseguía hacerla volver al tablado, pidiendo que sonriera al público.

—¿Yo sonreír a esas bestias?... ¡Yo soy una artista!... Yo soy...

Como a todos, a Billy le tocaba su parte. El, como se recuerda, tenía el papel de «Oswaldo», el hijo de la heroína, quien lentamente enloquece por

taras hereditarias, pero los más jóvenes de las butacas no le permitían desenvolverse.

—¡Oh, Oswaldo! ¿Cómo puede ser que hagas esto? ¿No te da vergüenza?...

En medio de todo, sólo había una cosa buena en aquel aquelarre, y era que el público se divertía bastante por su propia cuenta y había olvidado el mal humor para los artistas. Los hombres de la compañía estaban aterrorizados y las mujeres se sentían histéricas.

En esos momentos, el apuntador se llegó a Billy por el foro.

BILLY — musitó; — por amor del cielo, ten la bondad de divertir a esos demonios por tres minutos. Ha estallado un incendio en los camerinos. Distrae a la concurrencia mientras se apaga el fuego.

«¡Hay un incendio en los camerinos!» era lo último que Billy había entendido, y un impulso lo obligó a adelantarse a las candilejas. De otra manera hubiera sido difícil obtener de él tal cosa.

— Hay una gran pelea en los camerinos — dijo. Ulteriores palabras aclararon esta declaración.

—Madama Lessing jura— añadió — que ella no volverá a poner un pie en este escenario, pero el empresario local nos asegura que nos cortaréis



—Ahora, el objeto de este truco, empezó a decir, levantando uno de los cencerros, es pasar este globo por cada uno de los cencerros, en forma que...

las gargantas si procedemos así. Media compañía se encuentra en este momento mascullando imprecaciones.

Una cantidad de movimientos en el teatro, diversas voces que llegaban del foro, la caída del telón de seguridad, dieron al público la impresión de que se trataba de un incendio, y Billy se dió cuenta de que el público lo presumía así cuando quedó entre el telón de seguridad y las candilejas. Otra parte del público creía que todo no era más que un pretexto para suspender el espectáculo.

La concurrencia lo miraba fijamente. Mineros, alcoholistas y jugadores estaban, al parecer, dispuestos a escucharle... por un momento.

Durante un minuto el mismo Billy no sabía cómo dar comienzo. Por un instante tuvo intención de decir:

— Señoras y señores: por encargo del empresario tengo que anunciar...

Pero se dió cuenta que esto podía serle fatal. Una lluvia de botellas se descargaría sobre él antes de que terminara sus palabras. De repente ocurrióscle a Billy algo muy curioso. Cayó en la cuenta de lo que sería en aquel instante «algo de efecto».

EN lo que dura un segundo, los sobrios hábitos adquiridos durante tres años desaparecieron de él. El humo que llenaba el local parecíale haberlo transportado al antiguo barracón de Union Square, donde había trabajado antiguamente. Antes de que él mismo se diera cuenta de cómo había ocurrido ello, se encontró hablando en su tono cómico:

— Bien, muchachos; yo sé que os estáis aburriendo la mar, pero a nosotros nos pasa lo mismo.

Por lo que pudo ver, los rostros del público perdían un poco de su alarmante seriedad, cuando detrás del telón se oyó un grito histérico de madama Lessing, en mal inglés. Antes que nadie pudiera decir una palabra, Billy le gritó:

— ¡Calmaos, querida! ¡Oswaldo está aquí!

Todo esto fué tan inesperado y regocijante que toda la concurrencia prorrumpió en atronadoras carcajadas. El tiempo que siguió a esto, Billy estaba con las manos en los bolsillos y con una sonrisa en la cara. Se sentía, después de tres largos años, en contacto con el público.

Detrás de la cortina se seguían oyendo voces.

—¡Pobre vieja Emma! — balbuceó. — Ella seguramente está tomando las cosas por el lado trágico. Yo creo que Emma no es mal pensada. Es una buena mujer con corazón y una buena alma vieja...

Inesperadamente puso un dedo sobre sus labios y añadió con acento extraño:

— ¡Qué cosa es una mujer, muchachos! ¡Lo que es trabajar con una mujer! ¡Oh!

La concurrencia le oía atentamente, deleitada, en medio del mayor silencio. Sacó un cigarrillo, lo prendió tranquilamente y empezó a lanzar anillos de humo en el aire. Esperó como un minuto y luego empezó de nuevo como si hablara consigo mismo:

—¡Pobre vieja Emma! Ella, por cierto, tiene grandes preocupaciones. No hace falta más que verla trabajar en esta obra.

COMO si una nueva idea se le hubiera ocurrido, se adelantó a un rincón de las candilejas y empezó a su manera confidencial:

— Ustedes saben — empezó — que estoy comenzando a creer que este espectáculo no les gusta. No es que hayamos dicho nada. No es eso. Es que parece que ustedes no conocen en qué consiste este endiablado asunto. Yo no puedo descargar las culpas contra vosotros. Hemos estado tres meses recorriendo parte del país con esa pieza, y yo mismo lo ignoro. Pero intentaré explicarlo en lo que lo sé.

Se detuvo un instante, lanzó una gran bocanada

de humo, y prosiguió lentamente, como si contara con la noche para sí solo.

— Ustedes ven, la vieja señora... Vuestra amiga Emma; se la supone ser mi madre. Ella no lo es realmente. Personalmente, yo no la conocí hasta hace unos tres meses. Ella es danesa, y yo, por mi parte, he nacido en una fábrica de ladrillos en las afueras de Cincinnati. Pero, de cualquier manera, se supone en la pieza que yo soy su hijo. Me llama Oswaldo. No Cuthbert. No Geraldo. Simplemente Oswald. En la obra soy un buen muchacho por derecho, por lo que a mi padre se refiere, el marido de Emma, está muerto y no aparece para nada en la obra, y por cierto que puede sentirse satisfecho de que sea así. Pero, lo que estaba diciendo: parece que ese padre mío fué una máquina de absorción en lo que a líquidos se refiere. No quiero molestaros contándoos las otras cosas que hacía. Sólo que había llegado al límite de ellas. Nada podía contenerle, y mamá ahora tiene miedo de que yo haya heredado eso y sea como papá. ¡Y por los demonios que lo soy! Esperad hasta que aparezca en el último acto. ¡Ustedes se irán a casa con los mismos temores que Emma! ¡Pero Emma está preocupada. Desde que nació está enferma de preocupaciones. No es porque fume un cigarrillo o beba un vaso de cerveza aquí o allí. Eso está muy bien. Ella no puede esperar menos. Pero cada vez que salgo de mis casillas y me cargo con un poco de vino, la vieja muchacha palidece y parece que va a descomponerse. ¿Ahora os habéis dado cuenta de cuál puede ser su estado de espíritu, ante el temor de que me quede en una población como Sligo?

Y así, durante quince minutos, sin hacer una pausa, Billy Mallet dió la más notable de las versiones de la obra de Ibsen qué jamás se vió desde un escenario. La concurrencia, que al principio había comenzado a hacer cuchufletas, terminó ovacionándolo. Dos veces intentó zafarse del público a unas señales del apuntador. Pero el público no lo dejaba.

— Pero mirad, muchachos — les decía: — si ustedes no me dejan marcharme, no podrá continuar la representación.

— ¡Dejaos del resto de la representación! — gritaba una voz desde las butacas. — ¡Seguid solo! Sois el único buen actor de la compañía!

Billy pensó un momento y tomó una rápida resolución.

— Muy bien — dijo. — Me quedaré en el escenario. Estoy pasando un buen momento. ¿Pero ustedes creerán que yo puedo estarme aquí por nada? ¿No hay nadie aquí que tenga un trago?

Media docena de espectadores con botellas se le acercaron. Tomó la que tenía más a mano y la llevó a los labios.

— Bien, muchachos. ¡Por Sligo! Pero, por amor de «Mike», que Emma no sepa de esto. Me daría un infierno por ello.

Devolvió la botella con las gracias, y se frotó entusiastamente las manos.

— Bien — dijo; — ¿qué puedo hacer? Probablemente, muchachos, os gustaría que hiciera un poco de juegos de manos.

Sin saber lo que iba a hacer, se dispuso a continuar el espactáculo, cuando descubrió que el electricista, en un extremo del escenario, tenía dos cencerros viejos. Cómo los tenía o habían llegado a sus manos, era un asunto que no venía al caso. Se los arrancó de las manos, y al mismo tiempo su atención se fijó en un globo atado. Haciendo sonar las dos campanas al mismo tiempo se acercó a las candilejas, colocó en el piso los cencerros y levantó el globo.

— Ahora, el objeto de este «truco» — empezó a decir, levantando uno de los cencerros — es pasar este globo por cada uno de los cencerros, en forma que...

Pero el resto era cosa de Billy Mallet, y sólo podría ser reproducido por Billy Mallet en el mundo. A la media hora de esto Billy extendía los brazos implorando un poco de consideración.

— Ahora, muchachos — rogaba, — estoy cansado. He hecho lo mejor que he podido por satisfacerles. Por eso sé que seréis correctos con nosotros permitiéndonos terminar la representación. Pero, muchachos, una última palabra: ¿Hemos tenido o no hemos tenido una gran noche? Si estáis listos para la respuesta podréis decir ¡«Aye»!

Un «Aye» unánime resonó en el local.

— ¿Los que dicen en contrario? — preguntó Billy. Esperó desde las candilejas y oyó detrás de la cortina un murmullo. — Ahora, ahora, Emma — él le previno. — Es asunto éste que no os compete. Acordaos que sois danesa, y sólo pueden participar aquí, en las votaciones, gentes americanas.

Cómo terminó el último acto de «Espectros» es cosa que ni Billy ni nadie podrá referir en forma exacta. Billy mismo decía que tenía una idea vaga de ello; que el auditorio se mostró por último complaciente, y en lo que a madama Lessing hay que decir, que ella jamás se mostró más atenta con él. Pero por lo mismo no se permitía mostrarse muy confiado.

En el preciso instante en que cayó el telón por última vez, corrió al camerino y escapó del teatro antes de que la «estrella» pudiera enfrentarse con él. Esperó por los alrededores de la ciudad hasta que se hiciera la media noche, y luego se metió en el último vagón del tren especial que estaba ya en marcha. En la plataforma hallábase su amigo el apuntador, esperándole ansioso.

— ¡Hola, Billy! — le dijo, ayudándole a subir. — Había empezado a creer que ya estaríais dentro.

— ¿Quién, yo? — preguntó Billy. — Nada de eso. He tenido la mejor noche de mi vida. Siempre estaré en favor de esta localidad, de Sligo.

El apuntador lo empujó dentro del coche.

— No es eso lo que me preocupaba — le dijo, y miró cautelosamente en su derredor. — Es algo relacionado con la dama vieja. Vos habéis salvado nuestras vidas esta noche, pero por cierto que no tendréis las gracias debidas por ello. Madama Lessing ha mandado un telegrama a Kasschan diciendole que ella o vos debían dejar de pertenecer a la compañía desde mañana mismo.

Billy se puso serio unos minutos, considerando el asunto.

— ¿Cuándo envió ese telegrama? — preguntó.

— Hará unos cuatro o cinco minutos.

— Entonces bien... — repuso Billy. — Le he ganado de mano. Yo he telegrafiado hará una media hora enviando mi propia renuncia.

Completamente feliz, se dirigió al salón de fumar y se recostó en los sillones tapizados de cuero; pero cuando se acercó a otro pasajero a pedirle un fósforo, éste notó algo raro en él.

— ¡Por todos los demonios! — preguntó. — ¿Qué lleváis dentro del saco?

Billy, calmosamente, encendió un cigarrillo antes de responderle.

— ¿Qué es lo que llevo? — le replicó. — Llevo mi fortuna.

Y del interior del saco extrajo lentamente los cencerros y un globo desinflado.

PHILIP CURTISS

Página Infantil



Luis María Jordán (hijo)







M A J A

OLEO DE J. R. JALDÓN

SALÓN WITCOMB

WILSON HA MUERTO



Woodrow Wilson saludando a la multitud que le aclamaba al dirigirse en su carroza oficial a la Casa Blanca, después de tomar posesión de la presidencia.



El ex Presidente de Norte América con su señora en camino hacia su residencia particular acto seguido de dar posesión a su sucesor Mr. Harding.



HACE cinco años, en su viaje a Europa después del armisticio, Mr. Woodrow Wilson fué acogido como el salvador en las capitales de las grandes potencias aliadas: París, Londres, Roma. Nadie podría decir cómo habría sido acogido si se hubiese presentado ante las mismas multitudes cinco años después, porque los pueblos tienen la memoria corta y la gratitud débil. Pero nada prevalecerá contra el recuerdo de las grandes y bellas cualidades morales que llevó al gobierno de uno de los países más poderosos del mundo en momentos de los más difíciles que recuerda la historia de la humanidad. Se ha dicho que en ciertas materias su noble idealismo estuvo fuera de lugar porque lastimaba demasiado la brutal realidad de los hechos y de los intereses; es posible; pero su idealismo puso una nota humana y cristiana en la infernal tormenta de la guerra más horrenda que han visto los siglos, y después que dejó la presidencia de los Estados Unidos, el mal estado de su salud no le impidió seguir combatiendo, con la sublime serenidad de quien ve cerca la muerte, todo egoísmo, todo materialismo en ese campo especial de relaciones entre los hombres y los pueblos que es la política internacional de una gran nación.



Wilson acompañado del Presidente de la república francesa a su llegada a París para asistir a las famosas conferencias de la paz durante el armisticio.



El Primer Magistrado norteamericano correspondiendo a las aclamaciones del pueblo francés.



El autor de los famosos 14 puntos pronunciando un discurso en Suresnes.



Regreso de Mr Wilson a su patria. El ilustre personaje sonriendo ante sus compatriotas.



El célebre político retribuyendo con un amplio saludo a la multitud de Nueva York que aplaudía.

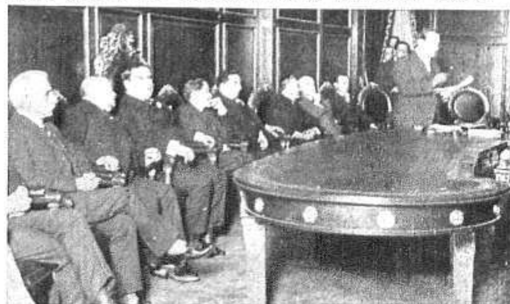
NOTAS GRAFICAS DE MONTEVIDEO



Familias que presenciaron, en el hall del hotel Carrasco, la entrega de los premios a los vencedores de los matches de tennis, en el campeonato internacional disputado entre argentinos y uruguayos y cuya victoria correspondió a los últimos por 10 a 6.



„Team" uruguayo, que derrotó al argentino en las canchas del Hotel Carrasco, resultando muy brillantes y concurridos todos los partidos jugados para adquirir el codiciado trofeo.



El secretario general de la Universidad, doctor Andrés C. Pacheco, dando lectura a la lista de los graduados, en el acto inaugural de la colación de grados presidida por el ministro de I. Pública.

CORONEL CESAR PETIT DE MURAT



Perteneciente al arma de Artillería y además ingeniero civil egresado de la Facultad de Buenos Aires, su pérdida ha sido profundamente sentida en los círculos militares y en la sociedad, donde eran muy estimadas sus excelentes prendas de carácter y de inteligencia.

CAMPEONATO SUDAMERICANO DE AJEDREZ



Señores Carlos M. Portela y Julio A. Lynch durante uno de los partidos jugados entre el Círculo de Ajedrez de Montevideo y el Club Argentino de Ajedrez, con sus compañeros de "team" Arturo M. Quiroga, Enrique Ibáñez y Arnoldo Ellerman y el representante de la primera agrupación, señor Pedro Monferrand.

SR. JUAN DE LA CRUZ FERRER



Autor teatral y periodista de larga actuación en nuestro ambiente literario y artístico, donde disfrutaba de legítimo prestigio, y colaborador de "Caras y Caretas", la desaparición de este compañero significa una sensible baja en las filas del periodismo y del teatro.

EN HONOR DEL DR. HONORIO PUEYRREDON



Miembros del cuerpo diplomático, personal de la embajada de Norteamérica y distinguidas familias de la colectividad que asistieron al banquete ofrecido por el representante de aquel país, Mr. Wallace Riddle, en obsequio de nuestro embajador y su esposa, despidiéndoles con motivo de su próximo viaje.

BAILE DE BENEFICENCIA EN EL TIGRE CLUB



La señorita Chela Luro y el señor Eduardo de la Barra.



Señoritas Graciela Luro, Agueda Campos, M. Florencia Erhart del Campo, M. Teresa Casablanca y Ana María Hernández, que formaban parte de la comisión organizadora presidida por la señorita de Noceti.

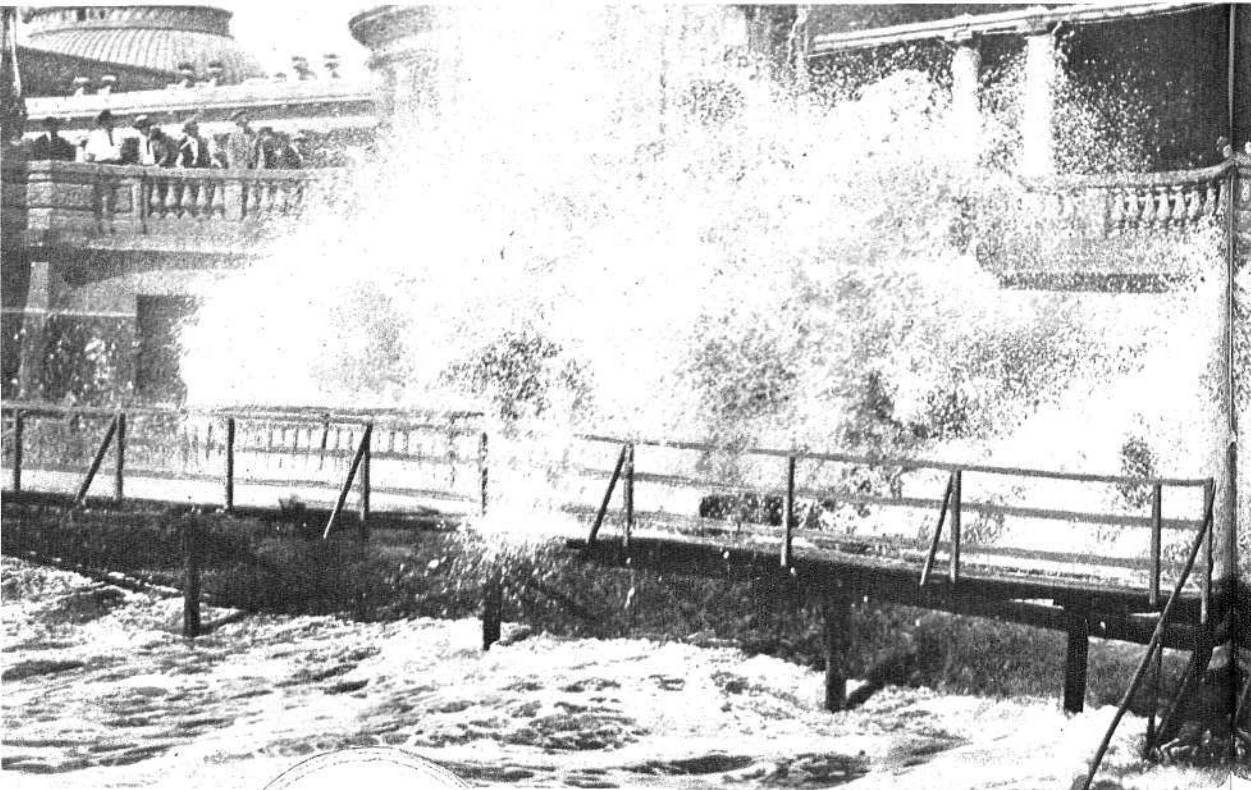


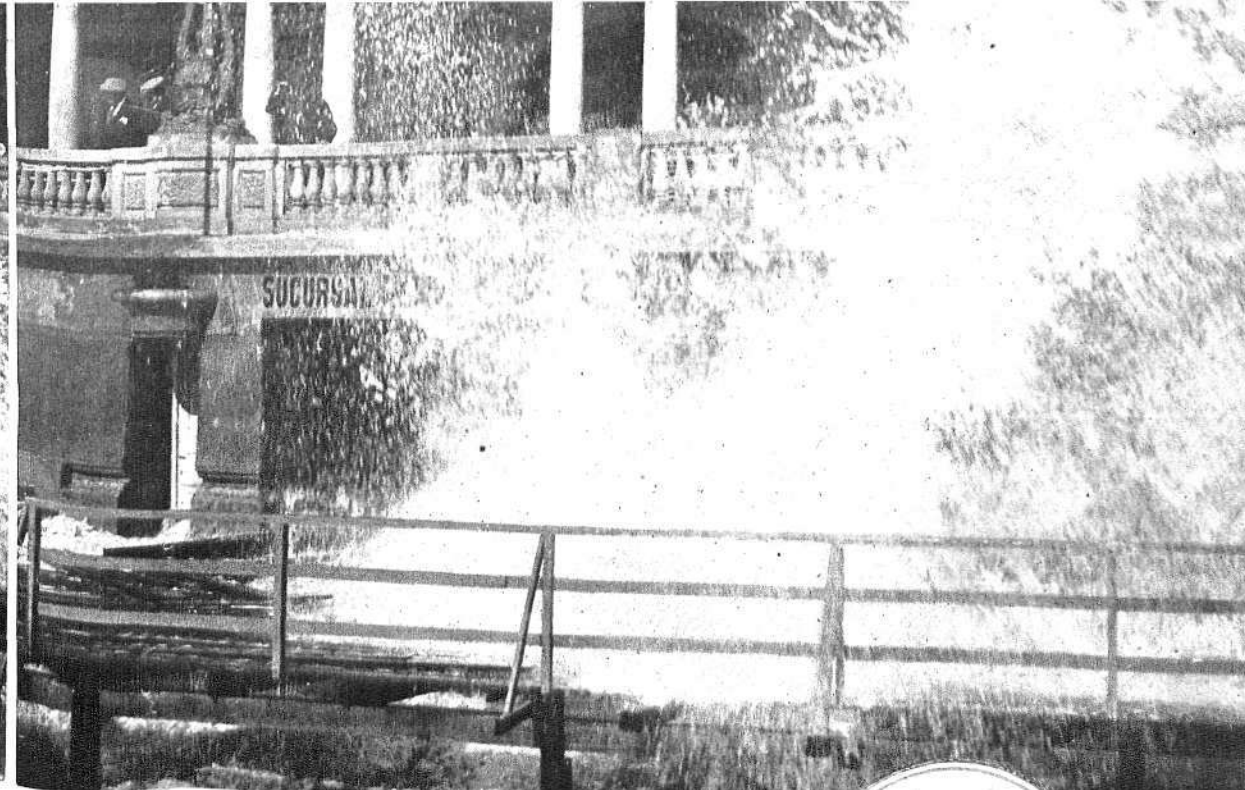
Señorita Carmen Solanas Elizagaray y señor Félix Cirio.



Damas y caballeros que dieron lucimiento a la reunión organizada por un grupo de conocidas señoritas a beneficio de los pobres de la localidad y efectuada en los amplios salones del prestigioso club citado.

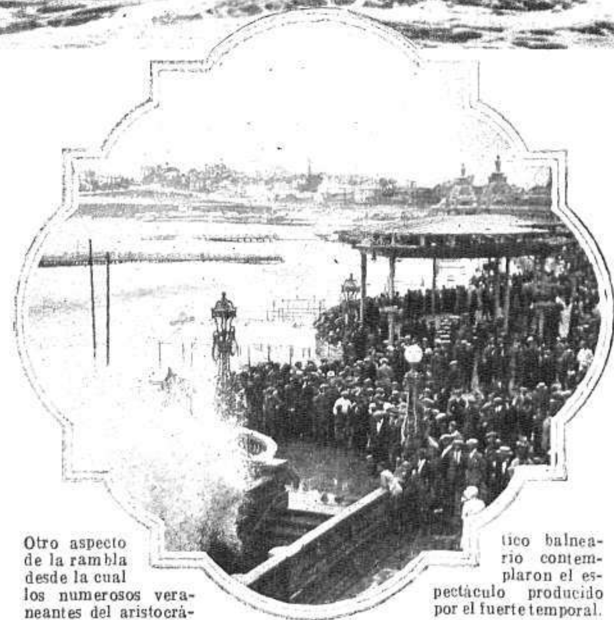
FOTOS DE ARROYO Y PALERMO





Maravilloso efecto que causaban las enfurecidas olas contra la rambla. La extraordinaria violencia del oleaje destrozó todo cuanto halló á su alcance, hasta ir a estrellarse contra los altos muros.

El temporal de Mar del Plata



Otro aspecto de la rambla desde la cual los numerosos veraneantes del aristocrático balneario contemplaron el espectáculo producido por el fuerte temporal.

A CONSECUENCIA de una fuerte crecida del océano Atlántico, cuyo fenómeno todavía no se ha podido explicar, creyéndose que tal marea obedezca a influencias de otros astros o acaso al temblor del Norte chileno, Mar del Plata pudo ofrecer un espectáculo de sorpresa a sus visitantes. El mar, desde la madrugada del día 29, comenzó a alborotarse en forma tan pujante, que a las pocas horas desaparecía el pequeño balneario «Negro Pescador», el establecimiento «La Argentina» y el llamado «La Sirena», sufriendo serios desperfectos el balneario del Grand Hotel y la rambla de madera no hace mucho construida, así como la terraza del bar «La Aguada» y otros edificios. La rapidez con que se procedió á desocupar los balnearios en peligro, evitó que se registraran desgracias personales. El aspecto que ofrecía el mar era imponente y considerable la altura alcanzada por el furioso oleaje, que trajo consigo grandes cantidades de arena durante las horas que duró la crecida, afortunadamente de corta duración.



Uno de los balnearios más castigados por las olas, que derribaron varios barracones, convirtiéndolos totalmente en astillas.



Señorita Elisa Penino Arrizabalaga.



Dos simpáticas bañistas sonrientes cuyo sistema nervioso no se alteró ante la bravura de las olas amenazantes.



Señora de Rocha y señorita Degreef.



Señorita Elvirita Muzzio.



Señorita Yolanda Calvo y señorita de Torres.



Señorita Catalina R. Lebeira.



Doctor Ricardo Aldao candidato a gobernador, triunfante



Señor Juan Cepeda, candidato a vice-gobernador, triunfante

El jefe del radicalismo, al llegar a Rosario, es saludado en el coche del ferrocarril en que viajaba por los hombres del gobierno y por los ases de la campaña electoral pro fórmula Aldao-Cepeda, a cuya proclamación acudía expresamente para prestigiarla con su presencia y su apoyo.

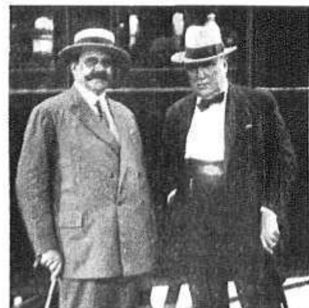
Las elecciones gubernativas en Santa Fe

□□

VISITA DEL EX-PRESIDENTE IRIGOYEN A ROSARIO



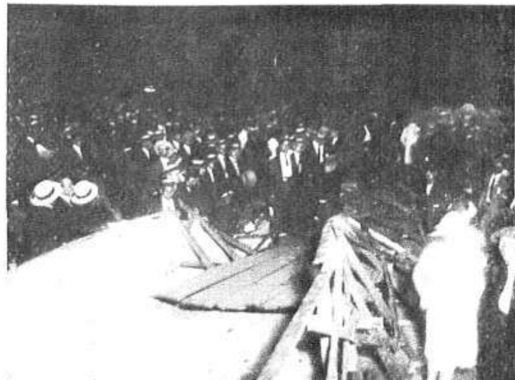
El doctor Irigoyen, al descender del tren en la Estación Central, es frenéticamente aplaudido por sus partidarios, que pretenden llevarlo en andas.



El doctor Ricardo Aldao y el señor Juan Cepeda, radicales unificados, esperando al jefe del partido que auspició la candidatura de ambos.



Curiosa instantánea. El ex-primer mandatario de la Nación sorprendido en los momentos de aplaudir, rarísima demostración pública en él. Pocos minutos después, el palco que ocupaba con su comitiva se derrumbaba



La tribuna al aire libre que se vino al suelo estrepitosamente bajo el peso del doctor Irigoyen y sus acompañantes, resultando todos ilesos, accidente que tuvo lugar durante el significativo acto político.



Los señores Manuel Menchaca y A. Gómez leyendo los telegramas sobre la elección en el Norte.



El vice-gobernador, don Clorindo Mendieta y el señor Roullón después de votar por la fórmula oficialista.

El entusiasmo de los partidarios del doctor Irigoyen no reconoce limites, y es así como se le obligó a descender del vagón, en el Retiro, a su regreso de Rosario, sin haberse podido colocar el cuello de la camisa. El ex presidente pudo, después de haber recorrido algunos centenares de metros frente a sus correligionarios, tomar un automóvil y dirigirse a su domicilio.



El señor Francisco Elizalde cuya separación de los menchaquistas fué tan comentada, recorriendo los comicios con el senador, doctor Segundo Gallo.

UNA de las notas más salientes y comentadas de la reñida y apasionada lucha electoral santafesina, fué la visita del jefe supremo del radicalismo, como se le llama al doctor Irigoyen. Sus partidarios le prodigaron calurosas muestras de respeto y admiración, teniendo la convicción de que su presencia era suficiente para asegurarles el triunfo.



El doctor Ricardo Caballero, jefe de los radicales oficialistas, conversando con sus correligionarios en la sección 9.ª sobre el ruidoso triunfo obtenido.



Grupo de radicales menchaquistas rodeando al candidato a vicegobernador, señor A. Gómez, en el salón del comité central, a la espera de noticias sobre la marcha de las elecciones.



El leader demócrata, doctor Lisandro de la Torre, en el acto de depositar su voto en la urna de la sección 3.ª presidida por el doctor Ortiz de Guinea.

CRONICA POLICIAL

Tragedia en un hotel de la Avenida de Mayo


Vicente Bianchi, el heridor, fotografía obtenida en la comisaría.


Juana Socci de Bianchi, la esposa infiel, herida grave.


Oscar Ventura, el amante, herido de un balazo.


Bianchi y su esposa, paseando por la playa uruguaya de Carrasco, pocos días antes de llegar a Buenos Aires y producirse el sangriento drama.


Interior de la habitación que el matrimonio ocupaba en el hotel, donde el marido, al sorprender a Juana con Ventura, hizo cinco disparos de revólver.

ENAMORADO profundamente de su esposa de cuya fidelidad sospechaba, parece ser que, sin embargo, ambos determinaron divorciarse en Montevideo; y mientras se tramitaban tales diligencias y acaso por alejarse de funestas influencias, resolvieron venir a esta ciudad, tomando una pieza en un hotel. A las pocas horas, estando ausente el marido, llegaba Ventura, inscribiéndose con nombre supuesto y penetrando en la habitación de Juana.

Horas después eran ambos sorprendidos por Bianchi, quien, ciego de indignación, disparó cinco tiros sobre los culpables, dejándola a ella agonizante e hiriendo a él en un hombro.

Bárbaro asesinato de una niña

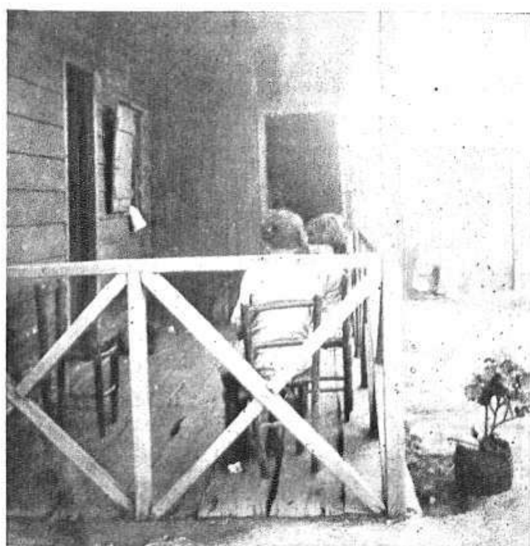

María Marchisano de Fernández, amante de Roberto Troya, el asesino.


Roberto Troya, que al pretender matar a Crescencia, hirió mortalmente a una hermanita.

LO que fuera juzgado al principio como un incidente fatal, según las falsas declaraciones de los interesados, resultó ser un repugnante crimen, cometido por el amante de una madre desalmada cuyo marido se hallaba ausente con frecuencia.


Crescencia Fernández, herida en el maxilar izquierdo.

De acuerdo los dos, determinaron suprimir a la mayor de las hijas de ella de 16 años, la que se daba cuenta de las ilícitas intimidades de ellos; y aprovechando una oportunidad, Troya descerrajó un tiro sobre Crescencia, matando a su hermana Palmira.


Casilla del Dique Sur habitada por María y sus hijos. Detalle gráfico de la posición que ocupaban las infelices víctimas cuando fueron agredidas por Troya desde la silla colocada enfrente.

Tres hábiles ladronas detenidas


María Montesino o Carmen Sepúlveda (a) La Tuerta.

TRES mujeres se especializaban en el robo de mercaderías, operando por las tiendas centrales a las horas en que la aglomeración de la clientela permite, sin duda, el ejercicio de tal profesión. La policía que las vigilaba estrechamente, las capturó a los pocos minutos de haber hurtado varios artículos en un comercio de la calle de Rivadavia. Al ser registrados sus respectivos domicilios, se les secuestraron abundantes mercaderías cuya procedencia no pudieron justificar, comprobándose, así mismo, que todas ellas han sufrido varios procesos por hurto y que, no siendo argentinas se hallaban radicadas en Buenos Aires desde hace muchos años.


Laura Hernández o Gayres (a) Abuelita.


Flora Leyton de Orellana (a) La Mentirosa.

OLIO PURO D'OLIVA
COMMESTIBILE
NATURALE-OTTIMO

SOLAR Y BRISADO

EL ACEITE COMPLETO
DE JUGO DE OLIVA —



La curiosidad afable que existe por conocer y probar el aceite «F» quedará satisfecha con una honradez que tiene en el favor constante de los consumidores, en todo el mundo, la mejor prueba.



El mejor reputado en los principales países.

FREIXAS y C.ia SECCION ACEITE DE OLIVA

YA ESTÁ EN VENTA
EN TODOS LOS
ALMACENES

CONSULTORIO



N.º 2016. — *¿Ha habido alguna ínsula Barataria? ¿Dónde estaba?*

PEDRO GARCÍA. — Ciudad.

En la iglesia de Santa María de Mur, antiguo monasterio de agustinos, se conserva una escritura hecha en 1168 en que consta la donación que el conde de Pallás hizo a Juan de Mur de unas tierras «in insula quæ est in Barataria».

¿Conocería Cervantes esta ínsula que está en Barataria?

En el golfo de Méjico, junto a la costa de Luisiana, hay también una isla Barataria; pero es probable que este nombre sea originado en el «Quijote».

N.º 2017. — *¿Es verdad que los niños chinos tienen al nacer una mancha llamada «azul mongólica»? ¿Quiénes más la tienen?*

FUTURA MADRE. — Ciudad.

Es muy cierto que los niños de raza amarilla presentan al nacer, y durante los primeros años, una mancha azulada muy marcada, sin relieve, sin pelos, de bordes poco precisos, en lo bajo de la espalda.

Esta mancha desaparece durante la infancia, y persiste rara vez algunos años. En el mono, por el contrario, persistiría toda la vida. El 98 por 100 de los niños chinos tienen esa mancha; se la encuentra también entre los japoneses, en Java, en los tagalos, en los polinesios de Hawai, en Taití, en las islas Marquesas, entre los maoríes de Nueva Zelandia, los esquimales de Groenlandia, en Alaska, en California, Méjico, América Central, etc.; siempre en los niños de origen amarillo.

Cosa notable: los ainos, indígenas de la isla septentrional del Japón, de origen desconocido, pero seguramente no mongólico, no presentan esta mancha.

Se admite, pues, generalmente, que la mancha azul es especial de la raza amarilla, y que es muy propio y exacto llamarla por eso mongólica.

Esto no obstante, el doctor Bruch, de Túnez, acaba de observar muchos niños portadores de aquella mancha en la población tunecina, en medios variados, árabes, judíos sicilianos, mestizos de negro, etc.

Los niños portadores de aquella mancha no son nunca rubios ni rojos; tienen los cabellos negros o castaños, los ojos y la piel obscuros.

Es curioso, pues, señalar esta excepción, que demuestra que la mancha azul no es específica de las razas mongólicas.

N.º 2018. — *¿Quién fué el primer rey que usó la bandera negra?*

C. MUÑIZ. — Ciudad.

El gran Tamerlán, kan o rey de los tártaros, fué el primero que en el siglo XIV empleó la bandera negra. Este rey sanguinario, cuando tenía sitiada una ciudad durante algún tiempo y sus habitantes no se rendían, mandaba izar una bandera negra en su puerta para proclamar que había pasado el tiempo de esperar y que iba a proceder a la destrucción de la ciudad. Según todos los datos recogidos parece ser que no se había empleado antes de aquel tiempo.

N.º 2019. — *¿Quién inventó la sombrilla?*

H. M. RUIZ. — Ciudad.

Refiere una leyenda china que la sombrilla fué inventada por la mujer de un carpintero, la que le dijo un día a su marido: «Yo he inventado más que tú, porque si haces casas muy bonitas, esas no pueden transportarse a otro lugar y yo he fabricado un tejadito, que aunque pequeño puedo llevarlo en la mano y me guarece del sol».

Y el carpintero, admirado, vió a su mujer abrir el primer quitasol.

Aunque no es fácil aseverar la verdad de esta leyenda, podemos afirmar que el origen de la sombrilla se remonta a épocas muy antiguas.

En los bajorrelieves de Nínive, que datan de mil años antes de Jesucristo, en los muros de ladrillos esmaltados de Suez y en las antiquísimas pinturas sepulcrales de Tebas y Menfis, las sombrillas se elevan por encima de las coronas de los reyes, de la tiara del sátrapa o de la cabeza del faraón.

En aquellos grandes imperios el uso del quitasol se reservaba para los poderosos.

En la Grecia clásica también existían las sombrillas.

En las panateneas y fiestas de eusis las jóvenes griegas salían con sombrillas.

En la Arcadia es celebrada en honor de Dionisio la fiesta de los quitasoles, y la imagen del dios era llevada por una hermosa doncella.

Este carácter semipagano del quitasol fué causa de que se desterrara de Europa con el advenimiento del Cristianismo, y no volvió a reaparecer hasta el siglo XVI.

Primero se hacían vaporosas y de preciosas telas, como los vestidos de la época, y se lucían verdes, bordadas de oro, blancas, con flecos rojos y azules con dibujos plateados.

Hoy la fantasía ofrece tal variedad de sombrillas que, ciertamente, no falta donde escoger.

N.º 2020. — *¿Cómo se inventó el almanaque?*

CARLOS DÍAZ. — Ciudad.

El origen del almanaque, que durante el año lleva la marcha de los meses, las semanas y los días, se remonta a épocas anteriores al siglo XIII, aun cuando en éste las tribus de Arabia, de Siria y del Egipto lo conocen, y en sus excursiones lo llevan al proponerse conquistar las regiones de aquende los mares, dando por resultado, según investigaciones practicadas, que los primeros que se vieron en Europa fueron cogidos por unos soldados en la tienda de Abderramán, después de la célebre y sangrienta batalla que se dió en las llanuras que hay entre Tours y Poitiers.

Eran unos pequeños libros con figuras cabalísticas y simbólicas, de los que sólo pudieron descifrar algunas páginas, siendo su fin perecer entre llamas por orden del vencedor, Carlos Martel, temeroso de que aquellos dibujos contuvieran hechizos contrarios a la religión profesada.

El nombre de los meses con que es conocido el actual, es de tiempo de los romanos, siendo enero derivado de la palabra latina Januarius, que quiere decir portero, por Jano, dios de los gentiles; éste tenía la misión de abrir las puertas del cielo. Numa determinó abrir el período anual, como Jano lo hacía con las puertas de la mansión celeste. Fué consagrado por los paganos a este dios.

El calendario contiene curiosidades no muy conocidas de todos, cuáles son:

Ningún siglo puede comenzar en miércoles, viernes ni sábado. El mes de octubre principia siempre en el mismo día de la semana que enero; abril en el mismo día que julio; diciembre en el mismo día que septiembre; febrero marzo y noviembre, comienzan en el mismo día de la semana, mientras que mayo, junio y agosto principian en días distintos entre sí y distintos también de los demás meses del año. Estas reglas no tienen aplicación en los años bisiestos. El año ordinario acaba siempre en el mismo día de la semana con que principió. Por último, los años se repiten, es decir, tienen el mismo calendario cada veinticinco años. Sin período en esta regla fija, suelen repetirse también por períodos de once, once y seis años. Total, veintiocho.

CARLOS ZAPPA. — *La Plata.*

Las suprarrenales son dos glándulas que, como indica su nombre, se encuentran situadas en el polo superior del riñón. Son glándulas de secreción interna, cuyo principal producto es la adrenalina.

H. TIBETTI. — *Tandil.*

Ese producto no sirve para lo que usted desea y puede acarrear más de un disgusto a quien no sepa usarlo con certeza.

SEÑORA J. M. DE H. — *Pigüé.*

1.º Preséntese ante el comisario local y denuncie el hecho. — 2.º No es necesario.

De Trenque Lauquen



Banquete ofrecido por el vecindario al Intendente Municipal don Felipe Arratúa, con motivo de su reelección y en homenaje a su destacada actuación en el periodo que terminó.

— ¡ Tomá Seneguina y dejáte de toser !

Nuevos Maestros



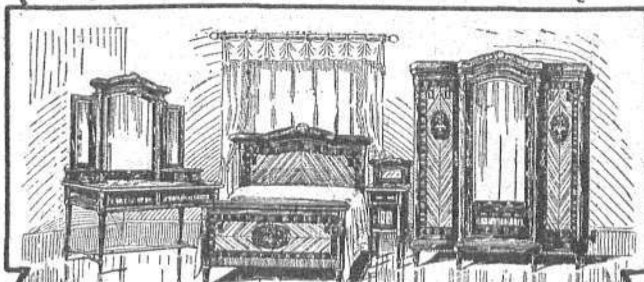
El Director y Regente de la Escuela Normal de Resistencia, rodeados de los alumnos egresados de la misma con el título de maestros.

Sirlin Hnos. Muebles

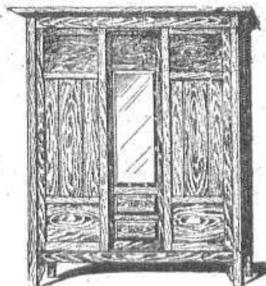
CORRIENTES 1172-80
BUENOS - AIRES

ESTAMOS EN PLENA REEDIFICACION

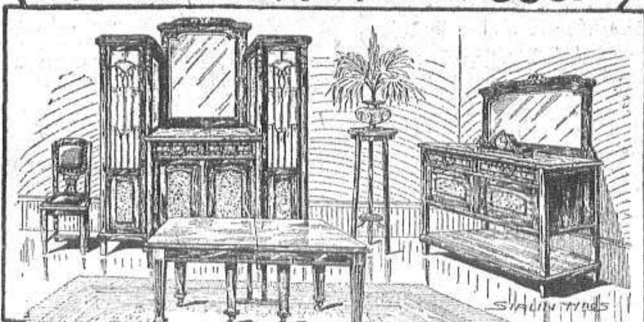
y por falta de espacio en nuestros locales, vendemos con notables rebajas. Jamás se le ofrecerá a Vd. una oportunidad como esta. Aprovéchela.



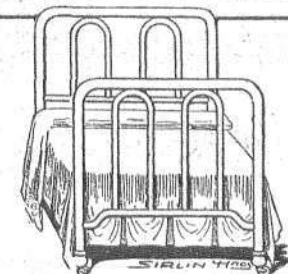
JUEGO DE DORMITORIO, construído en cedro, caoba o roble norteamericano, decorado con "marqueterie" fileteado en palo rosa, amplio formato 3 cuerpos, lunas biseladas, mármoles belga color rosa, herrajes y aplicaciones de bronce. Compuesto de: 1 ropero, 1 cama matrimonial con elástico reforzado, 2 mesas de luz con espejo, 1 «toilette» y 2 sillitas dormitorio. El juego completo...... $ **560.—**



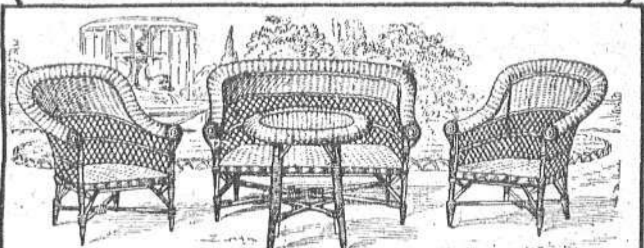
GUARDARROPA construído en nogalina maciza imitación roble, lustre y acabado perfecto, puertas corredizas sobre rieles, luna biselada, herrajes de bronce; medidas: alto 215 centímetros, ancho 143 centímetros. **Precio de gran reclame**...................... $ **85.—**



JUEGO DE COMEDOR, construído en cedro, caoba o roble norteamericano, decorado con "marqueterie" de raíz, fileteado en palo de rosa, lustrado a muñeca, espejos y cristales Saint Gobain, mármoles Breche Violette, herrajes aplicaciones y «vitraux» de bronce. Compuesto de: 1 aparador con vitrinas laterales, 1 trinchante, 6 sillas tapizadas y 1 mesa con tabla de agregar. Las 2 piezas. **Precio de reclame,** pesos 460.—. Completo......................... $ **565.—**



CAMA DE HIERRO esmaltada en blanco, con elástico imperial reforzado a doble tejido, todo en hierro; 2 plazas, $ 45.—; 1 ½ plaza, pesos 35.—; 1 plaza..................... $ **25.—**



JUEGO 1407. — En mimbre tupido, amplio formato, modelo de gran aceptación, barnizado en color crema o natural. Compuesto de: 1 sofá, 2 sillas, 2 hamacas y 1 mesa................ $ **70.—**



CAMA DE BRONCE, modelo 55, con elástico imperial. De 2 plaza, metros 1.38, pesos 120.—; 1 ½ plaza, metros 1.05, $ 100.—; 1 plaza, metros 0.90, pesos...................... **65.—**

PARA LOS DEL INTERIOR. Los pedidos recibidos por carta merecen toda nuestra atención, siendo atendidos en la misma forma como si lo fueran realizados personalmente.

CATALOGOS

General de MUEBLES edic. Nº 9
CAMAS de BRONCE " " Nº 2
CAMAS de HIERRO esmalt. Nº 1
JUEGOS de MIMBRE edic. Nº 3.

Al solicitar catálogo, rogámosles hagan mención del artículo que le interese, para enviarles así el catálogo correspondiente.

DESDE ITALIA



Una joven interesante



El norteamericano Max Heindel ha publicado una obra muy interesante titulada «Concepción Rosacruz del Cosmos».

Dice Max Heindel que la materia física se divide en química y etérica; que la química comprende: sólidos, líquidos y gases, y la etérica incluye cuatro clases de éteres: vital, químico, luminoso, reflector.

Después de haber hablado de las características de los cuatro éteres, el autor agrega que el éter reflector contiene las imágenes de todo acontecimiento que se desarrolle en el mundo terrestre y que estas imágenes forman como un archivo permanente, accesible a los sensitivos o psicómetras.

Se llaman sensitivos o psicómetras aquellos seres que están dotados de una percepción de los sentidos superior a la de los demás mortales.

Un psicómetra, por ejemplo, es muy capaz de advertir sencillamente, con poner las manos en el agua, si en dicho líquido ha sido sumergido el polo positivo o el negativo de un imán. Se encontrará molesto si se le obliga a sentarse o acostarse con la cara al Este y no al Norte, como asimismo se dará cuenta en el acto si en un determinado ambiente se han reunido personas de elevada intelectualidad o individuos comunes con sólo percibir las vibraciones etéricas que emanan del cuerpo humano.

Pero, indudablemente, las más impresionantes de las características de estos seres privilegiados, es la de leer en lo que podríamos llamar, con Max Heindel, archivo o memoria de la naturaleza.

Gracias a este don muy especial, un psicómetra con tener en las manos un objeto cualquiera que haya pertenecido a un determinado individuo, puede ponerse en contacto con el aura de dicha persona y leer cuanto a ella se refiere.

Y no solamente puede leer lo que se relaciona con su pasado, sino que, aunque pueda parecer anticientífico, hasta está en condiciones de vislumbrar el porvenir.

Aquí, en Milán, hay una muchacha que vive muy modestamente, pero que a pesar de su deseo de no fomentar curiosidades de ninguna clase, se ha visto ya rodeada por una comisión de sabios, ansiosos de averiguar con método científico lo que hasta ahora no ha sido más que un sencillo entretenimiento destinado a los amigos y conocidos.

La señorita Irma Maggi, que vive en la calle Cappellini, 17, resulta sumamente interesante por la sencillez con que ejecuta sus pruebas de clarividencia. Ella no necesita ponerse en trance magnético, ni tampoco recogerse, aislarse, sino que se diría que pasa de un mundo al otro con la facilidad de quien tiene a mano los dos y no precisa otro esfuerzo fuera del de dirigir la mirada adonde quiere.

Un amigo, que conoce el interés que siempre me han despertado estos fenómenos, quiso acompañarme al domicilio de la señorita.

— Verás algo raro, que ya ha llamado la atención del mundo científico. No hay en la muchacha la menor idea de interés en sus experiencias. No se trata de una mujer que procure ganarse la vida haciéndose la pitonisa... Tan es así, que no da casi importancia a estas cosas, como si se tratara de una facultad común a todo el mundo.

— ¿Y cómo trabaja? Quiero decir ¿qué hace cuando se le dirige alguna pregunta?

— No contesta si no toca algo que pertenezca al interesado. Una carta escrita por la persona que desea consultarla sirve perfectamente, con tal que haya sido redactada de su puño y letra, pero mejor aún que una carta, sirve un objeto que haya quedado en contacto con la persona... Has traído contigo algo proveniente de allá, de la Argentina?

— Sí...

Hice un paquetito de objetos cuya proveniencia conozco bien. Vamos a ver si sabe decirme de qué se trata. Aquí los tengo.

La señorita Maggi nos recibió lo más afablemente y abriendo sus grandes ojos soñadores se manifestó encantada de hablar con un «americano».

— ¡Qué lindo debe ser aquello!... No sé por qué siempre he tenido grandes deseos de conocer esas regiones... ¡Dichoso de usted que ha podido recorrerlas!... ¡Cómo serán de interesantes!...

— ¡En realidad, señorita!

— ¡Así que usted ha venido a visitar a esta mujer fenómeno!... No le oculto lo poco agradable que resulta para mí pertenecer a la clase de los fenómenos... Quisiera vivir tranquila, retirada, y es preciso ceder a las insistencias de amigos y conocidos... No me gusta que me confundan con una adivina... Gozan de una celebridad poco envidiable las que pertenecen a la clase de las adivinas...

— Por eso mismo... Porque raras veces son adivinas de veras... Abusan del ascendiente que ejercen sobre las personas que las consultan y llevan el desorden a las familias...

Mientras tanto yo sacaba del paquetito que había traído conmigo un pedacito de ladrillo de Misiones. Algo así como el grueso de un dado, que corté de una piedra perteneciente a una tumba guaraní del cementerio de Yapeyú y que forma parte de mi pequeña colección etnográfica.

— Vamos a ver, señorita, qué le dice este pedacito de piedra...

La señorita tomó entre el pulgar y el índice de la mano derecha el fragmento que le presentaba y empezó a mirar con suma atención a lo lejos, como si contemplara un panorama encantador.

— ¡Qué lindos bosques! ¡Qué soberbia vegetación! Hay un pueblito en la orilla de un río cuyas aguas son claras como el agua de la lluvia... Muchas casas están hechas con piedras muy obscuras y grandes... Hay muchas ruinas... Una iglesia preciosa, chiquita, antigua... Árboles que han levantado entre sus ramas piedras colosales, que parecen restos de edificios derrumbados... Esta piedra estaba sobre la tumba de una mujer. Tiene usted en su casa un pedazo de esta misma piedra en el que veo escrito una palabra rara... Espérese... No me ayude... Déjeme leer: «omanó»... ¿Es así? ¿Y qué quiere decir? ¿Será el nombre de la mujer?

— No... En guaraní quiere decir: murió.

Francamente, quedé pasmado.

Entre otras cosas, yo tampoco me acordaba de que en la piedra funeraria que tengo en mi poder estuviera escrita la palabra «omanó», y, por otra parte, la descripción de Yapeyú no podía ser más exacta.

— Es realmente asombroso, señorita, lo que usted acaba de decirme. Usted ha pintado el pueblo de Yapeyú situado en Misiones, sobre el río





Uruguay. Un rinconcito de paraíso, que fué cuna del más ilustre de los argentinos.

No necesitaría más pruebas después de la que me ha dado, pero si usted no se cansa...

— De ninguna manera...

— Pues si usted no se cansa, tenga a bien decirme a quién ha pertenecido este objeto.

Y le presenté una copa rústica, esculpida y enchapada en plata, hecha con un asta de novillo.

La vidente pasó como de costumbre sus dedos sobre el utensilio, luego frunció el cejo como si tuviera una visión desagradable:

— ¡Cuánta sangre!... ¡Cuántos crímenes! ¡Qué hombre feroz, que desalmado el dueño de ésta!...

Y sin terminar la frase soltó la prenda como si le quemara los dedos.

— Tiene usted razón, señorita... El dueño era un feroz asesino, que por cierto tiempo fué el terror de los pobladores de Fortín Tostado... El jefe de policía de Fortín Tostado me regaló este objeto, como recuerdo de mi visita a la localidad esa... Su visión no pudo ser más exacta.

— ¡Dios mío! ¡Qué sensación más penosa! Créame que he sufrido.

Podía darme por satisfecho, pero quise insistir en una última experiencia y después de haber pedido permiso para retirarme, regresé presentando a la señorita Maggi algo envuelto en papel blanco.

Fué suficiente el contacto de pocos segundos para que empezara una descripción asombrosa de la calle Moreno y del Departamento de Policía.

— Un edificio muy grande. Muchos soldados que llevan casco y visten de paño obscuro... Un gran ascensor que sube y baja sin interrupción... Usted sube al último piso. Va usted acompañado por una señora y una niña... Un funcionario muy elevado despide a usted muy cariñosamente, deseándole un pronto regreso al país. También el funcionario que habla con usted está de viaje a Europa, más allá de Europa... a Norteamérica. ¡Qué edificio enorme! ¡Y qué movimientos de autos por esa calle, qué de gente!

Mi pasaporte, pues no era otra cosa que el pasaporte el objeto que había entregado a la señorita envuelto en papel, resultaba bastante elocuente.

Por lo visto, conservaba grabada como una película cinematográfica nuestra visita al Departamento para conseguir los documentos necesarios para viajar, y hasta la figura del amigo Etcheverry, el comisario de la Sección Dactiloscópica, quien realmente al despedirme me anunció su viaje a Norteamérica para realizar una misión que la había sido confiada por el Superior Gobierno Nacional.

— ¿Dígame, señorita, no suele equivocarse alguna vez?

— A veces me equivoco, pero mis errores son debidos a la mezcla de flúidos, que se suele verificar cuando son muchos a interrogarme.

— Era lo que quería saber. Sus sensaciones...

— Mis sensaciones son debidas al flúido que siento que se desprende de los objetos que toco. Por ejemplo, de una carta, un anillo, un «breloc.» Si tengo delante solamente la persona que me consulta, entonces las equivocaciones son casi imposibles... Mi visión resulta clarísima, pero si son unos cuantos o si son muchos los objetos que se amontonan sobre la mesa, entonces puede haber confusión debido a la mezcla de los diferentes flúidos.

— ¿Y no será, señorita, una lectura del pensamiento la suya?

— No, porque yo veo perfectamente hechos y cosas que pertenecen a épocas muy remotas, que el mismo que me consulta no ha visto nunca, por supuesto, y que no conoce tampoco por no haber leído algo al respecto. Me han sido presentados objetos pertenecientes a la más remota época egipcia e india y el panorama que se desarrolló delante de mis ojos correspondía, según dijeron los entendidos, a lo que se sabe de aquellos tiempos.

— ¿Y son muchos los que la consultan, señorita?

— ¡Puede imaginárselo! no me dejan vivir... Pero cuando contesto no entro en detalles, especialmente si la consulta me ha sido hecha por escrito. Los detalles puedo darlos y muy exactos si la persona que quiere interrogarme viene a verme. Vea usted qué montón de cartas. Todas esperan contestación. Pero a veces hago esperar hasta meses. Termino por cansarme. Sin contar que contesto por escrito y de mi puño y letra.

Olvidaba un detalle curioso en las consultas de Irma Maggi: las poesías.

Tiene entre manos un libro de versos. En cuanto se le pide que vea algo respecto a una persona o a un determinado objeto, empieza primero a tocar la mano de la persona o pasar el índice y el pulgar de la derecha sobre el objeto de que se trata, luego lee una poesía y empieza a describir la visión que se desarrolla delante de sus ojos.

— ¿Y eso a qué viene, señorita?

— Es una forma muy agradable para mí, que sirve para reconcentrarme...

— Pero desde el momento en que forzosamente sufre usted un gasto de energías, sería bueno que pusiera precio a sus consultas...

— ¡No faltaría más! Con decirle que el mes entrante pienso cambiar de domicilio y conservar el secreto sobre mi nueva dirección... Me prestaré a algunas experiencias científicas, pues no puedo decir que no a los sabios que quieren estudiarme; pero concluídos estos estudios no quiero saber más de consultas.

— Entonces me alegro de haber llegado a tiempo...

— Bueno; si es por eso, le diré que cuantas veces quiera usted consultarme he de estar siempre a sus órdenes. Una persona que viene de tan lejos... Pero usted, señor, va a regresar pronto allá, a ese lindo país que ha dejado hace unos meses.

— ¿Le parece?

— Está escrito. Antes de que termine el año entrante.

— ¿Iré solo?

— Este año irá usted solo... Luego volverá para regresar otra vez. Su familia también volverá a la Argentina, pero usted está destinado a morir lejos de los suyos, en Europa.

— ¡Caramba!

— Pero eso de su muerte no es cosa inminente... Va usted a vivir mucho todavía. Quiero decir que cuando le llegue el turno se encontrará lejos de los suyos.

— ¿No hay equivocación posible, señorita?

— No. Por lo menos, cuando no me equivoco, es decir, cuando tengo la sensación de que lo que veo es la verdad, los acontecimientos futuros se me presentan así.

— Y, bueno; ¡paciencia! Por otra parte, desde cierto punto de vista casi es mejor. Uno se va sin impresionarse por los lloriqueos de los parientes y amigos; además, si está escrito...

Salí algo malhumorado, pero al mismo tiempo reflexioné que había tiempo todavía para el «cúmplase» de la sentencia. Y de aquí a allá puede que me olvide de la profecía.

Cester me predijo un ataque al corazón, la Maggi una muerte lejos de los míos; los dos aseguraron que llegaría a edad avanzada... No puedo quejarme. Siquiera en las últimas escenas de mi existencia, la naturaleza parece que quiere manifestarse benigna. Bueno.

DR. A. VACCARI

Milán, 28 de Diciembre de 1923.





Escuela Nacional de Agricultura y Lechería



BELL VILLE. — El Director y los alumnos egresados últimamente de la Escuela.

CÓMO PUEDE VD. SABER A CIENCIA CIERTA SI UNA PIEZA ES HÚMEDA

En el centro de la pieza que desee examinar coloque un kilogramo de pedruscos de cal recién apagados. Cierre luego herméticamente ventanas y puertas.

Pasadas veinticuatro horas vuelva usted y pese la cal. Si el peso excede de un kilo diez gramos, es que la cal absorbió más de un diez por ciento de agua sobre la que tenía, y tal exceso acusa un grado de humedad tal que basta para clasificar la habitación como insalubre.

Un sabio alemán ha descubierto que los árboles cuyo troncos están cubiertos de musgo o plantas trepadoras son los que tienen más predisposición para atraer los rayos.

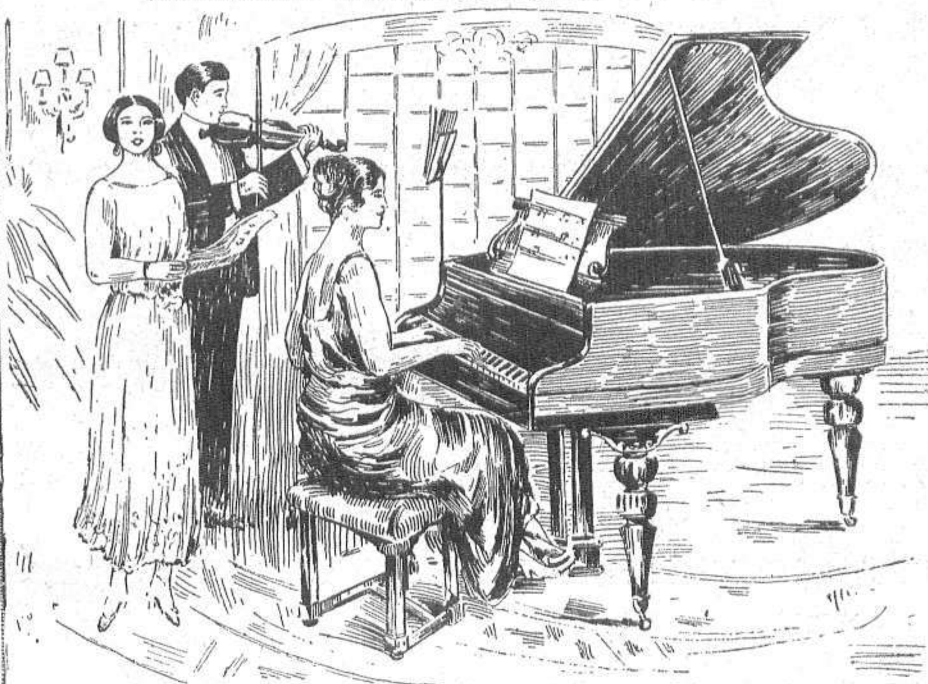
La ceniza de los meteoritos quemados al llegar a nuestra atmósfera se depositan y aumentan 1.000 toneladas al peso de la tierra cada tres años.

Un gusano de seda produce tanta seda como veinticuatro arañas.

TARDE O TEMPRANO VD. COMPRARÁ UN

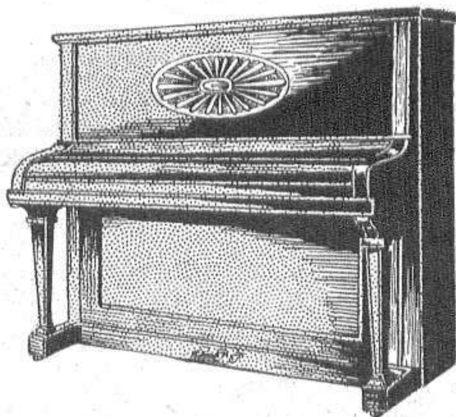
Piano Breyer

GRANDES FACILIDADES DE PAGO



PRECIOSO MODELO de construcción insuperable y de duración garantizada.

Lo vendemos al precio de **$ 1.150.** Otros modelos desde **$ 1.000**



Pianos Verticales de cola y Automáticos a 2 años de plazo.

Pídanos catálogo y condiciones.

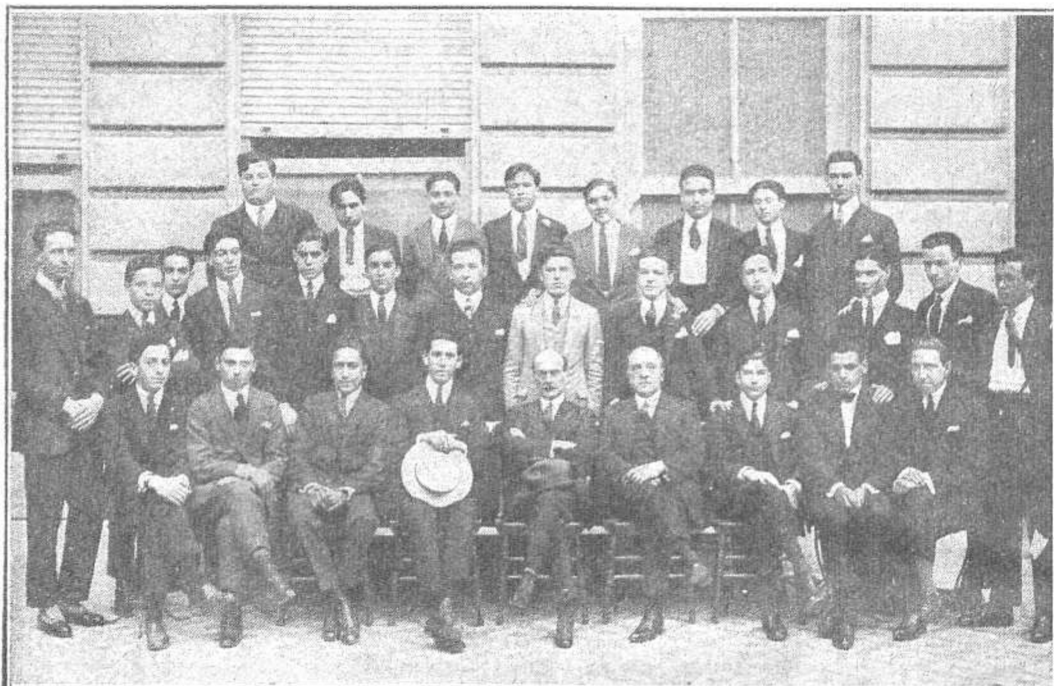
BREYER H^NOS^

FLORIDA, 414
Buenos Aires.

SUCURSALES:

La Plata	Calle 7 y 55, N.º 601.	Mendoza	San Martín, 1374.
Bahía Blanca	San Martín, 252.	Paraná	Gral. Urquiza, 525.
Tucumán	9 de Julio, N.º 90.	Córdoba	San Martín, 234.

Bachilleres egresados del Colegio Nacional "Mariano Moreno". 5.º Año. 1.ª División - Tarde.



Primera fila, sentados: José Kraves, David Sneider, Leoncio Fernández, Mario Palmieri, doctor Manuel Dergui (rector), doctor José N. Bollo (vicerrector), José M. Toro, Miguel Coronatto y Mauricio Schaver. 2.ª fila, de pie: Roberto Tognoni, Mariano López, Eduardo Castiglioni (celador), Enrique González Trillo, Rodolfo Morales, Roberto Bintana, Alfredo Baro, Rafael Vajoucky, Luis B. Ortiz, Dalmiro Alsina, Enrique Rodríguez, Juan C. Oyhenart y Gabriel Perazzo. 3.ª fila: Jerónimo Marssetti, César Comaschi, Antonio Fontana, Carlos Devoto, Benito Hernández, Ernesto Siampietro, Alejandro Coroselli y Juan I. de Rosa.

LA MODA AL DIA

POR

LUZ Y SOMBRA

La mujer italiana que ha surgido de la guerra tiene desarrollado el sentido de la personalidad como sus congéneres las francesas; es, espiritualmente, libre; o sea hábil y capaz de ganarse el sustento con su trabajo, si los caprichos del destino lo exigen. Esta independencia de base esencialmente democrática tiene sus primeros efectos en una absoluta libertad en el vestir; al lado de la mujer elegantísima vemos cien mujeres ataviadas con el mismo gusto, pero con mucha más modestia. Generalmente el gusto italiano es discreto, sin fruslerías ni contrastes chocantes; prefiere el detalle, como ya he dicho en otra ocasión. Una cordeliere azul, por ejemplo, y terminada por dos lindos flecos, es un detalle bonito para cinturón de la pollera de un tailleur gris, tapada en parte por el saco suelto.

Y puesto que la sencillez es también característica nuestra, hablaré a mis lectoras de algunos modelos italianos que ellas apreciarán, así como supieron apreciarlos ciertas descollantes figuras de nuestra sociedad, las que, después de larga jira por Europa, adquirieron en Italia las toilettes para la estación estival.

Un batón bonito y elegante era todo en jersey gris obscuro, con media capita, y la parte superior, a la altura del talle, estaba adornada con unas figuras de estilo egipcio, pintadas muy grandes, como una guarda, de colores varios y apagados.

Mientras que el vestido de fiesta y de reunión se mantiene largo, el tailleur y el tapado de verano han dejado descubiertas las piernas bonitas — y las feas — el primero hasta la pantorrilla, el segundo poco más arriba del tobillo.

Los colores característicos han sido, este año también, el blanco y el negro; y las combinaciones de los dos han alcanzado más de una vez las fantasías más descabelladas. Con el fin de evitar todo contraste desagradable contra esta armonía, una elegante se presentó a las carreras, en Roma, con una lindísima peluca blanca; sombrero negro con un grande adorno de plumas negras atrás; blusa blanca sport con corbata negra, pollera negra, capita negra forrada de blanco, zapatos negros con hebilla de strass, guantes negros, carterita blanca con dibujos en negro, dientes blancos como marfil, y alhajas de platino.

Para los vestidos de reunión — vestidos de tarde — han predominado los colores delicados aunque no excesivamente pálidos, y el negro para de noche, con preferencia para el taffetas.

La italiana, a diferencia de la parisiense, prefiere casi siempre el vestido con manga o la capita que vela el antebrazo para los vestidos de día.

Los dos modelos que ofrezco a mis lectoras son originales y de gusto nuestro, a pesar de seguir una línea francesa.

El modelo A fué creado en crepé rosa no muy pálido. El cuerpo, liso y ligeramente ablusado a los costados, forma en la espalda una capita a punta sobre los brazos. Eventualmente se puede cubrir aún más el antebrazo cosiendo la punta superior de la capa al cuerpo. El cinturón es muy angosto y del mismo género, con los extremos sueltos. Sobre la pollera angostísima cae con lindos pliegues un volado de corte irregular, fruncido muy fino en el talle con varias hileras de frunces. El modelo B fué confeccionado en charmeuse bleu marino y es de alta novedad. La bata es lisa, las mangas empiezan muy bajo y la mano sale de una abertura simple, terminada con el clásico ribete. A la altura del brazo, entre el codo y la muñeca y exteriormente, está aplicado el adorno que es la nota característica de este modelo. Se compone de tres cocardas de diferentes dimensiones, de cinta fruncida, color azul un poco más claro que el vestido, y color rojo pálido. Cada una de las tres cocardas de cada adorno termina en pequeños *boucles* de cinta negra. El lazo largo al centro del adorno es de charmeuse marino. La manga, así como aparece en el figurín, es larga; pero también puede llevarse corta estirándola para arriba y entonces las cocardas, en lugar de parecer «bombé», quedan tiesas.

La pollera es muy fruncida adelante, y casi lisa atrás. Es larga y angosta a la base, siendo los frunces recogidos por otro adorno como el de las mangas. El cinturón, de charmeuse, es muy angosto.

Ambos modelos fueron creados en ocasión del enlace de la princesa Yolanda.



A



B

Galletitas OPERA

OBLEAS CON CREMA

"BAGLEY"

Se distribuyen y tienen aceptación en todo el país porque son las MEJORES

ELABORAMOS 52 VARIEDADES

Egresados de la Escuela Nacional de Agricultura, de Casilda


Señor Juan Berdaguer Vilá.


Señor Ricardo Castelpoggi.


Señor José F. Ceragioli.


Señor Teófilo Claus.


Señor Juan Del Teglia.


Señor Alberto Fantoni.


Señor Delfor A. Gaddi.


Señor Alberto R. López.


Señor Haroldo Luque.


Señor Francisco P. Merindol.


Señor Diego D. Navarro.


Señor Augusto Oberman.


Señor Alfredo Palau.


Señor Roberto Raña.


Señor Raúl Southal.


Señor Knut B. Sylwan.


Señor Santiago Surce.


Señor Ricardo Zemborain.

CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES

Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

1620 — La casita de campaña.
ELISA BALLA. — ROMA.

1621 — El remendón.
ANGELA GAMBETTA.

1622 — La llegada de la carrera.
JUAN FERNANDEZ.

1623 — Leyendo CARAS Y CARETAS.
DORA BURGHINI.

1624 — Tesorieri atajando un tiro.
SALVADOR SCALESE.

1625 — El rancho de un gaucho.
FRANCISCO IRISARRI (HIJO).

◆◆

LA CATASTROFE DEL "DIXMUDE"

◆◆



EME aquí, por un verdadero milagro de la amistad, a bordo del «Dixmude», el gigantesco crucero del aire, el magnífico dirigible alemán que hoy lleva como enseña, la tricolor francesa. Confortablemente instalado en una cabina de la tercer barquilla desde proa, mi amigo el teniente X... acababa de encerrarme para atender los preparativos de la partida. No está permitido el tener periodistas, ni civiles a bordo, y teme alguna imprudencia que me descubra.

Desde mi cabina, una cama plegable, una alacena con lavabo y una mesita de cartón — asisto a la ascensión, veo alejarse el suelo mientras los lejanos motores hacen un ron ron de gatos conjuntos; aquí los gatos son seis y tienen una fuerza de 250 caballos cada uno, destinados por sus constructores al bombardeo de la ciudad de los rascacielos.

Sé que el propósito del comando es batir todos los records de tiempo y distancia y sé, también, que oficialidad y tripulación no están seguros de ello; ¡pero la aventura es tan magnífica! y quizá a la vuelta se me permita contar el viaje con algunas reservas. Ello me ha decidido y ha decidido a mi amigo...

Interrumpí estas notas, que escribo pese a la pıohibición amistosa de escribir nada a bordo, por un pequeño accidente que, aun sin mérito para ello, me preocupa. Han intentado abrir mi cabina; una mano suave ha estado evolucionando en torno a la cerraduıa con una vaıilla de hierro o cosa así; inconscientemente he hablado y sentí, sobre el piso de corcho, el correr de unos pies ágiles, luego un choque de metal. Abrí la puerta, otıa cosa prohibida, y recojo en el pasillo una ganzúa. De un salto estoy de nuevo en mi cabina.

¡Una ganzúa y una tentativa de violación de cerradura! ¡Caramba, si no estamos en un hotel!

Ya lejos el suelo, acaban de avisaıme que puedo salir a la borda y ver el bello espectáculo de los aereoplanos que vuelan bajo y alrededor nuestro; arriba está prohibido.

El mar, el Mediterráneo, está bajo nosotros; vamos hacia las costas de Africa a correr una bella aventura; no serán todavía las «Cinco semanas en globo», pero sí quizá los cinco días; llevamos reserva de provisiones y nafta para un vuelo a plena fuerza de 150 horas.

— Hola, periodista. ¿Qué escribes?

— Es mi diario íntimo, comandante.

— Pues no quiero intimidades, nada de notitas que puedan darnos disgustos; si te dan permiso y tu memoria falla, acude a la mía.

He dejado, pues, la estilogıáfica en el armario; unos días de absoluto descanso no le harán mal a mi espíritu.

Miércoles 19.

Inconscientemente, he tomado la pluma faltando a mi propósito; se me ordena no salir de la cabina; suceden a bordo cosas raras y acabamos de recibir órdenes para no volver a Francia, pues hay tormenta en el Mediterráneo. Después de pasar por Túnez, el martes, hemos llegado esta tarde a Insalah, donde se ha hecho un grave descubrimiento. Uno de los tanques de repuesto de dos mil litros tenía nafta con agua de mar; dos motores de popa se han «engripado»; marchamos ahora solo con dos motores y la navegación es intranquila. Fuertes rachas de viento huracanado conmueven al «Dixmude», estamos subiendo para dominar las capas de tormenta y bajo nosotros un manto algodonado cubre el espectáculo monótono del desierto. Cubre también a Biskra, único punto donde quizá podríamos aterrizar con éxito.

Jueves 20.

¿Regresaremos? Hoy hubo una tentativa de envenenamiento colectivo; un marinero glotón que probó unas conservas antes del rancho, nos salvó; cuando recién comenzábamos a comer, el hombre sintió horribles dolores y atinó a achacar la culpa a la comida. Un somero examen ha comprobado la presencia de arsénico en los alimentos.

¿Existen, entre nosotros, traidores?

La horrible sospecha parece dividirnos; todos dudamos de todos y mientras se oyen a mi lado los ayes de los enfermos y llega de lejos el débil roncar de dos motores, el viento, que levanta en estos desiertos a increíble altura, la arena africana, deja caer sobre nuestra mole una lluvia de arena finísima, que irrita los ojos y causa perjuicio a las máquinas.

El comandante ha hecho telegrafiar; sus partes no dejan entrever nada de lo que sucede, apenas si anuncia que tenemos enfermos a bordo. Se nos está concluyendo la nafta; vamos a media marcha entre la tormenta que desde esta mañana nos azota. ¿Qué será del «Dixmude»?

Viernes 21.

Vamos con los motores parados, envueltos en la tormenta; el globo que tiene tendencias a bajar es empujado sobre el Mediterráneo; no nos sobra mucho alimento y hay poca agua. Están desarmando uno de los motores para arrojar como lastre sus piezas.

Bajo nosotros, la ronca voz del mar parece ¡lamarnos.

Sábado 22.

Hemos descubierto al traidor; era un maıineıo mecánico. Lo atrapó el comandante mientras rompía el aparato transmisor de TSF, en la tercer cabina. Hubo un juicio sumarísimo en un momento de calma. Bajo nosotros un enorme mar algodonado, de un blancor ideal; a lo lejos unas torvas nubes que amenazan aún; un motor había sido puesto en marcha para ayudar al «Dixmude» a abordar nuevamente tierra africana.

El traidor, con un cínico patriotismo confesó: «¡Nunca dejaremos a un L en poder de Francia!» ¡Y por eso quiere sacrificar 57 hombres, que vamos ahora sin ruta, en un globo gigante, a merced de los elementos!

Descendemos lentamente; las nubes están a unos doscientos metros de nosotros; sujeto por enérgicos e indignados brazos, el canalla no nos da la satisfacción de temblar. Un grito breve y lo vemos caer, trágico muñeco que bracea y pernea dando volteretas: una, dos, tres... el cuerpo hace un boquete en las nubes, alejadas de nosotros en el brusco salto de ese deslastramiento viviente. No hemos

oído nada, nada más que el silbar del ventarrón que llega nuevamente en contra y las fallas del motor de proa.

Lunes 24

¡Navidad! ¡Es horrible! Hemos perdido en un día siete compañeros; tres murieron a consecuencia del arsénico, cuatro se han arrojado vivos, sorteados. Abrazaron al comandante y sujetos al cinturón del paracaídas, saltaron al vacío. Todos no. Sabemos que bajo nosotros se halla el desierto, ¿Cuál será la suerte de esos hombres, si llegan vivos a tierra? Tienen armas y se arroja un paquete de provisiones y unas bolsas de goma con agua, que van atadas a ellos con cuerdas de unos cincuenta metros, para que lleguen antes y no se pierdan de la arena; todo eso... todo eso ha sido calificado enérgicamente por uno de los sorteados; al irle a ceñir el cinturón del paracaídas, gritó: ¿Para qué?, y saltó al espacio. Ha debido exclamar algo al caer. Yo sólo escuché:... ¡France!

Así hemos celebrado ayer las vísperas de Navidad. Y hoy... hoy ha sucedido algo más profundamente trágico. Hoy, por el aparato receptor de telefonía, que aun funciona, una estación ha estado transmitiendo desde Francia saludos de las familias de algunos tripulantes. El parlante decía frases risueñas, palabras de amor, de dicha.

La madre del comandante ha hablado; le da noticias de su joven esposa, de quien espera en estos días un nieto; besa al hijo valiente. ¡Oh, esos chasquidos de los besos de la viejecita, sonando entre las frases de delirio del hambre y la sed!

No veo al comandante; en la cabina de mando con la demacrada cabeza entre sus manos, vencido por un momento, el bravo militar solloza: mamá, mamá.

....

Escribo para engañar mi hambre; estamos a ración, a cortísima ración; las nubes se han disipado bajo nosotros; veo el suelo a unos cuatrocientos metros de nosotros; a lo lejos una polvareda grande. ¡Una caravana! Rápidas órdenes, hombres que se preparan a dejarse caer para solicitar socorro; cables que se arreglan en las cabinas que aún no han sido desarmadas para aligerar el globo. La caravana nos ve; son árabes, se arrojan al suelo creyendo, quizá, en el sepulcro de Mahoma. Tres hombres caen lentamente; los abiertos paracaídas resaltan sobre el amarillento suelo; procuramos maniobrar en círculo; dos hombres se deslizan hasta el timón para ayudar a la maniobra.

Pero bajo nosotros, un confuso griterío, tiros; nuestros tres hombres son cazados en el aire, en un tiro de pichón infame. La caravana es de tuaregs. Vemos llegar al suelo tres cadáveres; al descender los tripulantes nos hemos elevado, por eso no nos alcanzan las balas que ahora disparan contra nosotros.

¡Y hemos tirado de lastre nuestras ametralladoras!

Algo cae; algo que estalla entre la caravana que nos persigue: son bombas. Por lo menos hemos vengado a nuestros compañeros.

Por la tarde.

Quedan a bordo sólo nueve hombres y sólo dos barquillas nos llevan; la última se desprendió del globo con veinte compañeros en ella. Dimos un horrible salto que nos impidió ver: ¡un piadoso salto! Ahora bajamos poco a poco; bajo nosotros la monótona línea de médanos; alrededor la tormenta que acecha y a lo lejos las montañas del Hoggar, las trágicas montañas de misterio y de crímenes, que parecen aguardarnos estoicamente, con un fatalismo musulmán solemnemente trágico.

Martes 25.

Otro huracán nos arrastra furiosamente; estamos otra vez sobre el mar; el «Dixmude» es sólo un resto flácido, cuya rigidez adopta raras desviaciones. Caemos incesantemente. Una maniobra imposible acaba de llevarse a dos tripulantes que con admirable disciplina obedecieron al comandante; esos 150 kilos nos dan una media hora más.

El roncar del mar llega claramente a nosotros; bajamos, la niebla se disipa brevemente; los relámpagos brillan sobre nuestras cabezas, la batahola del mar en tormenta suena cada vez más cerca, más cerca; a lo lejos una hilera de lucecitas marca un gran barco que lucha con la borrasca. Todo lo que pudo ser arrojado ya lo fué; no queda ni una pieza de metal; hasta la torrecilla de observación ha sido desmontada.

El teléfono sin hilos nos transmite confusos sones; ahora es un Jazz-band que toca, luego un solo de violín, luego el telégrafo que nos busca incesantemente, sin que podamos contestar ni obedecer.

Y otra vez lo sublimemente trágico sucede; dos tripulantes acaban de arrojarse al mar: un cuchillo, un cinturón de salvamento... y una rápida caída, entre la niebla y la tormenta. Un subteniente y un soldado han dado el gran salto. ¿A cuántos he visto yo caer, así, desde el 24?

Dos hombres se han negado a ello; están muertos, a tiros de revólver, cerca de la borda, lúgubre lastre que puede aún salvar al dirigible.

Una mano se posa sobre mi hombro, una voz dice: «Es preciso, es por Francia». Comprendo; el único marinero a bordo me sujeta el cinturón de corcho. A lo lejos vénse unas rompientes, tal vez alcance tierra. No puedo asistir a la última fase de esta tragedia del aire; porque después de abrazar al comandante que aferrado a unos alambres parece estar también dispuesto a arrojarse, me he de dejar caer mientras el último hombre de la tripulación tira al mar los dos cadáveres.

Me precipitaré en las olas, veré desaparecer en un pique la inmensa mole substraída una vez más al mar que la espera. Después...

No puedo hacer más lacónicas mis incongruentes notas, sólo me resta escribir en ellas. ¡Viva Francia! antes de saltar por la borda.

Sobre los peñascos.

«Consumatun est». Pude llegar a los arrecifes; a lo lejos la luz intermitente de un faro era como una gran esperanza. Lucho con las olas que me asaltan y logro un precario refugio.

Y no muy lejos veo caer lentamente una gran masa. ¡El «Dixmude» que vuelve al Mediterráneo!

Un relámpago, un trueno y luego otro relámpago mucho más intenso y una explosión formidable. Algo como un meteoro que cae al mar. El dirigible ya no existe, el «Dixmude» ha explotado, el L-72 ha cumplido su misión.

¡El rayo se alió a los traidores!

Voy a cerrar nuevamente en su caja impermeable mi libreta, acaso logre llegar a la costa; debo conservarme vivo para contar esa gran tragedia de los aires, esa epopeya de valor y de sacrificio. El mar sube hasta mi refugio, pero no ha de tener su presa.

Estas notas, escritas en francés, me fueron vendidas por un marinero siciliano, ayer, en el Hotel de Emigrantes. ¿Verdad, ficción, presunción? ¿Acaso no pueden hacerse estos tres interrogantes a todas las cuestiones de la vida?

H. FERNANDEZ MENDEZ

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuidos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el Concurso Infantil de CARAS Y CARETAS. — N.º 103

Nombre y apellido ....

Domicilio. ....

Población. ....

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

ESPECIALIDADES DE LA CASA AMERICA

¡¡NUNCA VISTO!!
GUITARRA VALENCIANA

Legítima por solo **$ 39.-**

Como reclame para dar a conocer su calidad insuperable.

Es un instrumento precioso, construído con todo esmero en nogal extrafino de los Pirineos, con cuádruple filete alrededor de la tapa armónica. Lo remitimos con método para aprender sin maestro y embalaje gratis.

Otros modelos de Guitarras Españolas, Nacionales e Italianas, desde $ 12.— hasta $ 500.—.

Solicite gran catálogo ilustrado N.º 23 enviando pesos 0.20 en estampillas.

CUERDAS ARMONICAS DE SONORIDAD, DURACION Y AFINACION INCOMPARABLE

Pídanos un encordado de ensayo y se convencerá.

Encordado Tripa Romana Impermeable colorada y bordonas seda amarilla... $ **2.70**
Encordado Tripa Romana Impermeable amarilla y bordonas seda violeta... $ **3.60**
Encordado Tripa Romana «Concertola» y bordonas seda violeta... $ **4.20**
Por los tres encordados juntos cobramos solo pesos... **10.—**

VIOLINES FINOS
Modelo STRADIVARIUS

FABRICACION ESMERADA, SONORIDAD INCOMPARABLE.

N.º 4100 bis.—Violín tipo «Conservatorio», completo, con estuche, arco y pez, a **$ 33.-**

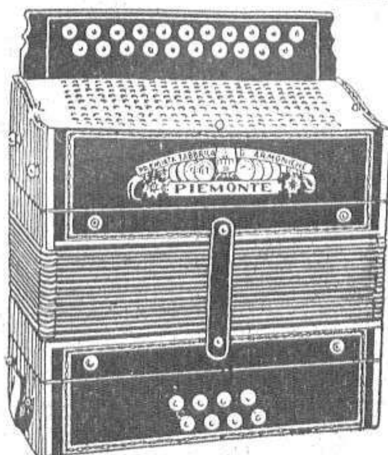
N.º 4101 bis. — **VIOLIN** de orquesta completo, con estuche, arco y pez, a pesos... **38.—**
N.º 4102 bis. — **VIOLIN** de salón, completo, con estuche, arco y pez, a... $ **45.50**
N.º 4103 bis. — **VIOLIN** de gran orquesta, completo, con estuche, arco y pez, a pesos... **53.—**

Otros modelos desde $ 25.—. Solicite gran catálogo ilustrado N.º 24 enviando $ 0.20 en estampillas. (Embalaje gratis).

CUERDAS ARMONICAS

Con el fin de dar a conocer nuestras cuerdas insuperables, hacemos por un tiempo limitado las siguientes ofertas, porte pago a cualquier punto.

Encordado fino, para estudio... $ 1.90
Encordado extra, para concierto, con 4.ª de plata. » 2.60
Encordado «**Concertola**» de gran concierto, 4.ª de plata » 3.40
Comprando los tres encordados en una sola vez.... » 7.50



ACORDEONES FINOS

N.º 6012. — **ACORDEON "AMERICA"**, de 8 bajos y 19 voces, con método para aprender sin maestro y embalaje gratis... $ **21.00**
N.º 6015. — **ACORDEON "PIEMONTE"**, de 8 bajos y 19 voces de acero, con método y embalaje gratis... $ **30.00**
N.º 6017. — **ACORDEON "PIEMONTE"**, de 8 bajos y 21 voces de acero, modelo igual al dibujo. Con método y embalaje... $ **67.50**

Grandioso surtido en acordeones SEMITONADOS, a PIANO y CROMATICOS, exclusivamente artículos finos y modelos de STRADELLA. Solicite gran catálogo N.º 26 enviando $ 0.20 en estampillas.

¡¡JAMAS!! se ofreció un instrumento tan perfecto a un precio tan reducido. No titubee, decídase, esta es la oportunidad para adquirir una verdadera

CONCERTOLA
la máquina parlante ideal que lleva deleite y alegría a todo hogar.

Oferta Excepcional hasta el 29 de Febrero.



N.º 317 bis. — **CAJA** en madera finamente pulida, terminación caoba con tapa y puertitas reguladoras del sonido. Motor Suizo perfeccionado. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis... $ **75.00**
Otros modelos de Concertolas, desde $ **45.—** hasta $ **1.300.—**

Gran catálogo N.º 21 de Grafófonos, Concertolas y discos remitimos enviándonos $ 0.20 en estampillas.

CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI

Av. de Mayo 979
BUENOS AIRES

No tenemos Sucursales.
No cerramos los Sábados.

A J E D R E Z

Nota de la redacción. — Toda la correspondencia para esta sección diríjase a nombre del redactor de la «Sección Ajedrez», de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

En lo sucesivo publicaremos una información mundial y contestaremos a toda consulta que se nos haga sobre la materia.

CAMPEONATO DE INGLATERRA DE 1923

Publicamos a continuación la partida jugada entre Thomas y Yates, 1.° y 2.°, respectivamente, en el mencionado torneo, adjudicándose el primero de los citados el campeonato de Inglaterra.

APERTURA RUY LOPEZ

	BLANCAS	NEGRAS
	G. A. Thomas	F. D. Yates
1.	P 4 R	P 4 R
2.	C 3 A R	C 3 A D
3.	A 5 C	P 3 T D
4.	A 4 T	C 3 A
5.	O — O	C × P
6.	P 4 D	P 4 C D
7.	A 3 C	P 4 D
8.	P × P	A 3 R
0.	P 3 A	A 2 R
10.	C D 2 D	O — O (1,
11.	C 4 D	C × C (2)
12.	P × P	P 4 A R? (3)
13.	C × C!	P A × C
14.	A 3 R	P 3 A
15.	P 3 A	P × P
16.	T × P	D 2 D
17.	A 2 A D	T × T
18.	D × T	A 5 C R
19.	D 3 C	D 3 R
20.	T 1, A R	T 1 A R
21.	T × T jaque	A × T
22.	D 4 A	P 3 C
23.	P 3 T R	A 4 A R
24.	A 1 D	D 2 A R
25.	D 4 T	A 2 R
26.	D 3 C	A 3 R
27.	D 1 R	A 1 D
28.	D 3 A	D 2 A
29.	A 3 A	A 2 R
30.	P 3 T	P 4 T D
31.	P 4 C D	P 5 T (4)
32.	D 2 D	D 1 D
33.	D 1 A	D 1 R
34.	A 5 C	A 1 A R (5)
35.	D 4 A R	D 2 A
36.	A 6 A	A 2 C
37.	R 2 T	P 3 T R
38.	P 4 T	R 2 T
39.	P 4 C	A 1 A R
40.	A 1 D	A 2 D
41.	P 5 T	R 1 C
42.	A 2 A!	P × P
43.	P 5 C!	D 3 R
44.	P × P!	D 6 T jaque
45.	R 1 C	A × P T (6)
46.	D × A	D 6 C jaque
47.	R 1 A	A 6 T jaque
48.	R 2 R	D 7 C jaque
49.	R 1 R	D 8 C jaque
50.	R 2 D	D × P jaque
51.	A 3 D	D 7 C jaque
52.	R 1 R	D 8 T jaque
53.	R 2 A	D 5 D jaque
54.	D 3 R	D × D jaque
55.	R × D	R 2 A
56.	R 4 D	R 3 R
57.	A 6 C	R 2 D
58.	A × P	A 3 R
59.	A 4 T	R 2 A
60.	A 8 R	R 3 C
61.	A 8 D jaque	R 2 C
62.	R 5 A	Negras abandonan (7)

Notas. — (1) La jugada del doctor Lasker 10... A 5 C R, ha sido destruída por Alekhine del modo siguiente: 11 C×C, P×C; 12 D 5 D!

(2) En esta posición puede producirse la celada del doctor Tarrasch; suponiendo: 11... D 2 D; 12 C×A, P o D×C; 13: C×C, ganando una pieza.

Sin embargo, se puede jugar 11... C×P R 12: C×C, P×C; 13: C×A, P×C, etc. O bien, 12: C×A, P×C; 13: C×C, P×C; 14: A×P jaque, R 1 T; etc. O así mismo, 12: D 2 R, C×C; 13: A×C, A 3 A; 14: P 4 A R, C 5 A.

(3) Mal jugado. Mucho mejor es 12... C×C; 13: A×C, P 4 A D. 12... P 4 A D no servirá tampoco, porque de 13: C×C, P×C; 14: P 5 D!

4) Hubiéramos preferido P×P.

(5) Mejor era haber cambiado estos alfiles.

(6) Evidentemente forzado. El blanco amenazaba P 7 T jaque. Esta obligación parte del negro, sin embargo, hace que la faz final de la partida sea bastante interesante y a la vez peligrosa para el blanco.

(7) Toda resistencia, es inútil. Después del cambio de Damas, el final era más sencillo. Admirablemente jugado por el blanco, el *modo como fueron conducidos los alfiles*, es ejemplo práctico para el principiante:

(Notas del «Sunday Times», de la Revista del Club Argentino de Ajedrez).

GALERIA DE GRANDES MAESTROS

Próximamente iniciaremos la publicación de una galería de los grandes maestros, que constituirá para los aficionados un buen acopio de datos, de todo lo que de sobresaliente tiene y ha tenido el juego - ciencia.

AGRICULTURA

CULTIVOS ESPECIALES: EL ANANÁS

El ananás, o piña, es originaria de las Antillas, aunque, según algunos historiadores, al descubrirse el Nuevo Mundo se encontraba en estado silvestre en Méjico, Panamá, Guayana y Brasil.

Esta planta, *Bromelia ananás*, herbácea y vivaz, es de tallo subterráneo, con hojas largas, lanceoladas, carnosas, lisas o espinosas en sus bordes; su fruto resulta por la unión de las bayas de su inflorescencia, soldadas por sus brácteas, semejando en su forma al fruto del pino; de ahí que se le llame también «piña», y lleva una corona de hojas en su ápice.

Son numerosas las variedades cultivadas, pero las principales y más comerciables son: Abacaxi o de Pernambuco; Cayena; Esmeralda; Puerto Rico; Española roja; Pan de azúcar, etc., y se caracterizan por el tamaño de su fruto, por su color, por su precocidad, etc.; la abacaxi es variedad adecuada a nuestro país, siendo originaria del Brasil.

El ananás es planta de zona cálida, casi diremos tropical; vegeta bien en la zona del café, del bananero; exige una temperatura media variable entre 20 y 28 centígrados y no resiste a una inferior a o grados; de modo que donde se teman heladas no conviene; reclama también clima húmedo y lluvioso, no menos de 1.200 milímetros anuales o en su defecto agua de riego suficiente; a este respecto los territorios de Formosa y Misiones serían los más adecuados; con riego y en lugares abrigados, también en Tucumán, Salta y Jujuy.

En cuanto a tierras las requiere más bien arenosas y sueltas, cuando más de mediana consistencia, pero humíferas y permeables; sus raíces cortas y superficiales se avienen mejor en esta clase de tierras y no podrían prosperar en suelos compactos, arcillosos e impermeables, y en fin, prefiere exposiciones sombreadas o defendidas del exceso de calor; por esto se le cultiva asociada a los bananeros, o entre hileras de naranjos y en cultivos artificiales o forzados, bajo umbráculos.

El ananás se puede reproducir por semilla, pero su desarrollo es lento y su producción tardía; solamente tratándose de formar nuevas variedades se podría adoptar este modo; el método más usado en la práctica es plantando los retoños que se forman en la base de la planta madre a flor de tierra, o en el ápice o corona del fruto y los brotes que nacen en las axilas de las hojas y en la base de los frutos.

Cualquiera de estos retoños o brotes, una vez plantado y prendido, produce una planta, pero no resulta indiferente plantar uno u otro a los efectos culturales y de la producción; así, por ejemplo, los retoños nacidos en la base de las plantas y los brotes de las axilas de las hojas, siendo de formación más antigua, son elementos reproductores de mayor desarrollo, más fuertes y de fructificación más precoz y anticipada; en cambio, los brotes de la base del fruto y de su ápice o corona, siendo que se forman en la época de la fructificación de la planta, son más jóvenes, más pequeños, más débiles y de producción más tardía y lenta, aunque se asegura que sus frutos son más dulces y sabrosos; de modo que, en caso de necesidad, se echa mano a toda clase de brotes o retoños; pero, pudiendo hacerlo, es preferible plantar solamente los primeros, esto es, los retoños nacidos al pie de las plantas; los que se forman en las axilas conviene dejarlos donde están, pues cada uno da un fruto.

Un detalle importante y previo que complementa el método y asegura la buena producción y la longevidad de la plantación, es la selección de los brotes, eligiendo aquellos procedentes de plantas bellas, fuertes y productivas y que sean gruesos, vigorosos y maduros, extrayéndolos además con el pellón de tierra que envuelve sus raíces y eliminando toda hoja cortada o podrida, principalmente las de la base.

Una vez preparado el terreno con labores oportunas, en primavera temprano, y a favor de las lluvias que aseguren su éxito, se efectúa la plantación en líneas distantes de 1 metro a 1,50 y de 40 a 60 centímetros entre planta y planta, a profundidad de 5 a 6 centímetros y apretando la tierra al pie para que el retoño se afirme, resultando así de 10 a 20 mil plantas por hectárea; en todo caso conviene más abundar en la distancia para dar mayor desarrollo a las plantas y poder efectuar bien las labores culturales de limpieza y carpidas.

De los 12 a 18 meses de hecha la plantación, maduran las piñas y se procede a su recolección, cuando tienen un tinte amarillento claro, evitando golpearlas, para asegurar su transporte en buen estado, el que se efectúa en cajas de madera abiertas en listones y envuelto cada fruto en papel o paja. El fruto de ananás suele pesar de 1 a 4 kilos y más, según la variedad, el ambiente natural y el cultural; por su sabor, aroma y composición constituye una fruta deliciosa y apreciada; con su jugo se fabrica un vino y aguardiente especiales; y de sus hojas se extrae una fibra textil muy valiosa para cordelería y aun para tejidos finos. Una plantación de ananás puede durar de 5 hasta 10 años y su producción aumenta todos los años.

La Argentina importa anualmente cerca de medio millón de frutos de ananás; la difusión de su cultivo puede pues constituír una fuente de recursos notables y de mercado amplio y seguro.

H U G O   M I A T E L L O
I N G E N I E R O   A G R Ó N O M O



Bodas de Oro



Los esposos Drubellati Hermon, rodeados de su numerosa familia, celebrando su 50.° aniversario de su enlace. — Quilmes.



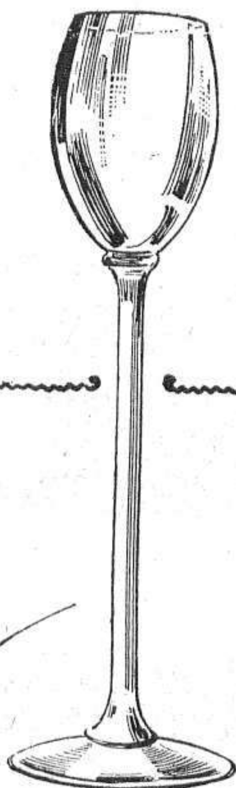
Esposos Acuña-Ruiz, recibiendo los saludos de sus descendientes y allegados, en la fecha del aniversario del enlace. — Merlo.



El señor Juan Fraguglia y señora, festejando el aniversario de la boda, en compañía de sus hijos y nietos. — Mercedes.



Señor Félix Latasa y señora, acompañados de su descendencia, el día que festejaron el 50.° aniversario del casamiento. — Roque Pérez.



La copa del recuerdo

Asi puede llamarse la copita que **Fucus** regala a cada uno de los compradores de

Fibrol

durante este mes. Y le llamamos la Copa del Recuerdo porque el **Fibrol** además de ser un enérgico reconstituyente, aumenta notablemente la memoria.

Se regala en las Farmacias

EL IDIOMA CASTELLANO EN LA ARGENTINA

Por FLORENCIO GARRIGOS (Hijo)

(Continuación)

Clamor

Por estas regiones, donde suele emplearse en plural, no vale «grito» ni «voz lastimosa» ni tampoco «toque de las campanas por los difuntos», únicas acepciones que tiene en el vocabulario oficial, sino la gritería de la gente, motivada por algún hecho reprobable. «En vano le han pedido las provincias que les deje pasar un poco de civilización, de industria y de población europea; una política estúpida y colonial se hizo sorda a estos *clamores*. (D. F. Sarmiento, *Facundo*).

Clarovidente y clarividente

Ninguna de las dos voces figura en el léxico oficial, y, por añadidura, *algunos lexicólogos califican* la segunda forma, esto es, «clarividente», de errónea, por cuanto, según aducen, «claro», adverbio, al entrar en la composición de una palabra, no admite modificación en su estructura. A esto cabe observar que en la casi totalidad de las palabras compuestas de un adverbio y de un sustantivo, el primero tiene respecto del segundo funciones eminentemente adjetivales, como ocurre en «bienandanza», «*bienvenida*», «malquerencia». De esta suerte, si se admitiera el carácter adjetival de «claro» en el compuesto, podría explicarse la forma «clarividente» por analogía de verdinegro, altibajo, altisonante, etcétera. Por lo demás, una y otra forma son empleadas indistintamente: «La *clarovidencia* de su ardiente patriotismo sostienen siempre al autor y le hace ver con suma nitidez las peculiaridades de nuestro modo de ser nacional». (M. G. Merou, Alberdi). (... y el catecismo empleado, en consecuencia, para injertar la *clarividencia* de los profetas pasados». (A. Alvarez, *La Creación del Mundo Moral*).

Clasificar

No por vulgar es menos patente la impropiedad con que se dice «el alumno fué *clasificado* con nueve puntos» en lugar de «el alumno fué *calificado* con nueve puntos». «Clasificar» es ordenar o disponer por clases; nunca ha denotado la calidad de una cosa.

El trueque de los términos ha sido hecho hasta por escritores discretos: «El Edén, *clasificado* por Alberdi como un trabajo literario sin norma conocida, es una brillante fantasía». (M. G. Merou, *Alberdi*). «Viene a mi memoria, envuelto entre los recuerdos de la Chacarita, el de uno de mis condiscípulos, tipo curiosísimo que en aquellos tiempos felices, ignorantes aun de los encuentros grotescos que nos porporcionaría el mundo, *clasificábamos* alternativamente con los nombres de «el loco Larrea» o el «loro Larrea». (Miguel Cané, *Juvenilla*)

Comparencia

Es una de nuestras figuras de dicción, la cual, no obstante estar autorizada por un largo uso forense, no ha sido consignada en ningún libro de texto.

En nuestros tribunales es común «comparencia» en vez de «comparecencia», que exige la Academia; así suele decirse: «El juez dispuso la *comparencia* de las partes».

(Continuará.)

LOS DOS CABELLOS

En aquel tiempo, las montañas del Mogreb eran todavía montañas salvajes. Allí vivían y prosperaban los bandidos; y su poder era casi sin límites porque el Maghzen, que fué siempre el gobierno oficial de los sultanes, tenía un poder muy limitado, sobre todo en cuanto al espacio, y porque los franceses, que después llevaron a Marruecos la paz francesa, no habían llegado todavía.

Sucedió que en las montañas situadas entre el Mediano Atlas y el Gran Atlas, no muy distante de las fuentes del río Oum-rer-rabbia, vivía en aquella época un hombre valiente, *kaid* por su cuna y *amrar* por el sufragio de todos. Si aquel hombre, pues, había devenido jefe de tribu, era evidentemente, según la lengua de los pueblos de Europa, por la gracia de Allah y la voluntad de su tribu. De ese poder, que era así dos veces suyo, el kaid-amrar usaba con la mejor sabiduría; ya que, habiéndose hecho dueño de todas las gargantas que se encuentran sobre la una y la otra orilla del Oum-rer-rabbia, estableció una especie de peaje; y, deteniendo a mano armada a todos los viajeros que por allí pasaban, les exigía rescate rudamente. De suerte que la tribu toda entera vivía en la opulencia. Y el kaid-amrar, origen de todas esas bendiciones que Allah esparcía sobre los hombres, sobre las mujeres y sobre los niños de la tribu, igualmente que sobre todos los ganados y todas las cosechas, conocía ese dulce contento, divina recompensa de los que han cumplido su deber y llenado bien su tarea en esta vida, y para quienes el Retribuidor ha hecho su paraíso.

En tanto acaeció que, en el palacio de Fez, murió el sultán —¡Allah lo glorifique! — y otro sultán — ¡Allah lo glorifique también! — le sucedió. Y éste, no contento con ser el kalifa del Señor, quiso ser también el Comendador de todos los creyentes y el hombre fuerte ante quien todos se inclinaban.

Del otro lado de las montañas, el kaid-amrar continuaba exigiendo rescate a los viajeros. El sultán le ordenó que cesara en tales exigencias. Y el kaid-amrar, habiendo pesado, en la balanza de su juicio, de una parte la orden del sultán y su probable cólera, y de la otra parte la prosperidad de su tribu, juzgó que ésta superaba a la otra, y no obedeció. Entonces el sultán lanzó una arka contra el kaid-amrar con la orden de conducir a Fez al rebelde, puños y pies ligados. El arka llevaba consigo una jaula de hierro. Pero el kaid-amrar guardaba todas las gargantas del Mediano Atlas y todas las gargantas del Gran Atlas. El arka se volvió derrotada, abandonando muchos muertos, muchas armas y muchos bagajes. En la jaula de hierro, tomada también, el kaid-amrar encerró dos de sus leones.

Despechado, el sultán consultó a sus ministros. Todos ellos callaron, no sabiendo qué decir. Pero la noche del día en que se reuniera el Consejo, consultó el sultán también a su nodriza; y ésta en su calidad de mujer, era más sutil que ninguno de los hombres del Consejo. La nodriza habló, aconsejó. Y fué por ella que, algún tiempo después, una circasiana, una circasiana bellísima, dejó a Fez y se dirigió a las montañas.



En una de las gargantas los hombres del kaid-amrar la detuvieron. Desdeñosa, rehusó decir nada ni pagar nada. Los hombres la condujeron entonces ante el jefe. Y el jefe se enamoró de ella.

Era rubia como el oro en barra. Pronto el kaid-amrar no admiró ya la luz del sol; admiraba tan sólo esa otra luz que brotaba de los cabellos de oro de su cautiva. Y por ella, finalmente, olvidó toda prudencia y todos los honores...

Todo eso tal vez lo había previsto la nodriza del sultán, más sutil que ninguno de los hombres del Consejo... más sutil que el mismo kaid-amrar...

Pasaron días; después semanas; después meses. Cuando el año hubo transcurrido, el kaid-amrar no tenía otra alma que el alma de aquella que lo había esclavizado.

Sucedió un día que, hallándose la circasiana en la tienda del kaid-amrar, al lado de su amante, osó, de pronto, preguntarle:

— Si ligara yo tus pies y tus manos con una cadena de hierro, ¿te resistirías?

El respondió:

— A ti, no resistiría yo jamás.

Replicó ella:

— Si, una vez atados tus pies y tus manos con una cadena de hierro, entraran tus enemigos de golpe y te tomaran, ¿qué harías tú?

— Miróla él, sin apartarse de ella.

— Sacudiría mis pies y mis manos, rompería todas las cadenas, y mataría a todos mis enemigos, porque mi fuerza es muy grande.

Decía verdad; y ella sabía que decía verdad: su fuerza era mucho más grande de lo que él mismo decía.

Luego, repentinamente:

— Y si ligara yo tus pies y tus manos con un cabello de mi cabeza, ¿resistirías?

El respondió, como había ya respondido:

— A ti, no resistiría yo jamás.

Ella vaciló, después:

— ¿Si, una vez tus pies y tus manos ligados, entraran tus enemigos? Miróla él, y esta vez se apartó un poco de ella.

— Te he dicho que a ti, ni a nada tampoco que de ti me viniera, resistiría. No rompería, pues, tu cabello. ¡Jamás, suceda lo que sucediere!

Ella lo conocía. Sabía que nunca mentira pudo pasar por su boca.

Entonces levantóse, muy ligera. Arrancó de su cabeza un cabello. Y muy ligera, con ese cabello ligó ambas manos del kaid-amrar. Después de lo cual, con otro cabello le ligó ambos pies.

Golpeando las manos, luego, llamó.

Al instante los hombres sobornados por ella entraron, precipitándose sobre el cautivo. El la miró. Pero no rompió ni uno ni otro de los cabellos.

No llamó tampoco a nadie.

A pesar de que, al primer grito de su boca, muchos guerreros hubiesen acudido...

Mas prefirió ceder a la traición y dejarse conducir hacia su enemigo el sultán del Mogreb, quien, habiéndose apoderado de él, como acabo de contarlo, lo hizo morir en medio de horribles suplicios.

Así concluyó aquel kaid-amrar, muchó más grande que el Sansón que tanto nos han vanagloriado los Judíos.

Y así me fué narrada su historia por mi noble amigo sid Kaddour ben Ghabrit jefe del protocolo de su Majestad Cristiana, un día que comíamos juntos los dos en la mesa magnífica del kaid de los Glauna, en Marrakech.

CLAVDIO FARRERE

10.000 personas en la República

USAN DESDE HACE AÑOS LA FAMOSA



AGUA SALLES

que devuelve al cabello canoso su primitivo color.

y no crea que todas son mujeres, no. Hay por lo menos tantos hombres como señoras, y esto se explica. En nuestra época, ser viejo es molesto, y por eso el hombre también trata de que la vejez venga lo más tarde posible.

En esta tierra de grandes actividades se requieren hombres fuertes y jóvenes. Un hombre canoso encuentra difícilmente una posición o una novia.

¿Qué mal hay pues en corregir los efectos del tiempo?

El AGUA SALLES

tiene un buen efecto sobre la barba y el cabello; no es peligrosa y no necesita usarse cada día. La hay en dos tipos: INSTANTANEA y PROGRESIVA.

SE VENDE EN TIENDAS, PERFUMERIAS Y FARMACIAS

E. SALLES, perfumista-químico. — París.

Paraná, 182. - A. LOURTAU y Cía. - Buenos Aires.

Quiere Vd. tomar un Whisky viejo?



Si Vd. tiene sus dudas, ¿porqué no prueba el P.D. que es un Whisky genuinamente viejo?

Pocos son los whiskies que, como el Peter Dawson, adquieren su exquisito sabor únicamente por la acción del tiempo.

Cuando Vd. ha probado un Whisky genuinamente viejo, no es necesario que Vd. sea un buen conocedor para determinar "cuál es cuál".

Solicítelo y se convencerá

PETER DAWSON
Scotch Whisky

Un Producto Altamente Satisfactorio.



La Comisión que tuvo a su cargo la dirección y organización del programa de festejos efectuados con motivo de la inauguración del edificio social de la "Sociedad Argentina Cultural y Filarmónica de Villa Cañas".

EL BIEN QUE PODEMOS HACER

Los males que no puedes remediar son infinitos; pero los que puedes remediar son tantos que, si en conjunto estudias el bien que has hecho en un año, por ejemplo, la labor resulta enorme para tus fuerzas y te parece un sueño haberla realizado.

También en esto un grano produce una espiga.

La capacidad de bien que hay en el alma humana es desconcertante por su grandeza.

El poder que para el bien nos fué concedido es de una enormidad que pasma.

Así vemos hombres destituídos de todo recurso, que realizan milagros de caridad; que cambian la organización de las sociedades, que sacan de quicio al mundo y lo renuevan.

Asombra pensar lo que sería nuestro planeta si todos estuviéramos educados para el amor en vez de estarlo para el egoismo y aun para el odio.

El eje moral del mundo sería, como si dijéramos, perpendicular al plano de la eclíptica del deber y una divina primavera reinaría en las moradas de los hombres...

AMADO NERVO.



Alumnos de la Escuela Fiscal N.º 454, de la Colonia Reconquista (provincia de Santa Fe), en compañía de sus padres y la directora del establecimiento, reunidos para festejar la terminación del curso escolar.



HUMBERTO I.º — Baile organizado por los conscriptos de la clase 1903 al que concurrieron las principales familias de la localidad.



SAN CARLOS CENTRO. — Núcleo de distinguidas señoritas que ofrecieron una demostración a la señorita Agustina Rognon, celebrando su próximo enlace.

EL LIMBO

I

EL Dr. HARDEN



N el flanco de una sierra, sobre extenso promontorio,
se alza el técnico edificio de un moderno Observatorio
con su torre giratoria de estructura circular;
altitud: dos mil trescientos treinta metros sobre el mar.
De ese sitio que atraviesa con su línea un meridiano
a mitad de la distancia de los Andes y el Océano,
se domina un horizonte transparente. Seco clima
que echa nubes hacia abajo, deja el cielo limpio encima,
donde cada noche el ojo de un enorme ecuatorial
endereza al infinito su astronómica visual.

Allí vive, o por lo menos vivió allí hasta hace poco
un gran sabio del que ahora se murmura que está loco
porque sufre siendo sabio, y hace cosas de dolor
que antes no hizo cuando sólo era un grande y buen doctor.
Grande y bueno; pero grande mucho más que por su ciencia
por su cósmico sentido de genial supervidencia,
y aun más que por su genio, por su intensa humanidad
que ante el cielo abrió otro cielo de azul sensibilidad.

Más allá de los confines que exploró su telescopio
su Yo en lo desconocido tiene un vasto imperio propio.
Vive aislado de los hombres, pero en trato con los mundos,
estudiando el firmamento. En sus ámbitos profundos
desarrolla un vuelo psíquico, de uno en otro plano astral,
constelando de emociones el espacio sideral.
Ese espacio se refleja en corrientes psicológicas
que circulan en su vida sobre cuencas fisiológicas.
De las cumbres del espíritu ríos que descienden son,
ríos son que desembocan en el mar del corazón.

El doctor Jorge Harden era medio inglés, medio argentino.
En colonia de galenses del remoto sud andino
heredó de abuelo criollo fuerte instinto de rastrear
que hace de él el más ladino rastreador de lo estelar.

Lleva al par en firmes rasgos que perfilan su alma esbelta,
atavismos armoniosos de la noble raza celta.
¡Raza madre de cien pueblos, fué en el mundo occidental
portadora en noches cíclicas de la llama espiritual!

De las viejas religiones, la de Grecia es más hermosa;
pero no hubo en el pasado religión más religiosa
que el ideal de luz eterna, sin decálogos bastardos,
que abrió místicas ultranzas a los Druidas y a los Bardos.

Tuvo al fondo el doctor Harden de su espíritu un Druida,
que al principio fué latente, pero que hoy llena su vida.
Sin lograr que las estrellas sus presentes ansias colmen
convirtió su gabinete astronómico en un Dolmen
donde oficia por la noche, ante incógnita visión,
con los ritos de una extraña, silenciosa evocación,
a la hora en que la luna llena el pálido hemisferio
con el llanto de los tristes ciegos ojos del Misterio.

Es casado y tuvo una hija... ¿Tuvo? El cree y sostiene
que invisible aun la tiene. Si la tuvo o si la tiene
no es cuestión que se resuelva, cual hasta hoy se acostumbró,
la verdad jugando a ciegas al azar de un sí o un no.
Cuestión es profunda y ardua; es tan ardua y tan profunda
que entre todas las cuestiones es primera y es segunda
y es tercera, y finalmente tal vez la única cuestión;
la que entraña los problemas cuya magna solución
se persigue ansiosamente desde el fondo más lejano
del antiguo reino humano, y quizás del prehumano.
En distinto ignoto medio, con diversa forma y nombre,
existió tal vez lo humano antes de existir el hombre.
Y en lo eterno femenino y en lo eterno masculino,
el eterno asunto humano es la sed de lo divino.

Más allá del protoplasma, más allá del mineral,
más allá de la primaria flúida célula ancestral;
más allá del computable tiempo afín con la distancia;
donde acaba la materia y comienza la substancia;
donde suena el protorritmo de los mundos; donde empalma
con el átomo la monada, que es el átomo del alma,
allí empieza en el impulso primordial de la energía
que a través de cada inmenso ciclo de cosmogonía,
se hace luz y se hace vida, allí empieza y late allí,
el arranque originario de un futuro frenesí:
el afán que las distancias entre tierra y cielo llena
con las hambres de una eterna expansión ultraterrena,
las que forman justamente el dolor del gran anhelo
con que el sabio doctor Harden día y noche mira al cielo.

¿Es locura su esperanza o intuición de una verdad?
A la ciencia corresponde, no a la fe su realidad.
Se extravía el hombre aislado que persigue un ideal;
pero siempre acierta en algo el instinto universal.

LA AVIADORA


EN la plena media noche entre el nueve y diez de abril
de este que a su fin camina año apócrifo de mil
novecientos veintidós,
año neutro cuya foja, en el libro de la vida,
sin la firma está de Dios
ni la rúbrica del diablo
que en el bien o para el mal,
acredite magnitudes
con destino a lo inmortal;
en este año ha sustituído la emboscada al rudo asalto.
¡Adiós leones de la tierra, adiós águilas de lo alto!
Nada hay grande ya en los frentes de lo trágico exterior,
pero en cambio, ¡qué terrible
el avance en el sector
de lo trágico invisible!
¡Qué entrevero silencioso de pasión y de dolor
en aquella media noche!
Todo afuera estaba en paz;
quieto el bosque de eucaliptos; quieta el aura montaraz
de los cerros que sacude las urbanas rosaledas
y anarquiza los follajes de las cultas arboledas;
quieto el campo a la distancia; quieto el valle circundante;
mucho azul sereno arriba; musical la voz distante
del torrente que de paso interrumpe las salmodias
conventuales de las selvas, con sus épicas rapsodias
de geológicos poemas... Serenísimas las cumbres
que recogen y proyectan en fantásticas vislumbres
lo que en sí la noche guarda de dormida luz incierta.
La luz vive. Vela o duerme. En el sol está despierta;
en la luna duerme y sueña. Bajo un diáfano capuz
las nocturnas refulgencias son el sueño de la luz;
y son sueños de ese sueño el fulgor de cada estrella...

Muchos sueños de ese sueño en la media noche aquella
a la tierra daban cielo.
Todo en torno estaba en calma
del tranquilo Observatorio. Pero adentro había un alma
agitada: la del grande, sabio astrónomo. Por turno
renovaba y suspendía la labor de su nocturno
matemático sondaje en el piélago espacial;
donde ahora combinando la abstracción intemporal
con geométricas reformas, dice un sabio más moderno:
«ni el espacio es infinito ni es tampoco el tiempo eterno».
Metafísica algebraica. ¡Pobre ciencia positiva
que al rozar con lo absoluto se hace ciencia negativa!

Suspendía y renovaba, renovaba y suspendía
su trabajo el doctor Harden. Para él fué la Astronomía
una ciencia religiosa. Y verdades religiosas
presentía en el arcano de las grandes nebulosas.
Fué su estudio predilecto. Así etapa por etapa,
explorando zonas nuevas preparaba un vasto mapa
sideral en que se fijan los aspectos más diversos
de lo que él llamó: «celestes cordilleras de universos».

Pero en vano era su empeño en la triste noche aquella.
La gran lente dirigía sobre el núcleo de una estrella
jamás antes observada con fulgor y magnitud
de un sol doble... pero en vano; dolorosa, una inquietud
que en su ser iba quebrando o torciendo internos gonces,
perturbaba el equilibrio de su espíritu hasta entonces
siempre lúcido y sereno. Su existencia en tempestad
ya con rumbo evoluciona a lo ignoto. Su ansiedad
es por su hija; una hija bella y joven, noble y tierna
cuyo mal para su padre fué el de ser mujer moderna.
Al presente, como sombra, lo pasado está contiguo.
Lo moderno en ollas nuevas hace hervir el mal antiguo.

Aviadora por impulso heredado y por tendencia
de orgullosa, pura y alta, femenina independencia,

Lizie Harden fué en su tipo integral de mujer nueva
mucho más, con algo menos, de la civilizada Eva
a la moda. Más bien era de la extirpe extraña y fuerte
de Lilit la misteriosa, que en los reinos de la Muerte,
con el dios de las tinieblas compartir la lucha quiso,
antes que, sierva de un siervo, la quietud de un Paraíso.

Sideralizada desde niña su imaginación,
Lizie Harden tuvo innata, invencible vocación
por el vuelo. Lo que había en su sangre de pampeano
se orientaba con certero viejo instinto de vaqueano
transportado a las alturas. Secretaria de su padre,
y en domésticos trajines compañera de la madre,
su placer y su recreo eran cosas de aviación,
y su amor era un pequeño pero firme y bello avión
en que hacía gayamente, con armónicos donaires,
sus audaces ejercicios de amazona de los aires.

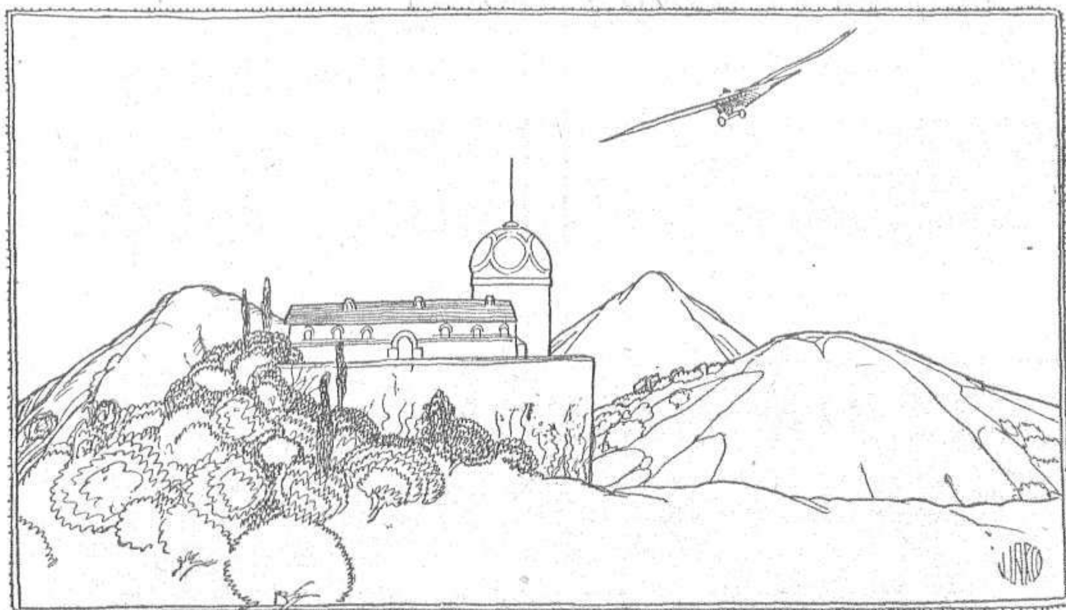
Era hermosa y por hermosa, por gentil y por cordial,
tiene varios amadores de su gracia corporal,
pero más por lo que en ella de su espíritu emergía
como un halo luminoso de viviente poesía.
No aceptaba amor de amante por amor al amor mismo.
Pasó tiempo aparentando fría ser por pesimismo
sin amar y sin sentir prisa por amar. De cada
pretendiente hacía ella un amigo o camarada.
Odio tuvo por el flirt que el amor inferioriza
en un vuelo de aeroplano que ni sube ni aterriza.

Mucho tiempo solitaria, su alma virgen sólo amó
una imagen desposada en secreto con su Yo.

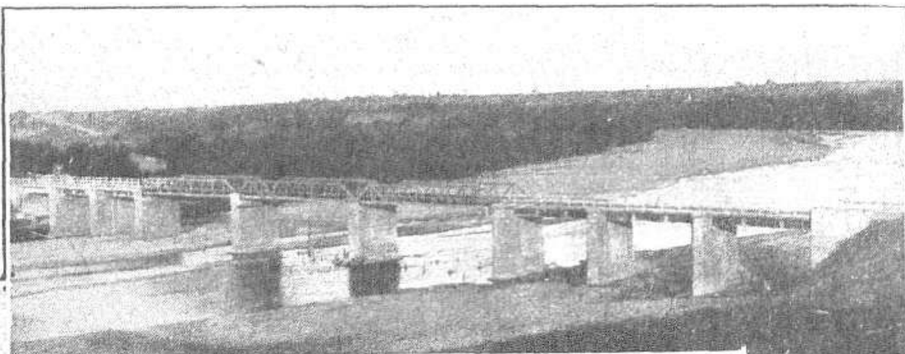
Pero al fin llegó la hora, la prefija de avatar,
la fatal que en toda vida nunca deja de llegar,
la inicial hora sagrada del misterio; el primer hito
en senderos que se cruzan de infinito en infinito.

Se encontró con Silvio Aryano. Sin buscarse fué su encuentro
de ocasión externamente, pero kármico por dentro.
Ambos se reconocieron como amigos de mil años
desde la primer mirada; pero fueron sus ogaños
fuera de lugar y tiempo para la égloga ritual;
¡para la otra siempre hay tiempo, para la égloga inmortal;
todo el tiempo y el espacio! ¡Siempre es próximo el confín
de la vida por delante; ahondándola es sin fin!

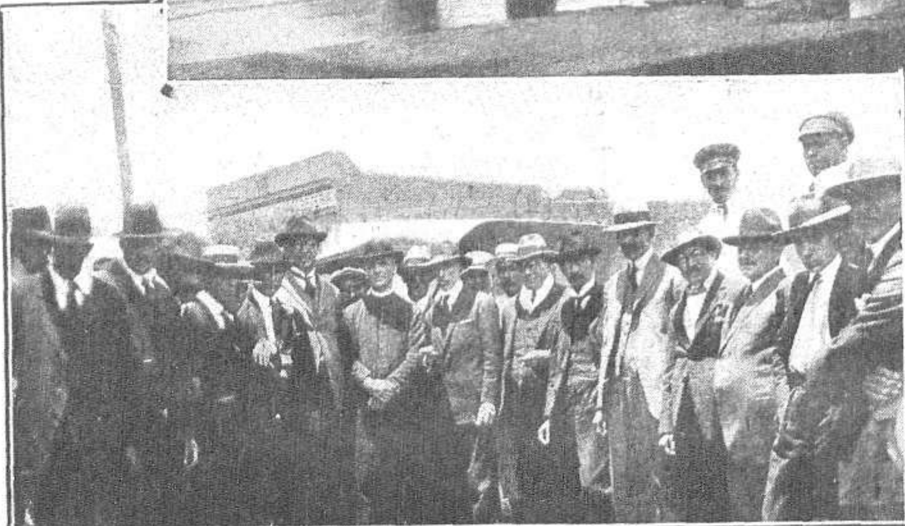
J. CASTELLANOS



De Córdoba



El nuevo puente sobre el río Tercero, cuya construcción significa un gran progreso para la región.



El Ministro de Obras Públicas, ingeniero Garnier, y autoridades provinciales y locales en el acto de la inauguración del puente, que fué librado al tráfico en nombre del Gobierno de la Provincia.

De Córdoba



Damas y señoritas que tuvieron a su cargo la organización y recaudación de fondos, en la colecta realizada a favor del Sanatorio de la Misericordia.



COSQUIN.—Concurrentes al almuerzo ofrecido por la señora de Escalera, a los jóvenes que actuaron en la última fiesta del teatro Rivera Indarte, con fines benéficos.

CUENTO ARABE

LA ENVIDIA

SENTADO ante la puerta de su casa Ben Homer «El Rico», después de haber rezado la oración de la tarde, como todo buen creyente debe hacer, seguía maquinalmente pasando las cuentas de su rosario. Rico, poderoso, se veía solo y malquerido, pues bien comprendía que las muestras de afecto y consideración que le tributaban eran dirigidas a su fortuna, no a él, y por ello, a su vez, odiaba a todos sus convecinos y se complacía en humillarles cuando obligados por la necesidad, llamaban a su puerta.

Un *derviche* de escuálida figura turbó su meditación, solicitando con lastimeras frases albergue y alimento por aquella noche.

Gozoso de tener sobre quién descargar los rencores provocados por los lúgubres pensamientos que le agobiaban, despachó al infeliz mendicante con duras palabras y soeces interjecciones.

Arrastrándose penosamente siguió viaje el cuitado *derviche* dirigió sus pasos hacia una pobre choza que no lejos de allí se levantaba solitaria en un pequeño predio.

Siguióle con la mirada Ben Homar y pudo ver cómo el inquilino de ella, su vecino Hasch Dris, sin esperar a ser solicitado, se levantó, fué al encuentro del viajero, instándole a que reposara en su pobre hogar.

Entrándose para su casa, Ben Homar murmuró sonriendo sardónicamente: «Se han juntado el hambre con las ganas de comer».

oo

¿Soñaba? Restregándose los ojos, a los que no podía dar crédito, Ben Homar veía, allá enfrente, en el lugar que todavía en la noche anterior se alzaba la choza del buen Hasch Dris, un espléndido palacio, rodeado de numerosas dependencias, entre las que circulaban servidores ricamente ataviados.

Calzando sus babuchas, cruzó rápido la distancia que separaba las dos mansiones y se dirigió hacia su vecino que, sonriente y visiblemente satisfecho, daba órdenes y disposiciones, cual dueño y señor de aquellos bienes.

El Hasch Dris, apenas le vió aproximarse le salió al paso, y efusivamente, sin esperar a ser interrogado, con entrecortadas y atropelladas razones, se apresuró a explicarle el milagroso suceso.

La noche anterior, un *derviche*, casi desfallecido, había llegado a la puerta de su choza. Compadecido, le hizo entrar, le lavó y curó los llagados pies, compartió con él la frugal cena, y le cedió para que descansase las pobres pilchas que le servían de lecho.

A la madrugada el mendigo se había transformado, se postró a sus pies al reconocer en él al elegido del Señor, al Santo Profeta, quien le dijo: «En premio a tus buenas acciones, Dios te concede la riqueza, para que de ella hagas buen uso», y desapareció dejándole tal cual le veía: dueño de todo aquello.

No acertó Ben Homar a decir palabra, y sin aceptar los espontáneos y reiterados ofrecimientos de su antes pobre, pero siempre generoso vecino, se retiró devorado por la envidia.

Años después, también al atardecer, al terminar la oración un mendigo interrumpió otra vez los ruines pensamientos que en la mente de Ben Homar producía siempre la visión de la hermosa finca de su vecino, el Hasch Dris. Airado iba ya a increparle con dureza, cuando recordó lo sucedido tiempo atrás, y hasta le pareció reconocer al *derviche* de marras.

Presuroso se levantó, le hizo pasar y atender con toda solicitud, proporcionándole cuantas comodidades y regalías le permitían sus cuantiosos medios.

A la madrugada el mendigo se había transformado, se postró a sus pies al reconocer en él al elegido del Señor, al Santo Profeta, quien le dijo: «En premio a tu buena acción, te concederé lo que me pidas, pero ten en cuenta que a tu vecino, el Hasch Dris, le será dado el doble de lo que *tú* recibas».

Pasmado quedó Ben Homar. ¡Se había pasado la noche en vela estudiando su petición al solo fin de tener más que el Hasch Dris! Y entonces, inspirado por el demonio de la envidia, con doloroso acento, exclamó: «¡Señor, déjame tuerto!»

BEN SUHIVA



PASATIEMPOS



CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso mensual de juegos de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor número de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajustarse a las siguientes bases:

1.ª En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

2.ª Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

3.ª Los juegos para publicar deben estar acompañados de firma y domicilio aunque se publiquen con seudónimo.

4.ª Los juegos que se remitan deberán acompañarse de las soluciones correspondientes.

5.ª El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

N.º 1

Comprimido, por «V. F. P.» (Montevideo, República Oriental.)

TINO
ROSA
TINO

N.º 2

Anagrama, por «V. F. P.» (Montevideo, República Oriental,)

S CANEPA RIO
SEVILLA
F. C. S.

Un escritor de fama debe formarse con las letras de esta tarjeta anagrama.

N.º 3

Comprimido, por «V. F. P.» (Montevideo, República Oriental).

	L
E	L
I	L
O	L
U	L

N.º 4

Comprimido, por Juan Carlos Scurini. (Ciudad).

VERBO
TI TI
VERBO

N.º 5

Máxima interpretativa, por Juan Carlos Scurini. (Ciudad).



N.º 6

Máxima interpretativa, por Juan Carlos Scurini. (Ciudad).



N.º 7

Frase en jeroglífico, por «Juan Romeo». (Ciudad).



N.º 8

Descorazonamiento, por «Juan Romeo». (Ciudad).

Los mares surca
gallarda y serena
Si cae en el suelo
se pierde en la arena.

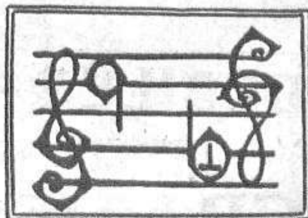
N.º 9

Logogrifo-jeroglífico ilustrado, por Luis Centenari. «El Palomar». (F. C. P.)



N.º 10

Comprimido, por Luis Centenari. «El Palomar». (F. C. P.)



N.º 11

Logogrifo-jeroglífico, por Luis Centenari. «El Palomar». (F. C. P.)

NOMBRE DE VARON

3519 47 628

N.º 12

Intercalación comprimida, por «Tirteo», (Ramos Mejía. F. C. O.)

(LETRA)

A los solucionistas y colaboradores

Toda serie de soluciones que se envíen deben acompañarse del cupón respectivo que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital; pueden competir también los del interior y exterior.

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego, es conveniente firmar uno por uno, dando las soluciones por separado.

No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas, a quienes recomendamos, para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

N. de la R. — Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección «Pasatiempos», de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

CONCURSO DE PASATIEMPOS

ENERO DE 1924.

CUPON N.º 132.

CONCURSO DE ENERO. SE RECIBEN SOLUCIONES HASTA EL 10 DE FEBRERO INCLUSIVE.

Reanudamos hoy la publicación de la página de «Pasatiempos», que tanto éxito ha obtenido en nuestros números anteriores, la que será insertada con regularidad.

En números próximos continuaremos también con una serie de capítulos sobre la moderna técnica del arte enigmático, iniciada hace algunos meses, comprendiendo los requisitos que deben reunir los diversos juegos.

Nota. — Se recomienda muy especialmente a los señores colaboradores, cuando envíen un pasatiempo en que intervenga un dibujo, no lo firmen al reverso, sino al pie del mismo, dejando un pequeño espacio entre aquél y la firma.

Enlaces



Señorita Sofía Gallo con el señor Emilio Etchart. — Capital.



Señorita María G. Verola con el Sr. Agustín Cavilla — Capital.



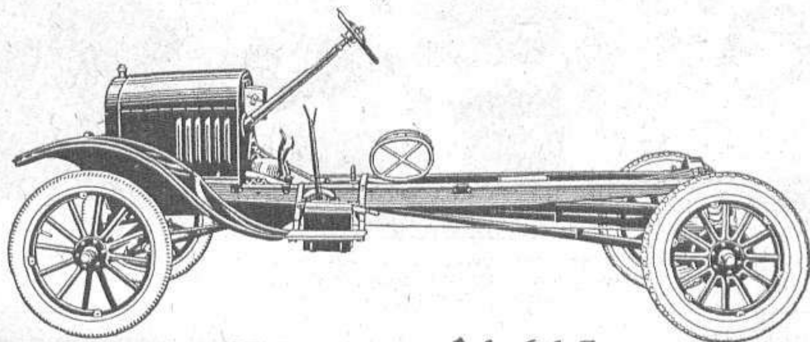
Señorita Ana M. de la Fuente con el señor José S. Díaz. — Resistencia.



Señorita Elena Tartaglini con el señor Alfredo Derita. — General Viamonte.

Ford

Anuncia el Nuevo Modelo de Camión



CHASIS CAMION (Una Tonelada) $ 1.615
Sobre vagón Bs. Aires

Las mejoras aportadas al nuevo modelo de Chasis-Camión aumentan considerablemente su capacidad de servicio y rendimiento, y lo hacen el vehículo SIN IGUAL para transporte rápido y económico de toda clase de carga.

Bastará con solo examinar este nuevo modelo para convencerse que el Camión Ford es el medio de transporte que más le conviene.

Examínelo en el salón del Agente más cercano y pida una demostración

Ford

AUTOS · CAMIONES · TRACTORES

De Tucumán



Durante la cena que se sirvió en el baile realizado en la Sociedad Italiana, organizado por el Comité de Damas de Beneficencia con fines filantrópicos.

LA PREGUNTA

En los días de mayores agitaciones dolorosas, en que hayas sufrido más choques de tus semejantes, más rozamientos penosos; en que hayas tratado más negocios difíciles y ásperos; en que hayas, en suma, sufrido más contrariedades y disgustos, pregúntate en el silencio del atardecer y después de inventariar tus dolores: «¿He hecho, por desgracia, mal a alguien?» Y si por ventura no lo has hecho, si la sola víctima has sido tú; pon en tu cara la más luminosa de tus sonrisas, y vete a dormir con el corazón sereno y reposado.

Pero si no solamente no has hecho ningún mal, sino que en medio de la tormenta has acertado a hacer algún bien, que tu regocijo no tenga límites y tu alma esté más luminosa que el crepúsculo. — AMADO NERVO.

¡Cuántos autores, aun de nuestros días, cuántos críticos y jueces de las letras, o que se dan por tales, tendrían necesidad de recordar que la ortografía es el comienzo de la Literatura! — SAINTE-BEUVE.

MI AMIGO MACIEL, PSICOLOGO

UN REPORTAJE A MARION



UAN Maciel era un bohemio interesante. Periodista y poeta. Escribía versos sobre los manteles de las fondas y hacía la cuenta de lo consumido raspando con un palillo sobre las manchas de vino. Una noche se murió bebiendo «whisky» en una borrachería del Paseo de Julio. Una valija que llevaba consigo, bastante vieja y sucia, tomóla como herencia un «mozo» a quien adeudaba el importe de varios almuerzos.

Llegué al poco rato del triste suceso, y enterado del fin de mi amigo y de la valija heredada, dije al mozo:

— Se la compro.

— ¡Oh! Valdría poca cosa...

— Le doy unos pesos.

— Bueno...

Y cuando abrí la bolsa del pobre bohemio trashumante, encontré un infierno de papeles borroneados, de entre los cuales he escogido el «Reportaje a Marión», que reproduzco:

— ¿Tengo el honor de saludar a la señorita Marión?

— La *même*...

— El mayor gusto, señorita... Soy Juan Maciel, y desearía conversar con usted unos instantes, si pudiera honrarme con su beneplácito.

— ¿Habla francés, el señor?

— Sí... pero si la señorita no se opone preferiría que conversásemos en castellano. ¿No le parece mejor?

— Según. Un cliente mío dice que el español es un lenguaje poco expresivo...

— ¡Oh! Depende de la expresión que se dé a las palabras, ¿verdad? En nuestra lengua — digo *nuestra* sin saber si la señorita es oriunda de algún país de habla castellana...

— Soy tucumana, señor.

— ¿Tucumana? Pues no lo hubiera creído. Más bien parece usted parisiense.

— Sí, soy parisiense de alma; pero nací en Tucumán.

— Pues bien, mi distinguida compatriota, en nuestra lengua se puede poner también calor, mucho calor, mucho calor en la expresión de las palabras.

— Todo es posible. Pero me he familiarizado tanto con el francés, que la nuestra, como usted dice, me parece una lengua de trapo.

— A todo esto y a pesar de esta larga disquisición, todavía ignoro si la señorita Marión me ha concedido audiencia.

— Con el mayor gusto, señor. ¿Quiere que nos sentemos?

— Encantado.

— ¿Sufre usted mucho con el frío?

— En casa de usted no hace frío, señorita.

— Es verdad, todos dicen lo mismo. Será porque la baña el sol durante la tarde...

— Tal vez. Yo creo que el sol tiene su nido adentro... Si me permite le diré el objeto de mi visita.

La dirección de una revista de esta Capital me na encargado le formule algunas preguntas indiscretas...

— A las órdenes de usted. Mientras se trate de indiscreciones me tendrá usted contentísima. Lo discreto, lo serio, lo medido, me aburre lo que usted no se imagina.

— Pues entremos en materia. Me interesaría conocer dos cosas en primer término: por qué es usted rubia y por qué se ha afrancesado usted.

— Lo primero... Lo primero... ¡Vaya, que son dos indiscreciones gordas! ¿eh?...

— Tiene usted el derecho de mentir, señorita...

— Pues soy rubia porque en esta vida la plata pasa por oro, ¿me comprende?

— Lo presumía...

— Y... me he afrancesado tanto, porque los bombones además de ser buenos es necesario que tengan etiqueta extranjera.

— Su franqueza me maravilla y me aproxima a usted.

— ¿Cómo?

— Me parece que la he conocido siempre.

— Y a mí también.

— Entonces, ¿me permite que la llame «Marión» a secas?

— Y a usted, ¿cómo le llamaré?

En mi casa me dicen nene, porque soy el menor de mis hermanos.

— Y sus amigos, ¿cómo le llaman?

— ¿Mis amigos?... También me dicen nene...

— ¿Y sus amigas?

— ¡Ah! mis amigas son un poco más afectuosas...

— ¿Más todavía?

— Sí. En general me llaman Coco.

— ¡Qué hombre feliz! Pues yo le diré Juan, nada más.

— ¡Ay, que mal suena!

— Bueno; haciendo un esfuerzo, ¡un verdadero esfuerzo!... lo llamaré Juanito.

— Así suena mejor, y siendo afectuosos los dos, el reportaje cobrará mayor interés.

— Yo no cuido el interés de sus lectores. Solamente cuido el mío...

— Y el suyo... ¿es ser afectuosa?

— Esa pregunta, ¿me la formula por encargo de la revista?

— No, Marión; esa pregunta es de mi cosecha.

— Entonces... entonces no la contesto *por ahora*.

— Recojo la promesa... y ahora dígame algo para mis lectores... ¿Dónde trabaja usted como manicura?

— En una peluquería de la calle Sarmiento; a pocas cuadras de aquí.

— ¿Sale muy temprano de casa para ir al trabajo?

— A las nueve. Vivo en este departamento con una tía. Ella se despierta en cuanto aclara la mañana y me prepara el baño y el desayuno para cuando llega la hora de levantarme.

— ¿Trabaja su tía?

— Ocupa una piecita alta que hay sobre la cocina. Pasa el día entero bordando



o haciendo trabajitos con paja rafia, que luego vende en un bazar.

—¿Entonces, usted ocupa sola todas las piezas de este departamento?

—Las cuatro. Esta salita, el comedor, el «boudoir» y el dormitorio. A veces vienen algunas amiguitas a acompañarme. Una, sobre todo, manicura también: romana, es una chica muy buena, con la que me pasaría conversando días enteros. Se llama María. A menudo se queda de noche conmigo.

—Me gustaría verlas, sin que ustedes presumieran mi vigilancia.

—Si nos espiara quizás hallaría un tema más interesante para sus lectores.

—Yo creo que sí.

—Nuestras diabluras son inocentadas propias de la edad. Nos vestimos con unos kimonos que yo tengo y luego cantamos, bailamos, saltamos... ¡Nos divertimos tanto! Otras veces vienen algunos chicos amigos y jugamos al «poker» o al «bridge».

—¿Y en dónde se hace usted de tantas amistades?

—En la peluquería. Allí conocí un señor francés ya entrado en años; viudo, pero muy divertido a pesar de su desgracia. El me regaló una estatua de Venus. Me la envió con una tarjeta muy afectuosa en que me decía: «Marión, le mando ese mármol, cuya escultura retrata la belleza de usted. Si tuviera calor, hubiera pensado que era usted misma».

—¡Cuántas ilusiones le harán concebir sus amigos, Marión!...

—No lo crea. A fuerza de oir dulzuras, nos saturamos tanto, que al fin no nos emocionan.

—Y dígame: ¿la mesita maravillosa donde las manicuras tienen sus herramientas y que divide al cliente de la profesional, encierra algún misterio?

—Cuando se inicia la manicura en su trabajo, cuando debuta, cada vez que va a sentarse junto a la mesa, siente una emoción extraña. Algo como si fuera a descubrir *sentimientos, nobleza o afectos* en el personaje que solicita sus servicios. Luego, cansada de oir las mismas simplezas, recitadas en todos los tonos, sólo de vez en cuando siente una emoción. Por ejemplo, cuando una mirada inteligente, le pide sin pedirle, le promete sin prometerle, le habla sin hablarle... Nuestro oficio tiene ese doble papel; es, al mismo tiempo, un medio de vida y un medio de ilusión. ¡Cuántas me hice *yo* en los primeros tiempos!...

—Habla usted con un aplomo y una convicción tales, que parece una anciana. ¡Me da risa, Marión! O es usted una escéptica o está muy enamorada de uno que ahoga la dulzura de los demás»...

—Nada de eso. Las manicuras tenemos cabecita de chorlo, como dice mi tía. No somos capaces de alimentar un gran afecto. Más bien toleramos todos, como si esa fuera nuestra obligación.

—No lo creo. Sus miradas hablan muy claramente de su espíritu, y, ellas me dicen que aún aguarda la hora en que surja una ilusión más...

—Sería preciso que hallara mi ideal. Dos años hace que trato continuamente a los hombres y jamás he encontrado uno que satisfaga por completo mis exigencias. ¡Es un hombre tan perfecto el que yo ambiciono!

—¿*Más perfecto que yo?*

—¡Hola! ¡Vaya con sus indiscreciones! Cree usted que interesará a sus lectores una declaración mía a ese respecto?

—Quizás. Depende de la amplitud con que la formule.

—Amigo Juanito: ahora se está portando usted *como* un verdadero niño.

—No sea mala. No me obligue a dar a conocer esa opinión suya. Tengo el deber de repetir lo que usted me diga y... no quiero faltar a mi sinceridad.

—Entonces, Coco, me retracto.

—Conque Coco, ¿eh?

—Esta vez y nada más. Es para reparar mi falta.

—Es usted una chica muy jovial. Si no fuera por caer en la vulgaridad de sus clientes, le diría...

—No. No me diga usted nada. Debe ser efecto de la novedad...

—¿De qué novedad?

—¿Conocía usted, acaso, el arte doméstico de las manicuras?

—No. Y efectivamente, es grande... Su casita revela un exquisito gusto... Estos tonos azules; los «stores» azules también; la lámpara velada por esa pantalla chinesca... usted misma, con ese batón tan singular... Es verdad que hay novedad hasta en la inteligencia que usted revela, pues yo creía que una manicura era una chica bonita, muy bonita, coquetuela y nada más.

—Muchas gracias por su elogio.

—Usted lo merece. Yo administro justicia a diestra y a siniestra.

—Es lo más barato que hay en la vida, ¿verdad?

—Así es y, sin embargo, anda escasa.

—Y dígame, ¿no quiere usted que para recuerdo de esta interviú le corte las uñas?

—Eso es como decirle a un gavilán: Señor Gavilán, ¿no quiere usted que le corte las alas?

—Al contrario.

—¿Me lo asegura?

—Se lo afirmo. Yo tengo aquí también una mesita maravillosa, como usted dice. ¿La ve usted?

—Le tengo miedo...

—¿Miedo?... No sea cobarde.

—Siempre le he huído. ¡Son tan artistas las manicuras! ¡Hacen una telaraña tan laberíntica!

—Yo no sé hilar.

—No es de hilo; ¡es de cadena!

—¡Ja, ja, ja!... Póngase usted ahí.

—¿Aquí?

—Sí.

—¿Y ahora?

—Ahora, a la obra. ¿A ver esas manos? ¡Qué descuidadas! ¡Qué horror! Esta uña parece la pluma con que se firmó la independencia; y esta otra se asemeja a un rombo... ¡Oh! esto no puede seguir así. En adelante yo se las arreglaré siempre...

—Muchas gracias, pero... no me gustaría que me vieran en la peluquería dedicado a estos menesteres.

—No es necesario que usted vaya a la peluquería.

—Y entonces, ¿dónde?

—Donde... usted quiera.

—¿Aquí?

—Sí.

—¿Sí?

—¡Sí!

—(¡Gavilán, gavilán, ya no te cortan las alas!)

....

—¿Le hago mal?

—¿Con qué?

—Con la lima.

—¡Oh, no!... ni la siento. Lo que me hace mal es la sugestión de esta endemoniada mesita... La e-lec-tri-ci-dad...

—¡Qué risa!

—Nunca imaginé verla a usted tan enfrente.

—Yo tampoco... Ya ve usted, éste es mi oficio: limar... limar mientras me liman los oídos con un montón de vaciedades.

—Pues yo he perdido la elocuencia.

—¡No exagere, Juanito!

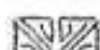
—No exagero.



— Acérquese un poco más a la mesa. Así se me escapa y temo lastimarlo con la lima.

— Es que...

— No importa: ese es el encanto de esta mesita misteriosa...



Terminó muy amablemente la entrevista que sostuviera por espacio de hora y media con la simpática Marión, la rubia manicura tucumano-parisiense, en su departamento de la calle Lavalle.

Estaba tan silenciosa la casita que incitaba a la investigación. La tía que la acompaña — esa tía quimérica — no apareció y ni siquiera el ruido más remoto acusó su existencia. Ella ocupa — según hemos visto — una piecita sobre la cocina y allí pasa los días trabajando en rafia...

El único ser que dió señales de vida, en la casa, fué otra joven, rubia también, como Marión.

Pasó de largo por el corredor junto al cristal de la puerta.

— ¿Quién es esa chica? — le pregunté.

— Es la mucama.

— ¿De Tucumán, también?

— No. Es turinesa.

— ¿Soltera?

— Creo que sí.

— ¿Cómo se llama?

— Ifigenia.

— Entonces, es una novela esta criada...

— Sin duda debe tener la suya. ¡Quién no la tiene!

— ¿Es romántica?

— No. Hace unos ravioles exquisitos.

— ¡Oh! ¡Cuánto me agradan!

— Si usted no lo toma a mal, lo invitaría a probarlos un domingo...

— Muy complacido.



Este diálogo, que epilogo en forma culinaria, lo originó la imagen de Ifigenia al pasar por la galería.

La vida de las manicuras está llena de bellezas. Tiene el sabor de la bohemia y el psicólogo que sepa estudiarla y gustar de ella todo lo que hay de emotivo y sentimental, no habrá perdido su tiempo.

Por lo demás, la interviú ha servido para allegarme una amistad nueva.

Antes de despedirme, le dije:

— Mi estimada Marión: ahora que tenemos confianza, dígame usted su edad.

— Diez y nueve años.

— Hábleme con sinceridad: esta pregunta la formulo por cuenta de la revista.

— Nací el 15 de mayo de 1904.

— Muchas gracias, Marión.

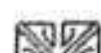
— ¿No olvidará usted esta casa?

— ¡Jamás!

— Si no vuelve usted por visitarme, venga, aunque sea para comer los ravioles.

ARTURO M. MAÑÉ

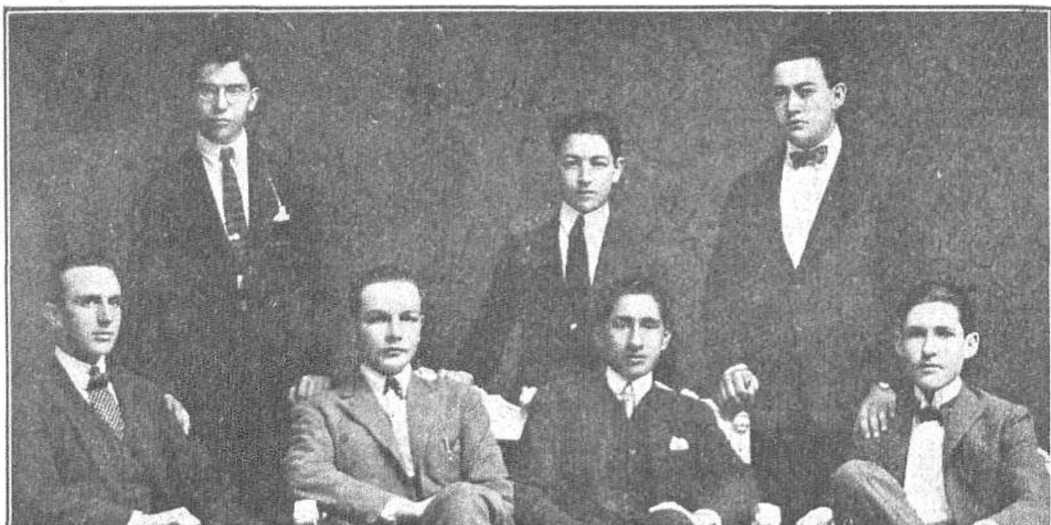




Para terminar esta página, que puede ser una de las memorias de Juan Maciel, cabe preguntar:

— ¿Cuál habrá sido la causa de su muerte inesperada? ¿La amistad de la manicura... o los ravioles de la mucama turinesa?

De Salta



Bachilleres egresados últimamente del Colegio Nacional de ésta, señores: Pedro Querio, Isidoro Risemberg, Vicente Navarrete, Roberto Figueroa, Francisco Dacal, Nino Campilongo y Arturo Figueroa.

PARÁBOLA DEL RESUCITADO

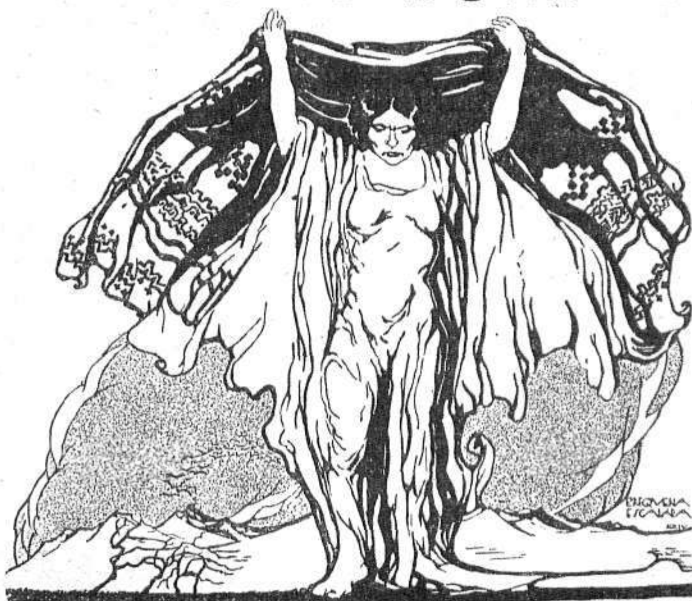
Lázaro, después de su renacimiento, sólo anhelaba estar aislado e inmóvil. Pero para evitar capciosos comentarios, se mezclaba al tumulto de la vida e imitaba a los otros mozos que paseaban sus apetitos por entre las frutas vegetales y las frutas humanas, cual si fueran los protagonistas del mundo.

Y así, se dejó amar de una muchacha de grandes ojos encendidos, que le decía siempre:

—¡No me quieres, Lázaro! ¡Eres un hombre frío, insensible, quieres a otra! Cuando nos quedamos solos, nunca me besas.

No, no la besaba. Le era imposible. No podía fingir. Entre su esqueleto y el de la muchacha tendía la carne una barrera. Pero un día la muchacha murió. Y cuando todos los deudos que velaban el cadáver fueron rendidos por el sueño, Lázaro se acercó y, trémulo, febril, la besó apasionadamente. — A. HERNÁNDEZ CATÁ.

EL VIENTO ZONDA



Al caer la tarde de un día de marcha por entre aquellos riscos y quiebras, nos sentimos acometidos por cierta extraña fatiga, cierto deseo de quietud, cierta laxitud, en fin, nada concordante con el entusiasmo que nos prometiéramos mantener en alto al partir de la ciudad. Era que se aproximaba el zonda, compañero con el cual no habíamos contado para la excursión cinegética. El baqueano había sido el primero en advertirlo, porque esa gente hace bis con la chuña en eso de predecir el tiempo.

Se iba el sol a poner, y dijérase que el áureo disco era el ojo de un cíclope parado en la montaña derramando llamaradas sanguinolentas sobre el ancho círculo que lo envolvía. El horizonte de la planicie que forma la base del valle, aparecía semivelado por un indefinible gris. Hicimos una cena frugal, buscando el abrigo de unos algarrobos y al lado de un parapeto de piedras superpuestas, sin duda resto de vivienda indígena, esperamos la borrasca; y la hubiésemos pasado tolerablemente a no obligarnos a levantar el vivac y a huir, unos bramidos que nos anunciaron la impertinente presencia de alguna fiera cebada y hambrienta.

Con la media noche se habían desatado todas las furias del clásico viento sanjuanino, dispuestas a hacer de las suyas por estas tórridas soledades, como si la legión plutónica hubiese conseguido asueto y después de largo encadenamiento viniera a horcajadas sobre sus corceles. Una estupenda sinfonía formaban silbando las rachas arremolinadas mientras las hendeduras del cerro oficiaban de flautas y bombardinos. ¿Existiría aun el cerro? Fuera de creer que el viento íbalo barriendo. Quise mirar, ver formas, bultos, un resto de vida, tan siquiera; pero un feroz ramalazo que venía machacando jarillas, me azotó el rostro. En profundidades insondables se extendía la tenebrosa nada, el limbo absoluto. Torné a mirar, después de un rato, y advertí que una lucecita se movía en la cóncava tiniebla. Imposible acertar dónde estaba, si lejos o cerca, si era bólido celeste, fuego fatuo o ánima en pena. Al rato sentí pisadas de caballo, las que me sacaron de mi anonadamiento. Era que uno de los compañeros venía a reunírseme diciendo que había que cerrar distancias por si la cosa apuraba; y era que este compañero venía fumando. Mudos seguimos mascando arena y parpadeando difícilmente, a una marcha tan lenta cual si fuésemos a buscar la muerte — que por ahí no más debía andar afilando la guadaña. — No tenía yo noción del tiempo ni del espacio; y si hubiese conservado aptitud de pensar, habría quizás pensado en que así debió ser la selva obscura en la que una noche se encontrara Dante. Y tanto debimos andar, con el corazón saliéndosenos del pecho, que al fin, de la negra carne de aquella noche implacable, surgió como una bendición el alba. El zonda avergonzado cedió los dominios al Sur, y éste a poco se impuso, llenando el campo de frescura.

Hasta entonces el zonda me había sido familiar en otra forma, o más bien dicho, con el traje con que se presenta en la ciudad. Lo había espiado a través de los vidrios. Sobre todos, recuerdo un día de fines de agosto en que sopló extraordinariamente bravío. Ni el interés por mí revelado en concurrir a la clase de ese día hizo que en casa me dejaran asomar las narices por la puerta. Ya pasará, me decían. Y es cierto que pasó.

Acaso Eolo lo había recogido de la brida allá por los desiertos del naciente. Las puertas se abrieron. Reinaba afuera una quietud de campana neumática; el espacio parecía un horno al pronto de haberse sacado el pan cocido; la transmisión de los sonidos hacíase dificultosa, y a la hora del Angelus parecía que las campanas de la iglesia vecina nos mandaban adioses desde un navío que se alejase; poco a poco el aire tibio invadía las habitaciones, las habitaciones cuyo piso enladrillado había sido humedecido para contrarrestar la sequedad de la atmósfera. Salí a la calle; ésta apenas empezaba a recobrar animación con el tránsito de uno que otro obrero, y sólo a muchas cuadras se divisaba un coche tirado a paso de tortuga por rendidos jamelgos; las plantas estaban mustias, desgajados muchos árboles; las calzadas, relamidas, porque los papeles, el heno y el polvo habían sido barridos y formaban un cordón de basura, como una larga boa arrimada a los muros y a los cordones



de las aceras, y sobre cuyo lomo pareciera que caminaba el árabe de las «Mil y una noches» al cual habiéndose prohibido «pisar tierra de Bagdad», recurrió al ardid de entrar en la población de la propia ciudad de Bagdad pisando la «hebra» de tierra que iba cayendo de una carga que le precedía, tirada por tamaños bueyes.

Entre la gente de otros tiempos, sobre todo, el zonda tenía sus partidarios. Los friolentos suelen todavía prestigiarlo, porque el zonda pone, con su alta temperatura, una nota estival en pleno invierno, que es cuando sopla de preferencia. Los primeros españoles, tan hechos a toda intemperie, como que realizaron en América las andanzas más crudas de la historia, difícilmente podían hacer migas con el sofocante viento. Los viajeros septentrionales, especialmente los ingleses, cuando sienten la presencia del zonda se refugian en sus habitaciones y a puertas cerradas y en franco pijama, se ponen a pensar en las delicias del océano y a echar números sobre sus negocios entre manos. «Está zondeando», se oye decir a los agricultores y con tal motivo se recogen en el rancho a tomar mate a pasto, a rascar la vihuela o a echar una siesta de pierna suelta: todo para matar el tiempo y desperezar el alma. Benavides decía que el zonda era la mejor adormidera, y quería que el pueblo durmiese a su gusto durante su gobierno de veinte años. Roca, que ganó el grado de general en Santa Rosa y que vino a estrenar su vistosa casaca en San Juan, tuvo una noche que levantarse de la mesa con la luz de la luna, porque a mitad del suntuoso banquete servido en su honor, un primer manotón del zonda arrancó limpio el toldo que servía de techumbre en el espacioso patio del Seminario, apagó las lámparas, empolvó el ambiente, cual si de pronto hubiese aparecido, procedente de otros mundos, un espectro irritado con los hombres de aqueste mundillo.

El obispo Achával experimentaba tal fruición en presencia del zonda, que para disfrutarlo a pulmón lleno se trepaba — con los setenta años de su santidad a cuestas — a las azoteas del viejo palacio de la calle Rioja.

Un día llegará en el que el viejo zonda, que desde el principio de los tiempos baja al valle por la quebrada de su nombre trayendo de las cumbres algo así como un ansia de expansión, será el símbolo de los impulsos del pueblo sanjuanino, de este pueblo que suele aletargarse a veces, al modo de los quelonios, como si le faltara el aire, pero que también se yergue, altivo león, y echa atrás la melena, se agita, doma su río, horada las montañas y pone su pupila en una estrella.

JUAN ROMULO FERNANDEZ



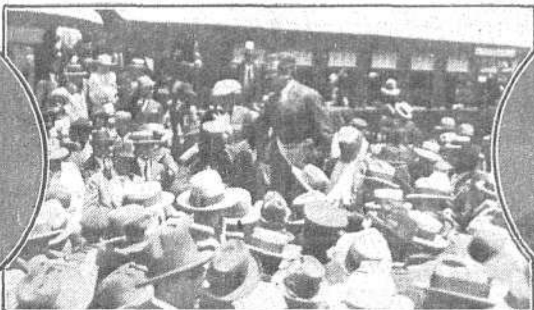
El Gobernador de la Provincia, doctor Carlos W. Lencinas, arengando a la población de San Carlos, que ha visto realizada la promesa que le hiciera de la línea ferroviaria a Tunuyán.



El doctor Carlos W. Lencinas, inaugurando la primera casa construída por el Gobierno en la zona devastada por el terremoto de 1919, entregándosela en propiedad a una anciana centenaria.



El señor J. Grecco, Intendente Municipal de esta capital.



El Ministro de Industrias y Obras Públicas, ingeniero Leopoldo Suárez, pronunciando el discurso de inauguración de la línea Tunuyán - San Carlos.



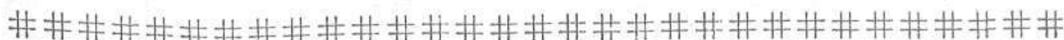
Señor Justo P. Olivera, presidente del Crédito Público.



Representación de la obra "Manuelita Rosas", organizada y realizada por jóvenes de la Sociedad de Beneficencia pro Hospital de Caridad.



Alumnas y profesores del Conservatorio Musical, después de los brillantes exámenes finales.



EL MILAGRO

POR

LUIS DE TINSEAU



EN la costa bretona, antes de la invasión de los «chauffeurs», fuí vecino todo un verano de dos mujeres a quienes tuve durante cierto tiempo por abuela y nieta. En mis paseos veía yo siempre a la de más edad — debería ser septuagenaria — delante de su casa, edificada entre dos enormes bloques de granito en la extremidad de la aldea de Ploumanac. Cuidadosamente blanqueada, un jardincillo muy bien cultivado, gracias al trabajo de una linda niña, separaba la modestísima habitación del sendero que costea el mar. La niña aquella, debo confesarlo, no parecía advertir que mi pipa, regularmente apagada cuando pasaba por su puerta, me obligaba a detenerme frente a tan seductora jardinera y, como sucede al fumador astuto que dirige sus ojos hacia la derecha en lugar de mirar su horno de brezo, debía de quemar también fósforos en cantidad. Todo eso era tiempo perdido.

En cambio, mostrábase ella mucho más sensible a las atenciones de un mozo de buena presencia, vestido como «un señor», que no faltaba a la misa de los domingos en Nuestra Señora de la Caridad y que la acompañaba hasta su casa. Viendo yo que tenía él autorización para entrar y conversar un rato con la anciana, saqué en conclusión que los enamorados estaban «comprometidos» y cesé en mis derroches de cerillas. Pero, a pesar de todo, esas dos desconocidas interesábanme sobremanera.

Su traje bretón, de una pulcritud refinada, tomaba en la más joven apariencias de disfraz. Llevaba guantes el domingo y su monísimo pie desdeñaba el zueco de las pescadoras, en medio de las cuales parecía fuera de lugar. No se trataban ellas nunca con sus vecinas — ni ¡ay! con su vecino. — Por lo demás, advertíase su pobreza; no tenían sirvienta a excepción de una paisana del barrio que empleaba una hora cada mañana en los cuidados del hogar, del que adivinaba yo la suma sencillez. No se puede trabajar siempre, aun cuando se haya venido a Ploumanac para trabajar. Me quedaban, pues, horas ociosas durante las cuales sólo tenía asidero en mí la curiosidad.

Decidí entonces hacer relación con las señoras Le Goaziou — se me había dicho su nombre. Una vez madurado mi plan, abandoné una mañana mi manuscrito y mi mesa de trabajo. Presto, armado de un álbum, instalé mi silla plegadiza precisamente frente a la habitación de mis vecinas. La más joven hacía en ese momento la «toilette» de sus rosales, pero yo fingí no darme cuenta de su existencia. Dándole la espalda, interesado únicamente en el mar, dibujaba, dibujaba, dibujaba...

Ahora bien; aun a los ojos de los detractores más encarnizados de mi literatura, mi yo escritor, comparado con mi yo dibujante, podía pasar por un gran maestro. Esa fué la impresión que me reveló la fisonomía de un joven artista al cruzar por mi lado cargado con su bagaje de pintor en serio. Habitábamos el mismo hotel. Habíase roto sin tardanza el hielo entre nosotros, como sucede en el mundo de los ennegrecedores de papel y de los embadurnadores de telas.

Deteniéndose, me saludó con una mueca involuntaria a la vista de mi esbozo.

— A lo que veo, usted había sabido hacerlo todo.

Por lo bajo lo mandé al diablo; en voz alta respondí:

— Las artes son hermanas, señor Lorrimey.

— Así se pretende, convino él, lo cual podría muy bien hacer creer que la madre era una buena pieza. ¿Permite usted a otro artista darle su opinión? El punto de vista elegido no es el más interesante de Ploumanac. Justamente es el único que carece de interés.

— Cuestión de gusto, contesté con un matiz de fastidio.

Mi interlocutor indicó por segunda vez, con otra mueca, que mi humor y mi talento se hallaban a igual nivel en su estimación y, tocando su sombrero, continuó su camino, dejándome en lucha abierta con un paisaje que brillaba por la ausencia de todo detalle «ameno». A la izquierda, un bloque de granito colosal; a la derecha, coloso idéntico.

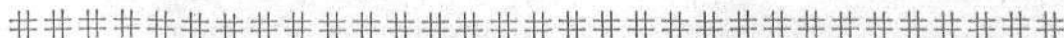
Entre esas mazas parduscas, un vacío dejaba ver, en el primer plano, una pequeña playa gris, después un trozo de Océano desapacible, con el grupo de las Siete Islas quebrando a lo lejos la línea de intersección del mar y del cielo. Pero la investigación de lo pintoresco era cosa secundaria en esa ocasión.

Comenzaba yo a encontrar larga la sesión, cuando una tosecita dejóse oir detrás de mi hombro, en el límite del jardín. Me di vuelta y, tratando de copiar el aire familiar que suelen tomar a menudo algunos artistas, dije:

— ¿Le gusta mi dibujo, señorita?

— Mucho, respondió la joven, cuya fina educación admiré inmediatamente. Pero, sin duda, en cuanto ponga usted los colores resultará más lindo todavía.

— No estoy muy seguro, repliqué con convicción. La pintura será insípida de todos modos.



Rocas grises, arena gris, un mar gris, un cielo gris...

— ¡Ah! — suspiró ella — no es muy alegre ciertamente nuestra región. A veces, cuando algún buque pasa por afuera, parece un poco menos triste.

— ¡Buena idea! El buque: vamos a ponerlo. No tiene esto mayores dificultades... ¡Ya está!... ¿Si quisiera usted salir y apoyarse en esta gruesa piedra? ¡Cómo transformaría mi paisaje!

— Se me ha pedido ya igual cosa. El señor que hablaba con usted hace un momento tuvo la misma idea... Pero a mi tía no le gustan los pintores...

Me felicité dentro de mí por el brillante éxito de mi habilidad y mi astucia.

— ¡Oh! — dije, guardando el álbum en el bolsillo — la pintura no es sino un pasatiempo para mí. Mi verdadero oficio es el de escritor.

— ¿Novelas, ciertamente? Son ellas la pasión de mi tía. Cuando puede leer olvida sus males. Es necesario, eso sí, que se le presten: comprarlas estaría fuera de nuestros medios.

— ¡Si lo hubiera sabido antes!... El tiempo, apenas, de correr hasta mi casa, y de volver con una media docena de ellas por lo menos...

Una hora más tarde había hecho yo grandes progresos cerca de la *Señorita* Le Goaziou, pues esta respetable persona terminaba sus batallas en la vida con los honores del celibato. Ivona Le Goaziou era su sobrina y, los únicos restos sobrevivientes de una familia en otros tiempos numerosa, hallábanse ante mí. Bajo el césped que rodeaba la capilla, madres, tías y hermanas dormían lado a lado. Para saber dónde dormía la mayor parte de los hombres de su raza, hubiera sido preciso la mirada de Aquel que sondea los abismos del Océano.

Adquirí el hábito de volver todos los días a la casa blanca. Cuidábame de tener siempre bien provista de libros a su propietaria, que parecía amarlos tanto; aunque seguramente no cuanto amaba yo su deliciosa conversación. He conocido, y conozco todavía mujeres «que conversan bien». Me pregunto, sin embargo, a dónde iría a parar la brillante plática de una de esas estrellas de salón, si se las privara de golpe del derecho de hablar de teatros, fiestas, danzas, escándalos mundanos, muertes y casamientos, política, música, descubrimientos! Era este el caso de la señorita Le Goaziou, quien no había dejado su casa desde que en ella naciera, última de una generación de hermanos y de hermanas de tal manera numerosa, que le pregunté un día:

— Pero ¿cómo podía caber todo eso en una morada tan estrecha?

A lo cual me respondió con una sonrisa que tenía siempre, y que parecía haberse equivocado de puerta; sonrisa de mujer feliz, rodeada, en conserva, por así decir, en una dicha pasada, cuando era la pena la que había formado la trama de su vida tejida en la soledad:

— ¡Oh! es bien sencillo. Las niñas se casaban o entraban al convento, la mar tomaba a los hombres y no los devolvía siempre. Es lo que sucedió con mi sobrino, el padre de Ivona. Habiendo partido como segundo de un transatlántico, recién cumplidos los diez meses de casado, al llegar al Havre se arrojó al agua para salvar a un hombre de a bordo. Su mujer, que lo esperaba en el puerto, vió ahogarse a los dos. ¡Se da cuenta Vd!... Hubo en la familia, casi el mismo día, un bautismo y un entierro... Hoy la casa no es ya tan estrecha.

En el tono de un hombre que lanza una fina broma, dije a la vieja señorita:

— Toda regla sufre excepción. Una Le Goaziou, al menos, ha escapado al convento y al matrimonio.

Me respondió:

— Es cierto; quedé yo para vestir santos. Pero no fué culpa mía...

Sin duda adivinó mi pensamiento, porque añadió vivamente:

— Ni culpa de nadie tampoco. ¡Ah, no, no!

Vi que no diría más aquel día; aun cuando, manifiestamente, tenía mayores deseos de contarme su propia historia que de leer las «historias» prestadas por mí. Entretanto me confió cuán pesada era para ella la preocupación del porvenir de su sobrina.

— Yo, decía, tengo una pensión pequeña de la Marina. Ivona ni eso tendrá. ¿Qué será de ella, entonces?

Insinué tímidamente que cierto joven, por su asiduidad a la misa del domingo, podía dar a sospechar que también él pensaba en el porvenir de la señorita Ivona.

— Ciertamente, respondió mi interlocutora. El muchacho no querría otra cosa. La dificultad viene del padre. Este posee una sardinería en Lannión, la cual tropieza con dificultades para sostenerse, pues las grandes fábricas de la región matan las pequeñas. Para su hijo, quien trabaja con él, Kerenflech quiere una mujer rica; veinte mil francos de dote por lo menos. Así es que — ¡salvo que Dios hiciera el milagro que le pido! — Ivona permanecerá pobre, es decir, solterona como su tía.

Tenía de nuevo en sus ojos azules una mirada tan dulce, que arriesgué este madrigal:

— En lo que a usted concierne, señorita, pienso que Dios no hubiese necesitado realizar un gran milagro para encontrarle marido.

— ¡Ah! — suspiró la vieja dama, cuyos párpados se humedecieron. — Hubiera necesitado resucitar un muerto...

Al cabo de unos días habíamos llegado a ser los mejores amigos del mundo y, a la vez de escuchar la historia esperada, preguntábame qué sería lo más fácil: si contar los pobres corazones de mujer despedazados desde que el amor existe, o los guijarros amontonados en la orilla del Océano.

Cincuenta años antes, joven, linda (podíase ésto observar todavía), vibrante de la poesía de su raza, la señorita Le Goaziou había dado su corazón a un joven marino de la comarca. Laborioso e inteligente, Hervé Kerisouet navegaba como segundo en un buque de Nantes. El capitán, viejo y cansado, realizaba su último viaje a las Indias, terminado el cual Kerisouet debería tomar el mando del navío. ¡Entonces las campanas de Ploumanac harían oir el repique nupcial de los dos jóvenes! Sinceramente enamorados uno de otro, contaban ellos los días. De cada una de las escalas, después de errar meses sobre los mares donde el vapor rápido y puntual aún no era conocido, las cartas de amor concluían por llegar hasta la joven bretona. En un cofrecillo de nácar, presente del



adorado, las conservaba piadosamente. Pude contarlas sin que me fuera dado leerlas. Esmaltábanlas timbres de todos los colores del arco iris. ¿Necesitaré jurar que tal riqueza vino a distraerme un instante de una narración en la cual una pobre vieja ponía todo su corazón? ¡Tiempo atrás, como tantos otros, había yo sido un ardiente coleccionista de timbres postales!...

Sin detenerse, la señorita Le Goaziou continuaba su relato. Habíamos tocado en Madera, en Tenerife, en la costa de Guinea, en el Cabo de Buena Esperanza. Habíamos soportado las calmas, resistido tempestades, recogido o desembarcado cargamentos. Al fin nos encontrábamos en Mauricio, última escala antes de las Indias, donde íbamos a cargar pimienta y cacao. Mi atención comenzaba a ablandarse, pues al fin y al cabo no era yo quien esperaba a Hervé Kerisouet desde el tiempo de Luis Felipe. Apurado por llegar a Chandernugor, expresábale la opinión de que nada interesante se encuentra en la isla Mauricio.

La señorita Le Goaziou, tomando la última carta del cofrecillo de nácar, me respondió con una voz que temblaba:

—Sí: en la isla Mauricio se encuentra la fiebre amarilla. Y es por lo cual he pasado sola las tres cuartas partes de mi vida en esta casita, donde a lo menos la mano de una hija adoptiva cerrará mis ojos.

Sin dejar de hablar, abrió un sobre mucho más liviano que los otros. Una lentitud cuidadosa tenían sus manos al abrirlo porque el papel amarillento había sufrido mucho. Extrajo de él una hoja y me la leyó. Apenas reconocí su voz. Puedo todavía transcribir de memoria aquellas líneas, de tal suerte fueron heridos mis oídos, menos por las palabras en sí mismas que por el acento doloroso hasta la angustia de quien las leía:

«Mi bien amada: Perdóname el pesar que voy a causarte. Pero la noticia te llegaría tarde o temprano, y me consuela un poco decirte una vez más cuán fiel te he sido siempre. La *María Juana* volverá sin mí a Nantes. La fiebre amarilla... No será ésto muy largo... ¡Gracias a Dios! pues...»

El marino no había podido escribir más, ni explicar porqué agradecía a Dios el acordarle la gracia de que «eso no fuese muy largo». Pero se le podía adivinar por poco que se supiese lo que la fiebre amarilla hace de un hombre antes de matarlo.

Un silencio que no deseábamos ninguno de los dos interrumpir se prolongaba, hasta que la señorita Le Goaziou continuó:

—El jefe de mi prometido me envió la carta acompañándola de algunos detalles. Antes de proseguir su ruta había envuelto en una bandera francesa y depositado en tierra santa el cuerpo de su oficial. Más adelante, mientras la *María Juana* zarpaba hacia las Indias, el eterno adiós del marino llegaba a Suez por la posta inglesa, atravesaba a lomo de camello el istmo cerrado todavía, y venía a herirme como un golpe de maza en esta pequeña casa donde estaba yo entonces completamente sola para llorar y para sufrir... ¿Lo he aburrido a usted lo bastante, señor? Olvidé responder a esta humilde pregunta. Desde hacía un minuto, mis ojos no podían desprenderse del sobre fúnebre, en el que no veía sino una cosa: dos timbres postales de la isla Mauricio, el uno azul, de un penny, el otro rojo, de doble valor, fechados ambos en 1847...

Sufría un deslumbramiento, bien comprensible para todos los filatelistas. Mas, temiendo un error, me retiré, haciendo tales esfuerzos para «no demostrar nada», que la vieja señorita me preguntó:

—¿Está usted enfermo, señor?

Sin responder, pregunté a mi turno:

—Si recibiera usted mañana una treintena de mil francos en billetes de Banco ¿supongo que no los metería en el cofrecillo de nácar?

—Tampoco lo supongo yo, balbuceó algo azorada de encontrarse frente a un loco.

—¡Y bien; no suelte usted este sobre, no lo muestre a nadie antes de haberme visto nuevamente, lo cual por otra parte no tardará en suceder!

La pobre señorita trataba de comprenderme sin conseguirlo, lo que daba a su honesta fisonomía de vieja la más cómica apariencia. No me detuve a contemplarla y, dirigiéndome a mi hotel a paso de carrera, realicé lo que todo coleccionista considerará como uno de esos actos de probidad que hace estimable una memoria. Quiere decir esto, que escribí, para anunciar mi descubrimiento, al más serio entre los negociantes de timbres postales que hubiese entonces en Europa. Había tenido precedentemente la ocasión de conversar con él.

A vuelta de correo esperé la respuesta a mi carta: fué el mismo destinatario quien desembarcó en un carricoche fletado en la estación vecina.

Le repetí de viva voz los detalles dados ya.

El hombre me preguntó:

—¿Por qué diablos no hace el negocio usted mismo? ¡Los dos famosos «Mauricio 1847», inencontrables!... ¿Contaría usted, acaso, con una comisión fabulosa?

—Ni un solo céntimo para mí, respondí. Pero vigilaré que mi clienta alcance un buen precio. Usted conoce tan bien como yo el valor del «Mauricio 47».

—Vamos a verlo, dijo, tembloroso de emoción.

Diez minutos más tarde la señorita Le Goaziou *rehusaba* treinta y siete billetes de mil francos que acababa de alinear sobre la mesa mi compañero, después de un coloquio conmigo.

—¡Por un millón, afirmaba la querida vieja, no vendería yo las últimas líneas escritas por mi amigo!

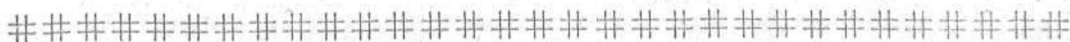
Hícele comprender que no se tenía interés sino en los timbres de un sobre cuya escritura, por otra parte, le era desconocida. Y el asunto se terminó.

Tres meses más tarde, la señorita Le Goaziou me decía:

—Aun ese mismo sobre no se hubiera separado de mí, si de mí sola se hubiese tratado. Pero no tenía yo el derecho de impedir a mi amor cincuentenario que protegiera su joven amor.

Al hablar así, señalaba con la mano a su sobrina Ivona que conversaba en el otro extremo del jardín con el dichoso Kerenflech. ¡El milagro se había cumplido! Iban a casarse al día siguiente, y yo llegaba para asistir a la ceremonia. De hecho, había ganado en debida forma mi invitación.

—Señorita, sin ofender a los novios; ¿no piensa usted como yo, que de estos dos amores, el de usted es el más joven?



De Territorios



Lunch con el que se obsequió a las alumnas premiadas por los trabajos exhibidos en la Exposición de Manualidades Femeninas.



Damas componentes del Jurado que adjudicó los premios, y parte de la numerosa concurrencia que asistió a la simpática fiesta.



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida). — Administración: Unión T. 2316 (Avenida)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL

Trimestre	$ 2.50
Semestre	» 5.00
Año	» 9.00
Número suelto	20 ctvs.
Número atrasado del cte. año	40 »

EN EL INTERIOR:

Trimestre	$ 3.00
Semestre	» 6.00
Año	» 11.00
Número suelto	25 ctvs.
Número atrasado del cte. año	50 »

EN EL EXTERIOR

Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	» » 4.00
Año	» » 8.00

Para Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, España, Ecuador, Honduras, Méjico, Norte América, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año, $ oro **5.—**

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.

PERSONAS DESCONOCIDAS

NOVELA POLICIAL DE EXTRAORDINARIAS COMPLICACIONES

POR

ARTHUR SOMERS ROCHE

TRADUCIDA EXPRESAMENTE PARA "CARAS Y CARETAS"

(CONTINUACIÓN)

CAPITULO XVII

LA "EQUIVOCACION" DEL DETECTIVE DOYLE Y SUS LUMINOSAS CONCLUSIONES COMPROBADAS SOBRE EL TERRENO.

Cuando Patrick H. Doyle, el singular detective, llamó a la mañana siguiente a las puertas de la casa de la señora Reverly, hay que confesar que vestía elegantemente, de un modo insospechado en una persona tan dada a los contrastes de la vestimenta.

Podrían ser discutibles sus gustos; acaso la última moda *hiciera un gesto ambiguo* al contemplar su figura; es probable que algún petrimetre de la playa lo examinara de arriba abajo con cierto aire entre impertinente y burlón; pero también es seguro que el examinado permanecería imperturbable y ajeno a toda crítica.

En sus manos traía un sombrero blanco de fondo verde, es decir, un casco, generalmente de corcho u otro material liviano, de los que usan los exploradores africanos como prenda cómoda y excelente para aguantar el calor. Por de pronto, este sombrero le prestaba un aspecto de lo más tropical.

Su jaquet — o cosa parecida — era azul, de franela, con franjas blancas bastante anchas. Lucía una corbata color marrón de indudable raso a juzgar por el brillo que despedía; el cuello era blando y advertíase una especie de quemadura en uno de sus picos. Sus bombachos eran de blanco lino, y sus medias, estiradas cuarenta centímetros a lo largo de las pantorrillas, armonizaban perfectamente con la corbata. Calzaba zapatos blancos de lona, que contemplaba con frecuencia, y, en fin, más que un preocupado y perspicaz investigador, siempre alerta, simulaba a las mil maravillas un tipo veraneante que se vestía a su capricho.

Sin embargo, sus maneras no guardaban relación con su frívola apariencia. Por primera vez desde que Ruth lo conocía, su expresión demostraba un decaimiento y un pesimismo alarmantes. Ahora, en tales momentos, aquellos ojos hundidos que brillaban como ascuas, miraban apagados y como soñolientos mientras que sus manos, nerviosas y bruscas, no paraban un instante dándole vueltas y más vueltas al sombrerete de explorador.

— Mala suerte la última noche, señora Reverly — dijo el hombre apenas saludando, Ruth, mirándole con franqueza cordial, determinó atraerse desde luego su simpatía; muy lejos de su pensamiento ponerse a criticar su atavío, sobre todo en aquellas circunstancias. Aunque el sentido del ridículo, en ella tan agudizado, le gritaba por dentro para que soltara la válvula de la risa, supo contenerse a tiempo y hasta logró sonreír de una manera delicada en que se hacía «ausencia» del porte exterior de su visitante.

— Muy complacida de verlo, míster Doyle. Puede usted explicarme lo que guste, murmuró ella para alentarlo.

El cuerpo del detective tuvo como un encogimiento especial en que, además de los hombros, tomaron parte las rodillas; algo semejante a un muñeco de muelle que se estira y encoge a voluntad de quien lo maneja.

— No veo muy clara la forma de anunciarle una equivocación de mi parte, señora Reverly — declaró el hombre.

— Lo siento mucho — replicó ella en espera de nuevas explicaciones.

Doyle alzó los ojos, que por espacio de dos minutos tuviera como clavados sobre los zapatos, y la miró con cierta suspicacia, como si quisiera leer entre líneas.

Siempre que se entrevistaba con su clienta sabía escuchar con atención, pero nunca como en esta visita su inmovilidad y su mutismo fuera tan notorio.

— Ayer perdí de vista a Lacy — confesó.

Esta noticia, por las consecuencias vitales que podía entrañar, tuvo el poder de impresionar a su interlocutora.

Ciertamente; no podemos mantenernos mucho tiempo representando papeles infalibles. Doyle, hasta entonces, había parecido a ella omnímodo o poco menos, y tal nueva constituía una decepción en su ánimo, siendo, por otra parte, un mal síntoma que vendría a complicar el desenlace.

Y cuando Ruth le preguntó cómo era posible que le hubiera acontecido tan lamentable contratiempo, su voz contenía una pequeña y mal disimulada dosis de sarcasmo.

Con la penetración que le era característica, el detective se dió cuenta de lo que pasaba por la mente de ella.

— Bien: el hecho de que haya perdido su pista no debería ocultar la verdad ante sus ojos, señora Reverly — comenzó con tono de censura. — Usted debe saber, debe presumir, que no fué error personal mío; fué uno de mis hombres, Andrews, el que perdió a Lacy después que éste salió libre de la cárcel. Y si es que usted piensa en mi mala elección al elegir un ayudante poco hábil, permítame que la informe de lo siguiente: Andrews sufrió un fuerte atropello por parte de un automóvil. Hasta yo mismo, señora Reverly, no estoy seguro de sufrir un accidente debido al desenfrenado manejo a que están acostumbrados sus conductores. Existen límites al poder humano y únicamente tales límites me pueden «circunscribir» en mis funciones.

Toda esta parrafada la dijo de un tirón, y mostrábase realmente enojado.

— Perfectamente, míster Doyle. Ya presumía yo que sólo un detalle de fuerza mayor podría hacerle fracasar — le habló Ruth con evidentes deseos de complacerle.

— Así es— replicó sin pizca de modestia Doyle.

— Estoy segura — afirmó ella, sonriéndole hasta que vió cómo clareaba su expresión.

— Usted es una mujer notable. He venido a verla para asegurarle que, a despecho de la desaparición de Lacy, vamos muy bien. No debo decirle todavía cuál es la línea de conducta que hemos adoptado, pero sí quiero hacerle presente que su marido será puesto en libertad muy pronto. Yo sé que una visita de Patrick H. Doyle siempre es motivo de alegría para usted. Por eso he venido esta mañana. Bent se alegrará también cuando usted le cuente que la he visitado.

Y se levantó con el propósito de despedirse, pero Ruth lo retuvo con un gracioso ademán.

— Tengo algo que decirle. Yo he visto a Lacy anoche — le soltó de golpe sin dejar de observarlo.

Doyle se cayó de nuevo sobre el asiento. Bajo sus espesas cejas resplandecían sus ojos verdes con pintitas amarillentas. La cólera, que solía acometerle con tanta frecuencia como rapidez, invadíale de pies a cabeza. Apenas conteniendo su contrariedad pudo decir:

— Supongo que usted desea bromear, señora Reverly. Acaso su condición de mujer hace que su sentido dramático se sobreponga a su sentido común, torciéndole la razón. Usted posee, de ordinario, bastante buen discurso, y a pesar de ello pretende hacerme perder el tiempo con trivialidades y con ánimo de producir sorpresas.

— Nada más lejos de mi pensamiento — protestó ella vivamente. — ¡Si es que no he tenido tiempo de decírselo antes! Desde que tuve el gusto de recibirlo ha sido usted el que tomó la palabra. Yo quería primero conocer sus noticias — explanó ella con la mejor de sus sonrisas, y gozosa, en el fondo, del efecto causado.

— No, no — rebatió él; — quien consumió todos los turnos ha sido usted.

Ante tamaño apóstrofe relumbraron de ira los ojos de Ruth.

— Usted es imposible, míster Doyle— exclamó con acritud mal contenida.

— Eso será debido a que no mezclo en mis conversaciones estúpidos cumplimientos y tontas vaguedades que carecen de sentido y oportunidad.

— Debido a su rudeza, a su brusquedad, y a que está pagado con exceso de sí mismo, jamás da usted ocasión para hablarle — repuso la mujer sin considerar sus palabras.

Doyle se paseó su mano derecha por los cabellos. La cólera que le invadiera huía de sus pupilas para dar paso a un sentimiento difícil de analizar.

— No falta más que usted me diga que soy un gárrulo — dijo.

Una repentina vergüenza, un súbito arrepentimiento la sobrecogió, deplorando su torpe imprudencia. Pensaba, con rabia de sí misma, que el hombre a quien hablaba era una persona de superior inteligencia que estaba consagrando todo su esfuerzo para libertar a su marido de la prisión, vindicando su comprometida honra bajo el peso de una odiosa acusación de criminal, y la gratitud de ella consistía en ofenderse por banales cuestiones de forma. Si el hombre se consideraba a sí propio un gran taciturno, ¿para qué contrariarlo, molestándolo en lo más íntimo?

— Perdóneme usted, míster Doyle — le rogó con sincero acento de lealtad. — He sido yo la que se portó con rudeza. Mis nervios son implacables.

Fué inmediato el efecto de la disculpa. Doyle recobró su aspecto normal y hasta esbozó una sonrisa.

— Comprendo. Yo trabajo, en este caso, bajo una fuerte excitación, señora Reverly, y a veces me olvido de la nerviosidad de las demás personas. Usted tiene tantos motivos de preocupación como yo... o acaso más, y ha sabido usted mantenerse firme y calmosa en diversas circunstancias poco favorables. Soy yo el culpable. Debí preguntarle en seguida si tenía alguna novedad que comunicarme. Bueno. Hábleme ahora de Lacy: la escucho.

Ruth, satisfecha de que el incidente se hubiera resuelto, dió principio al relato de sus aventuras de la noche anterior.

El detective, a medida que avanzaba ella en la relación, iba, por decirlo así, echando combustible en los hornillos de sus ojos; y cuando la mujer concluyó, díjole con su habitual fraseología:

— Señora Reverly: si alguna vez me dan ganas de casarme, cosa que el Cielo no permita, quisiera hacerlo con una mujer de su fibra.

La espontaneidad del cumplido excluía, por parte de ella, el menor asomo de burla.

—Tiene usted una magnífica sangre fría — agregó.

— En casos extremos Dios me asiste — replicó Ruth con una simplididad encantadora mientras sus labios agradecían la frase.

Había observado que cuando Doyle, incidentalmente, exteriorizaba sentimientos no relacionados con su profesión, se convertía en un ser muy distinto.

— Yo no sabía dónde ponerme al habla con usted; de lo contrario en el acto le habría telefoneado — aseguró ella. — Figúrese usted mi asombro con todo lo sucedido; no logro explicarme la desaparición repentina de Lacy después de haberme él prometido sus informaciones y de haberme arriesgado a una entrevista nocturna tan comprometedora.

Doyle se recostó sobre el respaldo de la silla.

— ¿Usted no supondrá que Lacy quiso verla por bondad de corazón? — preguntó con una ancha sonrisa.

Y sin hacer caso aparente de la cara de asombro que ella ponía, añadió:

—Lacy anda por aquí intentando realizar un gran plan, un plan que se relaciona con cartas que él sostiene haber escrito, y que, en realidad, lo fueron por el difunto Lesoeur. De cualquier manera, ya sabemos que Jim Armstrong pagó a Lesoeur diez mil dólares y que éste le ofreció a usted igual suma por una de ellas. Ayer, el "testigo" Lacy se dió maña para conseguir veinticinco mil dólares, cantidad que un abogado de Southfield, Drake, depositó como fianza por su libertad. Alguien interesado pa-



— No veo muy clara la forma de anunciarle una equivocación por mi parte, señora Reverly — declaró el detective.

gó, no sabemos todavía con qué objeto inmediato. Resulta indudable que Lacy está jugando una muy importante y definitiva parte en esta partida. El es un jugador profesional y en esta clase de juego no descuidará nada. Bueno. Tenga usted por entendido que cualquier cosa que el hombre le hubiera comunicado a usted ayer noche, lo hubiera hecho con la directa esperanza de ser recompensado de algún modo.

— ¿Cómo se entiende eso? — inquirió Ruth.

El detective se encogió de hombros.

— Si yo pudiera responderle con claridad, el asunto posiblemente estaría ya terminado y resuelto. Usted tendrá que darle algo a Lacy a cambio de un «valor» que no conoce.

— Pero ¿por qué cambió él el orden de sus ideas?

La sonrisa del pesquisante manifestaba su complacencia. La exactitud de sus lógicas deducciones no se quedaban atrás, según *él*, a las leyes fundamentales de la gravitación universal.

— Poseemos ciertos hechos, señora Reverly, y los hechos jamás carécen de significación. Lacy quería a todo trance encontrarse con usted; esto es innegable. No era un impulso irrazonado de su su parte. Se ventilan cosas de suma importancia en este asunto para que Lacy se deje arrebatar por impulsos. Tenía una razón sólida, y cuando después de un retraso en la cita apareció a su lado, ¿no recuerda usted si le dió a entender algo acerca de su cambio de ideas?

— Todo lo contrario — replicó Ruth. — Me aseguró que las personas que pudieran estar registrando la casa de Jim Armstrong no eran ni la mitad de importantes comparadas con las cosas que él tenía que decirme.

— Exactamente — habló Doyle. Todavía, en el tiempo que medió entre sus palabras y la salida y reconocimiento de Sánderson y Gerlach, continuó pensando lo mismo.

— Pero si no ocurrió nada. Los misteriosos visitantes no nos advirtieron — contestó la mujer.

La vanidad del detective hizo su aparición por primera vez en aquella conversación.

— Usted llama a la aparición del detective y del shériff un hecho, ¿sí o no? — preguntóle.

— ¿Qué es lo que significa su pregunta? — interrogó ella.

— ¿Se le ocurrió a usted preguntarse el porqué de la presencia de esos dos hombres en el «cottage» de su pertenencia y a tales horas?

— Sí, en efecto — contestó Ruth en tono dudoso.

— Entonces, ¿por qué no le pudo asombrar a Lacy el encuentro extraño con ellos en aquel paraje? — insistió Doyle con su método interrogativo.

— ¿Por qué me abandonó como si lo hubiera tragado la tierra? — turnó ella a su vez.

— Vamos a ver. Lacy corrió indudablemente ciertos riesgos y hubo de vencer algunas dificultades para conseguir entrevistarse con usted y entonces comunicarle sus informaciones. Ahora bien; mientras ustedes se hallaban entre los árboles, frente a la casa de Jim Armstrong, Lacy abrigaba la creencia de que sus relatos le serían creídos y estimados por usted. El hecho de que uno o más hombres registraran aquella casa no establecía diferencia alguna en su programa; pero el cambio sobrevino «inmediatamente» que se dió cuenta de las personas que se deslizaban entre las sombras luego del registro. Entonces, y sólo entonces, la diferencia fué enorme. No cabe deducir de otro modo ateniéndome como me atengo a su relato. Con el camino así despejado, podemos avanzar sobre la base de lógicas conjeturas con más facilidad. Siendo la identificación de los dos hombres lo que determinó la opuesta conducta de Lacy...

— ¿Por qué...? — interrumpió Ruth, callándose de repente.

— Yo no soy precisamente un lector de pensamientos, sobre todo cuando los que los producen no se hallan al alcance de mi penetración. Usted me exige demasiado, señora Reverly. ¿Por qué? Pues porque sí; es la respuesta mejor por ahora. Pregunta usted con exceso.

— No creí que lo hacía así — contestó Ruth.

Los ojos de Doyle se posaron en los de ella con fijeza.

— No es posible ir más lejos; soy incapaz de ello cuando las investigaciones no lo justifican. Hasta ahora he utilizado mi intelecto con la debida sensatez. Los problemas que están por encima de mi inteligencia los desecho, están fuera de mi jurisdicción discursiva. Pero ejercitando mi mente en la medida que *lo* hago, se me ocurren muchas cosas buenas... Lacy se asombró de lo que podrían haber estado haciendo Gerlach y Sánderson en la casa, y no solamente le llamó la atención

hasta el extremo su presencia, sino que sintió gran curiosidad por el «trabajo» y por la hora. Hay que suponer las vueltas que habrá dado su imaginación para dar con la clave de semejante enigma. Lacy es un hombre muy arriesgado, que sabe jugarse el todo por el todo, y es mi creencia — siempre deduciendo por su relato — que el hombre estaba dispuesto anoche a ser explícito con usted, tan explícito como se lo permitieran sus planes y también la recompensa que esperaba. ¿Ya comprendiendo?

— Sus consecuencias me maravillan. En efecto; es más que probable atribuír el cambio de Lacy a un «preciso» momento, al momento durante el cual reconoció a los dos hombres.

— De no ocurrir tal tropiezo — continuó explicando Doyle — Lacy hubiera cumplido su promesa telefónica y es muy posible que a estas horas la madeja estaría desenredada... al menos en lo que concierne al nudo principal, porque, con respecto a ciertas ramificaciones... las ramificaciones no me preocupan a mí.

— Una verdadera lástima — se lamentó ella.

— El pago que aguardaba Lacy — reanudó el detective sin hacer caso de la exclamación de Ruth — equivalía al precio de sus confidencias; pero... Pero a partir de cierto instante consideró «inútil» tal recompensa. En otras palabras: el excarcelado vió algo, *algo* de incuestionable y vital importancia para su negocio, y entonces se verificó el nuevo rumbo de sus pensamientos e intenciones. Esta transición mental se operó en su mente con la velocidad de un relámpago. ¿Comienza a darse usted cuenta del porqué de antes?

La señora Reverly movió la cabeza varias veces en sentido que significaba clara comprensión y contento. Si hacía varios minutos fuera ruda con Doyle, ahora no quería escatimarle su agradecimiento y admiración por la claridad irrebatible de sus conclusiones.

Por su parte, el detective hallábase en su elemento, probando una vez más sus magníficas dotes de razonador brillante al que no se le escapa nada por insignificante que parezca.

Su orgullo, un orgullo pueril casi, le rebosaba del rostro y se expandía por sus prendas de vestir, dándoles un «colorido» notable. El casco irradiaba, según parecíale advertir a Ruth, una emanación, un flúido imponderable de sapiencia y consciencia que se comunicaba directamente con el cerebro potente de su dueño; la corbata marrón adquiría tonalidades humanas y los blancos zapatos antojábansele como los extremos de las antenas poderosas de la energía cerebral del que los calzaba.

— Seré complaciente y le explicaré con más extensión el punto de vista de Lacy, señora Reverly — dijo con su natural arrogancia Doyle. — Sírvase escucharme: Apenas vió que los dos hombres salían del edificio, se le ocurrió que *allí*, en el «cottage», estaba el complemento de sus ansiosas búsquedas, y pensó que usted ya no le serviría. No hay otra explicación, como luego le confirmaré. No olvide que Gerlach y Sánderson se hallan interesados en seguir adelante con el proceso de su marido, complicándolo en la muerte de Lesoeur.



— Lo siento mucho — replicó Ruth en espera de nuevas explicaciones.

Ahora bien; este proceso envuelve un crimen anterior y es probablemente la segunda parte. Lacy se encuentra ligado a ambas en forma inextricable.

Cuando reconoció a Gerlach y a Sánderson saliendo de la casa que habitara el «primer muerto», es natural que «reaccionara» de golpe.

— Me interesan mucho sus explicaciones, míster Doyle — le animó ella aprovechando una pausa del detective.

CONTINUARÁ EN EL PRÓXIMO NÚMERO



Comentarios



Todos, convencidos
de su rectitud,
van a visitarle. Van los conocidos
los desconocidos, ¡una multitud!
Corren a buscarle,
llenos de ilusión,
¡pobre don Marcelo! para suplicarle
que apadrine un chico o una intervención.

* * *



Dice una amable jamona:
—Mi marido siempre fuma
y, aunque es muy buena persona,
sin mala intención me ahuma.
Y añaden los deslenguados
que hay gentes aficionadas
a los jamones ahumados
y a las jamonas ahumadas.

* * *



Encontróse un tacaño
un paraguas, y dijo, muy contento:
—Este me va a servir por el momento
de salida de baño.
¿Qué la gente me mira por detrás?
Por detrás lo abro y ¡zás!
¿Que la gente me mira por delante?
Pues lo abro por delante, tan campante
Puedo poner en práctica mi idea
en Mar del Plata igual que en Necochea

* * *

—A unos trata muy afable
y otros trata con desdén.
Es un Gallo formidable.
—Puesto el hombre en ese tren,
hace bien.
—Ya se dice por ahí
que ninguno le embromó.
¿No le aplaude?
—Quizás sí.
—¿No le admira como yo?
—Quizás no.
—Ha probado su civismo
y defiende, en general
el antipersonalismo.
—Para un ave de corral
no está mal.



—Ha volado su fama de boca en boca;
¡Qué música la suya tan sorprendente!
—¿Toca siempre el serrucho?
—Ya no lo toca
Toca con un taladro perfectamente.

* * *

Cosme, al pintar marinas,
pone algunos colores
en latas de sardinas.
Y sus marinas son de las mejores,
porque huelen a mar,
según lo hemos podido comprobar.

* * *

—Era una barbaridad
lo que leyó el otro día.
—Es la última novedad
decir una necedad
por radiotelefonía.

* * *

—Al verla tan hermosa los hombres se asombraron;
Su' ió al auto con gracia.
—¿Dónde iba?
—No sé.
Dejó al chauffeur absorto.
—¿Qué dice?
—Y la admiraron
hasta los H. P.

* * *

Quiso regar sus plantas Dorotea
y cayóse ¡qué horror! de la azotea.
A la floricultura,
es malo dedicarse a cierta altura.

* * *



—¡Un momento de atención!
¿Quién quiere volcar, señores?
Hay ómnibus volcadores.
Aprovechen la ocasión.

* * *

Aunque seis años va a cumplir,
gritaba el nene:
—¡Me han de oir!
Yo no me quiero jubilar.
—¿Qué quieres, pues?
—Quiero seguir
mamando siempre, ¡qué embromar!

NUESTRO PROXIMO NUMERO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas. La viuda **inconsolable**, por **Manuel Gálvez**. La pesquisa del viejo Quilques, por **Santiago Maciel**. Almas y paisajes, por **Ernesto Mario Barreda**. Luna llena, por **Arturo Capdevila**. El poema sin tema, por **Rosa García Costa**. Un ahorcado en el Cerro, por **B. González Arrili**. América y Europa, por **Francisco Grandmontagne**. Entre visiones, por **Ramón Gómez de la Serna**. Breves poemas en prosa, por **Roberto Smith**. Al final de la ruta, por **Ricardo Gutiérrez**. El baño lustral, por **López de Molina**. El experimento del doctor Heidegger, por **Nathaniel Hawthorne**. Los polvos de la condesa, por **Ricardo Palma**. La dama de cera, por **W. L. George**. El señor Risaneqk y el señor Schlleg, por **Jan Neruda**. El Gran Gama, por **Teixeira de Queiroz**. Tres y un extra, por **Rudyard Kipling**. Personas desconocidas, novela de extraordinarias complicaciones, por **Arthur Somers Roche**. Hombres célebres: Napoleón, por **Eduardo del Saz**.